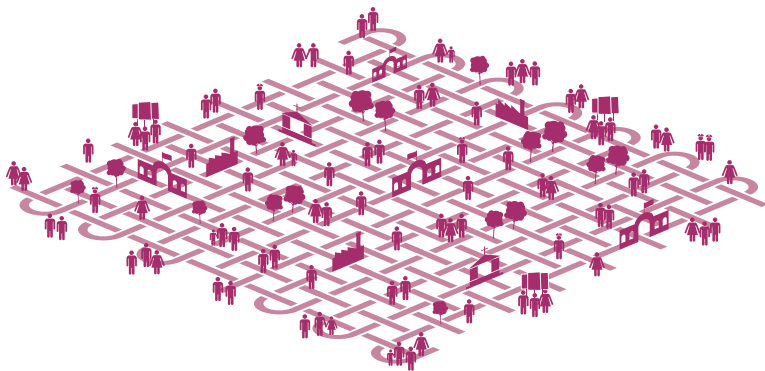


Entre los libros de
la buena **MEMORIA**

Jerónimo Pinedo

Zona sur

Urdimbres de la acción colectiva popular
en el Gran Buenos Aires (1974-1989)



FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

UNM
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Jerónimo Pinedo

Zona sur

**Urdimbres de la acción colectiva popular en el
Gran Buenos Aires (1974-1989)**

FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

U⁺m
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por las instituciones editoras.

Corrección: María Valle (UNGS)

Diseño gráfico: Andrés Espinosa (UNGS)

Maquetación: D.C.V. Federico Banzato (FaHCE-UNLP)

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

©2022 Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional de Misiones, Universidad Nacional de General Sarmiento

Colección Entre los libros de la buena memoria

Pinedo, Jerónimo

Zona sur : urdimbres de la acción colectiva popular en el Gran Buenos Aires : 1974-1989 / Jerónimo Pinedo. - 1a ed - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento ; Posadas : Universidad Nacional de Misiones ; La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2022.

Libro digital, PDF - (Entre los libros de la buena memoria / 29)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-630-624-9

1. Historia Política Argentina. 2. Memoria. 3. Dictadura Militar. I. Título.

CDD 323



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad Nacional de Misiones y la Universidad Nacional de General Sarmiento promueven la Colección de e-books “Entre los libros de la buena memoria”, con el objeto de difundir trabajos de investigación originales e inéditos, producidos en el seno de Universidades nacionales y otros ámbitos académicos, centrados en temas de historia y memoria del pasado reciente.

La Colección se propone dar a conocer, bajo la modalidad “Acceso Abierto”, los valiosos avances historiográficos registrados en dos de los campos de estudio con mayor desarrollo en los últimos años en nuestro país, como lo son los de la historia reciente y los estudios sobre memoria.

Colección Entre los libros de la buena memoria

Directores de la Colección

Gabriela Águila (CONICET-UNR)

Jorge Cernadas (UNGS)

Emmanuel Kahan (CONICET-UNLP)

Comité Académico

Daniel Lvovich (UNGS-CONICET)

Patricia Funes (UBA-CONICET)

Patricia Flier (UNLP)

Yolanda Urquiza (UNaM)

Marina Franco (UNSAM-CONICET)

Silvina Jensen (UNS-CONICET)

Luciano Alonso (UNL)

Emilio Crenzel (UBA-CONICET-IDES)

Comité Editorial

Andrés Espinosa (UNGS)

Verónica Delgado (UNLP)

Nélida González (UNaM)

Índice

Agradecimientos.....	11
Prólogo	15
Introducción	21
Zona sur	23
Espacios e historias.....	26
Acción colectiva popular	31
Período... ¿qué período?	34
¿Cómo hacerlo?.....	36
Poner aparte... ¿Por qué estos capítulos y no otros?	39
Capítulo 1. “Esa zona maravillosa”	43
Industria y territorio.....	47
La producción de un orden benevolente.....	50
Espionando a los obreros.....	54
Disidencias.....	56
Conflictos en las fábricas	64
De la fábrica a la calle.....	74
Entre el control y la represión	83
El golpe.....	89
Capítulo 2. “Brazos caídos”	95
Militarización del ámbito urbano-industrial.....	98
Dominio del espacio geográfico.....	104

Territorio y población.....	107
El método más conveniente	113
Con hambre no se puede trabajar.....	119
Arrojando pedazos de pan	126
De la huelga a la olla	131
Capítulo 3. “No dejarse arrastrar por las muchedumbres”	137
Funciones del obispo hoy.....	138
Los curas obreros.....	142
El obispo Frazada.....	148
El mundo obrero no nos ve.....	153
Anticipaciones del evangelio salvador	158
¿Usted también es tercermundista?	165
Capítulo 4. “No todos viven a la luz”	175
Un obispo caminador.....	175
¿Quién asiste a las ceremonias?	182
Protestas solo de papel.....	187
No todos viven a la luz.....	191
¿Se toma el acto religioso con sentido político?.....	194
Capítulo 5. “Como nuevas Marías”	201
Novak y la causa humanitaria.....	206
Recorridos.....	208
Maternalismo.....	210
Las misas por los desaparecidos	217
Clavos y pañuelos.....	225
Dramas, controversias y emociones	231
Vigilia	238
Ayuno y oración.....	247
Capítulo 6. “¿Por qué vinieron?”	261
Empezó a venir gente	262
Organizaciones populares barriales	269
El nacimiento de una dicotomía.....	273
Merecer la ciudad, enaltecer a los vecinos	278

Sufrir nos da derecho	282
Nosotros estamos con la democracia.	
¿Ella está con nosotros?	291
Variada gama de delincuencia	295
No hay más peronista que yo	298
Conclusión.....	309
Espacio de experiencia, experiencia del espacio.....	313
Hacia una geografía histórica de la acción colectiva	314
Bibliografía.....	323

Agradecimientos

El acompañamiento, la guía y el ingenio de numerosas personas han formado la estela de este trabajo de largo aliento. Mis directores de tesis, Aníbal Viguera y Elizabeth Jelin, fueron un soporte inestimable en el rumbo que tracé para llevar a buen puerto esta investigación. Diez años es mucho tiempo; su compañía, su aliento y, sin duda, su enorme capacidad para pensar los problemas de las ciencias sociales han enriquecido mi formación como sociólogo. El amplio conocimiento histórico de Laura Lenci y la aguda reflexión sobre todas las aristas de lo espacial de Ramiro Segura, sumado al afecto, la generosidad y elegancia intelectual de ambos, proveyeron el imprescindible combustible para tomar los riesgos que había que tomar e ir un poco más allá. No faltaría a la verdad si digo que detrás de cada análisis que escribí pensé en ellos, no solo como historiadora y antropólogo, respectivamente, sino también como apasionados lectores. También aproveché al máximo las múltiples conversaciones sobre la tesis que originó este libro con Roberto Pittaluga, Marina Farinetti, Cecilia Ferraudi Curto, Daniel Badenes y Martina Moriconi. Además, una larga charla telefónica con Débora D'Antonio sirvió para poner en “su lugar” el destino heterodoxo de este trabajo. A ellas y ellos les agradezco su lectura página por página y los posteriores comentarios e ideas que mejoraron muchísimo el resultado final. Gonzalo Leónidas Chaves y Guillermo Clarke compartieron conmigo su pasión por la historia y documentos que fueron de mucha utilidad para este libro. Victoria D'Amico, Ximena Espeche, Marina Larrondo, Juan Ignacio Lozano, Diego Sempol,

Andrea Daverio, Sara Perring y Pablo Gudiño leyeron borradores cuando esto recién iniciaba su sinuoso y accidentado camino. Compartimos el Doctorado en Ciencias Sociales del IDES-UNGS y los míticos encuentros de tesis coordinados por la insuperable Shevy, maestra de varias generaciones de investigadores/as. Fue intenso y divertido. Los capítulos de esta tesis también se beneficiaron de las agudas lecturas de colegas especializados en alguno de los temas que se tocan aquí cuando los presenté como ponencias en eventos académicos. En ese sentido, quiero agradecer los generosos aportes de Luciano Alonso, Virginia Manzano, Pablo Semán, Juan Pedro Massano, Alejandro Schnaider, Luciana Zorzoli, Silvina Fabri, Enrique Garguin, Isabella Cosse y Ezequiel Adamovsky.

Parte de la investigación comenzó cuando aún era becario doctoral del Conicet y se concluyó cuando ya era profesor de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Esta última institución es mi casa desde hace muchos años, me dio educación, trabajo y grandísimas amistades. Nombrarlos a todos alargaría demasiado estas líneas; sepan de mi cariño y mi compromiso por seguir apostando a la aventura colectiva en la que estamos embarcados desde hace tanto tiempo.

Por último, aunque no menos importante, el trabajo documental que precedió a este libro no hubiera sido posible sin la colaboración de las trabajadoras del archivo de la Comisión Provincial por la Memoria de la provincia de Buenos Aires y del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires Dr. Ricardo Levene. Su admirable tesón y apasionada tarea hacen que efectivamente “nada de lo que haya acontecido ha de darse perdido para la historia”.¹

1 Benjamin, Walter (2019). *Iluminaciones*. Buenos Aires: Taurus.

Para Lucio, Eva y Agustina

Parecía que aquello fuera el telar del tiempo, y yo mismo fuera una lanzadera tejiendo y tejiendo [...] Allí estaban los hilos de la urdimbre, sujetos a una vibración insistente e inalterable y esa vibración era suficiente para dejar pasar la mezcla entrecruzada de otros hilos con el suyo propio.

Herman Melville, *Moby Dick*

Prólogo

Una reunión política donde en vez de decirles qué deben hacer, les preguntan qué están haciendo. Esta es la maravillosa lucha por la dignidad, la autonomía, que plantea toda una fuerza física.

Pablo González Casanova

En este libro, *zona sur* no es una designación para orientarse en un espacio dado, ni tampoco una referencia geográfica naturalizada. Es el nombre de un *lugar*, un nombre *urdido*, compuesto por el tejido de las múltiples formas de la acción colectiva de los sectores populares que se van entrelazando tensamente. Pero también, por las determinaciones que para esas acciones imponen las intervenciones de los poderes fácticos y simbólicos de la economía, la ley y el gobierno.

Es un libro que crea itinerarios inesperados, basado en una investigación que avanzaba mientras retrocedía en el tiempo. A medida que Jerónimo Pinedo se iba sumergiendo en su trabajo y construyendo ese *lugar*, el tiempo y las temporalidades se fueron colando. En un principio fue un dato, un indicio, una especie de resquebrajamiento en el suelo de San Francisco Solano que mostraba que lo que emergía tenía otras historias. Un cura, otro cura más, alguno joven y otro más viejo. Y entonces aparece lo que marca la diferencia: si ese mismo objeto inicial hubiera estado en manos de alguien menos curioso, se hubiera escrito una tesis correcta sobre las tomas de tierras en los ochenta. Pero la inquietud del autor y su sensibilidad histórica hicieron que ese dato fuera, inicialmente, la

punta de un ovillo y, después, un manojo de varios hilos con los que se armó una urdimbre para tejer una trama.

Al privilegiar las significaciones que los y las agentes le otorgan a sus propias intervenciones para luego ponerlas en relación, carearlas, con las elaboradas desde otros puntos de vista, el enfoque elegido permite tanto inteligir las razones, las elecciones y los modos preferenciales de la acción popular para cada situación como también las reconfiguraciones que estas provocan en el escenario dado del poder. Seguir el hilo de dichas acciones es internarse por el laberinto de huellas y marcas, incisiones y fragmentos, restos y escombros que dejan las escrituras subalternas incluso cuando han querido ser completamente borradas por los vencedores de la historia. Hay un dejarse llevar por esa lectura de signos que requiere de gestos interpretativos que se apoyan en distintos tipos de asociaciones, y que asaltan a la teoría cuando los senderos parecen estar definitivamente obstruidos. Por ese camino, la indagación se desplaza entre diversas agencialidades como también atiende a los múltiples planos y a las heterogéneas temporalidades que aquellas movilizan y actualizan. Itinerarios que van hilvanando las crisis de la Argentina. La configuración histórica del lugar como un prisma que permite entender esas crisis y las respuestas de colectivos diversos y desde distintas instituciones, que muestran, a su vez, la diversidad en su interior.

En este libro no se dice qué es lo que hay que hacer para ser resistente, militante, activista, sino que se despliega lo que hacen las personas: resisten, militan, activan. No parte de un presupuesto, sino que despliega actos, palabras, iniciativas, subjetividades. La aguda mirada de Pinedo da cuenta de las modificaciones en los repertorios de acción y de variaciones léxicas de hondo calado, de las confluencias y divergencias de subjetivaciones emergentes en diferentes coyunturas de lucha, de la generación de una diversidad amplia de recursos y de las resemantizaciones de otros existentes y utilizables en un escenario que no deja de mutar entre los setenta y fines de los ochenta. Mutación de las formas de acción, de los protagonismos, de los universos léxicos, en una espacialidad drásticamente modificada por la obra combinada de la represión dictatorial y la ofensiva capitalista neoliberal que trastornan, en el sentido

fuerte de este término, las nociones *de* lugar y *del* lugar construidas desde abajo.

La elección de lo que el autor denomina “momentos críticos” o “acontecimientos singulares” habilita un recorrido por un amplio campo de protagonismos que expone la riqueza de las formas de acción y de las figuras del pueblo. Curas obreros y curas tercermundistas; luchas de trabajadores fabriles en las plantas y en el barrio; tomas de tierras y asentamientos populares; acciones y estrategias del obispado de Novak en Quilmes y el activismo de las Madres de Plaza de Mayo son algunos de esos protagonismos relevantes que al autor le permiten aportar a una cierta inteligibilidad de las acciones, los sujetos y las dimensiones témporo-espaciales de la experiencia. Entre los grandes aportes de esta obra, no resulta menor el establecimiento de relaciones en la tradición necesariamente discontinua de los subalternos que recupera esos “momentos críticos”, conflictividades que responden a la actuación de subjetividades cuyas remisiones sociales son diversas y que, precisamente por ello, permiten repensar el problema de las subjetivaciones subalternas a partir de la elaboración de capas memoriales y de la aquilatación de experiencias en diversos planos que coadyuvan a la construcción de subjetividades populares de largo aliento.

El texto de este libro es coral, escrito bajo la evocación de voces diversas. Las citas extensas no lo son por casualidad. El territorio se expresa a través de las personas que lo habitaron y para que eso ocurra hay que dejar que ellas hablen. El lenguaje, las gramáticas, los silencios van entretejiendo las tramas que constituyen el territorio y, por qué no decirlo, la comunidad a través del tiempo. Es lo coral lo que construye el lugar, pero en este caso es un coro que suena en el transcurso del tiempo. Voces que suenan en distintos momentos, pero que se siguen escuchando, porque siguen resonando en las acciones que van constituyendo la zona sur. Una urdimbre, un entramado siempre reconstituido y reconfigurado por las acciones populares y por las ofensivas estatales y patronales. Atender a ese tejido elaborado, precisamente, por los distintos modos de llevar adelante el litigio y de configurarse de los sectores populares como litigantes es recuperar historias y memorias que son leídas a través

de sus marcas, sus incisiones en el archivo, también este múltiple y contencioso. Archivo policial, pero también archivo memorial; marca en el aparato estatal, marca territorial. Porque la urdimbre es también una trama, que no se deja leer sino como al sesgo, que requiere de un lector —el autor— capaz de reponer los finos, casi invisibles, hilados que unen un “momento crítico” con otro, una historia con otra, unos y otros protagonismos. Esa trama discontinua que da cuenta de una urdimbre hasta hoy casi secreta, de una memoria subalterna soterrada, nos posibilita captar los sentidos políticos de ese *lugar* que en el libro se nombra. Sentidos políticos: una sensibilidad y un entendimiento de la política, de las diversas formas de la politización.

El espacio, el territorio, el lugar son nombres problematizados y captados en su gestación, en su generación como un complejo de significaciones y sensibilidades, como una constelación de relaciones sociales tramada política y culturalmente, en múltiples planos escalares y en profundidades y ritmos temporales variables. La pregunta por aquello que constituye *un lugar* aparece desde las primeras páginas, a partir de la correspondencia de Nelson Collazo, detenido y llevado a la cárcel de Resistencia en represalia por su activismo en la toma de la planta de Cristalerías Rigolleau, en Berazategui, a principios de 1975. Ninguna casualidad hay en ese punto de partida, más bien causalidad, pues, como ya señalamos, lo que orienta la interrogación por el lugar es una pesquisa por las acciones colectivas de los sectores populares en diversas coyunturas a lo largo de un período amplio y turbulento, que va desde los tiempos de las expectativas de transformación revolucionaria del capitalismo a aquellos de una política consensualista que se revela como capaz de someter a no pocas de las políticas de autonomía a la lógica de la representación, y que si lo logra es precisamente por el previo paso por la violencia del terror estatal.

Pero aun en esas diversas coyunturas, más abiertamente en tiempos esperanzados, más oblicuamente en tiempos oscuros, uno de los rasgos destacados es la persistente búsqueda por parte de los sectores subalternos del encuentro, de la reunión, de lo que propiamente podríamos denominar política o, también, democracia.

Formas de la reunión –comisiones de delegados, Comunidades Eclesiales de Base, asociaciones de derechos humanos, entre las muchas de las que da cuenta este libro– que en su acontecer ya son una intervención sobre el orden político, sobre la distribución de las palabras y de las posiciones legítimas de enunciación, lo que contribuye a redefinir la política como ese *lugar* en el que se deciden qué asuntos son comunes y cómo se los resuelve. Quienes apuestan a la separación, a disolver la reunión, el encuentro, lo saben, pues como explica Jerónimo Pinedo, la autoridad policial tenía muy claro que “el problema estaba en lo que podía reunirse, asociarse, juntarse o coaligarse para darle al espacio una cualidad indeseable” desde el punto vista del orden.

Por último, quisiéramos también decir algo del libro como aporte al pensamiento crítico y como texto. *Zona sur* es una guía de orientación para el pensamiento crítico, pues a partir de una cuidadosa atención de los significados que para los y las agentes tienen sus acciones, las formas que asumen y los modos de tramitación de las situaciones, elabora dicho pensamiento desde las configuraciones alternativas del mundo común que son inherentes a esas formas de acción de los sectores populares. A la vez, como texto es también un tejido, pues las temáticas que se analizan en cada capítulo están tramadas, puestas en trama, y se señalan conexiones que no emergen naturalmente ni de la simple crónica. Hay una particular habilidad constructiva que compone una existencia histórica que de otro modo no sería ni legible ni visible ni transmisible. A su vez, la propia dimensión literaria del libro está urdida a partir de y con el archivo del que se nutre y al que interpreta: las citas no son referencias al pie de un texto autosuficiente, sino que se intercalan como parte de la argumentación, estableciendo un diálogo con la memoria en la construcción de una interpretación histórica. Pero no se trata de una narración teleológicamente orientada; lo que se expone podría ser definido como una “repetición diferenciada” de la intervención de lo subalterno en el orden hegemónico: “repetición” en el sentido de memoria alojada –no siempre consciente ni consistentemente– en las acciones y recuperada en la trama textual; “diferenciada”, en el sentido de que esa memoria, como toda rememoración, es una

elaboración desde un presente y por ello, un espacio experiencial significado, apertura de sentidos de lo pretérito tal como este llega a cada presente, a cada uno de los que el texto enlaza, trama. Y también al nuestro, gracias a este gran y hermoso libro.

Laura Lenci y Roberto Pittaluga

Introducción

La política popular en sus intrincados pliegues y repliegues erige espacios y esparce sus sedimentos. Acompañados por este libro, intentaremos penetrar en la urdimbre de la acción colectiva popular en la zona sur del Gran Buenos Aires, entre 1974 y 1989. El desenterramiento de la vida contenciosa de las clases populares y una reconstrucción detallada de los episodios que la jalonan nos permitirán recorrer una trama espacio-temporal en la que se crean y recrean territorios y sentidos de lugar. Así, el lugar emerge como parte intrínseca de los procesos sociohistóricos, como resultado provisorio de un espacio que es producido en la propia dinámica de lucha y, al mismo tiempo, factor que incide en su desarrollo. Situados en un umbral de cambios sociales, económicos y políticos de la Argentina, los episodios que aquí se narran a partir de archivos documentales y registros memoriales describen una geografía histórica de las luchas populares, en un período crucial de la historia reciente de nuestro país.

La acción colectiva es producto de la interacción entre múltiples actores y elementos espacio-temporales. En consecuencia, la reconstrucción histórica de sus episodios requiere de una exploración de las diversas perspectivas puestas en juego por los actores movilizadas, confrontados u observadores del acontecimiento. A lo largo del texto vamos a seguir las huellas encontradas en diferentes fuentes documentales y a guiarnos por el diálogo con la bibliografía que contiene diferentes estudios sobre las clases populares del área y el período de estudio que abarca su objeto. La sociología de la

acción colectiva² ha tenido mucha influencia en una generación de sociólogos/as argentinos/as y, en ocasiones, nos ha llevado a ofrecer descripciones y explicaciones como si la sociedad existiera en la cabeza de un alfiler. Representamos un mundo sin espacio y geográficamente indiferenciado. Pero si nos detenemos a escuchar la voz de los actores y a seguir sus prácticas, podemos ver que el lugar importa.

El espacio, se sabe, está socialmente construido. Pero es igual de cierto que lo espacial no es solo el resultado, sino parte de la explicación de las relaciones sociales. El espacio, el territorio, la escala, las redes y el lugar producen efectos sociales sustantivos. La distancia, el movimiento, los límites y fronteras, la noción, la especificidad y las diferencias entre lugares, el simbolismo y el significado que vincula todos estos elementos producen un tipo específico de experiencia social (Segura, 2015a). Como diría Doreen Massey: “Lo social está espacialmente construido” (2012: 104).³ Siguiendo la máxima de que “nada de lo que una vez haya acontecido ha de darse por perdido para la historia” (Benjamin, 2019: 308), trataremos de tomar los desafíos analíticos y metodológicos que esto representa a la hora de construir y analizar evidencia histórica sobre las formas

2 Se han realizado numerosas investigaciones a partir de este enfoque teórico, tanto desde la perspectiva histórica como desde la sociológica y la antropológica. Para un análisis de la emergencia de este campo de estudios en la sociología argentina, se puede consultar Iuliano, Pinedo y Viguera (2007). Para su utilización productiva en el estudio de la historia de la protesta social con especial hincapié en las clases trabajadoras y populares, se pueden consultar Gordillo (2007 y 2010) y Di Meglio y Serulnikov (2017), entre muchos otros. Dentro del marco disciplinar de la sociología, referencias relevantes son los trabajos de Auyero (2002), Merklen (2005) y Pereyra y Svampa (2003). Para una mirada crítica desde la etnografía política, ver Manzano (2013). Para su aplicación al Movimiento de Derechos Humanos se puede ver Jelin (2005) y Alonso (2015 y 2017). Para estudios de fenómenos más recientes, Retamozo, Schuttenberg y Viguera (2013) y Natalucci y Rey (2018). La lista debería estar más poblada, pero por razones de espacio referimos trabajos que se encuentran ampliamente citados en distintos artículos y libros vinculados a la temática.

3 La noción sociológica del espacio como un marco o un contenedor de las relaciones sociales ha sido criticada por diversos autores vinculados al campo de los estudios geográficos como un efecto ideológico que naturaliza las relaciones entre Estado y sociedad. Se cae así en una “trampa territorial”, en la medida que utiliza como categorías de análisis nociones fijas e inmutables del espacio promovidas por la propia lógica de configuración material y simbólica que identifica un aparato de poder con un territorio, y que ignora la dimensión del proceso de producción del espacio y sus mutaciones sociohistóricas (Agnew, 1994; Brenner, 1999).

de acción colectiva de las clases populares como “temporalidades situadas” (Pittaluga, 2017).

Zona sur

La investigación doctoral que desemboca en este libro recibió su impulso original de un error habitual entre los sociólogos: pensar el espacio como un simple contenedor de relaciones sociales y dibujarlo imaginariamente delineando sus límites a la manera de una sencilla representación catastral. Sin embargo, con el avance del trabajo de investigación, la zona sur dejó de ser progresivamente un área delimitada por tres municipios del Gran Buenos Aires (Florencio Varela, Berazategui y Quilmes) para ir *apareciendo como un lugar*. El recorte, aunque simplificador, me permitía operar la búsqueda de material documental, identificar actores, acontecimientos y procesos, localizarlos y (per)seguir las huellas que fui encontrando en diferentes archivos: el de la Comisión Provincial por la Memoria, el del Arzobispado de Quilmes y el archivo personal de la madre de Plaza de Mayo Adelina Dematti de Alaye, alojado en el Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires Dr. Ricardo Levene. Esta delimitación simple del espacio facilitaba un corte y permitía individualizar a los actores y construir una cronología para seguir los incidentes, conflictos y contiendas durante un período de tiempo determinado. Desde esos múltiples planos contenciosos, emergen las urdimbres que tejen la trama histórica, por momentos borrasco-sa, de la zona sur. Huelgas, tomas de fábricas, represiones, sabotajes, secuestros, desapariciones, sentadas, petitorios, peregrinaciones, ayunos, misas, manifestaciones, ollas populares, ocupaciones de terrenos baldíos, espionajes policiales configuran el variado repertorio de prácticas colectivas que sucedieron en la zona sur, protagonizados por diferentes tipos de actores y actrices. El relevamiento de esas prácticas y las características de sus actores permitió que esa delimitación simple fuera cediendo frente a una noción del espacio con mayor espesor histórico, que dejaba entrever en qué sentido y para quiénes la zona sur era un lugar.

Una carta que encontré en un legajo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la provincia de Buenos Aires (DIPPBA) atrajo mi atención. La carta tiene algunas cualidades que describiré brevemente, porque la analizaremos más en extenso en el primer capítulo. Pero aquí me interesa señalar que está escrita a la distancia. El obrero Nelson Collazo había sido apresado en la puerta de la fábrica en la que trabajaba en Berazategui, acusado de haber dirigido la toma de la planta de Cristalerías Rigolleau (y encarcelado en la ciudad de Resistencia, a principios de 1975, bajo las restricciones de la ley de seguridad nacional). Al rematar el mensaje de aliento y agradecimiento a sus compañeros de la fábrica por el paro y la toma de 24 horas que estos habían emprendido para reclamar su liberación, escribió:

... los kilómetros que hoy nos separan no son obstáculo para separarnos... cuando se me de la libertad que tanto ansío, quiero apretujarme en un abrazo con los amigos obreros... y quiero, por intermedio de Ustedes, hacer llegar a toda esa zona maravillosa, a Peugeot, Ducilo, Sniaffa, Alpargatas [...] y demás fábricas, un fuerte abrazo del *Uruguayo* con corazón y hasta al triunfo no paramos.⁴

Apresado por traspasar un límite de lo permitido (hacer una huelga, tomar una fábrica, acciones de protesta prohibidas por la ley) y enviado a una especie de destierro (una cárcel en la lejana provincia del Chaco), la distancia y la escritura le permitían al obrero fijar un sentido de lugar y amarrar su deseo de libertad a “un abrazo apretujado en esa zona maravillosa”. Tenía aquí una punta de la hebra para tirar del ovillo, que permitía repensar el espacio practicado (De Certeau, 1996) y, en un movimiento consecuente, reconstruir una cronología enraizada en la experiencia histórica de los habitantes del lugar. Otros retazos fueron apareciendo para darme la oportunidad de seleccionarlos, disponerlos y organizarlos siguiendo la clave que me había dado la carta del obrero, y aparté,

4 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, p. 31.

en un océano de papeles y textos, un conjunto de huellas e indicios que me permitieran contar una serie de historias (Caimari, 2017).

El lugar importa. ¿Pero qué significa “el lugar”? Podríamos decir que eso depende de múltiples variables ligadas a los atributos de los sujetos que lo habitan, recorren o transitan y a las estructuras espaciales objetivas que condicionan, constriñen o habilitan esos recorridos y tránsitos. Los sentidos de lugar están sujetos a mutación y desestabilización, ya que son siempre resultado provisorio de interacciones. Los lugares no tienen identidades únicas, esenciales, construidas a partir de historias introvertidas, encerradas sobre sí mismas. En ocasiones, se los asocia con trazados de fronteras, un polígono de límites alrededor de algo cuyo adentro se considera como *el lugar*, como si fuera un espacio y una temporalidad cerrada, aislada, protegida. Sin embargo, se configuran a partir de entramados sociales que los exceden. La combinación lineal de fronteras trazadas e historias introvertidas constituyen un sentido común persistente que identifica lugar y comunidad, y conduce a la peor forma de hacer historia, aquella que se hace “con color local”. Como si los grandes temas de la historia y la sociología solo pudieran ocurrir “fuera de lugar”. Lejos de una historia local o regional, lo que intenta este libro es mostrar a la acción colectiva como punto de acceso para ver cómo los lugares son creados, contestados, imaginados o impuestos. La topografía de las acciones que se reconstruyen, al adoptar un criterio espacial para ordenar datos y eventos, también delinean la emergencia de una topografía del poder que va moldeando el lugar, conectándolo y diferenciándolo en el transcurso del tiempo (Gupta y Ferguson, 1997). Para que esta topografía se dibuje ante nuestra vista, prestamos atención a todos esos sentidos de lugar producidos en el encuentro entre el espacio y la dinámica de la acción colectiva. No interesa una historia introvertida, ni una identificación automática entre grupos sociales y lugar. Entendemos al lugar construido a partir de una determinada constelación de relaciones sociales, que se encuentran y entretajan en un sitio en particular y lo modelan como una urdimbre, un punto único y particular de intersección. Antes que considerar el lugar como un área contenida dentro de ciertos límites, lo pensamos como momentos articulados en redes

de relaciones sociales e interpretaciones sociales en las que una gran proporción de estas relaciones, experiencias e interpretaciones están construidas en una escala mayor al sitio mismo, sea una calle, una plaza, la esquina de un barrio, una fábrica, una iglesia, un centro vecinal o un trozo de terreno. Si los lugares pueden conceptualizarse a partir de las interacciones que los configuran, también podemos decir que los lugares no están congelados en el tiempo. Son procesos. No tienen divisiones que enmarcan simples espacios cerrados, aunque pueden existir o constituirse a través de procesos de marcado de fronteras. Hay actores que promueven esas limitaciones y hay otros que intentan traspasarlas, llenando el lugar de asimetrías de poder y conflictos de todo tipo.⁵ La singularidad del lugar está dada en que es un foco de una mezcla distintiva de relaciones aglutinadas que producen efectos que no existirían de otro modo. La acumulación de esos diferentes conjuntos de relaciones locales y extralocales, capa sobre capa, configuran las historias de acción colectiva popular que vamos a contar sobre la zona sur.

Espacios e historias

Las reflexiones sobre el espacio no han estado ausentes a la hora de comprender la experiencia histórica. Entre todas ellas, podemos elegir la perspectiva contundente de la geógrafa británica Doreen Massey: “Una comprensión acabada de la espacialidad implica reconocer que hay más de una historia desarrollándose en el mundo” (2005: 117). Espacializar la historia es la posibilidad misma de pluralizarla y volverla más densa. El espacio es la condición de posibilidad de la diferencia, la simultaneidad, la multiplicidad, la imbricación. En el espacio, el tiempo es ritmo, aceleración, demora, agitación, tedio, urgencia. Por ello el lugar se convierte en punto de acceso al modo en que se experimentan las intrincadas relaciones entre diversas cronologías (Koselleck, 2001). Michel Foucault sos-

5 Pensar el límite como una acción, un proceso o una práctica es una propuesta de George Simmel, quien argumenta que “el límite es un hecho sociológico con una forma espacial [...] donde hay una limitación comienza una ofensiva y una defensiva” (1939: 652).

tiene que no se puede desconocer el entrecruzamiento entre el tiempo y el espacio, que, según su perspectiva, adquiere el carácter de una fatalidad (1999: 431-441). Podríamos convertir esta aseveración en una pregunta: ¿qué es el tiempo para las personas que transitan, habitan, traspasan, recorren o contienden, se desplazan por y se emplazan en este lugar?

En el pensamiento historiográfico, hay dos modos de imaginar esta relación que me interesa destacar como puntos de partida para encarar la lectura de este libro. El primero de ellos es la reflexión de los microhistoriadores con respecto a la dimensión de la escala en la metodología y las formas de representación de la historia. El segundo tiene que ver con la semántica del tiempo histórico, y los conceptos de espacio de experiencia y horizonte de expectativa.

Situarse en una escala para observar un proceso social no es solo una cuestión del tamaño del lente con que miramos, no se subsume a la metáfora del uso del telescopio o el microscopio. Elegir una escala es elegir, al mismo tiempo, sostiene Jacques Revel, una forma de representar lo social, una manera de redescubrirlo y reconstruirlo en el orden del discurso historiográfico. Tiene efectos de conocimiento y puede ser puesta al servicio de estrategias de conocimiento. “Cambiar el foco del objetivo no es solamente aumentar o disminuir el tamaño del objeto en el visor, es también modificar la forma y la trama [...] transforma el contenido de la representación” (Revel, 2005: 46).⁶

Utilizar el nombre propio, la referencia individual e individualizadora de los sujetos históricos, la menos repetible y regular, como un marcador, siguiendo el hilo de un destino particular e ingresar amarrados a esa hebra en la multiplicidad de espacios y de tiempos, permite encontrarse con la madeja de relaciones en la que esa vida se inscribe. La escala tiene un efecto metodológico y un efecto teórico. Selecciona el tipo de relictos del pasado con los que se trabaja y orienta el tipo de representación que se construirá sobre el momento y el proceso temporal. El tiempo de una vida, o de parte

6 También, en un sentido semejante, aunque con mayor énfasis en la noción de contexto histórico, se desarrolla el problema de la escala en la investigación histórica en Giovanni Levi (2003) y en Carlo Ginzburg (2004).

de una vida, el tiempo de un conflicto o de una lucha colectiva no es solo de más corta duración que el tiempo en que se procesa una estructura, sino de cualidades diferentes y nos hace ingresar de un modo particular en la densidad de lo que aconteció. Nos da una idea bastante precisa de cómo el tiempo puede cambiar su ritmo: un día, transformarse en el paso de la vida entera y el espacio que era familiar, dejar de serlo.

El día que me secuestran, es decir de mi casa me llevan a ese lugar, me torturan. Ese mismo día a la tarde, cuando ya me había recuperado, había podido tomar un poquito de agua, habían pasado algunas horas; me vistieron, me dejaron vestirme y me llevaron a mi casa en Plátanos. Fue dramático, hoy, hoy lo veo y es un cuadro dramático. Aunque les parezca mentira, lo más dramático de todo fue el perro, apoyó la cabeza en mi falda, me vio los grillos en las manos y se largó a llorar. Empezó a ladrar con mucha bronca a los milicos, mucha bronca, nunca lo había visto así al finado Napoleón, nunca lo había visto tan malo con nadie, me dejó tan impactado, me dejó marcado, es una imagen que se va a morir conmigo.⁷

La segunda manera de imaginar esta vinculación entre el tiempo y el espacio en el pensamiento historiográfico nos permite pasar de la escala como método y enfoque, al espacio como constitutivo de la experiencia del sujeto con relación al tiempo. Esta preocupación con respecto a los diferentes modos en que se significa y experimenta el tiempo según la localización de los actores sociales también está presente en la antropología histórica de Eric Wolf (2001) y de Marshall Sahlins (1985).⁸ En la perspectiva de la semántica histórica, el tiempo histórico se concibe como un espacio de estratos temporales múltiples que se activan de acuerdo con los enlaces y las configuraciones en las que entran, permanecen

7 Testimonio de Alberto Felipe Maly, técnico electricista de la fábrica de Peugeot en Berazategui, 7 de julio de 2004, ante la Cámara Federal de Apelaciones de La Plata, "Juicios por la Verdad".

8 Para estos autores, la localización implica los sentidos de lugar y la experiencia del tiempo en una determinada configuración sociocultural.

y/o salen los sujetos. La experiencia del tiempo puede imaginarse como un espacio, porque no es solo lo que el sujeto vive, sino también lo que conoce o intuye de la vida de los otros, a las que se encadena cuando ingresa en esas redes de interdependencia social y activa, simultáneamente, algunos de esos estratos temporales. El espacio de experiencia remite a un tejido del pasado y el presente en función de múltiples trayectorias, evoca la posibilidad de recorridos según itinerarios diversos y la reunión del tiempo en diferentes estratos que escapan a la simple acumulación cronológica o aditiva. Asimismo, esa experiencia es posible en relación con un horizonte de expectativa, un futuro en el presente, lo que aún no fue, pero vendrá. La tensión entre experiencia y expectativa rompe la relación lineal con la cronología y provoca la aparición de un tiempo cargado de cualidades que se muestra como esperanza, temor, deseo, voluntad, curiosidad o inquietud.⁹

El martes 22 de junio de 1976, a media mañana, al abrir el diario *La Nación*, me encontré con una noticia que me tomó por sorpresa, algo totalmente inesperado: Paulo VI creó la Diócesis de Quilmes. Recuerdo muy bien las circunstancias, ya que había estado escribiendo desde temprano una carta a nuestro Obispo de la diócesis de Avellaneda, Monseñor Antonio Quarracino. Mi carta era para presentarle varias carillas, redactadas en los días anteriores, con un informe sobre los cinco años de mi actuación al frente de la Parroquia Nuestra Señora de Luján de Zeballos, partido de Florencio Varela. La carta era, además, para ponerme a su disposición por si deseaba asignarme otro destino pastoral.

Quienes pasábamos a ser parte de la nueva iglesia particular, la Diócesis de Quilmes, enseguida dejamos la sorpresa del hecho consumado y comenzamos a tener una verdadera preocupación por quién sería Obispo al frente de la misma.

9 Las nociones de espacio de experiencia y horizonte de expectativa como dimensiones fundantes de las concepciones del tiempo histórico fueron planteadas por Koselleck (1993) y retomadas por Ricoeur (1995) en sus trabajos sobre la relación entre el lenguaje y el tiempo. Para un análisis de su influencia en la noción de historicidad, se puede leer Dosse (2010).

No eran tiempos tranquilos: desde el 24 de marzo vivíamos la interrupción del orden constitucional por el gobierno militar instaurado ese día y teníamos fundada sensación de que estaban pasando cosas que no alcanzábamos a conocer en su real dimensión.

El domingo 4 de julio fuimos impactados por la matanza de los padres y seminaristas palotinos de San Patricio en la ciudad de Buenos Aires. A los pocos días trascendía la muerte de dos sacerdotes y un laico en La Rioja. El 4 de agosto fue la muerte de Monseñor Enrique Angelelli, una muerte extraña, por las circunstancias que la precedieron, la acompañaron y la siguieron. No dejó de haber cierta aprehensión cuando supimos que Jorge Novak había sido designado como nuestro futuro Obispo [...] tendríamos al frente de la diócesis a alguien que nunca había sido párroco y cuya experiencia pastoral en ese sentido suponíamos escasa (Dessy, 2006: 20).

Así como no habría historia sin lugar, tampoco habría lugar sin historia. El espacio no niega eso que llamamos tiempo, sino que es una determinada manera de tratar lo que se llama historia. No vivimos en un espacio homogéneo y vacío; por el contrario, está cargado por completo de cualidades, “poblado de fantasmas, recuerdos, sueños, pasiones y temores, puede ser ligero u oscuro, denso o etéreo, puede ser fluido o rocoso, correr como el agua o coagularse como un cristal” (Foucault, 1999: 433).

En esa Iglesia, sentimos miedo, casi terror, pero todo fue poco, por los hijos hubiéramos querido sentir mucho más aún y que el Señor nos lo devolviera, pero si ello no fuera posible, Dios es testigo que nuestra lucha seguirá hasta la muerte, para que nunca más una madre viva este calvario, aunque dentro de su inmenso dolor, ella encontrará una mano cálida y una mirada comprensiva como la suya y un gesto que aunque algunos juzguen indiferente, nosotras sabemos bien que fue indulgente. [...]

La fe puede perderse porque el dolor a veces nos ciega, pero también puede recuperarse cuando una pequeña luz se ve en la oscuridad.

Reciba todo nuestro sincero agradecimiento y nuestro convencimiento que Vd. no se engañó. Somos solo madres desesperadas que pedimos ayuda para encontrarlos y para que los hombres que olvidaron a Dios no vuelvan a cometer tanta injusticia.¹⁰

Acción colectiva popular

Las acciones colectivas que contaremos aquí están cargadas de sentidos de lugar, experiencia histórica y expectativa. Pero... ¿Qué es la acción colectiva? Solo se puede acceder al sentido de la acción a través de un punto de vista particular y luego, tratar de conectar este punto con todos aquellos que pueden ser captados en la indagación, ya que no hay un lugar desde donde pueda verse la totalidad del sentido de un proceso de acción colectiva (Sigal, 2006: 139). La dificultad se duplica cuando tratamos con formas subalternas de la historia, en las que las iniciativas de las clases populares solo adquieren, en momentos muy particulares, una unidad provisional que se rompe constantemente por la iniciativa de los grupos dominantes, y que requieren la búsqueda de un cúmulo de materiales difíciles de encontrar y de analizar dada la fragmentación, o incluso el enterramiento, al que son sometidos por ese mismo proceso histórico (Gramsci, 2008: 33-36).¹¹

En lugar de pensar la acción colectiva como si estuviera constituida por un solo actor que cambia de estado y representarla como expresión de un grupo bien definido, vamos a prestar atención a los esfuerzos, los trucos, las estrategias para sostener y construir los acuerdos que mantienen unidos a los manifestantes durante la

10 Carta enviada a Novak por Hebe P. de Bonafini, presidenta de la Asociación Madres de Plaza de Mayo, 27 de enero de 1982, en De la Serna (2002: 85).

11 No me refiero solamente a que los documentos y las huellas de las víctimas sufren el mismo destino que ellas, sino también a que es más difícil que los sectores subalternos tengan el poder de “hacer un archivo”. Sin embargo, también debo decir que todos estos años en los que diversos actores de la sociedad civil se han convertido en verdaderos emprendedores de memoria hicieron posible la disponibilidad de los documentos que se utilizan en este trabajo. La existencia de una inmensa tarea social que se dio la sociedad argentina por recuperar su reflexividad histórica nos brinda un trabajo colectivo acumulado del cual apropiarse para hacer una investigación como las múltiples que ya se han hecho y se seguirán haciendo.

acción. Nos interesan las dinámicas de interacción que asocian a activistas y activados junto con espectadores de la acción y actores o autoridades que intervienen o son invocadas, impugnadas, emplazadas, demandadas o desobedecidas. Asimismo, queremos indagar en las acciones de las autoridades y otros actores que, aliados a ellas, informan, ordenan, prohíben, reprimen, dispersan o negocian con los manifestantes (Tilly, 1990: 183).¹² En este trance, también nos interesa especialmente poner de relieve las representaciones, los relatos, las narraciones y las prácticas que diferentes actores utilizan para gestionar, manejar o controlar los sentidos que se desgajan de la acción.

Llevo a su conocimiento, que en la víspera en horas muy tempranas aparecieron inscripciones murales de carácter subversivo, las mismas fueron pintadas en distintas fachadas de la Zona de Quilmes, cuya leyenda y ubicación exacta se describe a continuación:

1- Calle Lavalle y Garay “CONTRA LA TIRANÍA MILITAR”.

2- Calle Lavalle y Solís “CONTRA LA DESOCUPACIÓN Y DESPIDOS”.

3- Calle Lavalle y Brandsen “CONTRA LA TIRANÍA MILITAR”.

4- Calle Lavalle y 25 de Mayo “EN CADA FÁBRICA UNA COMISIÓN DE MOVILIZACIÓN EN DEFENSA DE LAS FUENTES DE TRABAJO”.

5- Calle Moreno N° 816 entre las calles Olavarría y 25 de Mayo “LLEVEMOS LOS CONFLICTOS DE LAS FÁBRICAS A LAS CALLE”.

6- Calle Moreno y Matienzo “CONTRA EL DESPIDO Y SUSPENSIONES-MOVILIZACIÓN”.

Cabe señalar que en los lugares en donde se efectuaron las mencionadas pintadas era el itinerario previsto para el paso de la Peregrinación, ante tal circunstancia de inmediato se montó un

12 Los estudios a partir del enfoque de la contienda política se han extendido por diferentes academias del mundo y configuran una verdadera influencia global (Mc Adam, Tarrow y Tilly, 2001).

operativo de “blanqueo” que abarcó la totalidad de las leyendas, y a cuyo término se ejerció un estricto control a fin de evitar su repetición. Finalmente, ninguna de las inscripciones estaba visible cuando pasó por allí la procesión. Todas las inscripciones murales fueron rubricadas al pie por “MOVIMIENTO PERONISTA MONTONERO”. ABRIL 18 de 1981.¹³

Estas interacciones y dinámicas no ocurren en el vacío. Están enraizadas social e históricamente, y operan dentro de instituciones y prácticas preexistentes, entendimientos (y desentendimientos) culturales compartidos. También es necesario prestar atención a los límites o las limitaciones que encuadran estas dinámicas, las relaciones de ofensiva y defensiva, los repertorios de acción y la modulación del lugar como un escenario donde se dramatiza la contienda.¹⁴

Al instante una mujer sale del público y se dirige al pasillo de la nave central. Su aspecto no presenta nada en particular, pero parece transportada por la cólera. Nuestros hijos no son drogadictos. No estamos aquí para oír que se los insulta. Lo que pasa en esta iglesia es un escándalo y una vergüenza. Su brusca interpelación acalla de golpe todos los murmullos. Se creería que un rayo se abatió sobre el templo. Durante un instante, el tiempo queda detenido. El cura se queda boquiabierto, sin poder profirir palabra. Vamos, salgamos todas, no tenemos nada que hacer aquí. Este hombre no es un siervo de Dios, es un sirviente de los militares (Bousquet, 1983: 107-109).

Si bien vamos a poner el foco en redes de relaciones, prácticas y dinámicas de interacción, no dejamos de tener en cuenta las

13 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa De, Factor Religioso, Legajo 18.073. Asunto: Producir informe sobre pintadas en la ciudad de Quilmes, p. 10.

14 Los aspectos dramáticos de la confrontación entre diferentes grupos sociales, las formas del teatro del poder y el contra teatro de los sujetos subalternos, los vínculos sociales entre actores sociales insertos en relaciones de asimetría jerárquica que transforman el lugar en un escenario que dramatiza las relaciones de poder fueron señalados por Thompson (1991), Berger (2016) y Kaplan (2003). Kaplan enfatiza las funciones rituales como medios de expresión de la contienda política, en las que las características del escenario son tan relevantes como los actores para configurar la escena del enfrentamiento y la lucha.

conexiones entre los aparatos de poder y el espacio. Como sostiene Sewell (2001), el espacio es objeto y matriz de las relaciones de poder: a través del control del espacio se puede establecer el control de las personas y sus prácticas colectivas. Esto nos trae a colación una primera definición de territorio: un espacio que es objeto de dominio y gestión (Santos, 2000). Como veremos a lo largo del libro, en el período 1974-1989 han existido diferentes formas de establecer ese control, desde las más violentas y represivas como el secuestro, la tortura, el asesinato y la desaparición de militantes de base, a otras como la prohibición, el cerco, la detención, las razias y otras acciones más sutiles y grises. Pero todas ellas, con sus respectivas características, han tenido un papel en la definición de las dinámicas de confrontación. Entre las diversas fuentes en las que se basa esta investigación, hemos accedido a algunos conflictos a través de los legajos de inteligencia policial, lo que nos permitió no solo poder conocer aspectos propios de los actores subalternos presentes en la recopilación de volantes, cartillas y otro tipo de documentos sustraídos por informantes policiales, sino también reconstruir el punto de vista de las autoridades y de parte de sus prácticas de control y represión. A ciertas territorialidades de la acción colectiva se le yuxtaponen determinadas territorialidades represivas: nos interesa la interacción entre unas y otras.

En cierta manera, el recorte espacial implicó un criterio de selección de los conflictos y los actores. Elegimos no seguir a un solo actor, a un solo conflicto o a un único proceso de confrontación, ya que el objetivo era dar cuenta de la variación de la acción colectiva popular en diferentes tipos de confrontaciones, en la zona sur del Gran Buenos Aires, en el período.

Período... ¿qué período?

El período 1974-1989 es complejísimo en la historia social y política de nuestro país. Ni siquiera es un período, sino varios, jalonados por acontecimientos que estructuran de manera férrea nuestro pasado. Los dos primeros años de la serie estuvieron marcados por la crisis del Pacto Social del tercer gobierno de Perón y el

colapso del gobierno de su tercera esposa, María Estela Martínez de Perón. Desde 1976 hasta 1983, vivimos bajo una dictadura, que a su vez atravesó por diferentes etapas según la intensidad del terrorismo de Estado, las crisis económicas y las internas políticas. En algún momento de la crisis económica de 1981 y la derrota en la Guerra de Malvinas en la primera parte de 1982, comenzó lo que luego se conocería como la transición a la democracia. Desde 1983 a 1989, se vivió el primer gobierno democrático posdictadura, que culminó con su salida anticipada debido a la aguda crisis política y económica de 1988-1989. A pesar de la imposibilidad de sintetizar acontecimientos de tal magnitud y relevancia, y de las dificultades enormes que implicaría dar cuenta de cada uno de esos momentos de la historia política, sin contar los aspectos sociales y económicos, hemos elegido situar nuestra investigación entre esos años. ¿Por qué?

En primer lugar, porque me interesaba ver la variación antes que la semejanza. Fueron tantos y tan profundos los cambios producidos en este contexto histórico que afectaron a la sociedad argentina en general y a la zona sur del Gran Buenos Aires en particular, que poner atención en las intersecciones entre estos distintos momentos y realizar un corte sobre las confrontaciones colectivas en un escenario local permitía ver las líneas de fuerza de esa transformación en la propia dinámica de la acción colectiva y, al mismo tiempo, observar cómo esas líneas de fuerza se conectaban con capas de distinta temporalidad. En segundo lugar, esos cortes ponían de manifiesto algunos acontecimientos que habilitaban otra manera de preguntarse por la cronología del lugar. ¿Cuándo había sido el momento de mayor auge de la protesta obrera? ¿Por qué tipo de acontecimientos locales estaba jalonado? ¿Qué forma había adquirido la confrontación durante ese auge? ¿Cómo se había producido un descenso de esa ola de manifestaciones? ¿Qué había ocurrido con los trabajadores en las fábricas una vez que se había reimpuesto el orden a sangre y fuego? ¿Qué alternativas de manifestación del descontento existieron durante el período más duro de la represión? ¿Qué papel habían jugado otros actores y/o instituciones, por ejemplo la Iglesia local? ¿Qué relación existía entre ese protagonismo del

clero local en las manifestaciones de protesta durante los últimos años de la dictadura y su historia formativa como un clero entre los pobres y los obreros del Gran Buenos Aires? ¿Cuáles eran las percepciones y las prácticas de los actores represivos? ¿Por qué las Madres de Plaza de Mayo recurrían al apoyo de la diócesis de Quilmes y sus autoridades, pero luego las desafiaban? ¿Cómo y por qué las ocupaciones de tierras se volvieron tan relevantes y masivas al inicio de la década de los ochenta? ¿Qué sentido tenían los enfrentamientos entre asentados y vecinos a lo largo de toda la década? Así, con estas preguntas tenía un menú de opciones para observar diferentes formas de acción colectiva popular en un período sobrecargado de cambios. Y también, a la inversa, siguiendo la diversidad de conflictos y acciones colectivas, podía ver cómo el territorio y los lugares se transformaban; podía, además, analizar las diversas territorialidades superpuestas y los distintos sentidos de lugar en pugna. En tercer lugar, a medida que avanzaba en la investigación, me convencía más que este modo de establecer los deslindes de una búsqueda era una manera de situar un espectro de observación para mirar cómo diferentes personas, en sus diferentes dimensiones como activistas o militantes de una causa, se involucraban en la acción colectiva popular e ingresaban en un determinado tipo de entramado relacional. ¿Qué tipos de militancias, redes de activismo, repertorios de acción y marcos de sentido transitaron aquellos años de dictadura y democracia vacilante? ¿Cómo se configuraron esos procesos de acción colectiva en relación con el contexto espacio-temporal en el que se daban? ¿Qué papel tuvieron en la composición de la experiencia histórica de las clases populares? ¿En qué medida se puede hablar de líneas de continuidad y/o ruptura en las formas de acción colectiva?

¿Cómo hacerlo?

Decía Charles Tilly: aquellos que se propongan investigar la acción colectiva contenciosa deberían visitar más regularmente los archivos de la policía local e ir mucho menos a la biblioteca de su Universidad. En efecto, por tratarse en general de confrontaciones

con algún tipo de autoridad, las policías suelen tener un abundante registro de estos acontecimientos. Y esos registros, dadas las características organizativas y funcionales de las policías que, al decir del Barón de Montesquieu, son los funcionarios del Estado que se ocupan a perpetuidad de los detalles, tienen una lógica de clasificación territorial de la información basada en la cuadrícula y la vigilancia del espacio, para regular la acción social, con lo que se transforman no solo en una fuente de datos históricos, sino, además, en un actor que produce el territorio.

Las acciones colectivas discontinuas y contenciosas siempre involucran a una tercera parte, generalmente plantea amenazas a la distribución existente del poder, y frecuentemente incita a la vigilancia, la intervención y/o represión por parte de la autoridad política. Como consecuencia también genera más evidencia histórica en forma de crónicas, memorias, correspondencia administrativa, procedimientos judiciales, reportes militares y archivos policiales, que las formas continuas y no contenciosas de acción colectiva (Tilly, 2001: 11).

Pero a pesar del entusiasmo al que incita Tilly, tendríamos que pensarlo dos veces antes de tratar los informes policiales “como sólidas pepitas de realidad irreductible, que solo se tienen que extraer de los archivos, examinar y reunir para hacer una construcción firme del pasado” (Darnton, 2006: 149). Los informes policiales son construcciones en sí mismos, basados en supuestos implícitos sobre la naturaleza de quienes frecuentemente son sus víctimas. Y si bien esto no nos prohíbe utilizarlos para reconstruir el pasado de sectores subalternos, que posiblemente de otra manera no podríamos, sí nos exige estar atentos a su lógica de construcción y al tipo de análisis y comparación con otras fuentes a las que debe estar sujeto su uso, para no caer fácilmente en sus trampas (Cobb, 1970).

La dificultad de interpretación que me imponían estas fuentes, sus agujeros y sus celadas, me llevaron a otras búsquedas entre los documentos del Obispado de Quilmes y el archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, además de una serie amplia de libros y escritos testimoniales, así como artículos periodísticos y prensa

militante. Estas fuentes no solo permitían comparar, precisar, identificar o corregir los sesgos presentes en cualquier documento, sino también acceder a diferentes puntos de vista sobre un mismo proceso o acontecimiento.

Son muchas las dificultades que supone hacer coincidir, en un mismo tiempo, los imperativos de continuidad que exige el trazado de un relato histórico con lo discontinuo, rugoso y quebrado de la vida real. “Así como la tierra tiene sus abismos donde la vida no sigue las mismas leyes, así el tiempo también tiene sus agujeros”, escribió Erik Orsenna (2005: 51). Provocados o no, esos vacíos son tan relevantes como las áreas rellenas y requieren de una estrategia de búsqueda, lectura y escritura. Cuando comencé por los legajos de la inteligencia policial, me propuse no leerlos de modo literal, no confiar en todo lo que decían y esperar el descubrimiento de agujeros. En algunos casos, esos huecos eran estrechos de archipiélagos por los que podía pasar y seguir la búsqueda en otras fuentes que permitieran completar o contrastar la información, unidas por aquello mismo que las separaba: los sentidos en pugna en torno a un mismo acontecimiento y lugar. Otros son directamente vacíos que desconozco y no encontré en la indagación. No digo que no existan. Nadie tiene derecho a decir que no existen las islas en las que no pudo recalar o que no valen la pena las que solo divisó como una fina línea pintada en el horizonte; lo que se puede es reconocer que no tuvo la oportunidad de rozar sus orillas.

Por otra parte, las fuentes que utilizo son diversas en su temporalidad intrínseca: algunas contemporáneas a los acontecimientos, otras son recuerdos de acontecimientos y lugares. Ambas fueron igualmente valiosas, pero movilizan ecuaciones distintas de experiencia y expectativa. En cada caso traté de dar precisiones datando el origen de la fuente. Pero, además de esta dimensión técnica, la decisión de considerar a todas como parte de las historias simultáneas que se tejen en el espacio es consistente con la noción de la historicidad como una serie intrincada de capas temporales. Se trata de relatos, en el sentido básico de ser textos referenciales con temporalidad y espacialidad representada (Ducrot y Todorov, 2003: 340), que atraviesan y organizan lugares, los seleccionan y los reúnen, y

al mismo tiempo son recorridos y atravesados por actores que dejan huellas que pueden ser interpretadas.¹⁵

Poner aparte... ¿Por qué estos capítulos y no otros?

Cada uno de los seis capítulos de este libro describe y analiza un episodio o una serie de episodios de acción colectiva popular relacionados entre sí, reconstruidos a partir de material documental, y teniendo en cuenta diferentes aspectos y variantes con respecto a sus dimensiones espacio-temporales. Para ingresar en cada acontecimiento, tomé la decisión de partir del punto de vista de uno de los actores protagonistas y luego, reconstruir el proceso teniendo en cuenta los puntos de vista de otros actores involucrados. La organización de estos capítulos no fue dictada por el azar, sino que desarrolla una secuencia cronológica entrelazada con las distintas series temporales de cada acción colectiva. Son acontecimientos que marcaron el espacio y el tiempo, influyeron en la política contenciosa de las clases populares en el Gran Buenos Aires y le dieron su especificidad local conectándola con procesos de escala nacional.

La decisión de adoptar esta estructura expositiva intenta poner de relieve la perspectiva que recorre esta investigación, según la cual la acción colectiva se teje como un paño de hiladas superpuestas de diferentes grosores y texturas, que activan temporalidades y espacialidades que exigen una mirada relacional y multidimensional para comprenderlos. Cuando comencé esta investigación, mi objetivo era tomar como punto de partida los conflictos territoriales de la década del ochenta y avanzar hacia el presente dando cuenta de las mutaciones de la acción colectiva popular. Pero mientras profundizaba en la búsqueda, sentía cada vez más intensamente la necesidad de retroceder más y más en el tiempo. Era como si estuviera frente a un tapiz cuyo tejido estaba terminado, pero en la medida que lo iba observando con mayor detenimiento, descubría una serie de hilos ocultos que articulaban, a la manera de una urdimbre, experiencias

15 Para un análisis metodológico de cómo se realizó el trabajo de documentación, ver Pinedo (2018).

a primera vista muy disímiles, en un marco temporal bastante amplio y, en muchos sentidos, muy cambiante. Comencé entonces a ir de 1989 hacia atrás, hasta la década del sesenta, como si fuera dando vuelta el tiempo. La investigación avanzaba retrocediendo. De esa manera, recuperaba un hilo conductor: a la dimensión horizontal sincrónica de la trama se le agregaba progresivamente la dimensión vertical diacrónica de la urdimbre, y unía, a través del tiempo, experiencias y prácticas aparentemente diferentes y alejadas. A veces, los propios actores involucrados en un acontecimiento y otro desempeñaban con sus propios recorridos la función de la urdimbre a partir de la cual se abrían y entrelazaban tramas paralelas.

Para nuestra cronología convencional, las huelgas de 1974-1975 y las acciones de resistencia obrera después de 1976, la creación de las diócesis católicas en el sur del Gran Buenos Aires durante los sesenta y setenta, la apropiación de la liturgia religiosa por parte de las Madres de Plaza de Mayo y las tomas de tierras de la década de los ochenta responden a procesos específicos y disímiles, y sin negar que tenemos suficientes razones para seguir manteniendo esta tesitura, creo que el aspecto temporal y espacial delineado por la multiplicidad de perspectivas que se ponen en acto en la acción colectiva exige quebrar esa cronología lineal y dejarse llevar por las múltiples temporalidades que evocan, sostienen y componen las relaciones que establecen los actores sociales en la vida real. La cronología es una necesaria estilización del tiempo a los fines analíticos, pero la vida real está cargada de múltiples temporalidades que, a veces, ni siquiera alcanzamos a comprender, aunque intuimos su presencia. ¿Si esto es así en nuestra vida, por qué no lo sería en la acción colectiva? Como sostiene Elizabeth Jelin (2004), para analizar la dimensión temporal de la acción debemos multiplicar por tres: abordar en simultáneo la duración de los procesos, la formación de los colectivos sociales y el pliegue y repliegue de las biografías personales. Traté de sostener en cada capítulo este procedimiento todo lo que fue posible, habilitado por el material documental que recogí. Según Michel de Certeau (1999), la escritura de la historia implica una operación práctica del que escribe: tomar y apartar del flujo continuo del tiempo un trozo de documento o testimonio e

interrogarlo para contar una historia, transformar una huella en un indicio y una serie de indicios en el soporte de un relato. Hice todo el esfuerzo que estuvo a mi alcance para mantener de modo ostensible el carácter polifónico y polimorfo de la acción colectiva. En el camino, aprendí que en los procesos históricos, a la manera de los archipiélagos, las cosas pueden estar relacionadas no solo por lo que tienen de semejante o idéntico, sino por aquello que las separa y las diferencia. Urdimbre y trama son términos solidarios, como el tiempo y espacio en su relación recíproca son movimiento y el resultado del movimiento.

En el primer capítulo, “Esa zona maravillosa”, abro con una descripción e interpretación de las protestas obreras durante el bienio 1974-1975. Intento analizar el protagonismo que adquirieron las comisiones internas de fábrica y los cuerpos de delegados como promotores de la movilización de la clase obrera durante la crisis del Pacto Social, y tomo como hilo conductor el caso de los obreros de la Cristalería Rigolleau en Berazategui. En el segundo capítulo, “Brazos caídos”, exploro las mutaciones de la acción colectiva de la clase obrera en relación con las estrategias de control global del espacio de los dispositivos represivos del terrorismo de Estado tras el golpe del 24 de marzo de 1976. Me explayo sobre las formas de control y represión en el ámbito industrial, presto atención a las prácticas de resistencia de los obreros de Peugeot y Rigolleau y me detengo en las formas del activismo político clandestino. En el tercero, “No dejarse arrastrar por las muchedumbres”, describo la construcción de redes de solidaridad promovidas por la Iglesia local que operaron como urdimbres y espacios de refugio de la acción colectiva popular durante la dictadura y se extendieron hacia el primer período democrático. Analizo el papel de la Iglesia en la producción social del espacio a través de la creación de diócesis, y exploro sus antecedentes en la formación de la diócesis de Avellaneda y la posterior creación, a mediados de 1976, de la diócesis de Quilmes. En el cuarto capítulo, “No todos viven a la luz”, pongo el

foco en los relatos e interpretaciones de los servicios de inteligencia policial sobre las manifestaciones que se desplegaron en el bienio 1980-1981, y las pujas más o menos veladas entre las autoridades y las posturas religiosas y las prácticas de movilización colectiva promovidas o respaldadas por el clero de la diócesis de Quilmes. Le doy relevancia al lenguaje utilizado por los servicios de inteligencia para interpretar estos acontecimientos y a las diversas prácticas colectivas que eran puestas en juego por los manifestantes en un contexto represivo. En el quinto capítulo, “Como nuevas Marías”, me detengo en las apropiaciones de los rituales y la simbología católica por parte de las Madres de Plaza de Mayo, en el marco de las actividades realizadas por la Comisión de Paz y Justicia de la diócesis quilmeña, entre 1977 y 1981. Intento examinar el lenguaje religioso utilizado por las madres y las formas de acción desplegadas para encontrarse con otros familiares, lograr cohesión interna e incluso desafiar con la denuncia pública a las posiciones que consideraban moderadas o tímidas frente a los crímenes cometidos por la dictadura. En el sexto y último capítulo, “¿Por qué vinieron?”, estudio los repertorios discursivos y prácticos de las ocupaciones de tierras entre 1981 y 1989, e incorporo al punto de vista de los ocupantes de terrenos la tensión y disputa con los vecinos de los barrios lindantes. Busco situar estos conflictos en una discusión más amplia sobre la génesis social de la dicotomía vecinos y villeros en el Gran Buenos Aires. En la conclusión, retomo algunos aspectos generales con respecto a las dimensiones espaciales y temporales de la acción colectiva relacionados con los hallazgos principales de la investigación.

Capítulo 1. “Esa zona maravillosa”

El 25 de Julio de 1975, el obrero Nelson Collazo envió a sus compañeros una carta desde la cárcel de Resistencia, Chaco, donde hacía meses se encontraba preso a disposición del Poder Ejecutivo, acusado de infringir el artículo 5° de la Ley N° 20840, por incitar a huelgas y conflictos gremiales:¹⁶

Compañeros:

Extraño mucho no estar presente físicamente junto a todos en esta lucha de los trabajadores organizados y en general de toda la clase trabajadora, que es el pilar del mañana.

Yo estoy enclaustrado entre rejas por estar en la lucha sindical, defendiendo los derechos míos, de obrero, que son los derechos de la clase trabajadora. Como conozco a los obreros del vidrio, sé lo que dan y cuánto dan, y lo que van a dar para sacar adelante esta lucha sin cuartel que viene desarrollando este gobierno contra la clase más humilde, que somos nosotros, la clase trabajadora. Tengo el honor de presidir la Agrupación Naranja, y tener esa maravillosa Comisión que es insobornable y justa, defendiendo todos los pormenores que surjan contra los obreros, y siempre al frente, como es su deber.

16 La Ley N° 20840 “Seguridad Nacional: penalidades para las acciones subversivas en todas sus manifestaciones” fue sancionada el 28 de septiembre de 1974 y promulgada el 30 de septiembre del mismo año. En su artículo 5° dictaminaba: “Se impondrá prisión de uno a tres años, a los que luego de declarado ilegal un conflicto laboral, por la autoridad competente, instiguen a incumplir las obligaciones impuestas por dicha decisión”. Disponible en <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/70000-74999/73268/norma.htm> (consultado el 21/9/2016).

Hoy estoy emocionado por haber recibido esas líneas que tanto esperaba de la Comisión Interna y de los obreros en general, que me han hecho poner la piel de gallina. Tanto me fortifica y tanto bien me hace en estos momentos, al saber que los kilómetros que hoy nos separan no son obstáculos para separarnos, sino para unirnos cada vez más. Quiero hacerles saber que donde estén los obreros, yo espiritualmente estaré entre ustedes. Y cuando se me de la libertad que tanto ansío, quiero apretujarme con los obreros amigos, que son todos, sin diferencias de color ni banderas, con toda la honestidad de lucha con causa, por un pasar mejor para la clase trabajadora, para que no volvamos al pasado, en seguir siendo esclavos, sufriendo penurias y castigos, sin otra cosa que un pedazo de pan como parte de pago.

Quiero que les hagan llegar un abrazo fraternal a esa digna Coordinadora que tanto bien está haciendo por nuestros derechos de clase, defendiendo nuestros reclamos reivindicativos contra esta inflación que venimos sufriendo los más humildes, los obreros en general, y donde también se pide por mi libertad. Yo he visto mi nombre, en diarios capitalinos, junto a otros dirigentes que pagan como pago yo, con la cárcel, el haber luchado por los justos derechos de los trabajadores. Quiero, por intermedio de Ustedes, hacer llegar a toda esa zona maravillosa, a Peugeot, Ducilo, Sniaffa, Alpargatas [...] y demás fábricas, un fuerte abrazo del “Uruguay” con corazón, y Hasta el triunfo no paramos.

Por intermedio también de esta nota, donde estoy cada vez más entregado a recordarlos, también un fuerte abrazo a todos los empleados y empleadas de Rigolleau, que sé también se plegaron cuando a mí me detuvieron. Gracias.¹⁷

Collazo formaba parte de una lista de dirigentes obreros que habían sido encarcelados en el transcurso de los álgidos conflictos de 1974 y 1975.¹⁸ Su carta condensa algunos aspectos que me propon-

17 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, p. 31.

18 Esa lista incluía al secretario de la comisión interna de SALAR y referente de la Coordinadora Interfabril de la Zona Sur, Francisco Virgilio Gutiérrez, detenido en noviembre de

go desarrollar en este capítulo con respecto a la acción colectiva de los obreros industriales del sur del Gran Buenos Aires. Collazo había ingresado a trabajar en Cristalerías Rigolleau en 1968. Cuando fue apresado por una dotación de la Policía Federal dentro de la fábrica, el 6 de mayo de 1975, ya gozaba de cierto prestigio entre los obreros y los empleados de la firma. Los servicios de inteligencia de la Policía bonaerense calificaban este reconocimiento bajo el lema “posee alto poder de atracción de masas”, con lo que intentaban explicar por qué su detención en el mismo momento que se incorporaba a su turno laboral había provocado una conmoción generalizada y había dado lugar al paro y a la toma de la fábrica. “Cada vez más entregado a recordarlos”, les retribuía con agradecimiento la solidaridad de aquel momento a los empleados de la firma que se habían plegado a la medida junto con los obreros. La insistencia en la afirmación de su identidad individual y su pertenencia colectiva, “defendiendo los derechos míos, de obrero, que son los derechos de ustedes”, se combinaba con un sentido de lugar al establecer un contraste entre esa estadía forzosa en una cárcel lejana y una localización simbólica en una geografía acotada y cercana, *esa zona maravillosa* configurada por una serie de fábricas cercanas entre sí, “Peugeot, Sniaffa, Ducilo, Alpargatas...”, en la que esperaba “apretujar(se) con los amigos obreros cuando le dieran la libertad”. Un lugar, pero también una historicidad. “Para que no volvamos al pasado, viviendo como esclavos, sufriendo penurias y castigos, hasta el triunfo no paramos”, sentenciaba abriendo una expectativa al futuro en la misma proporción que dictaminaba una clausura del pasado.

La carta de Collazo abre un espacio, crea un teatro de acciones, identifica la legitimidad de sus actores, recita una breve genealogía e imagina un futuro. Ciertamente que, tras bambalinas, como fantasmas en una obra de teatro victoriano, se alude a otros: los que lo detuvieron, que también cumplirán un doble papel en el desarrollo de la contienda y en su registro, si finalmente develamos que esta carta fue hallada en un legajo de espionaje policial.

1975 y luego puesto a disposición del Poder Ejecutivo, que permaneció preso en la Unidad Penitenciaria n° 9 hasta 1981.

Pero la metáfora del teatro, a la hora del análisis de la acción colectiva contenciosa, requiere una diferenciación con respecto al arte dramático. Los actores no disponen del escenario, si entendemos que las circunstancias históricas, las estructuras de poder y los entramados sociales son parte de la escena: es aquel el que dispone de ellos. En cierta manera, la carta del obrero encarcelado es la condensación en su propia escritura del esfuerzo subjetivo por abrir una hendidura para ingresar por fuerza propia en ese teatro. Esfuerzo que transformaba una localización industrial en un lugar, un espacio donde se urdían prácticas colectivas y relatos de lucha.

A partir de la carta de Collazo se pueden desprender algunas preguntas que nos sitúen en una cronología asociada al lugar. ¿Cómo era el sur del Gran Buenos Aires al promediar la década del setenta? ¿Qué imagen se tenía de su desarrollo industrial? ¿Por qué diferentes sectores de poder comenzaron a ver los movimientos de los obreros como una amenaza al orden? ¿Qué papel tuvo en este proceso la transformación de los repertorios de acción colectiva de las clases trabajadoras? ¿Quiénes eran los trabajadores que protestaban? ¿Cómo lo hicieron? ¿En qué espacios? ¿Cómo estaban organizados? ¿Qué relaciones de poder y solidaridad mantuvieron con otros actores? ¿Cuáles eran sus intereses y estrategias? ¿Con quiénes interactuaron? ¿Dentro de qué límites? ¿Con qué resultados?

Estas preguntas organizan este capítulo que pretende explorar las formas de acción colectiva de los obreros industriales en los prolegómenos de la última dictadura, trazar un panorama histórico de la forma que asumió el conflicto social en los años previos al golpe y concentrarnos específicamente en el momento más álgido, cuando se cristalizaron transformaciones sociales de más larga data con una determinada coyuntura política y económica. Para ello, vamos a ingresar siguiendo el desarrollo de un conflicto particular en la fábrica Rigolleau, que, dadas sus características específicas, nos permitirá iluminar algunos aspectos de la acción colectiva de los obreros industriales en la zona sur del Gran Buenos Aires.

Industria y territorio

La radicación de industrias transformó estructuralmente el territorio ubicado a la vera del ferrocarril que unía la Capital Federal con la ciudad de La Plata, durante las primeras décadas del siglo XX. La industrialización fue uno de los vectores fundamentales en el proceso de urbanización de la periferia que rodeaba a la ciudad puerto.¹⁹ Al ingresar a la década del cuarenta, el desborde de las actividades manufactureras hacia el sur ya había modificado el paisaje urbano de Avellaneda, transformándolo en un distrito industrial dinamizado por una industria textil pujante y que salpicaba de establecimientos fabriles a otros distritos más al sur. La existencia del ferrocarril facilitaba el traslado de la mano de obra y garantizaba la salida rápida de sus productos. La secuencia de urbanización comenzaba con la estación, seguía con la empresa, continuaba con el pueblo que se formaba a su alrededor y culminaba con la fusión del conjunto con el damero urbano (Schvarzer, 1987). En la primera década del siglo XX, se desplazó hacia Quilmes, una zona de quintas y de explotación ganadera, la maltería y cervecería que adoptaría el nombre del lugar. Para cubrir sus necesidades de botellas, se instaló un poco más allá, en la estación Berazategui, la Cristalería Rigolleau. El arribo de estas empresas motorizó el proceso de suburbanización: la industria necesitaba una infraestructura que la localidad aún no tenía. Se instalaron servicios esenciales para el funcionamiento de las fábricas y del pueblo, electricidad, agua y caminos, y atrajo a su vez población obrera y nuevas fábricas, creándose así un entramado productivo, un mercado de trabajo local y los barrios obreros (Russo, 2011).

Este proceso respondía al impulso particular de los empresarios que trataban de explotar las oportunidades que generaba el crecimiento del mercado interno, maximizando los beneficios de los

¹⁹ Los otros dos vectores hasta la década del sesenta fueron el acceso a la tierra urbana y la vivienda, y el desarrollo de una red de transporte. Por otra parte, en los distintos planes para el conurbano de los años cuarenta y cincuenta (planes influenciados por el planeamiento regional modernista, que dividía y espacializaba funciones), el sur era el eje industrial, el norte, recreativo y el oeste, residencial.

predios grandes y baratos disponibles más allá de la Capital, que permitían bajar los costos y agrandar la escala. La crisis económica de 1930 y la Segunda Guerra Mundial provocaron una gran restricción en el acceso a insumos y maquinarias importadas, lo que impulsó un aumento enorme de la producción y de la mano de obra empleada, mientras se reforzaba la heterogeneidad industrial previa en la que convivían las grandes empresas con gran cantidad de talleres surgidos al amparo de la protección de hecho que brindaba la crisis. La industria textil y de alimentos lideraban el proceso, pero la producción de metales y maquinarias logró dar lugar a sus primeros desarrollos. El despliegue de la industria se verificó principalmente en el primer cordón del conurbano bonaerense. Avellaneda, considerada la primera ciudad industrial de la provincia, concentraba más de la mitad de los establecimientos y los obreros, también Berazategui, Lomas de Zamora, Lanús y Quilmes habían experimentado, por ese entonces, un fuerte crecimiento (Rougier y Pampin, 2015).

A fines de la década de 1930, en Berazategui, se instalaron grandes empresas como la textil estadounidense Ducilo (del Grupo Du Pont), mientras que su competidora francesa Rhodia Seta, Textilia y la Suizo Argentina lo hicieron en Quilmes. En Bernal, había un núcleo textil encabezado por la hilandería de algodón La Bernalesa, que concentraba una gran cantidad de obreros. Con el impulso crediticio y el incremento del salario real durante los primeros años del gobierno peronista, la tradicional firma Alpargatas, que tenía una fábrica en Barracas, construyó una enorme planta en Florencio Varela para la fabricación de calzado deportivo, botas de goma y calzado de seguridad. Así, empresas que tenían en la Capital Federal un puñado de pequeños establecimientos sucesivamente anexados, pasaban a tener grandes fábricas en un único predio ubicado en el conurbano bonaerense, ahora como parte de una política planificada desde el Estado (Rougier y Pampin, 2015).

En la etapa desarrollista, le tocó despegar a la industria metal-mecánica y automotriz. Si bien la promoción de instalación masiva de industrias privilegió otros territorios del Gran Buenos Aires (corredor norte) y del país (Córdoba, el cordón industrial del Pa-

raná, Ensenada, otros polos de desarrollo de la Patagonia), siguieron instalándose algunas empresas en la zona sur. Peugeot puso en funcionamiento una gran planta de producción de automóviles y pick up en Berazategui, sobre la Ruta Provincial N° 2, y el entramado industrial metalmecánico siguió su curso de desarrollo con la aparición de nuevos talleres y algunas fábricas. En Quilmes se instaló, entre otras, la fábrica de termotanques Saiar.

Hacia la década del setenta, la zona sur era una importante área industrial donde se ubicaban plantas fabriles de grandes empresas de capital nacional y transnacional. Algunas de esas empresas poseían grandes planteles de obreros y se vinculaban con diferentes sectores de la producción manufacturera. Algunas de esas empresas llegaron a emplear miles de obreros: Safrar-Peugeot llegó a tener casi seis mil trabajadores, Alpagatas o Rigolleau rondaron entre los mil quinientos y tres mil operarios.²⁰ La industria empleaba al 50%

20 Peugeot, como tantas otras automotrices internacionales, había puesto sus ojos en la Argentina debido al desarrollo que había alcanzado el país unos años después de la Segunda Guerra Mundial, y la demostración de ello era el éxito alcanzado por las ventas del modelo 403. En 1958, la casa francesa otorgó a la empresa de capitales nacionales IAFA, una licencia para armar ese modelo en el país. El 17 de noviembre de 1960, el primer automóvil Peugeot armado localmente fue presentado por IAFA en el I Salón del Automóvil Nacional. Paralelamente, y siguiendo una secuencia lógica basada en el aumento de las ventas, se iniciaron los proyectos para la instalación de una planta de fabricación. En octubre de 1961, los directivos de IAFA invitaron a un grupo de periodistas a visitar las obras de construcción de la planta que, con una inversión prevista de 10 millones de dólares, se estaban realizando en la localidad de Berazategui. En 1964, la sociedad nacional IAFA entró en una severa crisis económica que obligó a la casa francesa a tomar el control de la operación argentina a través de la sociedad SAFRAR (Sociedad Franco Argentina de Automotores), constituida el 30 de diciembre de 1964. Estaba integrada por la Société Anonyme des Automobiles Peugeot y por la Société Anonyme André Citroën, y era presidida por Georges Malleret. IAFA, sin embargo, continuaba siendo la propietaria de la planta de Berazategui, que era ahora alquilada por SAFRAR. A partir de 1966, la sociedad SAFRAR se consolidó bajo la presidencia de Paul Perrin. Contaba con una planta de 70.000 metros cuadrados cubiertos que empleaba a cinco mil personas (entre ellos, 34 ingenieros franceses), al tiempo que se anunciaba una nueva inversión estimada en 20 millones de dólares. En 1978, los franceses (aún radicados en Berazategui) deciden achicar su apuesta en la Argentina y comienzan a negociar con Fiat (establecida en El Palomar) para fusionar su funcionamiento en este mercado. En 1980, en el marco de la Ley de Reversión Automotriz de 1978, ambas automotrices fundan Sevel, cuyo primer presidente es un francés: Charles Barthier. En 1981 se incorpora al directorio, como presidente, Franco Macri. En 1982 Sevel cierra su planta de Berazategui, centraliza su producción en la fábrica de El Palomar y Macri se hace cargo del paquete mayoritario de Sevel.

de la mano de obra residente en Berazategui y apenas un poco menos de los distritos linderos de Quilmes y Florencio Varela. Existían en la zona cerca de dos mil quinientos establecimientos industriales en los que trabajaban más de sesenta mil obreros, entre metalúrgicos, automotrices, alimentación, textiles, químicos, aceiteros, papeleros, perfumistas y frigoríficos, en una población que entre los tres municipios no alcanzaba a los seiscientos mil habitantes.²¹

La producción de un orden benevolente

Sobre el soporte material de esta transformación también se produjeron ciertas imágenes del sur del Gran Buenos Aires que antecieron a los tópicos de la pobreza, la inseguridad y la fragmentación que estructuran las representaciones geográficas sobre el Gran Buenos Aires en la actualidad. Ramiro Segura utilizó el concepto de *imaginación geográfica* para estudiar las representaciones y significaciones que se produjeron y circularon sobre el conurbano bonaerense a partir de 1976. Para ello, sugiere una mirada sobre el territorio que no descansa solamente en una noción de realidad urbana, sino que trate de captar las diversas narrativas (y prácticas) administrativas, técnicas, políticas, mediáticas y literarias, con temporalidades específicas que crean, producen o construyen imágenes sobre el Gran Buenos Aires que, a la postre, resultan organizadoras de la forma en que diferentes actores *ven y actúan en* la ciudad (Segura, 2015b). Pero mientras Segura señala que desde finales de la década del setenta los imaginarios hegemónicos transforman al conurbano en el *locus* de la crisis, la pobreza, el clientelismo y otros tópicos negativos, todavía en la década del sesenta podemos encontrar discursos públicos que creaban imágenes del sur del Gran Buenos Aires como *locus* de la modernización urbana generada por el desarrollo de la industria.

21 Fuentes: Indec, Censo Nacional Económico 1985, variación intercensal 1974-1985 y Censo Nacional de Población 1980, Variación Intercensal 1970-1980. Como analizaremos en otros capítulos del libro, salvo en el distrito de Quilmes, aún no se había dado el acentuado crecimiento demográfico que se experimentaría en las décadas posteriores.

El discurso empresario de Cristalerías Rigolleau contribuyó a crear esas imágenes de progreso y modernización. La familia de inmigrantes franceses Rigolleau había inaugurado la manufactura del vidrio en el país, a finales del siglo XIX. En 1964, la empresa contrató los servicios de una productora de televisión para hacer un programa sobre su historia. Conducido por el periodista Andrés Percivale, el documental contribuía a forjar la imagen de una empresa que había acompañado el desarrollo del país y el crecimiento del pueblo de Berazategui. Presentaba a León Rigolleau y su familia como una burguesía emprendedora que había aportado a la formación de una argentina industrial desde sus orígenes.²²

Este capítulo de *Con Libertad Progreso*, presenta la obra realizada por quienes han dejado a la nación un legado de visión y voluntad creadora, que en esta hora tenemos el deber de recoger los hombres de la actual y las futuras generaciones. Edificios, máquinas, transportes en imponente conjunto, hablan del tamaño de este centro fabril, a cuyo influjo resurgió activa y próspera población, Berazategui. La industria del vidrio tiene raíces nutricias en toda la nación. De Salta la indómita sale el bórax, la ilustre San Juan suministra sulfato de sodio, las serranías de Córdoba y San Luis proporcionan sillimanita, feldespatos, cuarzo, dolomita, corindón, carbonato de calcio, las canteras del Río Paraná y Uruguay, arena y conchilla, del distante Neuquén se extrae sulfato de estroncio, Chubut envía su caolín, y Santa Cruz la arcilla refractaria para los imponentes hornos.

Así, la diversidad geográfica del país, representada a través de su riqueza y variedad mineral, convergía en un centro urbano definido por su tecnología industrial, que, por el impulso de una burguesía emprendedora, transformaba esa prodigalidad de la materia prima provista por todos los rincones del país en la prosperidad de una nación moderna. La humanización de las regiones, “Salta la indómita, San Juan la ilustre”, que al parecer enviaban solícitas sus riquezas minerales, completaba el efecto narrativo de una nación orgánica

22 *En libertad, progreso*, programa dedicado a la familia Rigolleau. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=tNfufeSkaeU> (consultado el 21/9/2016).

y armónica, que en esa localización urbana del Gran Buenos Aires terminaba de modelarse en un horno industrial y soldaba, de manera férrea, futuro y progreso. Amplificada en las dimensiones cuantitativas de la productividad industrial –“en el siglo XIX se hacían dos mil botellas por día, con la tecnología actual hacemos dos millones”, señala entusiasta el gerente de producción, ingeniero Isola–, la voluntad creadora de la burguesía parece alcanzar un sitio majestuoso e incommensurable que se pone de manifiesto por sus propias obras materiales descriptas en las imágenes: galpones que concentran cientos de obreros, motores que impulsan enormes mecanismos automatizados accionados por el personal operario, grandes hornos y grupos de obreros modelando el vidrio o embalando el producto en largas cadenas de montaje, camiones que inician su recorrido para despachar los productos por las tiendas de la Capital Federal. Y al final de una historia contada en veinte minutos con imágenes que se considera que “hablan por sí solas” viene el infaltable remate del discurso paternalista que ligaba a los obreros con la benevolencia y visión de sus patrones. Qué mejor testimonio que el que surge de los dichos del jefe de personal:

... hemos visitado las instalaciones de este magnífico club frente a la gran fábrica, ahora nos acompaña su jefe de personal Juan Carlos Haubman, con veintiocho años de servicio en la empresa. Señor Haubman, ¿me gustaría saber cómo surgió este club? Bueno (...) desde 1931 presidía la empresa don León Fourvel Rigolleau, y fue en 1932, cuando el país pasaba por momentos económicos angustiosos, que el personal entrevistó a don León y le pidió un frontón. Y después salieron de la reunión todos muy entusiasmados, porque no habían conseguido un frontón, sino que les había prometido un club. En efecto, un club con todo lo necesario (...) así tenemos cancha de bocha, de tenis, de básquet, de fútbol (...) es que don León tenía una fe inquebrantable en la República Argentina y además siempre miraba hacia adelante.

Rigolleau era Berazategui y Berazategui se ligaba al todo orgánico de la nación, de modo armónico y en un lugar de privilegio, gracias a Rigolleau. El pueblo era la empresa, la empresa era el pue-

blo, los trabajadores se integraban al bienestar general que aparentemente distribuía la benevolente familia empresaria. Por cierto, el héroe anónimo al que se le debían todos los resultados no podía ser otro que el mismísimo mercado, un verdadero prodigio de la iniciativa privada.

Muchas gracias a los directores, a sus empleados y a sus obreros, que nos han ayudado a exhibir cómo es la libertad de empresa, sin estatificación, sin planeamientos burocráticos, se logra la prosperidad de naciones e individuos (...) León Rigolleau y su sobrino hicieron toda la gran obra que vimos sin regimentación económica y sin dirigismo estatal.

Sin embargo, al mismo tiempo que era difundido este programa apoteótico y apologetico de la familia Rigolleau en la televisión nacional, la empresa estadounidense Corning Glas adquiría parte del capital accionario de la cristalería y empezaba a introducir los primeros cambios en la organización y gestión del proceso de producción. Se iniciaba un período de ajuste en la industria del vidrio. A partir de allí, la reducción del número de obreros y empleados, la ralentización del crecimiento de los salarios, así como la tercerización de distintas etapas del proceso de elaboración de las manufacturas del vidrio, pasarían a ser las principales estrategias defensivas en un contexto de pérdida de cuotas de mercado en manos de otros productos, como el plástico, y un paulatino retraso tecnológico.²³ A pesar de ello, la emblemización de la empresa y su orden laboral como base de un discurso comunitarista y consensual siguió siendo parte de las descripciones habituales que la ligan con el territorio.

La fábrica de vidrio, como polo de referencia de un micro-territorio con sus chimeneas, silos y edificios, se impuso físicamente en el orden preciso de una zona industrial construida a sus pies. Cristalerías Rigolleau se estableció 1906 en un territorio casi despoblado y dio origen a la localidad industrial de Berazategui.

23 La industria del vidrio entró en crisis ya en la década del cincuenta del siglo XX por razones tecnológicas y sustitución de productos. Los convenios colectivos se caracterizaron por ser menos protectores de los derechos laborales que el promedio de la industria durante todo el siglo XX.

Allí se instalaron las familias de los trabajadores inmigrantes, herederos de métodos artesanales que contribuyeron a la creación de la industria del vidrio argentina. En sus 127 años de existencia, la empresa atravesó diferentes fases de marchas y contramarchas que dejaron una marca indeleble en la vida de la comunidad local [...] Se reconoce a la cristalería como formadora de generaciones de trabajadores que aprendieron en sus talleres y sus instituciones educativas la disciplina del trabajo fabril y los saberes específicos y las formas de organización social. [...] La fábrica de vidrio es parte del mito fundador de la región donde se estableció hace más de un siglo y aún hoy sigue siendo el elemento característico que marca, material y simbólicamente, una línea de continuidad y pertenencia (Russo, 2011: 378).

Por debajo de este discurso civilizatorio atribuido al territorio modificado por la industria, los movimientos de los obreros en las fábricas, en especial los de la empresa Rigolleau, a fines de la década del sesenta y principios de la del setenta, ponían en contradicción un relato que situaba a las empresas y al territorio que ellas habían contribuido a transformar como matriz generadora de un mundo laborioso, organizado, disciplinado y consensual. Un modelo de civilización territorial, sin tensiones ni conflictos, era puesto en entredicho. Como el vidrio, que es un líquido cuyo movimiento es imposible de detectar a simple vista, fluía el descontento entre los obreros.

Espiando a los obreros

Al descender a los archivos de la Policía bonaerense, nos encontramos con la contracara, y el necesario contrapeso, del imaginario consensualista. Desde 1962, el servicio de información de la Policía provincial había puesto atención a las huelgas que se sucedían en Rigolleau. Bajo la consigna: "... una sola noticia administrada a tiempo, una huelga innecesaria o políticamente coordinada, abortada en los momentos de su planeamiento por su oportuna comu-

nicación y las resoluciones que en base a ese conocimiento puedan adoptar las autoridades pertinentes”.²⁴

La policía escudriñaba cada establecimiento fabril de la provincia de Buenos Aires. Los agentes del servicio registraban conflictos, chequeaban a los obreros que los protagonizaban; establecían series y comparaciones con paros o huelgas en una misma zona o sector de industria para valorar la sistematicidad o no de las acciones de protesta; indagaban la afiliación gremial e ideológica de los activistas, los dirigentes y los gremios; y advertían a las autoridades en caso de deducir que los conflictos eran el emergente de “infiltración y perturbación sistemática de extremistas en el ámbito gremial”.²⁵ Aunque, en numerosas ocasiones, la policía no hacía más que corroborar las medidas disciplinarias adoptadas por las mismas empresas para expulsar de su trabajo a los obreros díscolos.

“Apersonados en dicho establecimiento nos atendió en la emergencia el señor jefe de Personal de Rigolleau Juan Carlos Haubman quien manifestó que los obreros no serían reincorporados por tratarse de individuos que profesaban la ideología comunista”, escribió en un memorándum el comisario inspector de Berazategui, para informar a la sede central el destino de tres obreros identificados como los líderes de la huelga de 1962. En 1968, otra huelga volvió a paralizar las actividades. En esta ocasión, los despedidos superaron los doscientos. A principios de 1971, la empresa volvió a despedir a doscientos cincuenta operarios más y los obreros fueron nuevamente al paro y, en consecuencia, los despidos recrudecieron. Durante toda la década del sesenta, la empresa estableció el mismo patrón disciplinario de regulación de los conflictos basándose en los despidos de los obreros y del personal que se plegaban a las medidas de fuerza. Todas estas situaciones habían generado un fuerte malestar entre los obreros y acusaciones cruzadas sobre las responsabilidades de los delegados.

24 CPM, Fondo DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa Doctrina, Legajos sin clasificar, caja 3099, legajo s/n. Asunto: “Desarrollo del Programa de la Materia *Informaciones*”.

25 Ídem.

... el compañero José Lagar fue despedido por falta de colaboración y deslealtad con la empresa. El compañero Lagar era eso, compañero con mayúscula. Sin pelos en la lengua, sin temor, que no callaba las injusticias, las violaciones y que ahí donde estaba la más difícil siempre estuvo, firme junto a sus compañeros. Eso es LEALTAD; pero al compañero Lagar lo despidieron con el insólito argumento de la deslealtad, para con la empresa, claro está y lo que es peor con el beneplácito o tal vez la solicitud de la Comisión. Aquí cabe una reflexión muy simple. Si la Comisión avaló el despido de quien era leal con sus compañeros y desleal a la empresa, entonces la comisión es leal a la empresa y desleal con sus compañeros. Esto tiene un solo nombre, se llama traición.²⁶

Estas divisiones también se manifestaban en las elecciones de comisiones internas, en las que participaban varias listas y los ganadores se alzaban con el triunfo por un margen estrecho de votos. En 1974, corrientes obreras de oposición al oficialismo gremial se lanzaron a la disputa electoral por lugares en las comisiones internas de la fábrica y en los cuerpos de delegados. Si bien desde principios de la década se registran grupos, agrupaciones y activistas obreros que disputaban con las dirigencias peronistas tradicionales en numerosas plantas industriales de la zona, la presentación efectiva de listas alternativas en las elecciones de comisiones y delegados de fábrica en 1974 muestra un mayor grado de organización y una acción mucho más decidida. La emergencia de una agrupación de obreros más combativos en Rigolleau fue la decantación de un proceso de conflictos internos entre los delegados gremiales que pertenecían a una misma agrupación ligada al sindicato.

Disidencias

En el marco general de un crecimiento de corrientes obreras en disputa con el sindicalismo peronista ortodoxo en diferentes fábricas

²⁶ *Los leales y los traidores* (1971), Agrupación Juventud Peronista de Rigolleau (sic), adherida al comando Berazategui de la Juventud Peronista, CPM-FONDO DIPPBA División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, p. 8.

cas de la zona, en noviembre de 1974 un grupo de jóvenes obreros hasta ese momento integrados a la lista celeste, agrupamiento oficial del gremio, decidieron crear una nueva agrupación y confeccionar una lista para competir en las elecciones a comisión interna.

Un aspecto nodal para comprender la persistencia de la acción colectiva de las bases obreras está en la formación de las comisiones de delegados o comisiones internas en las plantas fabriles, una característica específica de las formas de organización sindical de base de la clase obrera argentina. Algunos autores consideran este aspecto como una singular experiencia de democracia obrera, mientras que otros, en una tónica más revolucionaria, las valoran como el germen de un doble poder. Impulsadas por los activistas obreros comunistas de la década del treinta, los cuerpos de delegados y las comisiones internas experimentaron numerosas mutaciones en los años peronistas, en los años antiperonistas y en los años del retorno del peronismo, pero podríamos decir que resultaron una constante desde el punto de vista del poder obrero a nivel del proceso de explotación de la fuerza laboral en las plantas industriales.²⁷

Aunque la Policía bonaerense caracterizaba a la Lista Naranja como “encuadrada en el trotskismo”,²⁸ el testimonio de sus participantes habla de un agrupamiento de jóvenes trabajadores con diversas orientaciones ideológicas. El propio Ignacio Pérez, elegido secretario general de la comisión interna por la Lista Naranja, había acompañado a Nicolás Marino, secretario general de la comisión ejecutiva de la seccional Berazategui del Sindicato de Obreros de la Industria del Vidrio y Afines (SOIVA), como secretario de organización en la Lista Celeste, corriente oficial del gremio, identificada plenamente con el sindicalismo peronista en las elecciones de co-

27 Para un repaso de la historia larga de las comisiones internas y su significación en las luchas sindicales de la clase obrera argentina, ver Basualdo (2010).

28 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, p. 24. La participación de obreros como Luis Angelini, vinculado al PRT y Nelson Collazo, reivindicado luego por Vanguardia Comunista, habilitaban esta caracterización. Sin embargo, en el marco del código de sentido utilizado en este documento el *encuadramiento trotskista* que le atribuye el agente policial en la valoración de la situación es un modo de simplificar la filiación de los *elementos radicalizados* y darle sentido a su *acción subversiva* desde el punto de vista policial, antes que una descripción precisa de las características del agrupamiento sindical.

misiones ejecutivas de todas las seccionales del sindicato realizadas el 30 y 31 de Octubre de 1973.²⁹ Posteriormente, Ignacio Pérez y Carlos Vidal se habían alejado de la agrupación oficialista por diferencias con Nicolás Marino en cuanto al modo de llevar adelante los reclamos salariales con la empresa y el estatus que debían tener las convocatorias a asambleas de trabajadores en la fábrica. La reforma de la ley de asociaciones profesionales impulsada por Perón en su retorno al Gobierno daba mayor poder a las organizaciones y a los dirigentes sindicales, en detrimento de la autonomía de los núcleos de activistas y obreros en el nivel de la fábrica, para entablar negociaciones con la empresa e impulsar medidas de fuerza a partir de decisiones adoptadas en asamblea. Esta nueva situación legal, desfavorable para las prácticas de movilización de los delegados de base, configuró un eje de disputa entre los activistas legitimados por el apoyo de sus compañeros de fábrica y por la representación directa que ellos ejercían de las demandas acumuladas durante años por los trabajadores (y que era la fuente misma de su legitimidad) y los dirigentes ubicados en posiciones de dirección de los sindicatos regionales y nacionales que habían asumido el compromiso de garantizar el Pacto Social promovido por Perón, lo que congeló por dos años las negociaciones paritarias.³⁰

En este contexto, con fuerte apoyo de obreros respetados como Nelson Collazo y algunos militantes peronistas y trotskistas, la Lista Naranja desplazó de la comisión interna de Rigolleau a los miembros de la Lista Celeste, representantes del oficialismo apoyados por la seccional local y el secretario general del SOIVA, en manos del peronismo ortodoxo.³¹ Por su parte, los representantes comunistas

29 *Cristal*, publicación oficial del Sindicato Obrero de la Industria del Vidrio y Afines de la República Argentina, año 2, n° 2, enero de 1974, p. 12.

30 Para evaluar el impacto de este marco legal en la dinámica sindical ver Torre (1983). Para una lectura de esta legislación como un modo de fortalecimiento del poder de la dirigencia sindical en el marco de una estrategia general de disciplinamiento del movimiento obrero se puede consultar a Schneider (2015).

31 La Lista Naranja incluyó a miembros vinculados al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y contó con el apoyo del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), Vanguardia Comunista y Montoneros. También participaron en ella “peronistas sin actividad política”, según la definición de su secretario general, Ignacio Pérez.

agrupados en la Lista Verde dieron su apoyo a la nueva comisión interna una vez elegida.

Sin embargo, este cambio en los representantes de base no sería un hecho aislado en Rigolleau. Otra lista combativa, esta vez con la conducción de obreros peronistas ligados a la Juventud Trabajadora Peronista (JTP Montoneros),³² ganó la elección a la comisión interna de fábrica de una importante empresa metalmeccánica de Quilmes, la fábrica de calefones y termotanques Saiar, y desplazó a la representación histórica ligada a la Unión Obrera Metalúrgica (UOM).³³ En Peugeot, una serie de agrupaciones combativas³⁴ también intentó disputar la comisión interna de reclamos y el cuerpo de delegados a la representación oficial del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA). Aunque no tuvieron éxito, conservaron una importante adhesión de los obreros y una considerable capacidad de activación de los conflictos en la propia planta. Tras los avances de las corrientes más confrontativas, el sindicalismo de base ganó grados de autonomía con respecto a los compromisos políticos asumidos por las dirigencias regionales o nacionales de sus gremios con el sostenimiento del gobierno de Isabel Perón,³⁵ lo que les permitió llevar adelante en sus propias fábricas reclamos que satisfacían demandas obreras largamente acumuladas. Cuando a mediados de 1975 se implementaron las políticas de Celestino Rodrigo y el Pacto Social ingresó en una crisis profunda, la oposición obrera a esas medidas encontró, en estas instancias organizativas, las estructuras de movilización que permitieron llevar adelante, durante varios meses, paros, tomas, marchas y manifesta-

32 Bajo esa sigla se agrupaban los núcleos de activismo gremial de base vinculados a Montoneros.

33 Su secretario general era Lorenzo *el Loro* Miguel.

34 Entre las numerosas agrupaciones de izquierda presentes en el activismo de Peugeot, las que tuvieron una actividad considerable fueron el Peronismo de Base (PB), el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y el Partido Comunista Revolucionario (PCR).

35 En septiembre de 1973, Juan Domingo Perón obtuvo mediante elecciones su tercera presidencia. El 1º de julio de 1974 murió y asumió el control de la presidencia la vicepresidenta María Estela Martínez de Perón, conocida popularmente como "Isabel" o "Isabelita", con el apoyo de la Confederación General del Trabajo (CGT) y un círculo íntimo ligado a la derecha peronista liderado por José López Rega.

ciones convocadas por la coordinadora interfábrica de la zona sur del Gran Buenos Aires.

El ascenso de una comisión interna con un perfil menos tolerante con la patronal tuvo un impacto peculiar en un espacio donde la identificación entre la empresa, la fábrica y el territorio había sido largamente trabajada en el plano simbólico, y que a los obreros les había resultado bastante difícil cuestionar. A pesar de que la década del sesenta no había estado exenta de reclamos y demostraciones de fuerza que impugnaban las políticas de la empresa, esta se las había arreglado bastante bien para combatirlos recurriendo a las solicitudes de lealtad y a la expulsión de aquellos que no se avenían con sus comportamientos al orden benevolente que propugnaba el discurso empresario, y que contaba, vale decir, con la aquiescencia de muchos trabajadores de la firma y de los vecinos y actores locales de Berazategui. Quienes generaban conflictos en la fábrica no solo afectaban a una empresa, sino, sobre todas las cosas, al pueblo de Berazategui que debía su existencia y progreso a la empresa misma, según el propio relato empresario. Pero si ese discurso había postulado de una manera casi prístina la existencia de una comunidad industrial apacible y laboriosa, la intensificación del conflicto de clases que siguió inmediatamente después del triunfo del peronismo en 1973 brindó un marco de referencia más amplio. A medida que se sucedían las huelgas, las tomas de fábrica y las manifestaciones en diferentes ciudades del país, se iba creando una nueva situación que algunos obreros percibieron como oportunidad para llevar adelante sus reclamos con repertorios de acción más confrontativos. Como señaló Daniel James: "... a despecho de una política oficial de consenso y conciliación en el plano político, en términos sociales se presenció una intensificación del conflicto de clase" (2006: 323).

La victoria electoral y las expectativas que había generado provocaron una oleada de rebeliones fabriles que invadieron todo el cinturón industrial del Gran Buenos Aires. Si bien el prestigio que Perón gozaba entre los obreros impidió un rechazo explícito a los controles salariales estipulados por el Pacto Social, los trabajadores encontraron otras maneras de trasladar la victoria política en las

urnas a ventajas propias en el lugar de trabajo, las condiciones laborales, de sanidad y seguridad, los salarios atrasados, la reclasificación de tareas y la cuestión de designar nuevas y auténticas direcciones de planta, que se plantearon como problemas a medida que innumerables quejas acumuladas en el período anterior a 1973 empezaron a ventilarse. Lejos de ralentizarse, el conflicto adoptó un nuevo ímpetu (Jelin, 1977).

El protagonismo que adquirieron las comisiones internas de fábrica en este período no debe atribuirse únicamente a una coyuntura favorable para manifestar el descontento, sino que también deben ser situadas en la historia larga de las formas de organización de la clase obrera argentina a nivel de planta industrial. Aunque con un estatus ambivalente, eran frecuentes los conflictos en los que los obreros en asambleas, coordinados por sus comisiones internas, resolvían realizar paros, huelgas o movilizaciones. En 1968, había ocurrido una situación semejante en Rigolleau: se había producido una pugna por la legitimidad de las medidas de fuerza entre los delegados de la fábrica y los dirigentes del gremio, quienes habían llegado a solicitar al Ministerio de Trabajo que los declarara en rebeldía. Situaciones similares se registraron en Peugeot desde mediados de la década del sesenta, hasta que, en 1972, algunos militantes de base fueron “quebrados” por la Policía bonaerense. En un informe en el que se valoraba la detención de dos jóvenes obreros de Peugeot, un comisario inspector decía al respecto:

Como se desprende de dichas actas resultan imputados en el hecho que nos ocupa [...], argentino, de 24 años, trabaja de Ajustador en la Fábrica de Automotores Peugeot y es Delegado Gremial de la Sección Ajuste; el otro detenido es [...], argentino, de 19 años, que trabaja en la misma Fábrica, becado del Instituto Politécnico, hermano del anterior y ambos domiciliados en calle Patagonia N° [...], de Berazategui.

Para no redundar en el contenido de las actas [...] me permito opinar objetivamente sobre este hecho, teniendo en cuenta el material secuestrado y las manifestaciones de los detenidos, lo siguiente:

a) Ambos pertenecen a la AGRUPACIÓN 1° DE MAYO, que representa la línea CLASISTA, en contraposición con SMATA;

los clasistas tienen extracción trotskista y responden a directivas de Córdoba.

b) En el lugar donde se realiza el procedimiento, se considera que se confeccionaba todo el panfleteo que en estos últimos tiempos ha circulado en Peugeot y los hermanos son quienes se encargaban de introducirlos en el establecimiento, dejarlos en los baños o lugares disimulados, para que a la vez fueran retirados por otros delegados internos de esa fábrica.

c) En el galpón (muy precario) donde funcionaban los mimeógrafos, concurría una persona a la que solo conocen (y se considera veraz) con el nombre de [...]; es evidente que este nombre es de “combate” y no trabajaba en el establecimiento; los contactos los hacían en las paradas de ómnibus o a la salida del establecimiento y hasta el momento, en sus declaraciones, manifiestan que siempre trataron con la misma persona [...].

d) Son hábiles para eludir los interrogatorios y en especial [...], pone en evidencia que ha recibido adoctrinamiento para este tipo de actividad; sus contestaciones son constantes evasivas y debido a haber sido operado hace poco tiempo de la garganta, explota hábilmente esa circunstancia.

e) La importancia de este procedimiento a criterio del suscripto, está dada porque ha sido “quebrada” una importante rama de los activistas que perturban el accionar en el establecimiento Peugeot y como queda dicho contradicen a los gremialistas de SMATA [...]

f) Eran importantes para la organización, los hermanos [...], ahora “quebrados” por la acción policial, por cuanto su actividad gozaba con la mayor cobertura, ya que uno era becado y el otro no había sido detectado como activista.³⁶

La intensificación del activismo sindical tras el Cordobazo, sumada a las expectativas abiertas por el triunfo electoral de Perón y, en tensión con lo anterior, los intentos del gobierno peronista por subordinar las acciones de protesta de los obreros a los imperativos

36 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 8. Asunto: “Safrar-Peugeot”, pp. 13-14.

gubernamentales del Pacto Social reactualizaron los debates y los conflictos en torno a las organizaciones de base de los trabajadores. La legitimidad de estas formas de organización y movilización solía provenir de los acuerdos y consensos en torno a los liderazgos que podían ejercer algunos compañeros de trabajo por su trayectoria, actitud o personalidad. En algunos casos, porque se les atribuía un carisma especial; en otros, dado el desarrollo tecnológico de la industria, porque contaban con una formación que les permitía disputar con supervisores y jefes la organización del tiempo y la intensidad de los procesos de trabajo. La apropiación de este capital de reconocimiento o de esos saberes técnicos convertía a ciertos trabajadores en “compañeros representativos” de un colectivo mayor de obreros relacionados dentro de un sector o sección de la fábrica (Harari, 2013).

Cuando la policía identificaba bajo el rebuscado enunciado de que un obrero “ejercía gran poder de atracción de masas”, como lo decía de Collazo; o si un grupo de obreros acusaba de traición a los delegados por ser leales a la empresa y desleales con un compañero despedido, como lo escribieron en un volante los jóvenes peronistas de 1968; o cuando un comisario valoraba haber identificado como activistas que “perturban el accionar de la empresa y el sindicato” a un grupo de obreros, entendían a qué se estaban refiriendo: un repertorio simbólico propio de la cultura obrera que en determinadas circunstancias y entre determinadas categorías de personas exigía ciertos comportamientos de solidaridad. Esto no quiere decir que esos comportamientos se cumplieran efectivamente y que cementaran una cohesión inquebrantable entre los obreros, sino que configuraban un marco interpretativo alternativo que podía ser utilizado para disputar y dar legitimidad a la disputa dentro del orden impuesto por el trabajo industrial, y que podía ser direccionado no solo contra los patrones o los agentes del Estado, sino que también podía servir para exigir, legitimar o impugnar una determinada actitud entre los propios trabajadores y dirigentes obreros. El discurso del orden benevolente podía desplegarse, pero no podía impedir que en determinadas situaciones conflictivas emergiera este marco interpretativo en disputa con la reclamada lealtad a la empresa.

Conflictos en las fábricas

Cuando la Lista Naranja ganó las elecciones en noviembre de 1974, el agente de inteligencia encargado de informar sobre la nueva situación en la fábrica comunicó a sus superiores que “la antigua comisión interna (la Lista Celeste) perdió el apoyo de los obreros porque no hicieron bien las cosas, y fue vulnerable a las críticas de los elementos de la otra lista”. ¿Cuáles eran las críticas a las que eran vulnerables los antiguos representantes sindicales? Ser complacientes con lo que pretendía la empresa y “no pelear por lo que quieren los trabajadores de Rigolleau: aumento de salarios, pago de francos, encuadramiento de la producción [...] constitución de la Cuarta Brigada”.³⁷ Reclamos que contradecían la estrategia defensiva que, desde mediados de la década del sesenta, estaba llevando adelante la empresa para afrontar el deterioro de sus ganancias. Y que la lista celeste había consentido, porque lo importante era “que la empresa trabaje” y hacer demostraciones de fuerza, según su perspectiva, era poner en riesgo la posibilidad de que Rigolleau le siguiera dando vida y trabajo a los vecinos de la zona. Al mismo tiempo, los activistas de *La Naranja* habían incorporado algunas demandas que molestaban al sindicato, que consistían en “conformar el cuerpo de delegados y elegir los representantes de la fábrica en las paritarias”³⁸ que comenzarían a negociarse a principios de 1975.

En febrero, la comisión interna encaró su primera prueba de fuerza: convocó a una asamblea que finalmente se realizó en el club Sarmiento, presentó varios reclamos a la empresa y, ante la negativa, convocó con éxito a un breve paro rotativo. El desafío era doble: si el reclamo apuntaba a la empresa, la asamblea y el paro interpelaban directamente al gremio. Los gerentes de la empresa comprendían la situación y luego de una corta negociación prefirieron otorgar

37 Rigolleau, *Boletín de Huelga*, PST (Partido Socialista de los Trabajadores), en CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, pp. 52-57. La constitución de la cuarta brigada implicaba, en los hechos, sumar un nuevo plantel de obreros que iba a permitir reducir las horas que debían trabajar a los que ya estaban empleados, reclamo que se extendía a diferentes secciones de la fábrica por las condiciones de insalubridad que implicaba el proceso de elaboración del vidrio.

38 *Ibidem*, p. 52.

el plus salarial y dejar que la confrontación corriera por parte de los obreros de la Lista Celeste, leales a la conducción del gremio, quienes pidieron al secretario gremial la intervención de la comisión interna por “extralimitarse en sus funciones y no cumplir con el estatuto”, al realizar una asamblea en el horario de trabajo y convocar a un paro sin autorización del gremio. La situación entró en un período de indefinición, ya que el sindicato nacional y el Ministerio de Trabajo trataron de evitar lo que finalmente sucedió en marzo. La intervención sería vista por los obreros de la fábrica como una intromisión que atacaba su autonomía. Si habían podido superar por un momento el mandato paternalista de la empresa y habían logrado entablar una negociación que los beneficiaba, por qué ahora “venían de afuera a intervenir”. La visita del veedor que finalmente el Ministerio de Trabajo había decidido enviar en acuerdo con el gremio para “advertir a la comisión”, un procedimiento de rutina practicado en otros conflictos que había enfrentado a los obreros con la empresa y el sindicato, se transformaba, esta vez, en “un ataque a los trabajadores de Rigolleau”. Ese mismo día, en el turno de la tarde, los obreros fueron al paro “para defender a la comisión” y tomaron la fábrica “para asegurarse que nadie saboteara las máquinas y les echaran la culpa a los trabajadores”.³⁹

La tradicional fábrica Rigolleau, tomada por sus trabajadores los primeros días de marzo de 1975, en el marco de un Pacto Social sometido a presión y ante la inminencia de la apertura de una negociación salarial que resultaba impredecible para el gobierno, los empresarios y los sindicatos, en un contexto en el que se radicalizaban los conflictos en otras grandes fábricas de la zona y el país, evidentemente dejaba de ser un simple problema de los gerentes de la empresa y, eventualmente, de los dirigentes gremiales, para pasar a afectar al escenario que el propio Gobierno nacional quería disponer en una etapa de agudización de la incertidumbre política y económica. Dos días después de comenzada la toma, el servicio policial encargado de recoger la información para hacer la inteligencia del conflicto comentaba:

39 *Ibidem*, p. 55.

En esta fábrica, la Comisión Interna maniobra, no atacando frontalmente a la patronal, pero busca puntos débiles, tales como mejoras de condiciones de trabajo [...], paralizando la producción mediante movimientos de fuerza, sin consultar a la dirección sindical sobre dichas medidas. Ante esta situación, la FEDERACIÓN determina la intervención de la mencionada comisión, la cual en ningún momento se plasmó en la vía de los hechos, reaccionando la Comisión Interna mediante la implantación de una huelga general, por espacio de seis días. Hecho este que aconteció a partir del 6 de marzo de 1975. Este movimiento de fuerza fue públicamente avalado y respaldado, mediante profusa propaganda de carteles y libelos, por las siguientes organizaciones: Partido Comunista; Partido Socialista de los Trabajadores; Ejército Revolucionario del Pueblo; y Montoneros. [...] Su forma de accionar se traduce simplemente en haber digitado en cada sección de fábrica un subdelegado que responde directamente [a la comisión interna]. Este aparato montado, les permite en un futuro, paralizar la fábrica en contados minutos.⁴⁰

Así como el parte de inteligencia traslucía preocupación y verificaba los indicios que a partir de allí le permitían al Estado, a la empresa y al sindicato estabilizar el sentido del conflicto construyéndolo como un hecho de “subversión industrial” y a sus protagonistas como “extremistas”, en el *Boletín de Huelga* de Rigolleau se manifestaba el entusiasmo de los activistas del PST por la trascendencia que había adquirido la toma de la fábrica:

BAJO EL RUIDO DEL TAM-TAM/

Durante ocho días, desde las primeras luces del día hasta bien entrada la noche, el centro de Berazategui vibró al compás de los golpes que salían de Rigolleau. Subidos a los techos, cerca de la puerta de entrada, grupos de compañeros que se renovaban incesantemente marcaban el pulso de su lucha golpeando tachos y bombos. Con un paro adentro, los mil setecientos obreros de

40 CPM-FONDO, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, Tomo 1, p. 25.

Rigolleau defendían a la Comisión Interna elegida democráticamente en enero, cuando la lista Naranja le ganó las elecciones a la Celeste. [...]

Así fueron, a grandes rasgos, estos ocho días vividos al compás de los tachos y los bombos; saludados por el pito de los trenes que pasaban [...].⁴¹

La prolongación de la medida de fuerza y el éxito de los reclamos encontraría un aliado inesperado para los obreros: el miedo provocado por un rumor. La empresa prefirió llevar adelante la negociación ante el riesgo de que la versión que corría entre los obreros se concretara y la solidificación del vidrio en el horno de tres gotas provocara una costosa rotura de la máquina.

Entrevistado el jefe de vigilancia del establecimiento en cuestión, informó la existencia de una versión circulante en la que los operarios en conflicto estarían dispuestos a paralizar totalmente la planta y en consecuencia producir la destrucción de las máquinas, por la interrupción de las tareas de mantenimiento, en caso de que las fuerzas de seguridad ingresaran a la fábrica. Se ha dispuesto a fin de garantizar la tranquilidad pública y evitar atentados contra las personas y la propiedad, el correspondiente dispositivo de seguridad, con el aporte de un carro de asalto del Cuerpo Motorizado de Infantería de La Plata, dos patrulleros del Cuerpo de Camioneros, dos patrulleros de Unidad Regional La Plata y dos camionetas de la jurisdiccional, todos con dotación completa.⁴²

Ante esta situación, la policía decidió disponer el control del perímetro exterior de la fábrica y reprimir a los manifestantes que se acercaron a apoyar la medida de fuerza de los obreros, mientras se esperaba que la negociación con la Comisión Interna pusiera punto final al conflicto.

41 Rigolleau, *Boletín de Huelga*, PST (Partido Socialista de los Trabajadores), CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, pp. 52-57.

42 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, Tomo 1, p. 41.

En las últimas horas de la noche del martes último, tropas de la Policía de la provincia efectuaron un despliegue en las inmediaciones de la cristalería Rigolleau, de resultados del cual los obreros que virtualmente ocupan la planta descendieron de los techos con sus cartelones y cesaron de batir bombos —actividad en la que se empeñaban las 24 horas— no obstante, lo cual no desarrollan sus tareas habituales, sino que ahora permanecen tras el alambrado. [...] Una escuadra de motocicletas, una dotación de guardia de Infantería, varios patrulleros y carros de asalto despejaron pasadas las 21 todo el sector correspondiente a la estación local del Ferrocarril Roca, incluyendo andenes, bares y comercios. La policía también dispersó mediante la utilización de granadas de gas lacrimógeno a un grupo de personas que intentaba organizarse en manifestación en las inmediaciones. En esta ocasión se produjo un número no determinado de detenciones. [...] los agentes tomaron posiciones sobre la calle Carlos Pellegrini, frente a la fábrica, y tras un breve parlamento de sus jefes con los huelguistas, estos optaron por abandonar los techos, plegar cartelones y cesar de batir bombos y tachos con los que habían aturcido estos últimos días a los vecinos, inclusive de madrugada.⁴³

En una misma dinámica, la acción efectiva de la toma, la férrea decisión de la comisión interna, el apoyo de los obreros, la concentración de manifestantes en la puerta de la fábrica, los rumores de sabotaje, el temor de los gerentes, la acción policial y la amenaza

43 “Finalizó el conflicto en una cristalería de Berazategui”, artículo periodístico anexo al expediente, sin fecha ni referencia del diario o revista. CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, p. 66. Con respecto a la filiación política de la comisión interna, este periódico también participa del juego interpretativo de la policía, la prensa, la patronal y las agrupaciones de izquierda: “Se trata de un conflicto sindical interno que surgió al triunfar en las elecciones para miembros de comisión interna de la fábrica una lista a la cual se atribuye filiación peronista combativa, a la cual las autoridades gremiales anteriores, adscriptas al peronismo ortodoxo, declinaron entregar la conducción. Tal actitud determinó que activistas de esa lista en número superior a cien, desde el viernes anterior, se ubicaran en los techos de la planta a unas diez cuadras sobre la calle Pellegrini, flanqueada por dos pasos a nivel, con cartelones que repudian una presunta intervención, que según sospechaban los simpatizantes de la fracción triunfadora, partiría desde el Ministerio de Trabajo para impedir así que asumiera la conducción”.

explícita de que un comando armado realizara acciones de apoyo a la huelga se combinaban para dar lugar a un momentáneo balance de poder favorable para los obreros movilizados.

La ocupación de Rigolleau no había estado exenta de acciones directas. Durante la toma del predio, un comando armado había distribuido panfletos en el *hall* de entrada de la planta y luego se había producido un incendio en un depósito de la empresa como advertencia a los sectores patronales y a la dirección nacional del sindicato sobre las consecuencias a que se exponían si no tenían en cuenta los reclamos de los trabajadores.⁴⁴ En cierta manera, podemos considerar que estas acciones contribuyeron en el corto plazo a favorecer la posición negociadora de los huelguistas. Sin embargo,

44 El hecho fue reivindicado por Montoneros: “9 de marzo: Un Pelotón Montonero de Combate incendió la sección envases de cartón de la cristalería Rigolleau, luego que el sindicato del vidrio en complicidad con la empresa intervino la Comisión Interna, cuyos integrantes pertenecen a la Lista Naranja de la JTP”, en *Evita Montonera. Revista Oficial de Montoneros*, año 1, n° 4, abril de 1975, p. 3. La caracterización de la Comisión Interna de Rigolleau como de la JTP debería tomarse con la misma cautela que la consideración policial acerca de que los miembros de la Comisión Interna de Rigolleau eran elementos radicalizados encuadrados por el trotskismo. Este mismo hecho es atribuido por la Policía provincial al ERP: “Estos hechos de violencia culminaron con dos atentados, el primero cuando autores desconocidos (algunos portando armas de guerra), el 7/3 a las 22.00 horas, concurren al depósito de la empresa Rigolleau, sito en la Avenida 14 y 41 de Berazategui, arrojando combustible e incendiando el material existente en el lugar, a la vez que con pintura de aerosol colocaron las leyendas NINGUNA TREGUA AL EJÉRCITO, E.R.P.”, ver en CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, p. 35. Más allá de su autoría, entre 1973 y 1976 las organizaciones revolucionarias que seguían la lucha armada realizaron numerosas intervenciones en conflictos laborales como parte de su política de *propaganda armada* para desarrollar algún tipo de presencia en los conflictos sociales y *respaldo militar* a las luchas de la clase obrera para lograr inserción y apoyo de las masas. Estas acciones recibían la crítica de otras agrupaciones de izquierda, como el PST y el PB, por considerarlas una desviación *guerrillera* de la lucha de clases. Los propios trabajadores movilizados tenían versiones contrapuestas sobre el sentido de estos actos: si por un lado se podían sentir respaldados frente a los empresarios y las patotas sindicales, por otro lado les preocupaba quedar *marcados* como subversivos. Aunque curiosamente no aparecen en los legajos analizados, en la prensa militante también se informa de atentados realizados contra el domicilio de un personal jerárquico de la empresa, bajo la denominación *ametrallamiento a un enemigo de los trabajadores de Rigolleau*. Ver *Evita Montonera. Revista Oficial de Montoneros*, año 1, n° 6, agosto de 1975. La productividad política de estos atentados fue muy criticada por miembros de la organización Montoneros como Rodolfo Walsh, bajo el mote de *atentadismo*. Ver *Los Papeles de Walsh, Cuadernos del Peronismo Montonero Auténtico*.

existían fuertes diferencias entre los operarios acerca del sentido de estas acciones.

A la noche se produce un hecho que causa nerviosismo y preocupación en muchos trabajadores. De pronto se incendia un depósito. La pucha, dicen algunos compañeros, justo ahora se nos viene a incendiar la fábrica; a ver si todavía nos acusan de sabotaje a nosotros, que no tenemos nada que ver. Y, efectivamente, los compañeros de Rigolleau no tenían nada que ver con el incendio. Al realizarse una asamblea, miembros de una organización guerrillera manifiestan que se había tratado de una colaboración de ellos al conflicto. El incendio sumado a esta insólita confesión terminó por romper la asamblea, en medio del desconcierto de los compañeros, que tanto se habían preocupado por evitar provocaciones que los perjudicaran inútilmente.⁴⁵

Los paros rotativos decididos por la comisión interna y el fuerte apoyo de los obreros no fueron bien recibidos por el sector que se había mantenido fiel a la conducción gremial. Los dirigentes de la seccional del SOIVA amenazaron con destituir a la comisión si esta seguía convocando a asambleas sin la autorización del gremio. El conflicto se agudizó cuando la confrontación con la seccional local y la amenaza de intervención derivó en el cese de actividades y la permanencia de la comisión interna en la fábrica y el cuerpo de delegados y numerosos grupos de obreros en los diferentes turnos, para resistir la intervención. Mientras la comisión interna motorizaba los reclamos y las medidas de fuerza, y trataba de ubicar representantes en la comisión paritaria, el grupo de obreros que se mantenían fieles al sindicato los acusaban de quebrar la paz y el diálogo laboral con la patronal.

... ellos buscan el desorden. La anarquía, camino conducente a romper el Sindicato. Para luego negociar si tienen tiempo con la Empresa la suerte de millares de trabajadores, total a ellos que le

45 Rigolleau, *Boletín de Huelga*, PST (Partido Socialista de los Trabajadores), CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, pp. 52-57.

interesa que la fábrica trabaje o no, pues ellos son jóvenes, con títulos u oficio, así que termina Rigolleau y ya entrarán en otro lugar [...] Ellos con sus nuevos métodos no quieren conversar, plantean problemas legítimos o no y, sobre el pucho paros [...] estos señores se toman atribuciones que no les corresponden. Ellos saben que la ley no los ampara, pero eso significa crear motivaciones para el bochinche [...].⁴⁶

Pese a las críticas, la lista naranja podía exhibir ante sus compañeros que “sus nuevos métodos” habían logrado respuestas satisfactorias a sus demandas: “A partir de ahí se consiguieron unas cuantas cosas. Aumento de sueldo, aumento de categorías, comedores en todas las secciones, mejores asientos para los transportistas [...]”.⁴⁷

También en otras fábricas se sucedieron importantes conflictos, aunque con derivas diferentes.⁴⁸ En Peugeot, la conducción del SMATA pudo retener el control de la comisión interna, pero el activismo de las diferentes agrupaciones gremiales y corrientes militantes mantuvo en funcionamiento delegados que presionaban con asambleas, reclamos y solicitudes de medidas de fuerza: “En el día de ayer un grupo de obreros de quinientas personas aproximadamente, se apersonaron ante las oficinas de la Comisión Interna de Reclamos de la empresa y reclamaron la realización de una asamblea”.⁴⁹

46 “Continúa la provocación en Rigolleau”, Obreros Peronistas de Rigolleau, Berazategui, 3 de mayo de 1975, en CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, p. 77.

47 Testimonio de Ignacio Pérez, secretario general de la Lista Naranja (1974/1976), en *La Naranja, Pt1. Obreros desaparecidos de Rigolleau*, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=3-tUIOMW4kE> (consultado el 27/10/2016).

48 Por su parte, en la fábrica de termotanques Saïar, un grupo de jóvenes obreros vinculados a la JTP conducían desde la comisión interna los reclamos de sus trabajadores. “En la fábrica las condiciones internas cambiaron, dejó de despedirse y suspender por cualquier cosa, logramos imponer respeto, conseguimos que se terminaran el comedor, las viviendas, etc. Llegamos a tener 18 delegados con oficina propia, y todas las reivindicaciones que estaban en la ley se las exigíamos” (Testimonio de Francisco Virgilio Gutiérrez, secretario general de la Comisión Interna de Fábrica de la empresa SAIAR, y referente de la coordinadora interfábrica de la zona sur ante la Cámara Federal de Apelaciones de la Ciudad de La Plata, *Juicios por la Verdad*, 2004).

49 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Actividad Panfletaria, Caja 1585. Asunto: Panfleto “A Todos los compañeros de fábrica”, pp. 1-4.

En los primeros meses de 1974, la empresa automotriz decidió aumentar su producción intensificando los ritmos de producción y extendiendo la jornada laboral a través de las horas extras, e impulsando a los obreros a cumplir horarios extenuantes desde la mañana hasta la noche. Esta situación produjo numerosos accidentes y conflictos, que comenzaron por el reclamo de la restitución de la merienda a las 17 horas, dos horas antes del cierre de la jornada de trabajo que concluía, con las horas extras, a las 19. La gerencia había detectado que los obreros que recibían la merienda se demoraban demasiado tiempo en disfrutar del sándwich y la gaseosa, y para combatir esta costumbre, había decidido posponer el servicio hasta las 18.45, quince minutos antes de la finalización del turno. El sindicato respondió con un quite de colaboración y los obreros dejaron de prestar horas extras. Por su parte, las agrupaciones sindicales de izquierda denunciaban constantemente las condiciones laborales en el interior de la fábrica. Por la falta de seguridad laboral y la intensificación de los ritmos de trabajo, acusaban al sindicato de no defender la salud de los trabajadores y denunciaban la presencia de gendarmes vigilando la fábrica, por lo que llamaron a profundizar las medidas de lucha y a extender el pliego de reclamos.

No, la burocracia nunca estuvo de nuestro lado, sino que siempre defendió los intereses de los patrones, como en el caso del compañero Pérez, de Mantenimiento Eléctrico, a quien un accidente provocado por las pésimas condiciones de trabajo le costó la vida, ante lo cual se quedó de brazos cruzados. ¿O es que la burocracia ha hecho algo ante el prematuro envejecimiento que sufren los compañeros de Pintura o Tratamiento Térmico, debido a las pésimas condiciones de salubridad? ¿O no es esta misma burocracia la que permite la presencia de gendarmes en fábrica para defender los intereses de los patrones? [...] debemos luchar, no solo por el descanso de la merienda en las horas extras, sino por un aumento salarial inmediato que nos permita vivir dignamente sin hacer horas extras y, fundamentalmente, contra los ritmos y las gamas⁵⁰ inhumanos, que hacen que dejemos la salud

50 Con el término *gamas* se hace referencia al cupo de producción de piezas que la empresa exigía a cada sección de la fábrica.

y la vida en girones en la fábrica. [...] llamamos a continuar con el quite de colaboración contra el aumento de la producción a costa de nuestro esfuerzo.⁵¹

Sin embargo, no nos debemos dejar llevar por la imagen de un sindicato propatronal que se deriva fácilmente de la acusación lanzada desde la agrupación Orientación Clasista. Aunque cuestionado, el sindicato pudo mantener la adhesión de la mayoría de sus representados, en parte porque podía incluir en su agenda de negociación con la patronal los reclamos más sentidos por los obreros, acusar a la empresa de “poner en peligro las normales relaciones obrero-empresarias” y mantener informadas constantemente a sus bases de los avances y retrocesos de la negociación.

La C.I.R y el Cuerpo de Delegados se dirige a todos los compañeros de Peugeot a los efectos de informar las IRREGULARIDADES que se vienen produciendo, debido a la actitud dilatoria, evasiva y caprichosa de la empresa, con relación a todos los problemas existentes en el ámbito de la fábrica y que ponen en peligro la normal relación Obrero-Empresaria.⁵²

El quite de colaboración concertado por los obreros rindió sus frutos. El primer día de la medida de fuerza, la planta pasó de producir 142 unidades a 106, manteniéndose durante los días siguientes en un número cercano o por debajo de cien. La empresa denunciaba a la policía supuestos sabotajes y actos de violencia de grupos de obreros contra aquellos que no cumplían con la medida dispuesta. Por medio de los soplones de la fábrica, la policía recogía algunas historias para su departamento de búsqueda.

En el día de ayer un operario no fue a comer y se tomó los cuarenta minutos que le correspondían, y transcurrido dicho lapso comenzó a trabajar, pero como sus compañeros se tomaban hora y media para almorzar –debido al problema de los

51 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Carpeta 18bis, Legajo 14. Asunto: “Safar Peugeot”, Tomo 2, “Compañeros de Peugeot”, panfleto firmado por Orientación Clasista, 14 de mayo de 1974, p. 19.

52 *Ibidem*, p. 26.

comedores— al regresar estos se enteraron que solamente se tomó cuarenta minutos, por lo que, colocándole bulones en una naranja, se la arrojaron y le causaron conmoción cerebral. [...] Por otra parte, se hace constar que se han venido sucediendo actos de sabotajes, dañándose 35 unidades con golpes en las puertas, capots y techos, habiéndose llevado adelante tales atentados en el turno tarde.⁵³

De la fábrica a la calle

Durante la huelga con ocupación del predio, en marzo de 1975, los trabajadores de Rigolleau pusieron en práctica la modalidad de convocar a vecinos y familiares a la puerta de la fábrica y realizar caravanas de los obreros en huelga hacia otros establecimientos para solicitar la solidaridad de los trabajadores de las fábricas cercanas. Estas manifestaciones intentaban ligar los conflictos dentro de las fábricas con su territorio circundante, interpelar a los habitantes de los barrios obreros y concitar la adhesión y la acción colectiva de otros obreros industriales. Dichas acciones contribuían a visibilizar el conflicto y a extenderlo territorialmente, y habilitaron que obreros de diferentes sectores de la industria pudieran hacer resonar sus propias asambleas, huelgas y tomas de fábricas en un escenario más amplio que trascendía los marcos gremiales y/o sectoriales. La masificación de este repertorio de acciones durante los meses de junio y julio contribuiría a crear un clima de rebelión en las fábricas del sur del Gran Buenos Aires, lo que suscitó la preocupación de las autoridades e intensificó la actividad policial dedicada al espionaje y la represión de estas manifestaciones que desbordaban el conflicto desde las fábricas hacia la calle: “SIENDO las 19.40 hs., aproximadamente, obreros de la cristalería Rigolleau se dirigen en caravana hacia la fábrica Ducilo, ignorándose el motivo. Tomó conocimiento Salomoni de S.I.P.B.A, Lanús”.⁵⁴

53 *Ibidem*, p. 30.

54 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13. Asunto: Comisión Interna Cristalerías Rigolleau.

Durante la huelga de marzo, la comisión interna de Rigolleau logró que se movilizaran cerca de doscientas personas, entre vecinos y familiares, a expresar su apoyo a los obreros que se encontraban ocupando la fábrica. Después de haber recorrido en manifestación las calles céntricas de Berazategui, se concentraron en la puerta de la fábrica y fueron reprimidos por la policía. Por su parte, los activistas del PST exhortaban a los obreros de Peugeot a seguir el ejemplo: “... hay que tomar el ejemplo de los compañeros de Rigolleau que, con huelga de brazos caídos y posterior toma de fábrica, en 7 días y con el apoyo del pueblo de Berazategui, rechazan la intervención de la interna combativa, arrancan elecciones de Cuerpo de Delegados y \$95.000 de aumento”.⁵⁵

Esta vocación militante por unificar las luchas y trasladar los repertorios de lucha de los obreros de una fábrica a otra, a partir de la consideración de su radicalidad y eficacia, pasaba por alto las propiedades relacionales del espacio que hacían posible en una fábrica como Rigolleau el conato de una movilización comunitaria y no lo permitían, o al menos no resultaba sencillo, entre los obreros de Peugeot. Como dijimos previamente, Rigolleau se ubicaba en un nodo de las redes de transporte ferroviario desde la Capital Federal a la capital provincial, transformándola, como habían señalado varios medios de prensa, en un escenario visible y ruidoso para los pasajeros que pasaban por la estación de ferrocarril frente a la fábrica. La planta había crecido con el pueblo o, mejor dicho, la planta había sido el vector de crecimiento del pueblo. Su imbricación con los barrios obreros aledaños no tenía que ver únicamente con una cercanía espacial, sino además con una densidad social que unía los sucesos de la fábrica con la vida cotidiana de las familias de clases populares afincadas en sus alrededores. Los jóvenes obreros que se habían separado de la lista oficial del gremio compartían una amistad barrial y habían decidido ponerle el nombre *Naranja* a su

55 “Obreros de Peugeot por la agrupación de base”, PST (Partido Socialista de los Trabajadores), obtenido por la Policía de la provincia de Buenos Aires en el interior de la fábrica Safrar-Peugeot de Berazategui, 20 de marzo de 1975. CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, caja 1885, Actividad Panfletaria 1975.

agrupación porque poseían una pequeña casilla de playa de ese color en la costa del Río de la Plata, en el balneario de Quilmes. No era sorprendente entonces, ni para la policía local, ni para la empresa, ni para los propios obreros, que las razias realizadas por las fuerzas de seguridad para detener a los manifestantes que apoyaban la toma estuvieran bien localizadas en un par de barrios cercanos a la planta. En definitiva, aquellos que se solidarizaban, además de los activistas de izquierda, eran familiares, hermanos menores, madres, novias, esposas y amigos de los obreros en huelga, traducidos en un volante como “el pueblo de Berazategui”.⁵⁶ Varias generaciones de las familias obreras de Berazategui trabajaban o habían trabajado en Rigolleau. La “línea de continuidad y pertenencia” sostenida por el discurso empresarial también podía ser, en esas circunstancias, un motor del conflicto entre los obreros y la patronal que ponía en entredicho su carácter consensual.

En cambio, para los obreros de la mayor planta industrial de la zona, la automotriz Peugeot, su relación con el espacio de inserción de la fábrica encerraba otras características. Fundada en la década del sesenta, a la vera de la Ruta Provincial N° 2, que une el área metropolitana de Buenos Aires con los balnearios de la Costa Atlántica, en el kilómetro 39,5, carecía de una relación estrecha con las escasas poblaciones aledañas y reclutaba su mano de obra en un espectro territorial más amplio que abarcaba toda el área de la zona sur, desde Avellaneda hasta La Plata. Este factor, junto con las características del proceso de trabajo en el sector automotriz, así como las lógicas de acción del sindicato, e incluso de las corrientes sindicales combativas que existían en la fábrica, llevó a que los conflictos entre los obreros y la patronal se vivieran, en su mayoría, puertas adentro. Estas características socioespaciales diferenciaron los repertorios de acción colectiva que ensayaron los obreros de una y otra fábrica, y de los que emprendió la coordinadora interfábrica de la zona sur, en 1975.

56 Para un análisis de los usos semánticos del pueblo, en la dinámica local de protesta, en los años setenta, en el interior del país, se puede consultar el excelente y original estudio de Ramírez (2007).

Desde comienzos de 1975, el gobierno de Isabel Perón no dejó de acumular en su línea de flotación un creciente número de problemas económicos y políticos que, como minas cargadas, no tardarían mucho tiempo en detonar y dejarlo a la deriva, sin rumbo. El 31 de mayo de 1975 configuró una fecha clave en la que parte de esos problemas comenzaron a explotar, ya que ese día vencían los convenios colectivos de trabajo según lo establecido en el Pacto Social de 1973. El 5 de febrero, el gobierno había emitido el decreto para convocar a cámaras empresarias y sindicatos a discutir salarios y condiciones de trabajo a partir del 1º de marzo, durante dos meses, hasta el 1º de junio.

Para fines de mayo, comenzó la inquietud en el mundo laboral: las negociaciones avanzaban en medio de la incertidumbre generada por el descalabro económico y por la reticencia de empresarios y trabajadores a llegar a un acuerdo sobre aumentos salariales y cláusulas de productividad. Con el objetivo de presionar para cerrar los convenios, varias organizaciones gremiales se declararon en estado de “alerta y movilización”, a finales de ese mes. El gobierno apostaba a poner un tope en el nivel salarial que los dirigentes gremiales resistían. El 27 de mayo se hizo el último intento de negociación entre el gobierno, la CGT y la CGE, que aparentemente fijaba un acuerdo de aumento del 38% en los salarios y evitaba la introducción de cláusulas de productividad. Sin embargo, esas negociaciones se daban en un contexto en el que el gobierno de Isabel había anunciado que reemplazaría a su ministro de Economía, anuncio que se hizo efectivo el 2 de junio con la asunción de Celestino Rodrigo. Ante la nueva situación, sindicatos y cámaras empresarias decidieron suspender la negociación hasta conocer las nuevas medidas económicas que, finalmente, se precipitaron el 4 de junio, cuando Celestino Rodrigo anunció un paquete de medidas que más tarde sería bautizado, irónicamente, como *El Rodrigazo*.

Mientras Gómez Morales era partidario de una política de pasos sucesivos dentro del espíritu de colaboración social predicado por Perón, el grupo presidencial planeaba ejecutar toda la operación por sorpresa, de un golpe, sin dar explicaciones. Confiaban en que la resistencia obrera se debilitaría ante el hecho consuma-

do y que los sindicalistas terminarían aceptándolo por disciplina peronista (Torre, 1983: 128).

El paquete de medidas era una bomba de profundidad contra el Pacto Social trabajosamente construido por Juan Domingo Perón y su ministro de Economía, José Ber Gelbard. Devaluación del peso en un 160%, aumento de tarifas de entre 40 y 70%, aumento de los combustibles en un valor cercano al 200%, y de un 50% para el transporte de colectivo y ferroviario, además de autorizaciones de fuertes aumentos en productos de primera necesidad. La falta de acuerdo con la patronal, el tremendo ataque a los ingresos de los trabajadores que suponían las medidas de Rodrigo y los desacuerdos que se desataron en el seno de la alianza gobernante, entre dirigentes sindicales y el grupo de confianza que rodeaba a Isabel Perón, potenciaron el proceso de movilización obrera que tenía lugar en distintos distritos industriales del país y que afectó a un gran número de trabajadores, extendiéndose durante los meses de junio y julio.

Desde comienzos del mes de junio, mientras se desarrollaban estas negociaciones en la superestructura, comenzaba una intensa agitación en las plantas industriales de todo el país. En Capital y Gran Buenos Aires este estado de inquietud se tradujo en distintas modalidades de lucha: asambleas y paros, tomas, abandonos de fábricas y movilizaciones hacia los sindicatos, la CGT o la Casa Rosada. Incluso, experiencias de asambleas callejeras espontáneas que aglutinaban a trabajadores de más de una empresa, lo cual estimulaba la coordinación y solidaridad dentro de cada zona. Un ejemplo de este tipo de experiencia se dio el 17 de junio en Puente Pueyrredón, donde obreros de General Motors de Barracas y San Martín auxiliaron a los de Chrysler de Monte Chingolo a quienes la policía intentaba impedir el acceso a Capital para dirigirse a la CGT (Colom y Salomé, 1998: 6).

El impulso que le dieron las comisiones internas, los cuerpos de delegados, los comités de reclamos y los activistas de base tenía como objetivo “reunir el esfuerzo activo de cada compañero, de cada empresa, de cada zona industrial, para movilizarse en conjun-

to, impulsar las movilizaciones, las medidas de fuerza y el esclarecimiento de los trabajadores durante el conflicto desatado por las negociaciones paritarias”.⁵⁷ Estas estructuras de movilización de las bases constituyeron el principal factor dinamizador de las huelgas y manifestaciones que se sucedieron con alta intensidad a mediados de 1975 y, de modo más esporádico, durante el mes de marzo de 1976. Francisco Virgilio Gutiérrez, secretario general de la Comisión Interna de Saiar, se transformó en el referente de la Coordinadora de Zona Sur, que agrupaba a obreros de Rigolleau, Cattorini, Ducilo, Alpagatas y otras empresas de la zona, y se reunían en la parroquia Cristo Obrero.

Estuvimos en todas las movilizaciones, participamos en las Coordinadoras de Gremios en Lucha, con compañeros de base de Rigolleau, Massuh, Aceros Johnson, Peugeot. En el segundo semestre de 1975, junto con los delegados de la UTA de la zona sur realizamos la máxima movilización por las paritarias, y cortamos el Puente Avellaneda con 300 colectivos.⁵⁸

La coordinadora agrupaba a establecimientos metalúrgicos, de la alimentación, del vidrio, textiles, químicos, aceiteros, madereros, perfumistas, frigoríficos, de transporte de colectivo y de la salud. La integraban 20 fábricas y establecimientos y dos sindicatos regionales [...] Nicolás, delegado de sección y de la comisión interna de esta fábrica recuerda: “De la Coordinadora Sur, las primeras reuniones se hacen en Quilmes, en la iglesia Cristo Obrero [...]. Los metalúrgicos de Quilmes estábamos ahí, un poco porque Saiar era la representación más clara que tenían los trabajadores como orientación en contra de la burocracia sindical de aquel momento. Éramos todas comisiones internas. [...] También recuerdo que estaba (la empresa) Cattorini, que era un baluarte dentro de la Coordinadora” (Werner y Aguirre, 2007: 248).

Las manifestaciones de apoyo a los obreros en conflicto y las caravanas de solidaridad entre obreros de distintas fábricas que re-

57 *Evita Montonera. Revista Oficial de Montoneros*, año 1, n° 5, junio-julio de 1975, p. 37.

58 Testimonio de Francisco Virgilio Gutierrez citado en Colom y Salomé (1998).

corrían las calles de algunas localidades como Berazategui mutaron hacia manifestaciones masivas de obreros que se dirigían a la Capital Federal, para realizar reclamos de índole salarial e impugnar el desempeño de los dirigentes gremiales en las negociaciones paritarias con el gobierno y los empresarios.

... vehículos cuyos choferes responden precisamente a la comisión coordinadora fueron utilizados a partir de las 14 hs. para trasladar trabajadores de las fábricas de la zona sur del Gran Buenos Aires que habían hecho abandono de su tarea hacia la Capital. El operativo fue montado por las comisiones internas de esos establecimientos y tenían como objetivo llegar a la Plaza de Mayo y exigir una solución al problema salarial. Varios de los delegados aclararon que la movilización no tenía nada que ver con la CGT a cuyos dirigentes censuraron por su actitud pasiva. El avance de la caravana fue interceptado en el Puente Pueyrredón. Una docena de patrulleros y numerosos agentes con armas cortas y largas tomaron ubicación en ambos accesos del puente y detuvieron la marcha de los ómnibus y colectivos obligando a los conductores a girar y emprender la marcha en sentido inverso. Algunos de los vehículos, sin embargo, quedaron atravesados sobre el puente y sus inmediaciones con los neumáticos desinflados por acción de sus ocupantes [...], algunos de los manifestantes consiguieron pasar a pie por el Puente Pueyrredón, mientras otros dieron un rodeo y lograron hacerlo por el viejo Puente Bosch.⁵⁹

Represión en zona sur.

Ese mismo jueves, desde temprano, los compañeros colectivos de la UTA empezaron a juntar los micros cerca del Puente de La Noria, Pueyrredón y Uriburu. A las dos de la tarde, las principales avenidas de Avellaneda estaban bloqueadas por los colectivos. La Federal se había apostado en los puentes de acceso a la Capital, y dos helicópteros sobrevolaban la zona. Más de tres mil obreros se encolumnaron hacia la estación Avellaneda para tomar el tren, ya que los puentes no se podían cruzar, pero

59 *Clarín*, 4/7/1975, citado en Werner y Aguirre (2007: 251).

los trenes tenían la orden de no parar. Los compañeros decidieron entonces hacer un acto en la plaza Alsina y desconcentrarse. “Vea, vea, vea, que cosa más bonita, el pueblo peronista sale a echar a Isabelita”; en tanto, la policía empezó a pasearse con las armas para reprimir; en Pavón y Mitre formaron un cordón de lanza gases. La columna se detuvo, cantaron el himno nacional y la marcha peronista. De pronto, sin aviso, los Federales comenzaron a disparar sus itakas con balas de goma. La provincial avanzó sobre los trabajadores tirando al aire y esgrimiendo sus largos bastones. Hubo unos veinte detenidos.⁶⁰

Sin embargo, no en todas las fábricas donde se registraban agrupaciones combativas se movilizó a los obreros a la calle. En Peugeot, las numerosas agrupaciones que presionaban o disputaban con los representantes oficiales del gremio, por diversas razones, no estaban dispuestas a movilizar a los obreros fuera de la fábrica. Los militantes del Peronismo de Base de Peugeot, una agrupación con relativa influencia en algunas secciones de la fábrica, proponían el control obrero de la producción, acción muy diferente a la huelga y a la manifestación callejera.

Tomemos las enseñanzas que nos dejan las luchas de la clase obrera peronista: ninguna huelga la hemos ganado en la calle, están presentes los resultados de las grandes huelgas de los metalúrgicos, de los obreros azucareros de Tucumán, de los ferroviarios, de los portuarios, de los petroleros, de los mecánicos cordobeses, en el 72 y últimamente los resultados de la heroica huelga de los compañeros de Villa Constitución, todas fueron luchas importantes que nos dejan muchas enseñanzas, PERO EN TODAS SALIÓ FORTALECIDA LA PATRONAL Y NOSOTROS DERROTADOS. NO PODEMOS CONFIAR MAS QUE EN NUESTRAS PROPIAS FUERZAS, QUE NO PODEMOS CONFIAR EN LAS DIRECCIONES BUROCRÁTICAS. Los triunfos HAN SIDO PRODUCTO DE APLICAR TODO LO QUE HEMOS APRENDIDO EN 19

60 *Evita Montonera. Revista Oficial de Montoneros*, año 1, n° 5, junio-julio de 1975, p. 38.

AÑOS DE LUCHA: HACERNOS FUERTES ADENTRO DE LA FÁBRICA. GOLPEAR A LA PATRONAL DONDE MÁS LE DUELE, EN LA GANANCIA, BAJÁNDOLE LA PRODUCCIÓN, SIN DESGASTARNOS NOSOTROS EN HUELGAS EN LA CALLE. ORGANIZÁNDONOS EN LAS SECCIONES PARA BAJAR LA PRODUCCIÓN, BAJÁNDOLA, PERO NO PARANDO, PARA NO CAER NI EN EL RELAJE NI EN PERMITIR QUE DECLAREN CONFLICTO O NOS OBLIGUEN A NORMALIZAR LA PRODUCCIÓN APLICÁNDONOS LA CONCILIACIÓN OBLIGATORIA O LA LEY DE SEGURIDAD. MANTENIENDO EN FORMA PERMANENTE LAS ASAMBLEAS DE SECCIÓN Y ACATANDO EXCLUSIVAMENTE LAS DECISIONES DE LAS ASAMBLEAS DE SECCIÓN O DE FÁBRICA.⁶¹

Sin duda, esta negativa de los peronistas de base a sumarse a la huelga y a las manifestaciones que el propio SMATA convocaba se fundaba en el conocimiento de que los dirigentes sindicales estaban maniobrando sobre las protestas para dirigirlas directamente al cuestionamiento del denominado *grupo presidencial* y así ganar posiciones en la coalición gobernante.⁶² Pero más allá de esa lectura de la coyuntura, a partir de 1976, el abrupto cambio de escenario solo dejaría a los obreros ese resquicio de resistencias que los peronistas de base dejaban asentado en este panfleto que distribuyeron en diversas secciones de la fábrica y fue recolectado por la Policía bonaerense, el 3 de junio de 1975. Mientras tanto, el empuje desde abajo que recibía la protesta obrera convergía con las maniobras desde arriba que favorecían huelgas y movilizaciones

61 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Panfleto "Los obreros de Peugeot", Peronismo de Base, Legajo 14, Tomo 1, SAFRAR-PEUGEOT, p. 209.

62 Finalmente, el 7 y 8 de julio de 1975, la CGT decretará un paro nacional que provocará la renuncia del ministro de Economía, Celestino Rodrigo, y del ministro de Bienestar Social, José López Rega, ambos hombres de confianza de la presidenta, pertenecientes al grupo de sus estrechos colaboradores.

que, con intenciones diversas, contribuían a un clima general de contestación (Cotarelo y Fernández, 1997 y 1998).

Imagen 1. Obreros saliendo de la fábrica Peugeot durante una protesta en junio de 1975



Fuente: archivo personal de Facundo Aguirre. Imagen extraída de internet.

Entre el control y la represión

Según el historiador Alejandro Schneider, la política de pacto social diseñada por Perón exigía una serie de reaseguros que le permitieran desarrollar un fuerte control sobre la protesta obrera. Esto suponía que se matizaran los reclamos y moderaran las demandas acumuladas a lo largo de los años. Además, los dirigentes sindicales debían disciplinarse a la conducción del jefe del peronismo y, al mismo tiempo, transformarse en su brazo fundamental para el control, la subordinación y, finalmente, obtener así la disciplina o la expulsión de las corrientes militantes más combativas que cuestionaban global o parcialmente los requerimientos que sustentaban el pacto social. Si esta era la estrategia política general que exigía de los trabajadores una renuncia parcial a la satisfacción de sus demandas,

el fortalecimiento del control burocrático de la dirigencia sindical se reconocía como una medida necesaria para sostenerlo.

En primera instancia, Perón emitió una serie de directivas y declaraciones que buscaban cohesionar y disciplinar a los trabajadores en torno a la conducción de la central laboral y las 62 organizaciones peronistas. En segundo lugar, propició un conjunto de cambios legislativos orientados tanto a encauzar la protesta obrera, como a fortalecer a la dirigencia gremial. En tercer término, alentó por diversos medios una serie de cursos en todos los niveles de la central obrera, a la vez que bregó por la creación de la Juventud Sindical Peronista (JSP) como rama juvenil de las 62 Organizaciones. Por último, avaló y permitió el accionar represivo tanto de las fuerzas de seguridad como de diferentes grupos paraestatales, entre otros la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), contra numerosos delegados y dirigentes laborales combativos y clasistas (Schneider, 2015: 108).

En el ojo de esa tormenta se encontró Collazo cuando el Ministerio del Interior envió a una delegación de la Policía Federal a secuestrarlo en la fábrica, mientras la presión de los obreros logró que fuera “blanqueado” y enviado a la cárcel de Resistencia como preso sindical a disposición del Poder Ejecutivo nacional. Una suerte distinta le tocó a Carlos Baglieto, joven activista de la JTP zona sur, que fue secuestrado en la madrugada del 22 de agosto de 1974 y fusilado por un comando de la Concentración Nacional Universitaria (CNU) junto con otros dos militantes de la Juventud Peronista, mientras se disponían a preparar las manifestaciones para conmemorar el segundo aniversario de la masacre de Trelew.⁶³

Los embates represivos que sufrían los obreros en conflicto no provenían únicamente de la Policía bonaerense. El Gobierno de la provincia de Buenos Aires, bajo el control del dirigente metalúrgico Victorio Calabró, para ese entonces abiertamente enfrentado a Lorenzo Miguel y las 62 organizaciones (Antúnez, 2013), había complementado la represión estatal con formas semiclandestinas y

63 *Noticias*, 23/8/1974, p. 12.

paralegales, en las que las patotas sindicales, la CNU o la TRIPLE A se ocupaban de realizar acciones intimidantes, hostiles o directamente violentas como secuestrar, torturar y asesinar activistas y militantes identificados con la izquierda o con facciones opuestas a sus intereses. Baglietto sobrevivió a ese intento de asesinato pero, desafortunadamente, perdió su vida cuando su propia organización lo sentenció a muerte, un tiempo más tarde.

Pero más allá de esta actividad clandestina que contaba, sin duda, con la venalidad policial, esta fuerza se enfocó en ahogar o reprimir los conatos de manifestación callejera. Durante marzo, les tocó a los manifestantes que apoyaban a los huelguistas de Rigolleau. Durante los meses siguientes, el control de las manifestaciones se extendió, hasta que el 3 de julio la policía intentó impedir a una columna de más de diez mil manifestantes cruzar el Puente Pueyrredón en dirección hacia la Capital Federal. Todas estas acciones de vigilancia y represión se enmarcaban en un contexto general de preocupación de las autoridades políticas sobre las derivas del conflicto industrial en el Gran Buenos Aires, presente al menos desde los primeros meses del año, como lo revela este mensaje secreto del ministro de Economía:

Buenos Aires, 9 de mayo de 1975

Señor Secretario:

Tengo el agrado de dirigirme a Ud. y adjuntarle fotocopia de un informe confidencial de la empresa SIAM, remitido por el Presidente de la Corporación de Empresas Nacionales. Dicha información se le puede considerar proveniente de fuente que merece fe. El suscripto aprecia que, de producirse, hechos similares a los ocurridos en Villa CONSTITUCIÓN, se estaría frente a otra de las formas de acción de la subversión, que procura como objetivo, la acción insurreccional en el sector industrial, lo cual afectará seriamente la economía del país. Por lo expuesto, solicito al señor Secretario disponga se adopten las medidas de búsqueda de información, dentro de la Comunidad Informativa, a fin de mantener informado a este Ministerio, y contribuir a prevenir las posibles acciones de la subversión.

Saluda a Ud. atentamente.

Alfredo Gómez Morales
Ministro de Economía⁶⁴

Otra imagen del Gran Buenos Aires comenzaba a colarse en los ojos de políticos, militares y empresarios: los cordones industriales empezaron a ser mirados como *cinturones rojos* y caldo de cultivo de la *guerrilla fabril* (Löbbecke, 2006).⁶⁵ Si bien, como hemos señalado, la vigilancia sobre las comisiones internas de las fábricas encuentran registro en legajos que datan de finales de la década del cincuenta,⁶⁶ en 1974 y 1975 se observa una condensación de la vigilancia y el seguimiento sobre los militantes obreros de un gran número de fábricas, entre ellas Safrar-Peugeot, Rigolleau, Saiar, Alpargatas, Ducilo, Cattorini y muchas otras más. Sin duda, esto refleja el auge de un ciclo de conflictividad laboral iniciado en 1973 que alcanzó a trabajadores de los sectores más diversos.

La experiencia de *El Villazo* en la que los obreros metalúrgicos y la seccional de la ciudad de Villa Constitución de la UOM habían mantenido durante meses una huelga y la toma de la fábrica Acindar, con fuerte apoyo de los habitantes de la ciudad, puso en alerta a las autoridades políticas y policiales sobre el riesgo de que estallaran otras insurrecciones obreras (Andújar, 1994). Los conflictos industriales que se desplegaban en los cordones industriales del norte y el sur del Gran Buenos Aires alimentaban esos temores.⁶⁷ En los años previos –según surge de la lectura del legajo sobre la Comisión Interna de Rigolleau– parece que la policía se mantuvo expectante e intervino muy esporádicamente en los conflictos que se suscitaban. El aumento de la intensidad del conflicto fabril impulsado por las demandas laborales de los nuevos delegados de base y la confrontación con la seccional sindical controlada por el peronismo ortodoxo y verticalista atrajeron el foco de atención e incremen-

64 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo.

65 La posterior definición del GBA como “área problema” durante la dictadura tendrá las reminiscencias de esta primera caracterización.

66 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 29. Asunto: Unión Obrera Metalúrgica-Quilmes.

67 Para un estudio de caso sobre zona norte, se puede consultar Lorenz (2013). Para el caso de la coordinadora de zona norte, ver Löbbecke (2006) y para un panorama general de las coordinadoras interfábricas, ver Werner y Aguirre (2007).

taron la producción activa de información sobre los movimientos políticos de los obreros de esa fábrica y de toda la zona. A los ojos de los servicios se configuraba un escenario de protesta social que vinculaba a los obreros de distintas fábricas ubicadas a lo largo de la geografía de Quilmes, Berazategui y Florencio Varela. La recopilación de volantes, gacetillas, boletines y panfletos en este período es intensa en el tiempo y extendida en el espacio. Por un lado, refleja una modificación de las prácticas militantes: los desplazamientos de los activistas que se producían por la búsqueda de conectar los conflictos y generar solidaridades entre los obreros de las diferentes fábricas aledañas pertenecientes a diferentes ramas de la industria y sindicatos, así como una militancia dedicada a ampliar la cartografía de la protesta que involucraba a los vecinos de los barrios obreros y a sus familias. Las prácticas militantes trascendían el espacio laboral generando nuevos recorridos que unían lugares diversos. Por otro, y en paralelo, la vigilancia policial ya no solo se ocupaba de observar lo que sucedía en las fábricas y los locales gremiales, también se desplazaba hacia los clubes de barrio, la parroquia, las calles de la ciudad, las paradas del transporte público y los barrios aledaños a los predios fabriles, donde los obreros solían reunirse para discutir y organizar sus acciones.⁶⁸

En el mes de septiembre, algunos miembros de la Comisión Interna insistieron con un acto por la liberación de Collazo, presentándole una nota al comisario de Berazategui:

Al Señor Comisario a cargo de la Comisaría de Berazategui.
S/D.-

Nos dirigimos al Sr. Comisario a efectos de poner en su conocimiento que en nuestro carácter de Comisión Interna de Reclamos de la empresa Rigolleau S.A., con planta en nuestro partido, hemos organizado para el día 3 de septiembre de 1975 a las 19 horas un acto público a realizarse en el local sito en la calle 5 y Avenida Mitre de ésta.

68 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Actividad Panfletaria, Caja 1585.

El citado acto público tiene por objeto peticionar ante autoridades nacionales, provinciales y municipales, la liberación del obrero de RIGOLLEAU S.A., Nelson Collazo, quien se halla detenido en virtud de disposiciones del Estado de Sitio en el penal de Resistencia, Provincia del Chaco.

Al mismo se ha previsto invitar al Sr. Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Victorio Calabró, al Sr. Intendente Municipal del Partido de Berazategui, don Nicolás Milazzo, al Diputado Nacional Horacio Sueldo, al Senador Nacional Vicente Leónidas Saadi, y otras autoridades nacionales, provinciales y municipales.

En cumplimiento de las disposiciones legales pertinentes esta Comisión Interna organizadora del evento, dentro de los plazos correspondientes, viene a solicitar la respectiva autorización del citado acto, dirigido exclusivamente a ejercer el derecho constitucional de peticionar a las autoridades.⁶⁹

En esa nota, los organizadores manifestaban que el gobernador de la provincia de Buenos Aires junto con otras figuras políticas sería invitado al acto. Era por todos conocido el creciente enfrentamiento entre Calabró y el gobierno de Isabel Perón, y teniendo en cuenta que Collazo había sido detenido por la Policía Federal⁷⁰ y encarcelado en una prisión nacional, quienes escribían esa nota proponiendo un acto por su liberación intentaban jugarse en el estrecho desfiladero de las feroces batallas intestinas que enfrentaban a diferentes sectores sindicales por obtener la primacía en un gobierno en proceso de descomposición. Pero ese ingenuo intento de simulada deferencia no fue suficiente para evitar que el comisario de Berazategui denegara el permiso para la realización del acto.

69 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, Tomo 1, p. 29.

70 En los propios informes de inteligencia, la Policía bonaerense expresaba su desconocimiento sobre quiénes habían actuado en la detención de Collazo. Interpretado en el creciente marco de enfrentamiento entre la provincia y la nación, era probable que algunos pudieran considerar que el Gobierno provincial podía guardar algún tipo de animosidad con el Gobierno nacional por aquel episodio ocurrido en su jurisdicción y que caldeaba la situación en el frente gremial.

El golpe

Durante 1975, la gerencia de Rigolleau permaneció expectante, mantuvo cierta cautela y mostró cierta voluntad negociadora ante el despliegue de acciones por parte de sus trabajadores, al mismo tiempo que se escudaba en el argumento de que los conflictos eran internos al gremio y no tenían que ver con reclamos a la empresa. Sin embargo, la inminencia del golpe de Estado propició el desquite que le permitiría sellar de modo definitivo el control de la fábrica y restablecer jerarquías. Otra vez los gerentes recurrieron al argumento que habían utilizado durante los años anteriores y, en febrero, algunos integrantes de la Comisión Interna fueron despedidos. En marzo, le siguieron los despidos de doscientos trabajadores identificados por la empresa como “agitadores gremiales”, por solicitar un aumento de sueldo de alrededor del 40% por sección. Los trabajadores entraron en huelga el 20 de marzo de 1976 y la levantaron el día 24 al mediodía, cuando el golpe ya era una realidad ominosa.

El día sábado 20 del corriente mes (marzo) se produce un paro total de actividades por haber sido despedidos 203 obreros, el día 23 a las 24 hs. es levantada dicha medida de fuerza en virtud de haber sido intimado ambas partes por el Ministerio de Trabajo de Quilmes, pero al día indicado *a posteriori* en una asamblea, se resuelve continuar con el paro por no haber acatado la patronal la reincorporación de los despedidos, el día 24 a las doce horas la Comisión Ejecutiva (SIC) ha resuelto levantar los paros, para continuar trabajando con toda normalidad hasta el día de la fecha, sin que fuera reintegrado el personal despedido.⁷¹

En los últimos días de marzo, los trabajadores despedidos intentaron reunirse en dos ocasiones para decidir qué medidas tomar frente a la actitud de la empresa, pero las circunstancias habían cambiado tan drásticamente que ya no encontrarían una oportunidad para concitar la solidaridad de los vecinos de Berazategui.

71 “Panorama Gremial Cristalería Rigolleau S.A.”, marzo de 1976, CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, Tomo 1, p. 125.

... el día de mañana, 27 de marzo, a las 10,00, habrán de reunirse los obreros que recientemente fueron despedidos de la fábrica, materializando esta reunión en una cancha de fútbol, existente en la intersección de las calles 12 de Octubre y Urquiza de Quilmes. Para tal evento, habrán de concurrir en forma disimulada, llevando equipos deportivos; en la víspera, intentaron reunirse en un predio existente en la parroquia de Villa España, sita en Berazategui, en la confluencia de las calles [...] pero ante la firme negativa del párroco, optaron por retirarse del lugar.⁷²

Abandonados a su suerte por el sindicato, sin posibilidad de recurrir a sus propios recursos de movilización en la propia fábrica ni seguir concitando la solidaridad de sus compañeros o vecinos, y con una empresa que había mejorado sus mecanismos de control al incorporar como parte de su personal de seguridad a miembros de las Fuerzas Armadas, la situación se volvería definitivamente desfavorable para la organización colectiva de sus reclamos.

Con relación a la situación imperante en la fábrica de mención, se ha podido establecer:

- Que trabaja normalmente con un ausentismo en la fecha del 5% y un rendimiento en la producción del orden del 30 % más, sobre los índices de principio de año.
- Que no existe tratativa oficial con respecto a la situación de los doscientos tres despedidos [...] producido el Golpe de Estado la empresa mantuvo un “statusquo” a la espera de los acontecimientos.

Los inconvenientes para obtener una mejor información están motivados por la renuencia a facilitarla por parte del Jefe de Seguridad de la citada empresa, Coronel Pereyra Ortiz, quien dice cumplir órdenes de la gerencia.

La Plata, sección Búsqueda, marzo 30 de 1976.⁷³

72 Asunto: “Informar sobre sector obrero de la Cristalería Rigolleau-Localidad: Berazategui, 26 de marzo de 1976”, CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, Tomo 1, p. 126.

73 Asunto: “Situación en fábrica Rigolleau S.A.”, CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Legajo 13, Tomo 1, p. 131.

Un año después, el 17 de mayo de 1977, un grupo de tareas secuestró a Luis Angelini, secretario adjunto de la Lista Naranja y militante del PRT-ERP. Apenas un mes antes, el 3 de abril del mismo año, su cuñado, Alfredo Soto Valcarce, pareja de su hermana Ángela Angelini, también trabajador de Rigolleau, mediante un engaño fue impulsado a retirarse de su lugar de trabajo y fue secuestrado por un grupo represivo cuando ingresaba a su casa.

El primer lustro de la década del setenta estuvo marcado por la conflictividad en el sector industrial. Buena parte de esa conflictividad se expresó en el nivel del sindicalismo de base, en el que variadas corrientes de izquierda, ligadas a una cultura política más dispuesta a la confrontación con el sector patronal, desafiaron la hegemonía que los sectores sindicales más tradicionales y conciliadores ejercían sobre las representaciones obreras. El conflicto industrial se experimentó, entonces, no solo en las confrontaciones entre obreros y gerencias patronales, sino entre los mismos dirigentes y representantes obreros. Una camada más joven, en ocasiones con mayores niveles de calificación profesional y otro tipo de politización, competía por los lugares a los que habían llegado unos años antes otros representantes obreros. Agrias disputas se sucedieron por la integración de las comisiones internas y cuerpos de delegados, así como en los tipos de reclamos y los modos de acción que debían llevar adelante esos reclamos. Los activistas obreros se debatieron en dos frentes: por un lado, en el impulso de dinámicas de lucha que les permitieran avanzar sobre los mecanismos de intensificación de la explotación adoptados por los empresarios; por otro lado, se enfrascaron en fuertes disputas entre corrientes militantes para tomar la dirección de esas luchas.

El desarrollo del conflicto laboral se estructuró en una doble escala; por un lado, la acción contenciosa de la clase obrera empezó a estallar en numerosas zonas del país, lo que produjo un efecto de generalización del descontento de los obreros industriales en el nivel nacional y una profunda crisis de legitimidad del Pacto Social; por

otro lado, la intensidad de los conflictos en las bases y en los vínculos entre los obreros y sus representantes más cercanos, así como las características de sus estructuras de movilización y sus repertorios de acción tendieron a darle a cada conflicto una forma específicamente local y regional, dependiendo, en cada caso, de las dinámicas de lucha en el interior de las plantas fabriles y el territorio en el que estaban enraizadas.

En este sentido, para los trabajadores de Rigolleau el conflicto tuvo su particularidad. Lo que se presentaba como reproducción de un mito sin fisuras que identificaba a la fábrica con el territorio, y a ambos con la comunidad local, retornaba al lenguaje de los obreros como un espacio de disputa. Un lenguaje que ya no articulaba la idea de la fábrica como una comunidad de “continuidad y pertenencia”, sino como la coexistencia conflictiva entre dos clases, en la que una intentaba trasladar los costos a la otra. El malestar de la explotación industrial y las estrategias defensivas de la empresa que recaían, en mayor medida, sobre la reducción de la plantilla de trabajadores y la baja de los salarios difícilmente podían conciliarse con la idea del mito fundacional que fusionaba a los empresarios con la fábrica y la comunidad. Una fracción importante de los trabajadores eligieron darle su respaldo a una nueva comisión interna menos contemplativa con la patronal, así como otra fracción, no menos significativa, intentaba mantener todo lo posible la imagen de una comunidad cohesionada que solo era perturbada por una fuerza nueva y exterior a la que llamaron “anarquía”.

Es cierto que nunca la disciplina laboral había recaído exclusivamente en una identidad colectiva y consensuada de la fábrica, como presupone el mito de absoluta identificación entre fábrica y territorio, como si de una comunidad se tratara. En numerosas ocasiones, se recurría a la “colaboración policial” para excluir a los obreros díscolos y regular los conflictos, pero la presión de una cultura consensualista parecía haber hecho la mayor parte del trabajo disciplinario sobre el contingente obrero, ayudada, sin duda, por una etapa de florecimiento de la empresa. Sustraído ese florecimiento, el dispositivo disciplinario pasó a depender mucho más de la coerción que del consenso.

La zona sur se había caracterizado, en la primera mitad de la década del setenta, por el despliegue de la protesta obrera en el espacio urbano, la innovación de sus estructuras de movilización y la formación de nuevos repertorios de acción y lenguajes de movilización política que rompían los viejos moldes en un escenario de múltiples tensiones. En la segunda mitad, encontrará a los trabajadores sometidos a un régimen en el que el terror pasó a formar parte de la experiencia cotidiana en el barrio, el hogar y el lugar de trabajo. Los lugares y los sentidos experimentados de esos lugares cambiaban al ritmo atroz con que el avance represivo forzaba un nuevo territorio.

La Policía bonaerense ya funcionaba desde hacía tiempo como un cuerpo encargado de auxiliar a la disciplina laboral en las fábricas. Y sus prácticas de seguimiento, vigilancia y represión, fueran efectivas o al menos se presentaran como una probabilidad amenazante para los participantes de las acciones de protesta, tuvieron un papel significativo en la dinámica de confrontación entre los actores en conflicto. Omitir su doble papel –como productor de clasificaciones que buscaban estabilizar un determinado tipo de sentido sobre los conflictos que suscitaba la protesta obrera y como actor implicado, cuyas intervenciones podían inducir cambios en la dinámica de los acontecimientos– sería sustraer dimensiones demasiado relevantes del proceso de confrontación política. El repertorio de prácticas policiales podía ser diverso e incidir de distinto modo, y si bien estamos muy lejos de afirmar que fue determinante, podemos decir que era influyente.

En el caso de la intervención policial durante la toma de Rigo-lléau puede observarse esto que sostenemos. La policía podía reprimir y evitar así que la huelga y la toma de fábricas mutaran hacia una manifestación popular que abarcara a otros sectores de la población local, como se habían propuesto algunos activistas al modificar y masificar el espacio de la protesta. También podía construir y difundir una interpretación del conflicto como “guerrilla fabril” que podía compartir con el gobierno, el gremio y la empresa, pero, aun así, ese ejercicio planificado de la violencia no podía impedir que los obreros que ocupaban la fábrica siguieran en una posición fuerte y cohesionada para encarar la negociación con los patrones. Pero esta

relación de fuerzas favorable que se verificaba en otras fábricas se reveló muy sensible al cambio de los acontecimientos. Ya a mediados de 1975, las agrupaciones combativas y los obreros movilizados comenzaron un retroceso que no dejaría de profundizarse hasta el mismo día del golpe. Si en 1975 el despliegue de la acción colectiva de los obreros no había estado exento de los usos de la violencia, para apoyarla o atacarla, en 1976 la presencia ominosa de la violencia estatal se dilataría como una sombra terrible e inexpugnable en fábricas, barrios y calles, transmutando en un pasado que alejaba, cada día un poco más, lo que había sido el sueño de *apretujase con los amigos obreros en esa zona maravillosa*.

El despliegue de la industria más allá de la Capital Federal había contribuido a forjar una territorialidad y era el basamento material de un sentido de pertenencia e identidad. En esa geografía industrial cargada de tensiones, obreros como Collazo habían impreso sus activismos, sus experiencias y sus horizontes de expectativa al activar de modo diferencial diversos sentidos de lugar en conflicto. Podía hallarse aquí una experiencia común y compartida del territorio y del lugar con otros obreros de otras zonas industriales, como bien documentó para los trabajadores de la zona norte Federico Lorenz (2007 y 2013). A la explotación económica se le oponía como contracara la solidaridad entre obreros, que promovía una irrenunciable lealtad con la territorialidad que estaba creando la protesta sindical. La violencia no había estado nunca al margen, pero el despliegue cuantitativo y cualitativo de la violencia estatal desatada a partir de 1975 ya no era una dimensión más de esa territorialidad, sino el instrumento mismo de la configuración de un nuevo territorio como espacio de poder, gestión y dominio del Estado terrorista. El desequilibrio que introdujo ese dispositivo de violencia provocó una mutación tan grave que la territorialidad y la cartografía que evocaban los obreros como Collazo ya no sería posible ni como experiencia ni como horizonte. Cualquier reflexión sobre la historia posterior de la acción colectiva de las clases populares debería partir de aquello que se abrió cuando, paradójicamente, se cerró de modo abrupto y definitivo el lugar que soñaba despierto, muy despierto, Nelson Collazo. De esto nos ocuparemos en el siguiente capítulo.

Capítulo 2. “Brazos caídos”

Qué oscuro y gélido es este valle en el que retumba el dolor.
Bertolt Brecht, *La ópera de cuatro cuartos*

“Un día fui a visitar a una compañera en Florencio Varela que se mantenía trabajando en Alpargatas y me dijo que las cosas en la empresa se habían puesto duras”, cuenta Marta *Chiche* Selvaggio, que por entonces era una joven militante montonera platense que vivía en la clandestinidad y a la que le había sido encomendada la tarea de recobrar algunos contactos en las fábricas de la zona sur del Gran Buenos Aires. “Ahí ella me contó lo que estaba pasando adentro de la fábrica” (Chaves, 2015: 220).

Nos exigen más producción. No nos dejan hablar entre nosotras, tratan de dividirnos hasta con los salarios. Dan premio a unos sí y a otros no, como si no trabajáramos todos por igual. Es un régimen carcelario, no podemos tomar el descanso todos juntos, hay que turnarse para salir. Debemos permanecer en lugares visibles. Ahora también prohibieron traer bolsos a las secciones, ni siquiera podemos llevar un termo. [...] una de las últimas actividades que la Agrupación realizó dentro de la empresa, fue durante el conflicto del 79. Confeccionamos y distribuimos una cartilla que dio para hablar (ídem).⁷⁴

⁷⁴ Victoria Basualdo (2010b) trabajó en profundidad la historia de los/as activistas sindicales de base de la fábrica Alpargatas en Florencio Varela. Nos apoyamos en su tesis doctoral para reconstruir este caso en particular.

La cartilla a la que hace referencia Marta apareció colgada en las gancheras del vestuario de la fábrica y en algunas de sus secciones. Frente al avance de la disciplina industrial por efecto de la represión, el descontento se desplazaba hacia los microespacios y tomaba la forma de resistencias ocultas y esporádicas. Así como los comedores de algunas fábricas se volvieron un lugar para resistir y protestar mediante actos de indisciplina debido a la visibilidad y al encuentro que permitía entre obreros de diferentes secciones y personal de diverso nivel de jerarquía, los vestuarios de la fábrica Alpargatas, por la privacidad relativa que brindaban, se convirtieron en un espacio donde establecer algún tipo de comunicación entre activistas y obreros que eludía el control inmediato que se ejercía sobre las secciones de la planta. Esos controles diferían en el tiempo, pero no los evitaba, porque finalmente esos volantes eran descubiertos y retirados por personal de seguridad y, generalmente, entregados a la policía como prueba de la “actividad subversiva” que requería, a su vez, más vigilancia y control. El método de colgarlos en el baño permitía que algunos obreros pudieran leerlos antes de ser retirados y complicaba la labor policial de identificar al portador de esos volantes. Existieron otras numerosas tácticas en el arte de mantener comunicado al activismo sindical con las bases obreras en condiciones de clandestinidad. Pasar pequeñas notas sobre huelgas o medidas de fuerza en otras fábricas para informar a los obreros, dejar panfletos en las paradas del transporte público en las puertas de la fábrica, pasar la voz entre los activistas que estaban afuera de los establecimientos y los contactos con obreros que se mantenían trabajando, hacer reuniones clandestinas a partir de festejar cumpleaños, realizar partidos de fútbol, picnics en parques y plazas, caminatas ocasionales al costado de la vía, todo podía ser útil para mantener viva la militancia en condiciones de clandestinidad. Estas prácticas sostenidas por un puñado de activistas durante los años de la más dura represión serían luego los soportes de acciones con una mayor densidad pública desde 1980: ollas populares, misas por los trabajadores despedidos, huelgas de hambre, peregrinaciones, concentraciones en las puertas de las fábricas, pintadas, transmisiones radiales clandestinas (Chaves, 2015: 217-253).

El volante, una hoja de papel oficio, escrita a máquina y mimeografiada, que intentaba incidir en el malestar de las obreras de Alpargatas, recogía de modo somero el aprendizaje de tres años de una irregular, intermitente y discontinua resistencia de los obreros ante las medidas empresariales que habían intensificado la explotación laboral a partir de 1976, e intentaba advertir sobre el riesgo de escalar los conflictos a un juego de todo o nada con escasa organización.

... la experiencia nos demuestra que si vamos de entrada a un paro total la patronal no tiene problemas en cerrar las puertas de la fábrica ya que cuenta con la complicidad de los milicos. Sabe que con este salario afuera aguantamos poco tiempo y como no estamos organizados al no estar todos juntos perdemos fuerza. Esto nos pasó acá en Varela en el 77 [...] la mejor forma de enfrentar a la patronal en estos momentos es desgastarla peleando en nuestro lugar de trabajo utilizando medidas para ir desorganizando la producción con quite de colaboración, no haciendo horas extras, sabotaje al producto terminado y no a la máquina para no afectar ningún compañero. Paros de brazos caídos sorpresivos y progresivos.⁷⁵

Con estas recomendaciones se buscaba evitar las denominadas “huelgas salvajes”, que según la apreciación de los activistas habían sido muy desfavorables para los trabajadores involucrados en esas acciones espontáneas (Pozzi, 1988).

Si en los primeros años de la década del setenta los dilemas de la militancia de izquierda pasaban por las relaciones entre activistas proletarizados y obreros, por los enfrentamientos con las dirigencias sindicales y por los riesgos del involucramiento de los dirigentes populares en las prácticas armadas de las organizaciones revolucionarias, durante la dictadura el problema central era sobrevivir en la clandestinidad, no ser descubierto por las fuerzas represivas y mantener, dentro de lo posible, los lazos de comunicación entre el activismo y las bases obreras.⁷⁶

75 Bloque Sindical del Movimiento Peronista Montonero, cartilla distribuida en la fábrica textil de Alpargatas, en Florencio Varela, 1979. Archivo personal de Gonzalo Leónidas Chaves.

76 Para un análisis de la experiencia y las tensiones entre los militantes proletarizados y los trabajadores radicalizados pertenecientes a una misma agrupación sindical vinculada a la JTP Montoneros se puede ver Lorenz (2013). Para un análisis de las relaciones entre trabajadores

¿Qué forma asumió la represión en las fábricas durante la dictadura? ¿Cómo impactaron estas formas represivas en el repliegue de la acción colectiva de los trabajadores? En la exhaustiva investigación de Victoria Basualdo (2010b) sobre la fábrica Alpargatas de Florencio Varela podemos encontrar muchos elementos para analizar la experiencia de los/as trabajadores/as bajo la dictadura militar; también podremos recabar experiencias semejantes entre los obreros de Rigolleau y Peugeot, que nos pueden dar un cuadro más o menos claro de la situación de la clase obrera de la zona sur en los tres primeros años de dictadura. A través de estos dos casos pretendemos, en este capítulo, acercarnos a la experiencia de los trabajadores industriales entre 1976 y 1981.

Militarización del ámbito urbano-industrial

Los límites no son un hecho material inmóvil, sino emplazamientos que cristalizan relaciones de poder. Para que existan límites, tienen que existir actores y aparatos que los establezcan y se tomen la tarea de estabilizarlos. El límite es el modo de obtener un control sobre el espacio y capturar los movimientos que se desarrollan en él. Es un hecho sociológico con una forma espacial, y no un hecho espacial con efectos sociológicos (Simmel, 1991). Donde se establece una limitación, comienza una ofensiva y una defensiva. El ejercicio de una forma de dominación centrada en los límites convierte el espacio en un tipo determinado de territorio.⁷⁷

Rechacemos la imagen del poder como una máquina, un monstruo o un talismán, e identifiquémoslo con equilibrios más o menos fluctuantes que constituyen una dimensión inherente a todas las relaciones humanas. Antes que *un poder*, lo que encontramos en las relaciones sociales son balances más o menos fluctuantes que generan ganancias o pérdidas según la distribución favorable o des-

y militantes proletarizados en la fábrica Alpargatas de Florencio Varela se puede consultar Basualdo (2016).

⁷⁷ “El límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial [...] donde hay una limitación, en el sentido del poder, comienza una ofensiva y una defensiva” (Simmel, 1991: 652).

favorable de esos equilibrios entre los diferentes actores involucrados en una trama de encadenamientos interdependientes. El cambio y la acumulación en favor de uno de esos polos pueden llevar a la construcción de monopolios y, al mismo tiempo, a esfuerzos para poner a prueba y desestabilizar las posiciones jerárquicas alcanzadas por medio de esos monopolios. Se puede decir que un actor o un conjunto de actores adquieren una posición privilegiada en el juego social en la medida que pueden influir de modo determinante en el curso de desarrollo que siguen esas relaciones de interdependencia. Ahora bien, esas relaciones funcionan de manera distinta según la escala en la que se producen: la de las capacidades individuales, la de las relaciones interpersonales, la de los medios institucionales y la de las situaciones estructurales. Si el primer nivel indica el modo en que las personas entran en juegos de poder, el segundo señala las interacciones entre distintos tipos de actores que pueden imponer o no su voluntad en la acción social, mientras que el tercero es un poder de organización que controla los contextos y los medios con los cuales los actores dirigen o circunscriben sus acciones o las de los demás en determinados escenarios. Pero hay un cuarto nivel, que podríamos llamar estructural, que no solo opera dentro de determinados escenarios o campos sociales, sino que puede organizar, dirigir y distribuir esos escenarios y las relaciones de fuerza que los configuran. Esto es lo que Eric Wolf llama “el poder de gobierno”, de acción sobre la acción (2001: 20).⁷⁸

La militarización del ámbito urbano industrial llevada adelante por los dispositivos represivos de la dictadura bajo la lógica del “dominio permanente del espacio” implicó un tipo de transformación de las relaciones de fuerza entre trabajadores y patrones que produjo

78 La mirada relacional sobre el poder y su inserción precisa en un programa sociológico que tratara como no contradictorios la investigación de las estructuras de convivencia social y el estudio de los sentidos con que los implicados experimentan los diversos aspectos de su convivencia, resultando tan indispensable la dimensión de la experiencia como los procesos estructurales no planeados y ciegos, se la debemos a Norbert Elias, comenzando por su monumental investigación plasmada en *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, y luego extendida a numerosos trabajos e intervenciones académicas. Entre ellos se puede consultar el muy citado “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados” en Elias (1998).

un cambio de escala, territorio y lugar, semejante a las características de lo que señala Eric Wolf con respecto a los efectos sociales del poder estructural. Para comprender las mutaciones de la acción colectiva de los sectores obreros de la zona sur a partir de 1976, primero, hay que situar el impacto de la dictadura militar en la transformación brutal del escenario de acción donde esta se desarrollaba. Ese impacto se estructuró en torno a tres ejes: la eliminación de los militantes de base y activistas combativos, el disciplinamiento global de la clase trabajadora y la desarticulación del entramado socioproductivo industrial.

Lo que aconteció a partir de la disolución del gobierno de Estela Martínez de Perón y el golpe de Estado no debería considerarse como un simple aumento de la represión: constituyó, al menos desde el punto de vista de la acción colectiva de la clase trabajadora, un cambio cualitativo, que cristalizó un cambio de los repertorios represivos.⁷⁹

A pesar de la importancia de los procesos represivos previos al golpe, debe destacarse que hasta 1976 la represión a los trabajadores presentó, como formas más frecuentes, la detención de obreros y dirigentes y los asesinatos aislados, aunque reiterados y crecientemente repetidos, por parte de las fuerzas militares y paramilitares. La política de desaparición de personas no se encontraba aún institucionalizada, aunque hay varios casos de trabajadores secuestrados a fines de 1975 y desaparecidos. El golpe marcó un quiebre significativo en lo que se refiere a la represión de los trabajadores y dirigentes sindicales. Desde entonces y hasta 1979, se desarrolló una represión sin precedentes, tanto en términos cualitativos como cuantitativos, sobre la clase obrera y

79 Esta afirmación, que creo es válida para pensar el escenario de acción colectiva de las clases populares en la zona sur del Gran Buenos Aires, no es generalizable al resto del país. Claramente ya en 1974 y 1975 se desplegó una represión semejante en otras regiones del país, por ejemplo, Villa Constitución, Tucumán o Córdoba. En todo caso, lo que esta afirmación valida es la variación temporal del despliegue del Estado terrorista en diferentes zonas del país. Los propios documentos del Estado terrorista son explícitos en cuanto a que los despliegues de sus dispositivos de represión seguían una secuencia temporal diferenciada, en estrecho vínculo con las diferencias territoriales. La idea de que durante la Guerra Fría en América Latina se fueron delineando nuevos repertorios represivos me fue sugerida por Laura Lenci.

el movimiento sindical, que tuvo como consecuencia que miles de trabajadores, dirigentes y activistas fueran asesinados, presos, desaparecidos, exiliados, al tiempo que se desarrollaban distintas formas de violencia en los lugares de trabajo, se prohibieron asambleas y reuniones y se profundizaron las estructuras de seguimiento, vigilancia y control, con los consecuentes efectos sobre los derechos obreros y los ritmos de producción (Basualdo y Jasinski, 2016: 249).

La etapa que abrió la dictadura militar estuvo signada por dos grandes aspectos. El primero fue el desarrollo de una batería de medidas y normativas esencialmente negativas dirigidas a conculcar derechos laborales, disciplinar al movimiento obrero, hacerlo retroceder en cuanto a su poder en la economía y la política, y subordinarlo al proyecto político económico de la dictadura, lo que afectó de manera radical las relaciones entre sindicatos, empresarios y Estado (Zorzoli, 2015). Muchas de estas normativas actuaron como soporte de la política represiva que permitía instalar a las Fuerzas Armadas en el poder y combatir cualquier tipo de resistencia que surgiera en las filas obreras.⁸⁰ El segundo fue el redimensionamiento

80 En una síntesis rápida dentro de esas políticas, se pueden enumerar una serie de normativas implementadas desde el mismo 24 de marzo de 1976. En las *Actas para el Proceso de Reorganización Nacional* se dispone la intervención de la CGT, se congelan sus fondos y se suprimen los fueros sindicales, medidas reforzadas por el Decreto-Ley N° 21270 del 24 de marzo de 1976. Estas actas deben leerse en conjunto con el *Plan del Ejército (contribuyente al Plan de Seguridad Nacional)* mediante el cual se operativiza el golpe de Estado y se disponen los roles y los espacios a intervenir y ocupar por la fuerza. Tienen un lugar prioritario diversas organizaciones sindicales, entre ellas las seccionales Quilmes de la CGT, la UOM y la UOCRA, por nombrar solo algunas de las numerosas sedes sindicales. Bajo la directiva del Decreto N° 9/76 se prohíben en todo el territorio las actividades político-gremiales, se suspende la negociación colectiva y se prohíbe cualquier forma de protesta. Con el Decreto-Ley N° 21261 se suspende el derecho de huelga, que incluye no solo las huelgas clásicas, sino también toda otra medida de fuerza, paro, interrupción o disminución del trabajo que pueda afectar la producción. En abril del mismo año, bajo la Ley N° 21297, se altera la Ley de Contratos de Trabajo sancionada en octubre de 1974, al derogarse el 40% de sus artículos. Esto consolida un fenomenal retroceso de la posición obrera en esa relación con la patronal y el Estado, lo que produce efectos inmediatos en las condiciones de trabajo (extensión de la jornada laboral, cambios en las consideraciones socioambientales para la determinación de esa jornada de trabajo –descansos, refrigerios–, supresión de la insalubridad) y en las condiciones económicas del empleo. En agosto de 1976, se dictó la Ley N° 21400 de Seguridad Industrial que habilitó al Poder Ejecutivo a suspender en todo el territorio nacional o donde existiera

de la represión, cuyo objetivo principal se centró, a partir de aquí, en el exterminio de los sectores combativos y en el disciplinamiento del resto de las estructuras sindicales que implicó, en un primer momento, la militarización de establecimientos laborales y espacios sindicales que buscaba asegurar la subordinación absoluta de los trabajadores a la dirección empresaria.

El término “militarización” tiene una amplia referencia: la presencia visible de personal militar en las fábricas y el desarrollo de tareas de vigilancia, control y disciplinamiento; el despliegue de operativos militares masivos o dirigidos específicamente contra algunos trabajadores que se produjeron el día del golpe o en respuesta a conflictos laborales, antes o después de iniciada la última dictadura, tanto dentro como fuera de la fábrica; a la decisiva ubicación de cuadros militares en los directorios y otros cargos de jerarquía de las empresas; como así también al accionar de personal de inteligencia civil, militar o policial, en relación con empresarios o con las estructuras de seguridad y control de las empresas. En muchos de los casos, el elemento central del método diseñado radicó en la visibilidad y en algunos casos en la espectacularidad de la presencia militar en los predios fabriles, que favorecía los efectos multiplicadores del terror. El nivel máximo de la militarización fue la instalación de centros clandestinos de detención y tortura dentro de los espacios laborales o en territorios vinculados directamente con las compañías (Basualdo y Jasinski, 2016: 249-250).

Por otra parte, las prácticas represivas contribuyeron a la estrategia empresarial de recobrar la autoridad sobre el proceso productivo e intensificar la explotación de la fuerza de trabajo como un modo de obtener mayores niveles de competitividad en su sector. La utilización recurrente de las fuerzas de seguridad del Estado por

perturbación, medidas de acción directa concertada por los trabajadores, implicando penas de privación de la libertad, multas y pérdidas de salario. Mediante el Decreto-Ley N° 21259 se reimplantó el derecho de residencia; el N° 21356 facultó al Ministerio de Trabajo a intervenir y reemplazar delegados en los establecimientos fabriles; por el N° 21476 se dejaron sin efecto numerosos aspectos de los convenios colectivos de trabajo anteriores a 1976 y el N° 21307 dio la facultad monopólica al Poder Ejecutivo de fijar las remuneraciones.

parte de los empresarios para gestionar los conflictos con la fuerza laboral, que se verificará a lo largo y ancho de la industria desde finales de 1975 hasta los primeros años de la década del ochenta, nos está mostrando un verdadero cambio de etapa en el proceso de explotación industrial de la fuerza de trabajo (Dicósimo, 2013). La violencia estatal ya no tenía como única función reprimir, contener, regular y conducir la acción colectiva contenciosa de los obreros, sino asegurar una reconversión industrial regresiva en la que la principal estrategia empresarial era transferir los costos a la fuerza de trabajo reduciendo el empleo, bajando los salarios e intensificando la explotación. Se garantizaba la paz laboral a través de la utilización efectiva o la amenaza vehemente de la utilización de las violencias estatales legales, paralegales y clandestinas, que provocaron una nueva ecuación en los equilibrios de poder dentro de las propias fábricas, al mismo tiempo que multiplicaban sus efectos fuera de ellas.

Si se observa con detenimiento hay una correlación entre la brutalidad y la sutileza, por cuanto el temor, la incertidumbre y la parálisis que generaban los operativos militares y policiales más visibles y resonantes transmitían a las directivas empresarias una renovada autoridad. Las directivas de suspender las actividades sindicales, intensificar el trabajo o presentar la renuncia tenían ahora, apoyadas en veladas amenazas de violencia, una resonancia más imperativa (Dicósimo, 2013: 5).

Si observamos la situación a nivel del “piso de fábrica”, la restauración de la autoridad empresarial sobre la producción buscaba mejorar la competitividad en el sector donde se desempeñaba la empresa en cuestión (Dicósimo, 2013: 11).

Entramos en una configuración histórica en la que se genera un nuevo balance de poder, cuya profunda asimetría tendrá un fuerte impacto en la acción colectiva de los trabajadores. El terrorismo de Estado en las fábricas configuró una forma específica de dominación y explotación que ya no se redujo a circunscribir las acciones de las clases subalternas en determinados escenarios, sino que operó una profunda reorganización y redireccionamiento del escenario de acción.

Dominio del espacio geográfico

Entre finales de 1975 y principios de 1976, la articulación del ejercicio despótico del poder del Estado se organizó, entre otras maneras, a partir del “dominio [permanente] del espacio geográfico”.⁸¹ La zona sur del Gran Buenos Aires, junto con otras áreas urbanas industriales del país, fue puesta en foco para la edificación de una maquinaria estatal de captura del espacio y de las acciones de los sectores subalternos. Como veremos en otros capítulos del libro, este no fue el único proceso de producción del espacio en manos de la dictadura que afectó las dinámicas de acción colectiva de las clases populares en la zona sur del Gran Buenos Aires, pero sin duda la furiosa modificación del escenario provocó una mutación de la acción colectiva de la clase obrera industrial y dejó una marca imborrable en la experiencia de las clases populares sobre los extremos a los que podía llegar la dominación y la explotación.

La militarización de las fábricas fue uno de los fenómenos más evidentes de esta estrategia de control global y continuo del espacio. Pero, como sugiere el testimonio que transcribimos a continuación, el dispositivo de control llevado adelante por el Estado tenía una secuencia más sofisticada. Desde el punto de vista de los obreros, en sus escenarios sociales habituales, las cosas claramente habían cambiado y podían percibirse en la producción cotidiana del territorio tejida en torno a los barrios obreros, el transporte público y los lugares de trabajo.

Era la primavera de 1977 [...] El clima general de opresión estaba instalado y abarcaba sobre todo a los trabajadores. Las razias policiales y militares se enfocaban fundamentalmente en el transporte público, en las barriadas populares, en las fábricas... había retenes militares que impedían llegar al trabajo a horario... se realizaban en las paradas de las puertas de las fábricas sin importar la hora; “voy a marcar tarde”, se desesperaban los trabajadores; “no hay problema, está arreglado”, respondían los

81 Directiva Secreta N° 405/76, Buenos Aires, 211800 May 76, Roberto Eduardo Viola, general de División, jefe del EMGE.

represores a cargo de los operativos. La frase continuaba con un “nada de apurarse, hoy no hay descuentos”. La revisión en el transporte público era cotidiana. Revisaban los bolsos, las carteras, y si había alguna sospecha, demoraban al sospechado, procediendo a detenciones a granel. Podían ser a las 5 o 6 de la mañana, o a las 11 o 12 de la noche. A veces paraban los trenes entre estaciones y bajaban al pasaje por completo en medio de la oscuridad, y lo formaban contra las paredes de los vagones para someterlo a una minuciosa revisión que duraba una hora o más. En medio de este clima de terror los trabajadores de la sección Moldería, en la fábrica Rigolleau, pararon por reclamos relacionados con modificaciones en los horarios de descanso, paso previo al quite de insalubridad y aplicación del turno de ocho horas. Moldería no era una de las secciones más numerosas de la fábrica, pero estaba integrada por obreros calificados: matriceros, ajustadores, torneros y era considerada como una de las más combativas. El paro se inició en el turno mañana y las repercusiones llegaron apenas pasado el mediodía. La fábrica fue objeto de una ocupación ruidosa y trágica por fuerzas policiales y del ejército... dos decenas de uniformados blandiendo armas de puño corrían por la playa de carga adyacente a la puerta de entrada gritando órdenes y puteando a los trabajadores que circunstancialmente se encontraban en el camino. Los patrulleros hacían ulular las sirenas mientras un cordón armado de uniformados y personas de civil rodeaban la planta haciendo ostensible el armamento pesado. Uno de los oficiales se acercó a un obrero que maniobraba con un montacargas y lo apuntó, ordenándole que se detuviera. El conductor, un joven grandulón y de buen humor, pareció marchitarse de golpe, levantó las manos, la expresión de su cara descompuesta por el miedo divirtió a los represores, que estallaron en carcajadas. “Seguí, pibe, no pasa nada”, dijo el uniformado, contagiando de risa al resto de los esbirros que lo acompañaban. Minutos después, se estacionaron dos Falcon verde oliva con los escudos del Ejército Argentino en la puerta y tres camiones cargados de tropas en el patio de carga, despertando la curiosidad de los trabajadores del resto de las sec-

ciones. Los trabajadores de Revisación, Expedición, Automotores, Almacenes miraban con curiosidad y espanto todo el operativo. Un oficial mayor cruzó la playa acompañado por el odiado jefe de personal hacia la sección Moldería: lo acompañaban siete soldados con armas largas y tres personas de civil desconocidas. Los supervisores y capataces ordenaron a los trabajadores volver a sus puestos y continuar con la producción. La producción se reinició, mientras los Mercedes verdes y su carga se calentaban al sol. La zona de moldería fue cerrada con guardias armados y los efectivos policiales empezaron a recorrer las secciones. Miraban todo con curiosidad infantil, alguno hasta llegó a acercarse para preguntar sobre el funcionamiento de las máquinas y tomar alguna botella del “archa”, quemándose la mano y largando una puteada, recibida con risa por parte de los obreros revisores. Las cosas en Moldería no iban bien, el oficial exigía levantar el paro “o van todos presos”, los obreros intentaban explicar la razón de su medida mientras veían las caras de los soldados armados; “me importa un carajo” sostenía el oficial mayor “el derecho de huelga está suspendido, ustedes no saben o son boludos”. La militarización de Rigolleau duró apenas unos días, los compañeros de Moldería fueron sacados de la fábrica en fila india, con los brazos cruzados sobre sus cabezas y subidos a camiones. Posteriormente fueron liberados y algunos despedidos.⁸²

El dominio del espacio así era entendido desde el punto de vista operativo por los encargados de rediseñar la estrategia represiva:

La intensificación gradual y acelerada se materializará mediante dos tipos de actividades fundamentales: a) El dominio del espacio geográfico, logrado a través del despliegue [...] de fuerzas en dispositivos variables y la ejecución de patrullajes continuos, persistentes, aperiódicos en toda la jurisdicción (para) restringir la libertad de acción [...] crear sensación de inestabilidad [...] mostrar a la población en general la eficiencia de las fuerzas del orden [...] b) La centralización de la conducción y el incre-

82 Daniel Cadabón, *Fábricas militarizadas: de Rigolleau a Kraft-Terrabusi*, lunes 26 de octubre de 2009, sitio web del PCT.

mento de las actividades de inteligencia [...] (para posibilitar la continuidad de la acción y explotación oportuna de los éxitos obtenidos).⁸³

Territorio y población

La relación entre represión, territorio y población tiene una historia que debemos considerar. La penetración de la doctrina contrainsurgente en la estrategia militar modificó la ecuación entre esos términos. La población, y ya no la frontera territorial que demarcaba los límites físicos de la soberanía estatal, pasó a ser el nuevo teatro de operaciones de la fuerza militar y la configuración del monopolio de un poder soberano. Este largo proceso de elaboración doctrinal, iniciado en el gobierno de Pedro Eugenio Aramburu, ganó articulación metodológica y práctica a medida que las Fuerzas Armadas fueron obteniendo más espacio para la intervención directa frente a los conflictos sociopolíticos, sean estos vinculados a la lucha armada revolucionaria o a las manifestaciones y huelgas obreras. Durante la presidencia de Levingston, en ocasión del *Viborazo*, se dio un cambio fundamental, pasándose de la gradación de la intervención de las fuerzas represivas de acuerdo con la gravedad de la situación, a la utilización inmediata de las fuerzas militares; de la declaración reactiva de zona de emergencia, a declarar de manera preventiva zonas de defensa y/o seguridad. A partir del “Operativo Independencia”, en 1975, el concepto de aniquilamiento pasó a ordenar las prácticas represivas del Ejército (Portoriero, 2016: 57). Mientras se iban produciendo esas enmiendas de la doctrina original, el concepto de población se mantuvo constante y cobró progresivamente mayor complejidad, convirtiéndose en el objetivo de las prácticas represivas (Chiarini y Portugueseis, 2014).⁸⁴ A partir de 1976, la aparición

83 Directiva Secreta N° 405/76, Buenos Aires, 211800 May 76, Roberto Eduardo Viola, general de División, jefe del EMGE.

84 La importancia del control de la población ingresó como eje estructurante en las prácticas represivas del Estado en 1957, en ocasión de la implementación del Plan Conintes, a través de la incorporación de la doctrina francesa de la guerra contrarrevolucionaria. En ese contexto, los reglamentos militares contemplaban la división del territorio en zonas de

de fuerzas del Ejército para intervenir en algún conflicto laboral en las grandes empresas se volvió habitual y cotidiana: "... debido a que la guerra revolucionaria era llevada adelante por un enemigo interno que se mimetizaba con la sociedad, el control de la población se constituía en el principal objetivo para las fuerzas represivas (Portoriero, 2016: 48).

Al redefinir el control de la población como su principal objetivo, la estrategia militar introdujo un cambio en su concepción del territorio que tendió a ser menos una categoría definida por cualidades geográficas para pasar a convertirse en el espacio de asiento de una población en cuyo interior era necesario distinguir cualidades sociales e ideológicas. Estos elementos ya estaban presentes en las prácticas de vigilancia policial cuando los agentes desarrollaban toda una serie de categorías para etiquetar a los trabajadores involucrados en un conflicto, pero aún no habían alcanzado la articulación sistemática, masiva y global que adquirieron en el meridiano de la década del setenta.

... la nueva concepción del territorio por parte de las Fuerzas Armadas constituyó un quiebre a nivel conceptual y por lo tanto en la forma en que las Fuerzas Armadas desarrollaban su accionar sobre el territorio. Este dejaba de tener un sentido predominantemente geográfico y pasaba a imperar la concepción ideológica. La división territorial se hallaba diseñada para garantizar el control político-militar de la población. El control social de la población se convirtió, de esta manera, en el aspecto nodal de la doctrina militar y de su nueva conceptualización del territorio (Chiarini y Portuguesi, 2014: 36).

La conformación del Estado terrorista llegó a su punto de inflexión en 1975. No solo porque, como muestra Laura Lenci (2015), las prácticas represivas y la normativa de excepción desa-

defensa militares; la subordinación de las fuerzas de seguridad al mando de las FF. AA., y, también, el desarrollo de medidas de acción psicológica y de guerra psicológica. Asimismo, existía una serie de prácticas ilegales y criminales que formaban parte de la realidad de las medidas antisubversivas, como el establecimiento de centros clandestinos de detención y la metodología de secuestro, tortura para la obtención de información, muerte y posterior desaparición de los cadáveres.

rrolladas a lo largo de su formación, desde 1955, adoptaron una forma más sistematizada y centralizada bajo el comando general de las Fuerzas Armadas, sino además porque la planificación de la estrategia represiva se articuló como nunca antes con una geografía que permitía totalizar y dividir el espacio y ligarlo a una operativización del despliegue de los dispositivos represivos, conectándolos con los procesos de producción de información que permitían construir un instrumento de poder estructural capacitado para reorganizar de manera global el control y la movilización de la fuerza de trabajo.

La cuadriculación del espacio, dividido en zonas y subzonas, y la organización de los actores de la inteligencia estatal como *comunidades informativas* eran medios imprescindibles para disponer de una cartografía de la represión que permitía apretar las redes del orden. La “intensificación gradual y acelerada” dependía de someter a la ciudad a un diagrama. Totalización de una mirada sobre el espacio que hacía cada vez más eficiente “el despliegue permanente de fuerzas en dispositivos variables” que, como ha sido señalado por Lenci, operaron conectando lo legal, lo ilegal y lo clandestino.

Entre finales de 1975 y principios de 1976, aún quedaba un paso más en la mutación de la maquinaria represiva lanzada hacia una agresiva captura del espacio. El cotejo entre las directivas secretas emitidas por la Comandancia General del Ejército entre octubre de 1975 y mayo de 1976, denominadas Directiva General N° 404/75 y Orden Parcial N° 405/76, nos dan un indicio de la mutación dentro de este diagrama reticulado que suponían *el gobierno* de una población múltiple y en movimiento.⁸⁵

En efecto, si la Directiva N° 404 determina una geografía general que recupera una antigua zonificación militar del país originada en la incorporación de la doctrina francesa de la contrainsurgencia, a finales de la década del cincuenta, la Orden N° 405 organiza una geografía parcial de las prioridades represivas reubicando a las zonas urbanas industriales en el primer lugar. Así, el Gran Buenos Aires

85 La confección de mapas como anticipación de la ocupación militar del espacio también puede verse en el Plan del Ejército, en el que se desarrolla minuciosamente la constitución de las zonas de defensa y se las vincula con la amenaza subversiva. Ver Portugueseis (2012).

aparece en foco y determina una reconsideración de la geometría del espacio propuesta en la directiva anterior, en la que la nomenclatura “Tucumán” ocupaba el primer lugar. Este cambio de registro no debería desligarse de la mutación del contexto. Si a finales de 1975 las Fuerzas Armadas cerraban la represión a la guerrilla rural y a los trabajadores azucareros en el norte del país, en ese mismo momento los sectores obreros urbanos desplegaban su última experiencia masiva y abierta de protesta social en las fábricas y en las calles del Gran Buenos Aires, en las jornadas de huelgas y movilizaciones de los meses de junio y julio contra las políticas económicas de Celestino Rodrigo; y hasta los primeros meses de 1976, cuando los trabajadores siguieron protestando contra las medidas de Eugenio Mondelli.

No obstante, no habría que entender esta orden como el comienzo de la represión en las áreas industriales, tarea que las organizaciones armadas de la derecha peronista, las patotas sindicales, las fuerzas policiales y el Ejército ya habían emprendido en ocasión del “Villazo” y se habían extendido a otras zonas de auge del conflicto social incluyendo el Gran Córdoba, el Gran Rosario, el Gran La Plata, la zona norte y la zona sur del Gran Buenos Aires. Lo que sí podría apprehenderse de esta directiva es su aspecto condensador, el perfeccionamiento de una geometría del espacio ajustada a los propios cambios de escala, territorio y lugar que provocaba el avance represivo.

Si en la directiva del 75 las zonas de seguridad son nombradas como Tucumán, Capital Federal/La Plata, Córdoba, Rosario/Santa Fe, dejando en silencio cualquier clasificación del espacio que incluyera al Gran Buenos Aires, en 1976 la clasificación se vuelve más pormenorizada y se reencuadra haciendo hincapié en la subdivisión del *aglomerado Gran Buenos Aires* como subzona de operación.⁸⁶

Si la maquinaria del Estado terrorista debía reorientarse en el espacio y adoptar como prioridad la “guerrilla fabril”, esto supo-

86 Este proceso coincide y se conecta con el fin del “ciclo expansivo” del Gran Buenos Aires en términos urbanos: el cierre de la perspectiva de integración social, laboral y urbana. Y es precisamente ahí donde la “visibilidad” del Gran Buenos Aires se incrementa.

nía una reconsideración de sus clasificaciones espaciales. En este punto, si en la directiva del 75 el espacio es pensado sobre la base de una geometría que abarca el territorio nacional como se lo organiza en un mapa militar que contabiliza recursos y fuerzas, en el 76, la organización del espacio a la que se aspira adopta una forma más sociológica. Es definido, básicamente, por la presencia de la clase obrera industrial. También, en 1976, los jefes militares desarrollarán una serie de instrucciones secretas para operar en el ámbito industrial, conocidas como Directivas N° 222/76 (Operación Piloto) y N° 226/76 (Apoyo a la actividad laboral). Si bien dichas directivas actualmente no están disponibles, podremos deducir su contenido al analizar la Directiva N° 504/77, en la que son citadas.

La relectura militar del espacio intenta seguir lo que los servicios de inteligencia consideraban como lógica de desplazamiento de las organizaciones revolucionarias. Así, se escriben en mayúsculas las nuevas zonas prioritarias: “CAPITAL FEDERAL Y GRAN BUENOS AIRES, GRAN LA PLATA, Región ribereña del RÍO PARANÁ desde ZÁRATE hasta SAN LORENZO y CÓRDOBA”, los cordones industriales más importantes del país. Finalmente, la orden firmada por el general Viola se concentra en especificar la clasificación espacial del Gran Buenos Aires en dos grandes *zonas de defensa*, conformadas a partir de la agregación de sus distritos municipales: el norte del Gran Buenos Aires quedaría bajo la jurisdicción de la *zona de defensa 4*⁸⁷ y el oeste y el sur dentro de la *zona de defensa 1*, que incluía a la Capital Federal.⁸⁸

b. Cdo Z Def 1

1) Segregará de su jurisdicción los siguientes partidos de la Provincia de BUENOS AIRES que transferirá a la jurisdicción Z

87 Para un estudio de esta zona de defensa se puede consultar “El Estado Mayor del Comando de Institutos Militares. Zona de Defensa IV”, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, 2015.

88 La pregunta que nos queda pendiente es hasta qué punto podría existir una convergencia entre esta estrategia de vigilancia y represión y los intentos de reorganizar el GBA en términos político-institucionales, que se organizaban en torno a tres zonas cardinales: norte, oeste y sur.

Def 4. a) 3 DE FEBRERO b) SAN MARTÍN c) VICENTE LÓPEZ d) SAN ISIDRO e) SAN FERNANDO f) GENERAL SARMIENTO g) TIGRE h) PILAR i) EXALTACION DE LA CRUZ j) ESCOBAR k) ZÁRATE l) CAMPANA.

2) Asignará a un comando único la siguiente jurisdicción que constituye una entidad diferenciable por sus características propias: CAPITAL FEDERAL y los siguientes partidos de la Provincia de Buenos Aires: MORENO -MORÓN - MERLO - LA MATANZA- ESTEBAN ECHEVERRÍA - ALMIRANTE BROWN -LOMAS DE ZAMORA - LANÚS - AVELLANEDA y QUILMES.⁸⁹

La *zona de defensa 1* contaba con siete subzonas y 31 áreas. Esta zona dependía del Primer Cuerpo del Ejército, cuyo comandante hasta 1980 fue el general Carlos Guillermo Suárez Mason. En esta jurisdicción, y bajo su mando, estaban los jefes de subzonas, pero también las autoridades de otras fuerzas armadas y de seguridad.

... cuando se analizan los listados de los CCTyE (Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio) de acuerdo con la zona, subzona y área, se encuentran dependencias de distintas fuerzas. Sin embargo, resulta necesario aclarar que el control represivo de la zona I funcionó de manera descentralizada dado el tamaño geográfico y la densidad demográfica del espacio que se buscaba controlar, mientras Suárez Mason se reservó el control de la subzona Capital, el mando de las fuerzas represivas en el sur del Gran Buenos Aires recayó en manos del general Ramón Camps, jefe de la Policía de la provincia de Buenos Aires. [Quilmes, Florencio Varela y Berazategui quedaron a su vez subsumidos dentro del denominado “Circuito Camps”] constituido por veintinueve centros clandestinos de detención distribuidos en nueve partidos del conurbano bonaerense y La Plata donde se calcula estuvieron secuestradas alrededor de 1.500 personas (Lenci, 2015: 225-226).

89 Orden Parcial N° 405/76 “Reestructuración de jurisdicciones para intensificar las operaciones...”

¿A qué respondía esta reorganización parcial de la estrategia represiva? Sin duda, a una “reestructuración de las jurisdicciones para intensificar las operaciones”, como la propia orden parcial se titula. Una puesta en foco y una centralización del mando bajo el control del Ejército basada en una clasificación más detallada y una refuncionalización de la experiencia acumulada: “Centralizar la conducción de las acciones de inteligencia y las operaciones de carácter inmediato en áreas geográficas de características similares. Operar con unidad de comando especialmente en el ámbito industrial”.⁹⁰

Una cartografía que organizaba una estrategia de poder, desplegaba sus instrumentos de violencia, distribuía los dispositivos de captura, configuraba prácticamente la territorialización de la represión y disponía una reorganización radical del escenario de acción.

El método más conveniente

El laconismo del lenguaje sociológico en las órdenes militares tenía como contrapartida un amplio y masivo proceso de dispersión operativa en el terreno. Este despliegue de fuerzas y violencia sobre los trabajadores, que tenía como finalidad atemorizar y ejemplificar, utilizando los espacios laborales y los transportes urbanos como un escenario público para hacer aparecer todo el poder represivo, se articulaba, sin embargo, con tácticas más veladas. Una de ellas fue la incorporación de personal de origen militar en los directorios y las gerencias de las grandes fábricas. Y, en forma concomitante, el involucramiento de las empresas y su personal en la represión a sus propios trabajadores.

Esta redefinición espacial se complementaba con una serie de especificaciones dirigidas especialmente a la represión en el ámbito laboral. En la Orden de Operaciones N° 2/76, complementaria del Plan del Ejército, se desarrollaba una somera evaluación de las primeras intervenciones y detenciones, “gran parte de las cuales se

90 Directiva Secreta N° 405/76, Buenos Aires, 211800 May 76, Roberto Eduardo Viola, general de División, jefe del EMGE.

produjeron en grandes operativos militares en fábricas” (Basualdo y Jasinski, 2016: 258).

Quienes han investigado estos planes militares también mencionan la existencia de dos directivas secretas específicas, la N° 222/76 y la N° 226/76.⁹¹ La primera, diseñada solamente para la zona de defensa I, denominada “Operación Piloto”, en el ámbito industrial y la segunda, de mayor alcance, denominada de “Apoyo a la actividad laboral”, ambas mencionadas en la Directiva N° 504/77, redactada en abril de 1977. En esta misma directiva existe un extenso anexo específico dedicado a las operaciones en el ámbito fabril.

El Ejército establecía [...] que las operaciones en el ámbito industrial deberían ser consideradas prioritarias en la Lucha Contra la Subversión [...] llamaba la atención sobre el accionar de la guerrilla en el ámbito fabril, todavía en abril de 1977, mediante el uso del descontento obrero por su situación económica (caída del salario real, leyes de prescindibilidad y de reforma de los convenios colectivos, nuevas pautas para la ley de asociaciones profesionales y bases “psicológicamente deterioradas” por el elevado nivel de vida) y el desprestigio de las intervenciones y dirigencias sindicales vigentes. [...] el Ejército pretendió depurar las estructuras empresarias y obreras para, en sus propios términos, asegurar el libre desenvolvimiento de las actividades industriales y laborales [...] para lograr un eficiente funcionamiento del aparato productivo del país (Basualdo y Jasinski, 2016: 258).

91 Estas directivas no se encuentran actualmente disponibles. Su existencia es mencionada por Mirta Mantaras, “El Manual de la represión”, *Página 12*, 24/3/1999 (consultado 30/4/2016) y por Basualdo y Jasinski (2016). Efectivamente, ambas están mencionadas en el Anexo 3 (Operaciones en el ámbito industrial) a LA DIRECTIVA DEL C.J.E N° 504/77 (Continuación de la ofensiva contra la subversión durante el período 1977/1978), emitida por el EMGE en abril de 1977. Bajo el subtítulo en el que se detallan las instrucciones de coordinación para operar en el ámbito industrial, se explicita en el punto 4: “Para Cdo Z 1 el presente Anexo reemplazará a la Directiva 222/76 (Operación Piloto en el ámbito industrial)” y en el punto 5: “Si por la aplicación de las medidas ordenadas se produjeran reacciones de activistas y/o trabajadores que afectaren la producción o alteren el orden público, los Cdo Z ajustarán su proceder de acuerdo a lo expresado en la Directiva 226/76 (Apoyo a la actividad laboral)”, Anexo 3, p. 8.

Pero en este documento se registra no solo una afirmación de los planes del Ejército, sino además ciertas modificaciones que buscaban “perfeccionar” sus operaciones en las áreas urbano-industriales. Se proponía entrar en una etapa de normalización de las relaciones laborales, que suponía prevenir la infiltración de la subversión y depurar ideológicamente las estructuras sindicales. Esta etapa de normalización no daba por finalizado el exterminio, sino que intentaba relacionar una forma más sofisticada de la política represiva y disciplinadora de la clase obrera con el inicio de una política laboral “positiva” que avanzara hacia lo que la dictadura consideraba debían ser las relaciones normales entre empresarios y trabajadores.⁹²

El Ejército accionará selectivamente sobre los establecimientos industriales y empresas del Estado, en coordinación con los organismos relacionados con el ámbito, para prevenir, neutralizar o anular situaciones conflictivas de origen laboral [...] Esta operación busca lograr estructuras del Estado, empresarias y obreras ideológicamente depuradas, representativas y ajustadas a su finalidades específicas, capacitadas para canalizar y satisfacer las legítimas aspiraciones de sus representados, que lleve al desarrollo de fluidas relaciones entre la parte empresarial y obrera y que permita lograr un eficiente funcionamiento del aparato productivo del país y un mejoramiento del clima socio-económico.⁹³

Después de haber diezmado a delegados, activistas y dirigentes, la dictadura se proponía mantener las comisiones internas que se evaluaran convenientes o crear nuevas que contaran con el apoyo inmediato de autoridades militares locales, el Ministerio de Trabajo y las empresas, al mismo tiempo que cuidaba su “representatividad” entre los trabajadores. Prevenir y erradicar los elementos subversivos era una de las caras de la moneda, la otra era la de construir nuevas estructuras de base. Por ello, en esta etapa, se preveía que las opera-

92 Para una revisión completa de la normativa sindical producida por la dictadura, ver Zorzoli (2015).

93 Cdo J EJ (EMGE-Jef III Op), Directiva N° 504/77 (Continuación de la ofensiva contra la subversión durante el período 1977/1978), Anexo 3 (operaciones en el ámbito industrial), 20 de abril de 1977, p. 2. Este documento lleva la firma al pie del entonces general de División, jefe del EMGE, Roberto Eduardo Viola.

ciones de eliminación fueran conducidas por los comandos de zona, y que las de reorganización de las estructuras de base dependieran de los acuerdos con el Ministerio de Trabajo y sus delegaciones.

Planear las formas en que se va a proponer la depuración marxista de las bases y estructuras de base [...] Erradicar los elementos subversivos empleando el método que resulte más conveniente para el éxito de la operación y para la ampliación de la información con vistas a la continuación del proceso. [...] Proponer los nuevos cuerpos de delegados y comisiones internas [...] Impartir instrucciones a las que deberán ajustarse la empresa y los obreros para evitar actividades subversivas y posibilitar un desarrollo normal de las tareas.⁹⁴

En este punto, la inteligencia militar ocupaba un rol central ya que se esperaba que esta brindara toda la información “exacta y oportuna” sobre la situación particular de cada establecimiento: personal directivo, conflictos vigentes, cuerpos de delegados, relación con los sindicatos, elementos subversivos existentes con sus respectivos domicilios particulares, existencia de coordinadoras de frentes fabriles, etcétera. Asimismo, se ordenaba un registro zonal de personas despedidas por antecedentes subversivos y se consideraba que las empresas deberían consultar a la autoridad militar no solo para despedir, sino, además, para incorporar personal. Al mismo tiempo, se establecía una pauta para que el trabajo de inteligencia se asentara en relaciones establecidas entre las autoridades militares, empresariales y sindicales.

Uno de los medios más idóneos para obtener información sobre la situación subversiva a nivel de las bases es por intermedio de los dirigentes gremiales que hayan dado suficientes pruebas de lealtad y apoyo al accionar de las Fuerzas Legales. [...] será indispensable desechar la práctica de emplear personal de poca jerarquía que, por falta de criterio y adecuada conciencia del secreto,

94 Directiva N° 504/77, Anexo 3, ob. cit., pp. 3-4. Al referirse al “método más adecuado” alude indirectamente a la habilitación a los grupos operativos de los Comandos de Zona para que sigan utilizando las técnicas de secuestro, tortura, asesinato y desaparición de los cuerpos.

ha dado en reiteradas oportunidades imagen de descoordinación y poca responsabilidad en el manejo de la información, creando desconfianza en los medios empresariales y sindicales que luego se niegan a colaborar [...] se considera conveniente delegar la responsabilidad del contacto con empresarios y sindicalistas en un oficial superior o jefe por grupo de 2 o 3 establecimientos.⁹⁵

Esta etapa de normalización sindical se conectaba con una etapa más general de normalización del régimen que permitiera restar publicidad a la imagen de un país militarizado. En vísperas de la organización del Mundial de Fútbol, a mediados de 1978, y en coincidencia con este objetivo de mostrar un país normal, en este reordenamiento parcial de la represión, se prescribía evitar en lo posible los grandes y espectaculares despliegues operativos de las fuerzas de seguridad en los espacios públicos y realizar las detenciones fuera de las fábricas, salvo que no resultara factible hacerlo en otra oportunidad.⁹⁶ Estas consideraciones se correspondían con el inicio de una nueva etapa política del *proceso de reorganización nacional*, en la que se quería dar la imagen de finalización del período de *guerra antisubversiva*, que por cierto no era el fin de la represión, sino su repliegue a formas con menor grado de exposición pública.⁹⁷

Para el caso de las detenciones deberá tratarse de que las mismas se efectúen fuera de las empresas, y en forma más o menos simultánea y velada. Las detenciones en los lugares de trabajo solo se efectuarán cuando no haya sido factible hacerlo en otro lugar u oportunidad. [...] deberá evitarse hacer ostentación de fuerza, al menos que tal acción sea imprescindible como factor de disuasión.⁹⁸

95 Directiva N° 504/77, Anexo 3, ob. cit., pp. 5-6.

96 En este punto, sigo la hipótesis y la interpretación de Basualdo y Jasinski (2016) y la pongo en relación con la tesis de Zorzoli (2015) acerca de que del análisis de la normativa se desprende que la dictadura se propuso una política sindical positiva que buscaba modificar las relaciones entre Estado, empresarios y sindicatos, y no solo negativa o puramente represiva.

97 Para un análisis de las etapas políticas de la dictadura, ver Canelo (2008).

98 Directiva N° 504/77, Anexo 3, ob. cit., pp. 6-7.

Es tan ambiciosa esta directiva que rigió el accionar de los Comandos de Zona, que resulta demasiado acotado y poco preciso denominarlo “plan represivo”. La continuación de la “ofensiva contra la subversión” en el ámbito industrial implicaba al menos tres novedades. En primer lugar, el mayor énfasis en *velar* las operaciones de secuestro de militantes y obreros bajo la recomendación de realizar las detenciones de manera simultánea en sus domicilios y evitar operaciones en los predios de las empresas siempre que fuera posible. En segundo lugar, el impulso a una mayor coordinación con los organismos del PEN, fundamentalmente el Ministerio de Trabajo, cuando a los Comandos de Zona les tocara intervenir en los conflictos laborales y en la misión de depurar y crear nuevas estructuras de base, aunque afirmando, por encima de esos actores, la tutela de la autoridad militar zonal, que, paulatinamente, se iría retirando una vez que las relaciones estuvieran *consolidadas*. En tercer lugar, una visión más acabada de lo que se consideraba, desde la perspectiva dictatorial, “un natural desenvolvimiento de las relaciones entre empresarios y trabajadores”.

Desde la interpretación de esta Directiva, que ordenaba las operaciones y las tareas de los Comandos de Zona durante el período 1977-1978, es posible colegir que el terrorismo de Estado buscaba redefinir de cuajo las condiciones económicas, sociales y políticas de la explotación de la mano de obra, en una extensión y una profundidad que no tenía antecedentes en la historia argentina. En la política de la dictadura hacia las clases populares figuraban, en primer lugar, los términos *erradicar* y *depurar*, lo que aquí entendemos lisa y llanamente como una política de exterminio; y luego, sucesivamente, se ingresaría en una etapa de normalización y consolidación de las *estructuras normales*.

Este extenso rodeo que hemos hecho por la política represiva de la dictadura merece una última aclaración: no podríamos comprender la transformación de las formas de organización (y desorganización) y los repertorios de acción (y no acción) de las clases populares en este período si no tenemos en cuenta el papel fundamental que tuvo la represión en esa mutación.

Con hambre no se puede trabajar

Ahora podemos ingresar en la segunda pregunta de este capítulo: ¿cuáles fueron las formas de organización y acción que se dieron los obreros dentro de las fábricas? Afortunadamente, en los últimos años, contamos con un interesante cuerpo de investigaciones históricas que han abordado este nudo crucial de la historia de las clases populares. No debemos soslayar que la acción colectiva de los obreros en este período fue objeto de debate en el campo historiográfico muy tempranamente. Ante la posición asumida por Francisco Delich, que postulaba el *inmovilismo* de la clase obrera durante los primeros años de la dictadura, Pablo Pozzi (1988) contrapuso la idea de una fuerte *oposición* obrera que habría erosionado las bases de legitimidad del régimen. Esta contraposición, extremadamente dicotómica, ha sido revisada y matizada por varios estudios, que, al mismo tiempo que señalan que hubo acciones colectivas y prácticas de resistencia, sostienen que no todas podrían quedar fácilmente englobadas en el difuso y cargado término de oposición, y que resulta discutible que esa *resistencia* obrera haya sido el factor central del colapso del gobierno militar.⁹⁹

En lo que respecta a nuestra indagación, contamos con algunos trabajos que han investigado qué ocurrió a nivel de fábrica con los conflictos obreros en la zona sur, los que trataremos de complementar con algunas fuentes primarias y testimonios. Sin desconocer la relevancia del debate historiográfico, no profundizaremos aquí en esa línea.¹⁰⁰ Para completar este capítulo con el material que tene-

99 Es necesario aclarar que el inmovilismo al que hacía referencia Delich (1982) tenía que ver con la ausencia de movilizaciones sindicales y/o obreras más allá de los conflictos que podían producirse, como de hecho ocurrió, en determinada fábrica o empresa. Esta observación se debió a falta de información, ya que desde 1977 se registran reclamos y acciones colectivas que atraviesan algunos sectores de la industria. Más allá de eso, el término “inmovilismo” de Delich venía a connotar el cambio que, por comparación con las luchas obreras de 1973-1975, implicaba, en efecto, una profunda mutación. La contra tesis más enfática se encuentra en Pozzi (1988). Para investigaciones que estudiaron y mostraron cuantitativamente la existencia de acciones colectivas de protesta de la clase obrera durante la dictadura y que utilizaron fuentes periodísticas oficiales y clandestinas que fueron más allá de los específicos de cada empresa, se pueden leer los trabajos de Chaves (1983) y Falcón (1996).

100 No obstante, pienso que estas investigaciones y debates deben continuar y profundizarse, y conectarse más con los estudios actuales sobre clases populares y política que suelen girar

mos disponible, nos interesa realizar una somera descripción de las formas de acción colectiva, resistencia o protesta que se produjeron en este período y ponerlas en relación con el contexto histórico, teniendo en cuenta las políticas específicas de los empresarios y del Estado.

Si analizamos una lista no exhaustiva de acciones colectivas entre 1976 y 1981, en Safrar-Peugeot se registran conflictos en septiembre y noviembre de 1976, en marzo de 1977, en mayo de 1978 y en junio de 1979. En abril de 1977, en la Fábrica Alpargatas de Florencio Varela y en La Bernalesa, empresa textil de Bernal-Quilmes; en diciembre de 1980, en Ducilo, empresa textil de Berazategui; en julio de 1977, en Molinos Río de la Plata, empresa alimentaria de Avellaneda, y en Rigolleau, en diciembre de 1977 (Falcón, 1996: 140-141).¹⁰¹

A finales de octubre de 1977, comienza a sentirse el malestar por los ritmos de trabajo impuestos en varias secciones de la fábrica de automotores Peugeot, con el objetivo de elevar sus niveles de producción.

... se notaba que habían acelerado las líneas de producción en algunos cuantos puntos o eslabones de la cadena de producción, haciendo crecer la cantidad de coches fabricados. Había aumentado en casi cuarenta coches por mes, siempre con el mismo personal y con los mismos medios. Eso se conseguía acelerando las líneas de producción y tomando los tiempos, exigiendo más esfuerzos a los operarios. Otra forma no hay. Entonces, en compensación, se pedía una mejora salarial, seguiríamos trabajando a cuarenta coches más por mes, pero queríamos algo a cambio. Entonces se pidió una mejorita salarial, paquetes de víveres para familias tipo y familia numerosa, todas cosas como para recibir una compensación a cambio de la mayor producción.¹⁰²

en un vacío histórico que es necesario llenar. Una expresión de los déficits de historicidad de la sociología y la etnografía sobre las clases populares en la Argentina es el uso extendido de cronologías redondas (los setenta, los ochenta, los noventa) para describir los procesos históricos.

101 La lista no es exhaustiva y solo indica la presencia de conflictos en las fábricas registrados en la prensa.

102 Testimonio de Alberto Felipe Maly, técnico electricista de la fábrica de Peugeot en Berazategui, 7 de Julio de 2004 ante la Cámara Federal de Apelaciones de La Plata, "Juicios por la Verdad".

En este contexto, en la sección Estampado, los operarios cuestionaban los cupos de producción (gamas) exigidos por la empresa. El servicio de información de la Policía identificó a un trabajador como el más activo en el reclamo y señaló “que en vistas de su accionar, se lo considera como un factor disolvente y agente izquierdista”.¹⁰³ Al trabajador individualizado se le intentó aplicar medidas disciplinarias. El 1° de noviembre, ante la creciente exigencia de mayores cupos de producción, las secciones Tapizado, Soldadura y Montaje realizaron un quite de colaboración, como lo hacían tradicionalmente los obreros automotrices si no eran satisfechas algunas demandas compensatorias al aumento de la productividad a costa de una mayor intensificación del esfuerzo físico. Este quite de colaboración fue acompañado por una sentada frente a las oficinas de la gerencia y de la Comisión Interna de Reclamos (CIR). Entre los obreros se resentía la pasividad que observaban en los representantes de la comisión y los presionaron para que se pusieran al frente de sus demandas.

Es la vergüenza que todavía siento, la vergüenza de que aquellos que decían representarnos se hubieran vestido con la ropa de quienes nos querían oprimir, se produjo un movimiento de reacción ante la notoriedad de la conducta de la comisión interna y se los quiso sacar a la fuerza del lugar que tenían como cueva, le decíamos, y tal fue la presión que en un momento tuvieron que salir, tuve que intervenir con mucha energía junto con otros compañeros para evitar que los lastimaran, que los atacaran, que los agredieran físicamente, los agredieron físicamente, pero no llegó a mayores consecuencias, hicimos el mayor de los esfuerzos y conseguimos que esta gente tomara nuestra representatividad y fuera a discutir los puntos que nosotros queríamos imponer en esa asamblea auto-convocada. Fueran a discutirlos con la Empresa, porque la Empresa no nos reconoció autoridad ya que no teníamos representantes, oficialmente no éramos representan-

103 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Carpeta 18 bis, Legajo 14. Asunto: “Safrair Peugeot”, Tomo 2, p. 38.

tes. La empresa pedía hablar con nuestros representantes, nos obligó a traer a nuestros representantes a la discusión, de ahí en más fueron nuestros representantes legítimos entre comillas, los que fueron llevando adelante toda esta conversación, pero cabe destacar que esto fue la presión, no fue porque la Empresa era buena o porque nuestros representantes tenían la intencionalidad de admitir que nosotros estábamos haciendo pedidos razonables.¹⁰⁴

La presión de los trabajadores del turno mañana se hizo sentir y se extendió el reclamo a toda la fábrica. El 9 de noviembre, los miembros de la comisión elevaron al jefe de Relaciones Industriales don Celso Frigerio, los petitorios de todas las secciones de la fábrica: Herramental, Tapicería y Pintura, Planta de Montaje, Mantenimiento Eléctrico, Mantenimiento Mecánico, Instalaciones, Cronometraje, Servicios Técnicos, Comedor, etcétera. “Es la primera vez que la totalidad de las secciones que componen este núcleo fabril presentan un mismo tipo de petitorio”, comenta el informante de la Policía, y calcula que los 4500 operarios de la planta participaban de las demandas.¹⁰⁵ El lenguaje diplomático de los miembros de la comisión interna pone de manifiesto una situación delicada: si en 1974 el sindicato acusaba a la empresa de poner en peligro las normales relaciones entre obreros y empresarios, en este envío firmado por todos sus integrantes cuidan cada una de las palabras que escriben a máquina en una hoja membretada del SMATA: “Solicitamos se agoten las instancias administrativas que posibiliten el diálogo convenido por las partes, que permitan acortar las expectativas (sic) y las especulaciones que giran en torno al mismo”.¹⁰⁶

En cada uno de los petitorios escritos de puño y letra y firmado por todos los operarios de cada sección de la planta, se puede atisbar el lenguaje de la desesperación:

104 Testimonio de Alberto Felipe Maly, técnico electricista de la fábrica de Peugeot en Berazategui, 7 de Julio de 2004 ante la Cámara Federal de Apelaciones de La Plata, “Juicios por la Verdad”.

105 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Carpeta 18 bis, Legajo 14. Asunto: “Safra Peugeot”, Tomo 2, p. 6.

106 *Ibidem*, p. 47.

... los compañeros de Soldadura nos dirigimos a Ustedes haciéndoles saber de nuestras imperiosas necesidades, compañeros, nuestros magros salarios han llegado a un límite insostenible para solventar nuestras mínimas necesidades, por ello solicitamos un urgente incremento de los salarios. [...] una bonificación para recuperar lo perdido y el doble aguinaldo [...] Dan la seguridad y la firmeza de que lo solicitado se ajusta a la verdadera necesidad de nuestros hogares y que vemos con honda amargura que ya el hambre golpea nuestras puertas, pero que estamos dispuestos a trabajar en paz, solamente pedimos la comprensión de esta Empresa, que se engrandece y enriquece con nuestro trabajo y sacrificio diario.¹⁰⁷

Los operarios de la sección Tapicería y Pintura solicitaban exactamente lo mismo “para poder sobrellevar la constante estampida de los precios de los artículos de la canasta familiar, mínimos e indispensables que cada uno ancia (sic) brindar a su familia y que a través de los malos momentos que atraviesa la clase trabajadora parece inalcanzable”.¹⁰⁸ En la sección Montaje, escribían: “Es el deseo de todos los obreros trabajar en paz, pero sin la comprensión de la Empresa a nuestra angustiante situación estos deseos son imposibles de cumplir, pues con hambre no se puede trabajar”.¹⁰⁹ En Mantenimiento Eléctrico y Puesta a Punto, decenas de trabajadores firmaron una escueta nota que suplicaba “un incremento salarial que satisfaga las necesidades de supervivencia, en más de un hogar nuestro se ha llegado a estados calamitosos”.¹¹⁰ Se hablaba de pedidos y no de reclamos. Todos los movimientos se desarrollaban bajo la supervisión del Batallón de Comunicaciones 601 de City Bell, que había cercado la fábrica e intervenido en la negociación de los obreros con la empresa. El lenguaje había cambiado. Se hablaba de hambre, de amargura, malos momentos, situaciones insoportables, se invocaba la miseria del hogar y la supervivencia de las familias. Se subrayaba la paz, pero al mismo tiempo se insinuaba la imposibilidad de traba-

107 *Ibidem* p. 48.

108 *Ibidem*, p. 52.

109 *Ibidem*, p. 55.

110 *Ibidem*, p. 57.

jar en paz. La acción también era cuidada: una sentada, un pedido de diálogo con la empresa, petitorios firmados por todos. A fines de marzo, veinte trabajadores fueron despedidos por la empresa acusados de “agitadores gremiales”, a quienes se les aplicó la ley de seguridad industrial: la cautela estaba más que justificada.¹¹¹ Había cierto margen para la negociación, pero la conciencia del peligro podía entreverse en el cuidado de cada palabra utilizada, de cada acción realizada. A pesar de todos los recaudos posibles, nadie se libraba del riesgo. Y mucho menos los que, como Felipe Maly, técnico electricista, “un obrero común, de esos de la casita, la familia, el autito y las vacaciones en San Clemente”, como él mismo elige definirse en su testimonio ante un juez de La Plata, se habían transformado, circunstancialmente, en voceros del “razonable pedido”.

Hicimos una sentada frente a las oficinas de la Empresa. Intervino el Cuerpo Militar de City Bell, vinieron, coparon la fábrica, nos rodearon, a la gente que estábamos haciendo el movimiento sin hacer nada, simplemente nos rodearon, nos tuvieron cercados, y nosotros seguimos con la sentada y bueno en un momento dije: bueno, esto no conduce a nada. Subí a las escalinatas de la oficina de la empresa y les dirigí la palabra a los compañeros, preguntándoles qué es lo que querían, qué era lo que pretendían y cómo podíamos encauzar las cosas y en ese momento intervino un coronel, que se abrió paso entre la gente, tuvimos una charlita con él y subimos a las oficinas y empezamos las conversaciones con la empresa.¹¹²

111 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Agitadores Gremiales, Safrar-Peugeot, p. 3. Decreto ley sancionado por la dictadura en agosto de 1976, que prohibía y penaba las medidas concertadas de acción directa, incluyendo el trabajo a desgano o los paros de brazos caídos.

112 Testimonio de Alberto Felipe Maly, técnico electricista de la fábrica de Peugeot en Berazategui, 7 de Julio de 2004 ante la Cámara Federal de Apelaciones de La Plata, “Juicios por la Verdad”. Maly fue secuestrado por un grupo de tareas el 17 de septiembre de 1977, estuvo detenido de forma ilegal en el Pozo de Quilmes; luego fue trasladado a la Comisaría 3° de Lanús y finalmente puesto a disposición del Poder Ejecutivo en la Unidad Penal N° 9 de la ciudad de La Plata, donde permaneció en cautiverio hasta el 28 de septiembre de 1979, momento en el que pudo exiliarse en Alemania; retornó al país en 1984. Al regresar, Maly dio su testimonio ante la Conadep y el Juicio a las Juntas Militares. Allí relató cómo fue obligado, bajo amenaza de la vida propia y la de su familia, a tender una trampa a la esposa

La empresa cedió parcialmente y otorgó los aumentos. Los trabajadores consideraron que la intervención del coronel les había resultado favorable. En 1978, en un nuevo conflicto volverán a solicitar la presencia de una autoridad militar para garantizar las tratativas, pero los resultados serán muy distintos. De algún modo, los obreros ya habían aceptado y, en cierta manera, naturalizado la intervención militar en los conflictos laborales. Por otra parte, que la empresa pudiera ceder a la apertura de una negociación en condiciones de excepción no implicaba que el control represivo sobre los obreros cesara, sino que podían reforzarse mutuamente. Un tiempo después, Maly fue secuestrado en su casa de la localidad de Plátanos¹¹³ por un Comando Operativo de Tareas (COT) y detenido-desaparecido en el Pozo de Quilmes,¹¹⁴ hasta que es liberado y logra salir al exilio. El secuestro y la tortura de este obrero nos brinda un indicio de cómo operaban articuladamente las “negociaciones normales” que prescribían las directivas militares y las prácticas subrepticias del Estado terrorista.

El día que me secuestran, es decir de mi casa me llevan a ese lugar, me torturan. Ese mismo día a la tarde, cuando ya me había recuperado, había podido tomar un poquito de agua, habían pasado algunas horas; me vistieron, me dejaron vestirme y me llevaron a mi casa en Plátanos. Fue dramático, hoy, hoy lo veo y es un cuadro dramático. Aunque les parezca mentira, lo más dramático de todo fue el perro, apoyó la cabeza en mi falda, me vio los grillos en las manos y se largó a llorar. Empezó a ladrar con mucha bronca a los milicos, mucha bronca, nunca lo ha-

de su compañero de trabajo Eduardo Rosen, también desaparecido y asesinado. Además de Maly y Rosen, al menos dos obreros más de Peugeot, Jorge Guidi y alguien de apellido Piore, que reclamaron por la libertad de Maly, fueron secuestrados y desaparecidos. Ver *El Diario del Juicio*, año I, n° 3, 11 de junio de 1985, Editorial Perfil, p. 50.

113 Pequeña localidad del partido de Berazategui.

114 Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio (CCDTyE) y maternidad clandestina que funcionó en una dependencia de la Brigada de Investigaciones de la Policía de Quilmes, entre agosto de 1975 y enero de 1979. Ubicado en Allison Bell y Garibaldi, en la ciudad de Quilmes, se encontraba vinculado al circuito represivo comandado por el general Ramón Camps, jefe de la Policía de la provincia de Buenos Aires. Para una profundización de las formas de funcionamiento de los circuitos represivos en la provincia de Buenos Aires, se puede consultar el artículo de Laura Lenci (2015).

bía visto así al finado Napoleón, nunca lo había visto tan malo con nadie, me dejó tan impactado, me dejó marcado, es una imagen que se va a morir conmigo. La imagen de ese animal, adivinando mis penas, mis dolores, y queriendo atacar a los que me producían esas penas, esos dolores, eso fue patético, fue algo tremendo, nunca se me va a ir.¹¹⁵

Mientras el control global y continuo del espacio penetraba en todos los lugares y volvía extraño lo familiar, no quedaban espacios seguros en un territorio desbordado por la maquinaria de la represión cuyos andamiajes lo reorganizaban sin interrupción.

Arrojando pedazos de pan

No debemos dejar de mencionar que, en parte, estas demandas salariales de los trabajadores automotrices estaban condicionadas por algunos factores de orden estructural. El primer factor fue la decisión dictatorial de eliminar las negociaciones paritarias y pasar a determinar los aumentos de salarios por vía de decretos y resoluciones del Ministerio de Economía. Además de quitar del juego de la negociación a los sindicatos, esta determinación tuvo un profundo impacto en los niveles de remuneración de la mano de obra industrial. Mientras el gobierno, en un contexto de altísima inflación,¹¹⁶ se

115 Testimonio de Alberto Felipe Maly, técnico electricista de la fábrica de Peugeot en Berazategui, 7 de Julio de 2004 ante la Cámara Federal de Apelaciones de La Plata, "Juicios por la Verdad".

116 En 1975, el índice de precios al consumidor saltó al 182,8 % en su variación anual con respecto al 24,2% alcanzado en 1974, pero en 1976 superó el doble con respecto a 1975 y llegó al 444%; luego bajó para mantenerse cerca del nivel alcanzado en 1975. En 1977, la variación anual fue de 176% y en 1978, de 175,5%. En promedio, la inflación se mantuvo en el 150%, muy por encima del promedio de la década anterior que había sido del 60% (Ferrerres, 2010: 565). Cuando observamos la serie total del índice de precios al consumidor desde 1930, podemos ver que, por primera vez en décadas, los sectores asalariados se enfrentaban a un régimen de altísima inflación que deterioraba sus ingresos mensualmente. Cuando en la literatura especializada se habla del temor de la población a la inflación y los consensos sociales negativos que se generaron en torno a ella, debería tenerse en cuenta que estas primeras experiencias fueron sedimentando lo que luego conoceríamos como "el gran pánico" durante la hiperinflación de finales de la década del ochenta.

ocupaba de fijar los niveles salariales por categoría,¹¹⁷ luego, en cada sector, se abría la posibilidad de que las empresas más grandes de la industria pudieran ofrecer aumentos o mejoras salariales adicionales para sus planteles o a grupos específicos de esos planteles. Entre 1976 y 1981, de 291 conflictos analizados, se registraron que el 61,5% de las luchas sindicales tuvieron como motivación demandas salariales, mientras que 12,6% reclamaba por condiciones de trabajo, el 11% por falta o disminución del trabajo, el 7,4% ponía énfasis en la defensa de la organización sindical, el 2,8% rechazaba represalias patronales, el 2,5% se defendía contra la represión estatal o paraestatal y el 2,2% se desató en torno a reclamos por el comedor de planta. En cada uno de los conflictos, los trabajadores dieron algún tipo de respuesta: el 33% fueron huelgas, las que podían durar algunos minutos, horas o días, y abarcaban una sección o toda una fábrica; los quites de colaboración alcanzaron el 32% de las respuestas obreras. Poco más del 10% respondió con diversas medidas de fuerza: boicots al comedor de planta, concentraciones internas y dos solitarias ocupaciones de planta. El porcentaje restante correspondió a petitorios y negociaciones.¹¹⁸ Esta nueva situación en cuanto a la fijación de los salarios trasladó el conflicto al interior de cada fábrica y tuvo un efecto contradictorio sobre las acciones reivindicativas de los trabajadores.

Por un lado, el confinamiento de la puja salarial a los establecimientos individuales dificultó una articulación de la protesta

117 La política de fijación de los salarios fue el instrumento central de Martínez de Hoz para controlar la inflación. Sin embargo, el nivel deliberadamente bajo de los salarios no alcanzó a disminuir la inflación por debajo del 150%. Como explica Mario Rapaport: “Bajo la dictadura militar, se apeló a una fuerte disminución del gasto público y a una drástica caída en uno de los precios, los salarios, logrando bajar momentáneamente la inflación, pero a niveles anuales no menores del 150% en promedio. Aun así, la política de Martínez de Hoz implicaba un grado importante de inflación reprimida. Las dos variables claves en este sentido eran los salarios y el tipo de cambio: el Estado había fijado un nivel salarial artificialmente bajo y un tipo de cambio que otorgaba al peso argentino un valor por encima de la paridad” (2010: 10).

118 Estadísticas de *resistencias en el lugar de trabajo* presentadas y analizadas por Ricardo Falcón (1996: 126 y 129). Siempre hay que tener en cuenta que, dadas las condiciones políticas del país, las fuentes de información subestimaban la cantidad de conflictos y podían subrepresentar algunos motivos específicos, así como el tipo de medida de fuerza.

y las medidas de fuerza, pesando en su contra las diferencias respecto a los ingresos entre ramas de actividad, entre empresas grandes y pequeñas, en el interior de las escalas salariales de cada actividad y entre los obreros calificados y los peones. No obstante, debido a la situación de pleno empleo en que funcionó el mercado de trabajo entre 1976 y 1978, en esta coyuntura los empleadores debieron preservar a los trabajadores calificados, que podían aumentar sus salarios simplemente cambiando de empleo (Dicósimo, 2008: 52).¹¹⁹

En el caso de Peugeot, la empresa ofrecía un 20% más del nivel salarial fijado por el gobierno o, en otras ocasiones, adelantos a cuenta de futuros aumentos, lo que provocaba la necesidad de algún tipo de negociación con respecto al modo en que se aplicaban esos aumentos y también inquietudes entre las diferentes categorías de calificación y condiciones contractuales (los mensualizados y los jornalizados) sobre a cuántos y a quiénes alcanzarían las mejoras ofrecidas por la empresa. Como consecuencia de este modo de determinar las remuneraciones, se produjo un efecto extendido sobre la mayor dispersión de los salarios y desigualdades intrasalariales entre trabajadores que podían compartir las tareas y la calificación, pero tenían condiciones diferentes de contratación.

Un segundo factor influyó específicamente en el sector automotriz. Desde 1974 hasta 1978, por efecto de las políticas estatales de promoción industrial y estímulo al mercado interno, en el primer lustro de la década, la producción automotriz vivió un auge, para luego comenzar de derrumbarse entre 1979 y 1980, e ingresar en un proceso de reconversión cuando sus ventas experimentaron una fuerte caída y se produjo la retirada de varias empresas multinacionales del sector.¹²⁰ Peugeot fue incrementando la cantidad de

119 Sin embargo, esta situación no duró todo el período dictatorial. La mano de obra industrial ocupada pasaría de 1.650.000 en 1976 a 1.200.000 en 1981, y si bien no se verificó un aumento del desempleo, existió un descenso del empleo industrial y un corrimiento hacia otros sectores de servicios y cuenta propia que operaron como refugio de la mano de obra expulsada del sector industrial. Ver Ricardo Falcón (1996: 128). También se puede ver Ariño (2010).

120 Al mismo tiempo que se deprimía el mercado interno, las exportaciones de vehículos y partes (realizadas por las terminales), que habían saltado de 10 a 131 millones de dólares

unidades montadas por día en su planta de Berazategui de modo progresivo desde 1974 hasta 1979, cuando se produjo un derrumbe de su producción. Este auge suponía el factor anterior, continuar la tendencia de los primeros años de la dictadura en los que la demanda de fuerza de trabajo industrial estuvo siempre por encima del nivel de oferta de mano de obra. Por ello, también se explica que la dirección empresaria, que trabajaba con una planta con plena utilización de sus capacidades instaladas y era demandante neta de fuerza de trabajo en la zona, tuviera que tener en consideración algunas mejoras adicionales del salario. Sin embargo, esas mejoras no alcanzaron nunca a conformar las necesidades y demandas de los obreros, situación demostrada por las numerosas quejas que se dieron en un contexto de persecución al activismo sindical y de cierre de los canales tradicionales de negociación. Efectivamente, a partir de 1976 el salario real se derrumbó desde el nivel máximo que había alcanzado en 1974 y lo mismo ocurrió con el salario industrial promedio.¹²¹ Pero se mantuvo la productividad de la mano de obra —aunque con un leve descenso en los primeros años— y la cantidad de horas trabajadas, lo que provocó una sensible disminución del costo salarial. Esta situación nos marca que, en la industria, los niveles de producción y productividad recayeron sobre un aumento de la explotación laboral.

Los trabajadores desplegaron un repertorio de acciones resistentes defensivas, elección de delegados provisorios o “de hecho”, en un proceso continuo de reconstrucción de la organización obrera

entre 1970 y 1974, oscilaron hasta llegar a 142 millones en 1977; luego, cayeron raudamente a apenas 51 millones. General Motors, Peugeot, Citroën y Chrysler decidieron vender sus licencias y equipamientos a grupos empresarios locales aprovechando que el atraso cambiario les permitía cederlas a buen precio (Schvarzer, 1992: 291, 300 y 301). Como veremos más adelante, este proceso de reconversión afectó especialmente a Safrar-Peugeot y determinó el cierre de su planta de Berazategui en 1982.

121 Tomando como base 100 el nivel de salario industrial de 1974, este cayó a 96,6 en 1975, 65 en 1976, 64,1 en 1977, y 63,2 en 1978 (Azpiazu, Basualdo y Khavisse, 2004: 96). A valores de pesos de 2009, el índice de salario industrial cayó desde los 4.021,66 pesos en 1975 a 2.634,32 en 1976, para no recuperar jamás en la historia los niveles alcanzados en el período anterior. En 1977, el salario industrial promedio se compara con 2.513, 34 pesos y 1978 será el nivel más bajo de toda la serie llegando a 2.462 pesos. Y lo que es históricamente relevante: a partir de aquí se produce un quiebre regresivo en las tendencias seculares de la economía con respecto al deterioro del salario real (Ferrerres, 2010: 582).

atacada, presión sobre los representantes oficiales, medidas de fuerza a nivel de planta, como paros breves o quites de colaboración, actos de indisciplina colectiva, excusas para no realizar las tareas o la elaboración de petitorios, que dadas las circunstancias en las que se daban, también deberían considerarse como parte del repertorio de resistencias.¹²²

En el mes de abril de 1978, otro conflicto sobrevino en Peugeot. Las protestas de los obreros tenían como epicentro sucesivos incidentes de indisciplina en el comedor de la fábrica. El día 5, personal jornalizado de las secciones de Pintura y Soldadura arrojaron la vajilla con la comida al piso en señal de protesta. La dirección de la empresa despidió a doce trabajadores identificados como los responsables del incidente. La policía los registró con nombre, apellido, número de documento y domicilio particular. Los obreros despedidos vivían en diferentes barrios de la zona sur, desde Wilde y Villa Dominico a El Pato y Ranelagh. El 20 de abril continuaron los conflictos ante la demorada publicación oficial de los aumentos salariales dictados mediante decreto por el gobierno; las secciones de Tapicería, Soldadura y Montaje del turno mañana comenzaron un paro con permanencia en el lugar de trabajo. El malestar se extendió a todos los operarios de la fábrica, sobre todo entre aquellos que cobraban por jornada trabajada. Al asistir al comedor, cuatrocientos trabajadores se negaron a retirarse impidiendo el acceso de operarios de otras secciones que se habían acercado a almorzar. Haciendo *bochinche* con platos y cubiertos y arrojando pedazos de pan al personal jerárquico de la empresa, exigieron que se escucharan sus pedidos de aumento salarial. La presencia de fuerzas militares del Batallón 601 de City Bell y de tropas de Infantería de la Policía bonaerense se había vuelto periódica y recurrente, y los propios papeles de los servicios de inteligencia policial informaban sobre los cambios de guardia del personal uniformado. Los trabajadores pidieron la presencia de un coronel de apellido Falcón para mediar en el conflicto. Pero esta vez, la dirección de la empresa junto con el

122 Sobre el estudio histórico de las resistencias e indisciplinas en la industria durante la dictadura desde una perspectiva de las “artes de hacer”, se pueden consultar los artículos de Daniel Dicósimo (2008a y 2008b).

delegado del Ministerio de Trabajo advirtieron a la comisión interna que si el personal no desalojaba el comedor pacíficamente serían retirados de la fábrica por las fuerzas del batallón. El 25 de abril nuevamente el personal de Soldadura y Pintura no quiso irse del comedor en protesta por los magros aumentos salariales brindados por la empresa, entonces sí la empresa solicitó que la Infantería y el Ejército desalojaran las instalaciones. Al retirarse a sus sectores, los trabajadores de Soldadura y Pintura no desarrollaban sus tareas, porque el personal de Montaje se negó a trabajar hasta no recibir el almuerzo y desde esa sección no les enviaban las unidades para terminarlas. Los obreros inventaron varias triquiñuelas para paralizar la producción durante todo el turno de la mañana. Nuevamente, la dirección empresaria solicitó la intervención de las fuerzas de seguridad para sacar a los obreros de la fábrica. “Si mañana no vienen tranquilos no los dejamos entrar”, les advirtieron desde la Gerencia. Al otro día, el servicio policial informó que “las tareas se desarrollan normalmente durante el turno mañana”. Luego de varios meses, la policía volvió a notificar, el 25 de agosto, un paro de diez minutos y la elevación de un petitorio con un sencillo mensaje: “Necesitamos aumento de salario”. Los márgenes de acción para manifestar las quejas se habían reducido al mínimo y ya se podía garantizar a los superiores, aunque con tres años de demora, “la efectiva normalización de las relaciones laborales”.¹²³

De la huelga a la olla

El 24 de septiembre de 1981, Peugeot cerró sus puertas. Hacía una semana que los obreros se encontraban en una huelga de brazos caídos reclamando una equiparación de sus salarios semejante a la de los trabajadores de Mercedes Benz. Esa mañana, 3500 operarios no pudieron ingresar a cumplir sus tareas. Comenzaba el proceso de liquidación del complejo industrial más importante de zona sur.

123 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Carpeta 18bis, Legajo 14. Asunto: “Safrar Peugeot”, Tomo 3, pp. 44-81.

La fábrica no reabrirla nunca más. La empresa que había pasado a depender del Grupo Sevel, controlado por Franco Macri, concentró sus actividades en la planta industrial de Fiat ubicada en el norte del Gran Buenos Aires.

El cierre de la fábrica se daba en un contexto de deterioro generalizado del entramado socioproductivo industrial de la zona sur que, con altibajos, se había desarrollado desde principios de siglo. Para 1985, se terminaron de perder cerca de quince mil empleos industriales en toda la zona y se redujo de manera significativa el número de establecimientos, lo que afectó, sobre todo, a los de mayor tamaño; mientras tanto, la población sumada de Quilmes, Berazategui y Florencio Varela aumentó un 45%. Según el censo de población, los tres distritos alcanzaron en 1980 una cifra cercana a los ochocientos mil habitantes. En el sector industrial se perdieron el 24% de los empleos que cayeron de 56.596 en 1974 a 43.000 en 1985. Una caída casi 10% superior al promedio para todo GBA, que se había ubicado en el 15%. A su vez, el cierre de establecimientos en la zona representó un 9,6%, el doble del promedio de GBA que estuvo en torno al 4,7%.¹²⁴ El crecimiento demográfico y el deterioro del empleo se combinaron para crear una nueva situación social que no haría más que profundizarse con el correr de los años.

Esa misma primavera de 1981, los trabajadores despedidos acudieron a Gino Gardenal, que administraba la parroquia cercana al complejo fabril para que intercediera por ellos. El cura les ofreció una misa y juntos organizaron una olla popular para alimentar a doscientas familias de algunos de los obreros del barrio que habían quedado en la calle. El sacerdote Irineo Dessy, que había nacido en Florencio Varela, lo recordó más tarde como “la toma de conciencia de una realidad inesperada y dolorosa, la gente perdía sus trabajos y no se recuperaban más, se instaló entre nosotros el hambre y duró mucho más de lo que pensábamos” (Dessy, 2006: 38). La primera olla popular de la zona, que luego dio lugar a un comedor que funcionó por décadas en las instalaciones de la parroquia, fue vigilada celosamente por la policía frente al temor de que pudiera

124 Fuentes: Censo Nacional de Población (1980) y Censo Nacional Económico (1985), Variación intercensal (1974-1985).

ser un foco de “aglutinación y conflicto”. Cada informe policial cerraba con una frase ritual: “Se retiraron en orden con normalidad” (ídem).¹²⁵

Imagen 2. Olla popular en zona sur, 1981



Fuente: fotografía de Brenno Quaretti. Archivo fotográfico Hassenberg-Quaretti.

De la crisis de un territorio industrial emergía una territorialidad de la pobreza y, con ella, nuevos lugares que, como empezó a sospechar la policía, podrían constituirse eventualmente en focos de “aglutinación y conflicto”. En los capítulos siguientes, exploraremos parte de esa nueva cartografía de la acción colectiva popular.

125 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa B, Factor Gremial, Carpeta 18bis, Legajo 14. Asunto: “Safrar Peugeot”, Tomo 3, p. 80.

Para cerrar una síntesis de este capítulo, es necesario que tengamos en cuenta el contraste con lo que relaté en el capítulo 1. El tono alto de la protesta y el tono bajo de la resistencia son el contrapunto evidente de una mutación de la acción colectiva de los obreros industriales. El cambio de escala, de las manifestaciones urbanas a los vestuarios y el comedor de la fábrica, también es claro. De las huelgas masivas y las tomas, a los brazos caídos y los bochinches de descontento. De una cartografía urbana de las protestas a una microfigura de las resistencias. Todo ello expresaba un profundo cambio de escenario, una nueva territorialidad construida a fuerza de un dominio global del espacio geográfico.

Milton Santos señaló la importancia que tiene la espacialización de la técnica en la producción de los territorios, los lugares y las experiencias que los sujetos tienen de estos, creando un tiempo de lugar o un tiempo espacial (Santos, 1996: 48). Este autor se refiere sobre todo a las técnicas productivas y cómo estas modifican y son modificadas por el lugar. Pero nosotros no hemos descrito una simple técnica productiva, sino un aparato de poder que reconfiguró el territorio y, con ello, las acciones de quienes lo habitaban. No quiere decir que no hubiera transformaciones productivas, pero estas se presentaron subordinadas o incorporadas dentro de un poder estructural que, al actuar a una escala mayor, las incluía al mismo tiempo que las desbordaba. En un orden lógico y cronológico, la transformación fue política (en el sentido de una geometría del poder) y luego económica, y no al revés. La expansión, la extensión y la profundidad espacial de ese dominio quedó retratada en la escena que el obrero Maly recordó en su testimonio como el último día que estuvo en su casa y su perro no dejó de ladrar a sus secuestradores, o el día en que los obreros no encontraron otra opción que arrojarle pan al personal jerárquico para que, de algún modo, se escucharan sus reclamos. El territorio mutaba, los lugares con él. A este proceso se endosó la desarticulación del sector industrial de la zona: entre ambos es como si no hubieran dejado tierra firme donde poner los pies. Pero la policía, entrenada en la anticipación, sospechó de nuevos focos potenciales.

El final no podía ser peor. Los obreros que habían resistido en un tono más bajo comparado con el de la primera mitad de la década del setenta –recurriendo a los “brazos caídos”–, la reorganización de las relaciones laborales y los mayores niveles de explotación, en un escenario transformado por la violencia, ya no pudieron impedir que los privaran de su fuente de trabajo. Si la mutación de la acción colectiva que implicaron las prácticas de resistencia punteó el ritmo de una rutinización de las relaciones extremadamente asimétricas entre los que habían obtenido el monopolio del control social en el espacio fabril y quienes habían sido forzados, sin escatimar violencia, a una posición de extrema subordinación, ahora, las decisiones de maximizar las oportunidades del mercado y la pavorosa desidia oficial los dejaban fuera de la relación laboral. Se iniciaba una etapa de la historia de las clases populares y del activismo social y político para la que casi nadie estaba preparado y pasaría mucho tiempo hasta que se hallaran algunas respuestas a las incógnitas que planteaba este giro desfavorablemente trágico de la historia.

Capítulo 3. “No dejarse arrastrar por las muchedumbres”

La acción colectiva de las clases populares en la zona sur del Gran Buenos experimentó una transformación duradera con la creación de la diócesis de Quilmes en 1976. A partir de esta reorganización institucional de la Iglesia, se recrearon filiaciones y se movilizaron voluntades que permitieron activar militancias que habían permanecido latentes o crear nuevas formas de activismo que terminarían de desplegarse en los primeros años de la década del ochenta. Estos cambios ocurrían en un contexto donde las transformaciones estructurales y la represión se sintieron con particular rigor. El entrelazamiento entre clérigos y las manifestaciones de protesta social durante la última dictadura configuró una destacable particularidad de este escenario.

En este capítulo analizaremos en detalle el proceso de creación de una nueva diócesis en el extremo sur del Gran Buenos Aires y las estrategias institucionales de la Iglesia para insertarse en el complejo mundo social y político de la última dictadura. Al mismo tiempo, vamos a recuperar la historia antecedente de un grupo de clérigos y la invención de un tipo específico de compromiso al promediar la década del sesenta, que definía un estilo de presencia sacerdotal entre las clases populares articulado con la noción de *fidelidad a lo popular*. Retomo esta historia vinculada a la creación de la diócesis de Avellaneda durante los años sesenta, para comparar entre dos momentos de las trayectorias de los actores y percibir, a partir de la comparación las sedimentaciones, las erosiones, los desli-

zamientos y las rupturas entre un momento y otro de constitución de ese proyecto de enlazamiento entre los sacerdotes católicos y las clases populares.

El protagonismo de un sector del clero católico diocesano en la generación de escenarios o espacios locales de aparición pública de diferentes formas de malestar con el gobierno dictatorial merece algunas especificaciones. Para comprender las razones sociales de este protagonismo, me concentro en la especificidad de la Diócesis de Quilmes, las características del período episcopal de su primer titular, Jorge Novak, y las iniciativas del clero parroquial, que funcionaron como condensadores y aglutinadores del descontento de pequeños grupos dispersos de modo fragmentario en el tejido social. En segundo lugar, rastreo el proceso de formación de un grupo de párrocos desde principios de la década del sesenta, que luego operaron durante la dictadura como base de una reactualización del “compromiso cristiano con el pueblo”. En tercer lugar, trato de examinar la emergencia más nítida de los perfiles de los actores colectivos de la protesta, familiares de presos políticos y desaparecidos, trabajadores despedidos y ocupantes de tierras, a medida que vamos entrando en la transición a la democracia.

Funciones del obispo hoy

La instalación de dictaduras militares abría una oportunidad colateral a la Iglesia católica argentina. A partir de su relación privilegiada con las Fuerzas Armadas y el Estado, dichas circunstancias eran propicias para fundar nuevas diócesis fragmentando las arquidiócesis existentes, con el objetivo de racionalizar su administración y expandir el modelo diocesano-parroquial de penetración, influencia y organización de la sociedad civil.¹²⁶ Esta territorialidad de la Iglesia católica pone de relieve su papel como agente productor del territorio en la medida que las iglesias parroquiales construyen

126 El modelo parroquial configuró la estrategia institucional en la organización socio-territorial de la Iglesia católica a partir del siglo XX y uno de sus dispositivos centrales de enlazamiento con la sociedad civil.

puntos focales, localizaciones fijas que organizan o puntúan la interacción social.

La creación de diócesis permitía, a un mismo tiempo, cumplir varios cometidos. Satisfacer en el interior de la institución las expectativas de ascenso de sus cuadros a partir de los nombramientos de nuevos obispos y la ampliación de los miembros en sus estructuras colegiadas, entre ellas la Conferencia Episcopal. Además, el reparto de las nuevas diócesis permitía al Nuncio Apostólico redistribuir equilibrios de poder y contener diferentes corrientes en pugna dentro de la institución. Desde el punto de vista de los cuadros que podían transformarse en obispos, también era la posibilidad de comenzar su propio proyecto pastoral y construir los rasgos distintivos de su trayectoria como sacerdotes católicos. Para el bajo clero, curas diocesanos o religiosos, que podían integrarse a la diócesis creada, era una oportunidad de amplificar su trayectoria o alcanzar un lugar donde ejercer el oficio. Para aquellos más ambiciosos, era la forma de acceder a un espacio, a una serie de recursos y de símbolos que les permitirían desarrollar sus deseos de liderazgo entre la feligresía y la comunidad en torno a la parroquia o las obras de la institución: colegios, seminarios, hogares, etcétera. Por todas estas razones, la creación de una diócesis significaba un acontecimiento de importancia que movilizaba las expectativas de múltiples actores, no solo intrainstitucionales, sino también de aquellos que por fuera de la institución deberían tejer lazos con el nuevo obispo una vez que quedaran incluidos dentro de las fronteras territoriales delineadas por la nueva estructura político-institucional. Partidos políticos locales, sindicatos, asociaciones profesionales o civiles de distinto tipo, guarniciones militares, empresarios, sociedades religiosas pronto pasarían a tener un trato frecuente con un tipo de funcionariado que podía tener influencia en los sucesos locales y, también, en la posibilidad de insertarse, a través de sus gestiones y dadas las características de los hilos sociales de la institución que representaban, en espacios de poder que trascendieran lo local. Si por los propios rasgos estructurales del poder de la institución católica se podían despertar todas estas expectativas, bien adocenadas por la prensa periódica que le daba a la fundación de las diócesis un

seguimiento y una entidad semejante a la creación de nuevas unidades político-administrativas como si fueran municipios y/o provincias, podemos comenzar a entrever que también estas expectativas estaban marcadas por su contexto temporal.

Armando Ireneo Dessy, sacerdote a cargo de la iglesia Nuestra Señora de Luján de Estanislao Zeballos, en Florencio Varela, recuerda las notas distintivas de las circunstancias en las que se creó una nueva diócesis:

El martes 22 de junio de 1976, a media mañana, al abrir el diario *La Nación*, me encontré con una noticia que me tomó por sorpresa, algo totalmente inesperado: Paulo VI creó la Diócesis de Quilmes. Recuerdo muy bien las circunstancias, ya que había estado escribiendo desde temprano una carta a nuestro Obispo de la diócesis de Avellaneda, Monseñor Antonio Quarracino. Mi carta era para presentarle varias carillas, redactadas en los días anteriores, con un informe sobre los cinco años de mi actuación al frente de la Parroquia Nuestra Señora de Luján de Zeballos, partido de Florencio Varela. La carta era, además, para ponerme a su disposición por si deseaba asignarme otro destino pastoral.

Quienes pasábamos a ser parte de la nueva iglesia particular, la Diócesis de Quilmes, enseguida dejamos la sorpresa del hecho consumado y comenzamos a tener una verdadera preocupación por quién sería Obispo al frente de la misma.

No eran tiempos tranquilos: desde el 24 de marzo vivíamos la interrupción del orden constitucional por el gobierno militar instaurado ese día y teníamos fundada sensación de que estaban pasando cosas que no alcanzábamos a conocer en su real dimensión.

El domingo 4 de julio fuimos impactados por la matanza de los padres y seminaristas palotinos de San Patricio en la ciudad de Buenos Aires. A los pocos días trascendía la muerte de dos sacerdotes y un laico en la Rioja. El 4 de agosto fue la muerte de Monseñor Enrique Angelelli, una muerte extraña, por las circunstancias que la precedieron, la acompañaron y la siguieron.

No dejó de haber cierta aprehensión cuando supimos que Jorge Novak había sido designado como nuestro futuro Obispo, tendríamos al frente de la diócesis a alguien que nunca había sido párroco y cuya experiencia pastoral en ese sentido suponíamos escasa (Dessy, 2006: 18).¹²⁷

La sorpresa por el desgajamiento de un pedazo del territorio correspondiente hasta entonces a la diócesis de Avellaneda y las aprehensiones sobre el futuro tenían en Dessy el mismo signo de preocupación que sobrevolaba al clero católico de la época.¹²⁸ El 19 de septiembre de 1976, el nuncio Pio Laghi¹²⁹ se trasladó a Quilmes para ordenar al nuevo obispo, Jorge Novak, y dejó un mensaje preciso al nutrido grupo de asistentes que escucharon su homilía: “Nunca podrá ser el obispo quien vaya detrás de las iniciativas ajenas, el que se deje arrastrar por el avance de la muchedumbre o el empuje de los presbíteros. Los sacerdotes, a su vez, tendrán que acatar siempre las órdenes y decisiones que vienen del obispo” (Pio Laghi, en Vertbisky, 2010: 20).

Para decodificar este mensaje, es necesario conocer lo que la feligresía reunida ese día en la austera iglesia que pasaba a convertirse en sede catedral sabía sobre la historia de la vieja diócesis a la que habían pertenecido.

127 Novak era el presidente de la Conferencia de Religiosos, no pertenecía al clero secular y su tarea estaba más vinculada con la formación de sacerdotes y religiosas como profesor de Historia de la Iglesia. Era miembro de la Congregación del Verbo Divino.

128 Para un estudio sobre lo que significaron los acontecimientos que menciona Dessy, y otros que no menciona, es recomendable la lectura del libro de Catoggio (2016).

129 El nombramiento de Pio Laghi como nuevo nuncio apostólico de la Argentina respondía a la estrategia del Vaticano que pretendía moderar el carácter integrista que le habían impreso en las dos décadas anteriores al Episcopado argentino los nuncios Humberto Monzzoni y Lino Zanini y las sucesivas presidencias episcopales de Antonio Caggiano y Adolfo Tortolo, quienes eran, a su vez, vicarios castrenses. La oposición cerril de los obispos tradicionalistas al *aggiornamento* dictado por la Iglesia católica tras el Concilio Vaticano II era una preocupación en influyentes sectores de la curia romana. En seis años y medio de su mandato, Laghi sugeriría la designación de treinta y un obispos, entre ellos Oscar Justo Laguna, Miguel Hesayne, Emilio Bianchi di Cárcano y Alcides Jorge Pedro Casaretto. Aun así, los sectores tradicionalistas y conservadores de la Conferencia Episcopal Argentina seguirán manteniendo el control durante buena parte de la dictadura.

Los curas obreros

La diócesis de Avellaneda se creó en 1960 a partir de su separación de la arquidiócesis de La Plata. Al frente fue colocado Emilio di Pasquo. En cierta manera, esta diócesis fue *ganada* por aquellos grupos de la Iglesia católica interesados en reconstruir sus lazos con los sectores obreros, fuertemente dañados por el enfrentamiento con Perón y el peronismo, en la segunda mitad de la década del cincuenta. En Avellaneda se habían dado algunas movilizaciones populares que reclamaban al Vaticano su creación. La tarea de Di Pasquo como asesor de la Juventud Obrera Católica y sus fuertes lazos con la regional de la JOC en la zona sur del Gran Buenos Aires acreditaban una trayectoria que permitiría reactualizar relaciones con el mundo obrero y sindical, y restañar las profundas heridas dejadas por la participación del clero y el catolicismo militante en el derrocamiento de Perón y en los gobiernos antiperonistas que habían accedido al poder a partir de esa circunstancia. En ese sentido, la creación de una diócesis específica en un espacio social de mayoría obrera y el nombramiento de un personaje como Di Pasquo podían ser considerados como gestos para aquellos sectores del catolicismo militante que cuestionaban hacia adentro el desencanto y el enfrentamiento con Perón. El previo encanto, integración y participación en los gobiernos nacidos en el golpe de 1943 y que continuó durante todo el primer mandato presidencial del jefe del peronismo había terminado no solo en una ruptura con el gobierno y un sector político sindical, sino caracterizado por esta misma militancia católica como el principal factor de desacreditación de la Iglesia frente a los sectores populares.

Con nuestro diario J.O (Juventud Obrera) todas las secciones salieron a las calles..., en los barrios el asunto es más difícil; como llamamos casa por casa la gente nos pregunta si es peronista, si es de los curas, en varios casos nos rompieron los diarios en la cara y nos insultaron diciéndonos de todo, muchos al saber que es católico nos cierran la puerta en la cara, acusan a la Iglesia de haber hecho la revolución, muchas mujeres, las más sentimentales lloran diciendo: ¡pobre Peroncito! (Correspondencia del 6 de

junio de 1956 de un militante de la Juventud Obrera Católica, citado en Soneira, 2010: 131).

Con esta preocupación en ciernes, Di Pasquo autorizó oficialmente la primera experiencia pastoral de curas obreros en la Argentina. Fernando Portillo, un sacerdote ordenado en la provincia de San Juan, se había integrado en 1940 a la JOC a partir de la influencia del sacerdote Agustín Elizalde, quien solía promocionar la afiliación de los jóvenes católicos de extracción popular y fundó la filial de San Juan en los tiempos en que Portillo ingresaba al seminario. La lectura de Joseph Cardijn, fundador de las juventudes obreras católicas en Europa, y sobre la Misión de París, fundada por el cardenal Suhard, produjeron una intensa influencia en el joven seminarista: “En 1946, durante el primer año de Teología leí en la revista *Heroica* (de los padres Paulinos) un artículo llamado ‘Los curas del mono (mameluco) azul’, sobre la Misión París que comenzaba con el trabajo manual. Inmediatamente sentí que eso era lo que yo quería hacer” (Fernando Portillo, citado en Diana, 2013: 413).

Sin embargo, y a pesar del beneplácito del obispo Audino, de San Juan, Portillo vio postergado por más de una década ese deseo, demorado en numerosas tareas de administración de las parroquias de la diócesis sanjuanina que le solicitaba realizara su superior debido a la escasez de clero. Cuando finalmente, a mediados de la década del cincuenta, pudo pasar una estancia en París con dos sacerdotes estibadores, los curas obreros empezaban a ser mal vistos por el Vaticano debido a que la mayoría de los sacerdotes abandonaban el estado clerical luego de un tiempo de ingresar al trabajo. La experiencia del trabajo manual asalariado, que había sido considerado como un vector de inserción de la Iglesia católica en la clase obrera y un modo de contrarrestar el ateísmo de las ideologías socialistas y comunistas, se revelaba tiempo después como un consecuente proceso de laicización del bajo clero involucrado con ese estilo pastoral, lo que agudizaba aún más la escasez de vocaciones. A pesar de todo, Portillo siguió insistiendo con su propuesta a diversos obispos, que lo rechazaban, en algunos casos escandalizados porque se presentaba ante ellos “sin sotana”.

El nombramiento de su amigo personal Emilio Antonio Di Pasquo en un distrito obrero por antonomasia era una oportunidad que Portillo no debía desaprovechar. El antiguo asesor de la JOC lo autorizó por escrito y al día siguiente entró al hospital aquejado por un cáncer fulminante que le provocó la muerte el 9 de abril de 1962. Ese mismo año fue nombrado como obispo el vicario general de la Arquidiócesis de La Plata, Jerónimo Podestá, cercano a Di Pasquo y a la experiencia de la JOC. Así, Portillo, junto con el jesuita Santiago O'Farrel, el diácono Francisco Diana, Luciano Gavlina y el cura español Francisco Huidobro iniciaron su misión como curas obreros. Una de las características de esta misión, además de la experiencia vinculada al trabajo, fue la de dar comienzo a otro tipo de experiencia que se extendería entre los curas tercermundistas en la década del sesenta: la de convivir en comunidad con otros sacerdotes, religiosos y religiosas en un barrio popular. Nuevas experiencias de sociabilidad que, a la sazón, serían cruciales en la transformación del perfil ideológico y político de este sector del clero.¹³⁰

Me instalé en un conventillo de la calle Montes de Oca 364, en dos piezas del fondo y una cocinita, allí conocí a una maravillosa gallega que se convirtió en Miña Nai (madre), por la fuerza del cariño. Era una mujer simple, con una riquísima cultura popular, muy generosa y con un espíritu de servicio fuera de lo común. También se unieron unas chicas de la JOC femenina, que vivían en la casa vecina, donde habían creado un hogar para las muchachas obreras que no tenían familia en Buenos Aires. Un grupo de la Comunidad del Arca y gente de la Fraternidad Laica de Foucauld venían a visitarnos y compartían la misa. Entre todos se dio un espíritu de mucho afecto, esperanzas e ideales que nutrían las charlas que seguían a la celebración de la misa (Fernando Portillo, citado en Diana, 2013: 413).

Portillo trabajó en el frigorífico La Blanca, a orillas del Riachuelo. Se encargaba de secar los corderos a la salida del baño antes de que ingresaran a la cámara frigorífica. Nueve horas y media de

130 Para un estudio de las sociabilidades contestatarias del catolicismo argentino y sus *lugares de la utopía* en la década del sesenta, remito al libro de Catoggio (2016).

tarea extenuante en una playa de trabajo donde se faenaban 3500 corderos por día. “Eran diez segundos para cada cordero y pasaban sin interrupción. Entraba a las cinco de la mañana, había una pausa de media hora para comer a las diez y terminábamos a las dos y media de la tarde”. Al cerrar el frigorífico en 1963, ingresó en la fábrica Pirelli. Dejó pasar un año entre sus compañeros, sin revelarles que era cura, según él, para que lo rechazaran o lo aceptaran sin condicionamientos: “Pensaron que era una broma, pero cuando ofrecí que fueran a la misa que celebraba en casa, me creyeron. Incluso uno me pidió que lo casara. Lo casé en su parroquia y estuve en la fiesta. Fue un día muy feliz, que unió mi condición de cura, amigo y compañero de trabajo” (Fernando Portillo, citado en Diana, 2013: 413).

Lejos de ser un estilo único de pastoreo el ejercido por Portillo, este modo de inserción social del sacerdote, que presentaba rasgos alternativos al tradicional modelo parroquial, era estimulado por el obispo Podestá, identificado con las prácticas pastorales renovadoras en la época del Concilio Vaticano II. La apertura a la heterodoxia en las prácticas sacerdotales promovida por las reformas conciliares fue vista por este sector del clero como una incitación a producir innovaciones para enfrentar el desafío que suponía el rechazo de la clase obrera peronista. Señalaba Podestá: “El mundo obrero tiene una imagen desdibujada y borrosa de nosotros. Para el común de los obreros el sacerdote no es un auténtico testigo de Cristo, porque lo ven más en contacto y más comprometido con el mundo de los ricos” (1967: 16).

El problema de la aceptación y el reconocimiento estaba en el centro de las preocupaciones con una fuerza tal que los actores implicados movilizaban toda una serie de prácticas y técnicas sociales para obtenerlo. El viejo modelo parroquial que hacía girar en torno de la capilla y las prácticas sacramentales la vida cotidiana de los vecinos del barrio parecía haber perdido su eficacia o, al menos, estaba teñida fuertemente por su historia reciente vinculada a la movilización de la militancia católica contra Perón y el peronismo. Pero, al mismo tiempo, tampoco parecía proveer a este nuevo clero de la experiencia que estaban buscando, más inclinada a la vida comuni-

taria y a mayor distancia de los símbolos distintivos de la autoridad religiosa y la solitaria vida parroquial.

El estilo (pastoral) que impusimos fue el siguiente: no vamos a empezar levantando una capilla con una cruz encima con una campanita para que la gente venga. ¡No! La Iglesia hay que construirla de otra manera. Van a ir de a tres a un barrio, van a alquilar una casita y van a vivir ahí; y van a empezar a tomar contacto con la gente y van a ir a la Biblioteca Popular, a la Sociedad de Fomento, van a empezar por detectar las instituciones del barrio. Y van a ir y se van a presentar a colaborar y después de un tiempo... la gente se empieza a preguntar: '¿Quiénes son estos?'. Van a ubicar dónde viven, cómo viven, no empiecen diciendo que son curas porque si no la gente les va a pedir misas, funerales, primeras comuniones, bautismos, y ustedes tienen que entrar con la gente, a convivir con la gente (Podestá, citado en González y García Conde, 2000: 22).

La vida en comunidad, el trabajo manual asalariado, el abandono de los símbolos visibles de distinción sacerdotal podían ser considerados rasgos contestatarios por la ortodoxia clerical, pero eran valorados por sus defensores a partir de la creencia en su eficacia simbólica en el mundo popular, y con esos argumentos los defendían frente a los ataques escandalizados del clero tradicional. En ocasiones, para los jóvenes sacerdotes, este nuevo estilo pastoral era un modo de eludir la aburrida y solitaria vida parroquial, y emprender un proyecto acorde a sus propias inquietudes, lo que nos sugiere un camino posible de individuación en la carrera de los clérigos que se iniciaban en la década del sesenta. Eliseo Morales lo recuerda como parte de una elección personal junto con sus compañeros desde sus años de seminarista:

Yo había tomado la decisión con un grupo de seminaristas de vivir de nuestro trabajo, no nos planteábamos formalmente el tema del cura obrero, que era una experiencia de origen fundamentalmente francés, nosotros planteábamos que el cura viviera de su trabajo, no cobrando las misas, que no viviera del altar [...] Me llama el arzobispo, me critica que hiciera un trabajo

servil, el de pintor [...] y para colmo trabajaba con otros curas, el padre Galli, que falleció, él trabajaba de albañil. Bueno, me echan de Buenos Aires y entonces vengo a hablar con Podestá. Él tenía funcionando en Avellaneda un grupo de curas obreros: el padre Paco, Portillo, Luciano y fundamentalmente él, que era el animador de la cosa. A mí me mandó a vivir con tres curas franceses en Wilde (Morales, citado en González y García Conde, 2000: 25).

Raúl Vicente Berardo también recuerda la posibilidad de ser cura obrero como una manera de salir del aburrido trabajo administrativo al que estaba destinado en una ignota parroquia de Monte Chingolo. Su deseo era ser un cura predicador con una comunidad popular de feligreses nucleados a su alrededor:

Desgraciadamente, el párroco me puso a trabajar todo el día en el despacho. Yo estaba desesperado, porque había deseado tanto ser un sacerdote que predicara y me encontraba encerrado en esa oficina todo el día. Cuando vino Quarracino como obispo de Avellaneda en 1968, lo fui a ver para comentarle mi deseo de aplicar lo que había visto con mis viajes por América Latina en la formación de comunidades de base. Me escuchó en silencio y luego me negó la autorización para hacerlo. Entonces le dije que si no podía trabajar con comunidades, prefería dejar la parroquia y convertirme en cura obrero y así terminaron mis diez años en esa parroquia (Berardo, citado en Diana, 2013: 49).

Como han mostrado José Pablo Martín y Soledad Catoggio, todas estas iniciativas eran habilitadas por la transformación de los mecanismos de formación del clero y por una reorganización que moderaba la disciplina jerárquica a la que había sido sometido el bajo clero. Ahora, sacerdotes y seminaristas podían atreverse a negociar con sus obispos con cierto nivel de confianza sus propios proyectos y estilos pastorales, más acordes a las nuevas corrientes teológicas que emergían en el seno de la Iglesia. A su vez, estas innovaciones podían ser vistas como espacios de sociabilidad contestataria por los estrechos márgenes del canon clerical tradicional. El “reencuentro con el pueblo” era dotado de nuevos sentidos a partir de

la creación de estos dispositivos y espacios de sociabilidad insertados en los márgenes de la sociedad, emblemáticos como lugares de la utopía. Estas experiencias eran un modo de activación de nuevas trayectorias de los sacerdotes católicos en los abigarrados e intensos años sesenta, más allá de lo que oficialmente se consideraba sobre las misiones obreras.

El obispo Frazada

¡Atención mi Capitán! Vea usted a ese hombrecito ensotanoado que ahora sale de la Curia: es el obispo Frazada, llamado así por su extravagante inclinación a repartir cobijas entre los pobres. El señor cardenal acaba de prohibirle todo acercamiento a los sindicatos; y el obispo Frazada, con las orejas que le arden, vuelve a su diócesis de Avellaneda. Mi Capitán, en ese curita de medias moradas está germinando ya la encíclica *Populorum Progressio*.

—¡Aleluya! —exclamó Patricia— ¡*Christus vivit!*

[...]

—Monseñor —insiste aquí el Autodidacta—. ¿Cómo decidieron su exoneración de la diócesis?

—El señor Cardenal y su eminencia el Nuncio me citaron en la Curia —evoca sin emoción el obispo Frazada.

—¿Qué le dijeron?

—El señor Cardenal, papel en mano, leyó la nómina de mis “intervenciones políticas” en los gremios y de mis “asistencias demagógicas” a los inquilinatos del suburbio. Tras de lo cual me preguntó si esas “incomodidades” entraban en las funciones específicas de un obispo.

Estos fragmentos de la novela *Megafón o la Guerra* de Leopoldo Marechal, publicada en 1975, capta con inteligente ironía la trayectoria de Jerónimo Podestá durante los dos primeros años de la dictadura de Onganía, a quien llama con jocosidad rabelesiana “el obispo Frazada”. Hijo de una familia aristocrática de la clase alta porteña, Podestá formó parte, junto con Angelelli, Devoto y Quarracino, de un reducido grupo de obispos renovadores dispuestos a llevar a

la práctica las reformas del Concilio Vaticano II en sus diócesis. Al igual que Angelelli, aunque con un tono menos radicalizado, quizá por tratarse, entre otras cosas, de un obispado que fue cercenado en un período anterior al ejercido por el obispo de la Rioja, la diócesis de Avellaneda puede ubicarse en el mapa de los desplazamientos del clero contestatario de la década del sesenta. Como sostiene Soledad Catoggio, estos espacios eran vistos por este clero como lugares de la utopía por tratarse de emplazamientos en los márgenes institucionales, subalternos dentro de la estructura de poder eclesiástico; en los márgenes sociales, por ser espacios habitados por sectores bajos de la sociedad; y en los márgenes geográficos, por ubicarse en la periferia de los centros de poder político-urbano más importantes, en los cuales se dio la confluencia entre quienes compartían esa vocación contestataria y la necesidad de encontrar espacios eclesiásticos que fueran propicios para este tipo de activismo religioso. Dice Catoggio: “La confluencia en esos lugares específicos [y en las coyunturas particulares del complejo proceso histórico que se inicia a fines de la década del cincuenta y llega hasta el golpe militar de 1976] moldeó distintos modos de ser contestatario” (2016: 90).

En efecto, no todas las condiciones de periferia son semejantes, ni tampoco lo son del mismo modo en todo momento. ¿Qué tipo de periferia o margen era la zona sur del Gran Buenos Aires en 1960? ¿En qué tipo de periferia o margen intentó ejercer su agencia política el obispo Podestá? Las preguntas del Autodidacta y las repuestas de Frazada nos revelan varias pistas y ocultan hábilmente otras.

Jerónimo Podestá, nombrado Obispo en 1962, se caracterizó por su corto, pero intenso período al frente de la diócesis, a la que deberá renunciar en 1968.¹³¹ Tanto en su retórica liberacionista y la de los sacerdotes que lo apoyaban, como en su promoción de nuevos estilos pastorales, estaban algunas claves de la invención de un “compromiso cristiano” que, al buscar arraigo entre las clases populares, también lo hizo tratando de fijar su influencia en el espacio, lo

131 Al conocerse su relación sentimental con una colaboradora, el presidente de la Conferencia Episcopal le exigirá que renuncie. Luego, Podestá y su compañera, Clelia Luro, se convertirán en referentes mundiales del Movimiento de Curas Casados.

que contribuyó a formar los bordes de un territorio donde poner a prueba ese compromiso basado en la “fidelidad a lo popular”. Para decirlo con una frase cara a los clérigos como Podestá, lo que ocurría en Avellaneda podía ser tomado como una expresión del “signo de los tiempos” que exigía, según su perspectiva, la reformulación del ejercicio pastoral. Esa noción suponía una visión profética de la historia, en una época en que el horizonte semántico de la revolución compartía intersecciones con la noción cristiana de liberación. El imperativo de “buscar señales y anticipaciones del evangelio” tendía a mundanizar ese compromiso católico, y convertía su escenario de acción en un territorio de la profecía. La operación era doblemente simbólica y social: de la fusión entre tiempo histórico y tiempo teológico se configuró la semántica histórica del cristianismo liberacionista; de la intersección entre barrios obreros, sectores fabriles y parroquias, se delineó una cartografía de la profecía que incluía lo que sucedía en los distritos obreros de la diócesis.

No haré una recapitulación del complejo proceso histórico que atravesó la Argentina tras el derrocamiento del peronismo, su proscripción y la posterior radicalización política de múltiples sectores sociales al promediar la década del sesenta.¹³² Solo algunas menciones particularizadas para comprender el contexto y el impacto de los elementos constitutivos de la invención de un espacio profético donde encarnar “el signo de los tiempos”, que a la manera de un dispositivo buscará producir un nuevo enlace entre los sacerdotes y

132 Reenviamos al lector a la bibliografía pertinente. Un buen comienzo para entender el período es el tomo compilado por Daniel James (2003). Para las luchas obreras en el Gran Buenos Aires desde 1955 no se puede pasar por alto el estudio de Alejandro Schnaider (2005). En algunos pasajes de este libro se analizan las relaciones entre barrio, territorio y fábrica desde la experiencia obrera y señala de modo muy interesante el papel de lo barrial en la formación de la cultura obrera de la época. No puedo dejar de mencionar tampoco que investigaciones como la de Schnaider ponen a prueba las tesis sobre la “inscripción territorial de los sectores populares”, dado que la dimensión política del territorio o la dimensión territorial de la política ya era una cuestión central para las clases populares mucho antes de la crisis de la sociedad salarial, y también lo era para los curas ligados al cristianismo liberacionista. Esta cuestión debería ayudarnos a matizar la territorialización de la política como efecto exclusivo de un cambio societal y a precisar mejor, en términos históricos, qué queremos decir con el lugar que ocupan en la política la sociabilidad barrial, que al menos estaba presente en la política argentina desde los años veinte. En todo caso, habría que analizar los cambios históricos que atravesó esa relación política-barrio.

su grey, a saber: un discurso liberacionista y una pastoral cristiana de *compromiso político fuerte*, anclados al territorio social de la nueva diócesis. La intervención pública, el tono agudo y urgente, la perspectiva liberacionista¹³³ y un nuevo discurso científico emergente, la sociología, sumados a la promoción de la pastoral obrera, serán los rasgos sustantivos de este compromiso.

Antes de que el general Onganía llegara al poder con el golpe de Estado de 1966, Podestá había desarrollado un fuerte vínculo con la dirigencia sindical de Avellaneda, un núcleo organizativo muy poderoso en el que se destacaban figuras prominentes de los grandes sindicatos nacionales, entre ellos la Unión Obrera Metalúrgica. Los inicios del gobierno golpista despertaron expectativas en no pocos sectores peronistas y eclesiásticos, que habían escuchado con atención las declaraciones que aseguraban que el dictador gobernaría siguiendo las encíclicas papales. Algo esperable de un alumno esmerado de los cursillos de cultura católica. En los primeros meses, Podestá frecuentó los círculos del poder y hasta fue consultado por Onganía a la hora de nombrar a su primer ministro de Economía, Jorge Salimei, un empresario perteneciente a la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresas (ACDE) y piadoso donante de las iniciativas eclesiásticas. Además, Podestá se había convertido en un conspicuo colaborador de la revista *Imagen de un País*, órgano de expresión de sectores empresarios católicos que buscaban forjar una alianza con el sindicalismo peronista. A partir de la influencia de Partenou, director de esa revista, Podestá pasó a protagonizar actos multitudinarios en los cuales se promocionaba la encíclica papal *Populorum Progressio*, que había generado una fuerte conmoción en las filas católicas al convocar a los cristianos a un “cambio de estructuras”. En los teatros de Avellaneda se reunían los dirigentes sindicales, políticos peronistas y empresarios católicos a escuchar los comentarios a la encíclica realizados por Podestá, lo

133 La encíclica *Populorum Progressio* (Progreso del Pueblo) y el *Documento de los 18 Obispos para el Tercer Mundo*, serán los documentos más utilizados para fundar los argumentos públicos de estos pastores. También habría que mencionar la constitución pastoral *Gaudium et Spes* (Gozo y Esperanza). Para un análisis sintético del catolicismo liberacionista, se puede leer el artículo de Donatello (2005).

que escenificaba una alianza en ciernes que el propio gobierno de Onganía comenzó a identificar como una posible amenaza. El desplazamiento de estos sectores que pretendían simpatizar al gobierno terminó de cristalizar cuando los empresarios más poderosos y los grupos liberales lograron la expulsión de Salimei y ubicaron en su lugar a Adalbert Krieguer Vasena.

Yo empecé a predicar la *Populorum Progressio* aquí y allá. Onganía había proscrito no solo al peronismo sino a toda manifestación política. Entonces a mí me invitaron de sindicatos a hablar sobre la encíclica. Venían los políticos, sobre todo peronistas y al término de mi disertación se echaban a cantar la marcha peronista. ¡Y Onganía estaba furioso! (Podestá, citado en González y García Conde, 2000: 92).

Las tensiones entre el Gobierno nacional y Podestá aumentaron cuando el obispo impugnó la prohibición de los actos y manifestaciones del 1º de Mayo de 1967.¹³⁴ Mediante una carta pública, Podestá expresó su opinión sobre un tema de suma importancia para numerosos sectores católicos de la época: la relación de los clérigos con los obreros y los pobres. Partiendo de un postulado fundacional del cristianismo liberacionista, “la denuncia de estructuras de opresión del pueblo”, hablaba de un giro en el panorama general de la Iglesia católica en América Latina, impulsaba el cambio de una “pastoral de cristiandad a una pastoral misionera”, se hacía eco de la situación de la clase trabajadora local y promovía una postura evangelizadora con fuerte énfasis en la inserción social de los sacerdotes entre los obreros y los pobres. A partir de allí, Onganía lo llamaría “el Obispo Rojo”, identificándolo como uno de los mayores oponentes de su gobierno. En 1968 el nuncio apostólico le solicitó a Podestá la renuncia, ante la sugerencia de que su relación personal con Clelia Luro podría provocar un escándalo público. Clelia había sido una persona fundamental en el tejido de relaciones que insertaron a Podestá como un personaje público de importancia durante la época y era la promotora y redactora de muchas de sus interven-

134 Para un estudio de la importancia del 1º de Mayo en la política argentina de la primera mitad del siglo XX puede leerse la investigación de Aníbal Viguera (1991).

ciones periodísticas. Como casi todas las declaraciones del poder eclesástico, el mensaje que parecía moral era en realidad profundamente político.

El mundo obrero no nos ve

Si desde el punto de vista de su estrategia de vinculación con el peronismo los resultados obtenidos por Clelia y Jerónimo se disolvieron en el fragor de los años finales de la década del sesenta, desde el punto de vista de la conformación de un tipo de presencia sacerdotal entre la población local cultivaron algunas relaciones que lograron echar raíces. La creación de una pastoral obrera y liberacionista, aunque incipiente, intermitente y modesta, generó una transformación significativa a nivel de los párrocos y su relación con la grey. En esta época comenzaron su tarea pastoral varios curas vinculados posteriormente con movilizaciones populares cuando pasaron a cumplir funciones en la diócesis de Quilmes, en 1976 (Diana, 2013: 47-52 y 132-137). Podestá impulsaba, junto con un grupo de curas y seminaristas, la modificación de varios aspectos del rol sacerdotal, que iban desde una crítica al tradicional modelo parroquial con el que la Iglesia católica había establecido sus lazos capilares con la sociedad, hasta una mayor elevación del tono de la denuncia pública frente a los conflictos sociales y políticos de la época.

Una pieza fundamental de ese cambio fue declarar al clero de la diócesis en estado de misión, idea rectora que se contrapone a la más habitual situación de cristiandad. Mientras que esta última organizaba todo el accionar de la Iglesia local sobre el supuesto de que la sociedad era cristiana por definición, la idea de misión organiza la evangelización de tal manera que busca conquistar o integrar un grupo humano que aún no se siente compenetrado con los sacramentos de la vida cristiana. Se trata, entonces, no de administrar una vida religiosa preexistente, sino de evangelizar para convertir a esa población al cristianismo. Esta perspectiva permitía refundar la Iglesia desde la raíz e integrar ecuménicamente a los fieles. La

situación de misión habilita a los presbíteros a adaptar los sacramentos y la pastoral a lo que consideran las características sociales y culturales propias de la población local. Esta posición pastoral de Avellaneda era combinada con un discurso de reforma social y política en el que la Iglesia debía acercarse al pueblo y propender al “cambio de estructuras”.

“El mundo obrero no nos ve [...] tiene una imagen desdibujada y borrosa de nosotros [...] para ellos estamos más cerca del mundo de los ricos”, escribió Podestá a los sacerdotes de su diócesis en la festividad de San José Obrero, el 1º de Mayo de 1967. Que el obispo de Avellaneda tocara el tema en una carta pública destinada a sus presbíteros, al mismo tiempo que la dictadura de Juan Carlos Onganía prohibía los festejos del día del trabajador y reprimía las protestas obreras, deberíamos considerarla toda una acción política en sí misma. Cualquier lector contemporáneo de esta carta no tendría dificultades de evocar por contraste las numerosas imágenes publicadas en periódicos y emisiones televisivas de la época que mostraban la constante presencia de obispos y arzobispos en los actos de celebración de la autodenominada Revolución Argentina. El efecto semántico de ubicar a los curas entre “dos mundos” resultaba muy poderoso. El mismo concepto de que la clase obrera fuera un mundo, distinto del de los ricos, un mundo aparte, nos da una idea de la profunda escisión mediante la cual se representaba el conflicto de clases en la conciencia discursiva de estos sacerdotes. Y nos da también una idea de las tensiones que atravesaban al proyecto de evangelización entre una población mayoritariamente de clases trabajadoras. Esta epístola era algo más que un intento de dar el visto bueno a una pastoral obrera en una diócesis. Era, además de eso, una toma de posición de un grupo de clérigos en el catolicismo lacerado de la década del sesenta. A las dificultades y conflictos en torno al *aggiornamento* de la iglesia local a los nuevos mandatos del Concilio Vaticano II, se agregarían las protestas de amplios sectores del bajo clero contra las medidas de gobierno de Onganía que afectaban a los sectores pobres y obreros.¹³⁵

135 Uno de los conflictos más resonantes será la oposición del equipo de curas villeros de la Arquidiócesis de Buenos Aires al plan de erradicación de villas miserias. Para un relato de este conflicto se puede leer el libro de Jorge Vernazza (1989).

En la década del sesenta, los curas renovadores junto con numerosos sectores de la sociedad argentina habían aceptado la persistente relación entre peronismo y clase trabajadora. La frase de Norberto Habegger, escrita en 1970, trasluce esa convicción, que a su vez era el intento de corregir lo que se consideraba un error entre los católicos, pues “el error había sido no percibir que en Argentina los oprimidos son peronistas” (Mayol, Habegger y Armada, 1970). Que el mundo obrero mirara con aprehensión o indiferencia al clero constituía una “realidad dolorosa” para aquellos que querían llevar adelante su tarea pastoral. Estas equivalencias semánticas configuraban la causa en torno a la cual había “que jugarse”, movilizandando discursos y actores católicos en su defensa. La calificación de la cuestión obrera y peronista como central, en la que se jugaba nada más ni nada menos que el evangelio, los introducía de pleno en la dinámica de la acción política, si entendemos a esta como el conjunto de operaciones que permiten construir un colectivo a partir de la formación de una causa común. En ese marco quedaba encuadrado el “eternamente renovado intento de encontrar una coincidencia entre pueblo y pastores”, como escribía un año después del “Cordobazo” el cura tercermundista Alejandro Mayol (Mayol, Habegger y Armada, 1970). La renovación que buscaba este grupo de clérigos convergía con el proceso de radicalización política y sindical que enfrentaba de modo creciente al régimen de Onganía. “Identificarse y jugarse por la causa de los oprimidos”, que eran peronistas, implicaba asumir esa radicalidad. La fusión de claves de interpretación del malestar de la época quedaba instalada y el paso siguiente consistía en darle un desemboque específico para los clérigos, una pastoral. La reforma que estaba en marcha y sus resonancias en América Latina brindaban los marcos para imaginar ese nuevo oficio sacerdotal que, al decir de los textos de la Iglesia, es el “arte de las artes, la ciencia de las ciencias [...] conducir al ser humano, que es el más complejo y diverso de los seres”.¹³⁶

136 La pastoral es un eje articulador de las prácticas de gubernamentalidad de la Iglesia católica. “En verdad, me parece que el arte de los artes [*techné technon*] y la ciencia de las ciencias [*episteme epistemon*] es conducir al ser humano, que es el más diverso y complejo de los seres” (Nacienceno, 1995). “El cuidado del rebaño nos incumbe a nosotros que

Y aquí el Obispo quiere hacerles a ustedes la más dolorosa confidencia para que todos sintamos lo mismo en el Corazón de Cristo: el mundo obrero no nos ve, ni a mi como jerarquía ni a vosotros como Cuerpo Sacerdotal, como los auténticos testigos de Cristo Pobre del Evangelio. [...] Para el común de los obreros el sacerdote no es un auténtico testigo de Cristo [...] porque su actual estilo de vida y su mentalidad se asimilan a la clase burguesa: porque su condición social lo ubica en el sector del privilegio. En definitiva, para el sector obrero los curas representamos una contradicción entre lo que vivimos y lo que predicamos. [...] es necesario reconocer que nuestro estilo de vida, nuestras estructuras eclesíásticas y nuestra mentalidad no están adecuadas a una auténtica pastoral obrera. [...] Tenemos pues la grave obligación de romper definitivamente la incomunicación existente entre nosotros y la clase obrera. En la encuesta del M.O.A.C más de la tercera parte de los encuestados que se dicen católicos manifiestan no conocer a ningún sacerdote. [...] Es necesario que la clase obrera nos sienta más cercanos, más comprometidos en sus reivindicaciones de justicia [...] Pienso que nuestra misión Pastoral en este punto no consiste tanto en algunas “obras” para mitigar el mal, cuando se trata de denunciar la injusticia de una estructura social basada en algunos principios que poco tienen de evangélico (Podestá, 1967: 17).

Al diagnóstico le correspondía un imperativo para actuar centrado en la denuncia y en la participación en las organizaciones obreras y barriales. Los curas en la protesta social eran vistos como esa misión de ser señales y testigos de Cristo, denunciando las injusticias. Podestá ponía en tensión el viejo modelo que consagraba a los sacerdotes a la gestión de las instituciones de bien público fundadas en torno a la parroquia, como *la obra* en la que se materializaba su vocación, y proponía un rol más activo de los sacerdotes en las turbulencias de la época. Pero también hay que atender a lo no dicho: la postulación de la existencia de *dos mundos* permitía

estamos a su cabeza aparentemente para conducirlo y cumplir el papel de pastores” (San Cipriano, 1980).

hacerse un lugar como voceros de los oprimidos, legitimarse como representantes y asumir la voz de aquellos que al parecer no podían hablar por sí mismos, al mismo tiempo que eran constituidos como un mundo aparte desde el mismo momento en que se planteaba esa cesura social. En ese intermedio, en esa tarea de traducción, creaban su “vocación profética”, llamado al que Podestá y muchos otros clérigos pretendían acudir. A partir de sus contactos con el empresario católico, Podestá había logrado colocar al cura español Francisco Huidobro en un establecimiento fabril para que diera inicio a su misión pastoral. La inserción en el mundo obrero suponía, también, una implicación en sus conflictos.

En la calle Montes de Oca, en mangas de camisa, con sus ropas de trabajo, celebran misa con pan y vino común, alrededor de una mesa hogareña. Pero el Sacrificio es distinto: tiene la impronta del trabajo, de la opresión, de la humillación, de la injusticia. En el pan y en el vino hay otras vidas. La comunión adquiere de pronto sentido: se compromete a jugarse por entero en cada momento. Un ejemplo es Paco Huidobro, quien se incorpora al plantel de una fábrica de acrílicos de Valentín Alsina. El empresario, católico dominicano, no percibe lo que se propone Huidobro, es decir vivir del Evangelio. Piensa que apaciguará los ánimos. “Ahora cambiarán las cosas” desliza para sí.

Paco comprendió la situación. El dueño no quería que sus obreros estuvieran afiliados a ningún sindicato. Y Paco, conversando una y otra vez con cada uno de ellos, logró que todos se afiliaran. Con la consecuencia previsible: llegó el día de la asamblea gremial y Huidobro fue elegido delegado general por todos sus compañeros.

El empresario comprendió que el sacerdote que había traído a su fábrica no se dedicaba precisamente a repartir estampitas y a predicar la resignación ante la injusticia. Paco Huidobro, sacerdote y obrero fue echado de la fábrica. Se llegó a la huelga. Y la patronal cobró su revancha: más de ochenta obreros quedaron en la calle.¹³⁷

137 *Revista Juan*, 24 de mayo de 1967, “La iglesia en la calle”, citado en Mayol, Habegger y Armada (1970: 162).

Anticipaciones del evangelio salvador

La pastoral obrera de Avellaneda debe considerarse dentro del proceso de transformación de un importante sector del bajo clero en la década del sesenta. En cierta manera, la experiencia del trabajo manual fue una de las vías de acceso hacia ciertas formas de organización autonómica. Si a partir de la experiencia europea, la Iglesia había percibido que la pastoral obrera podía ser un vector de secularización de sus funcionarios, en la Argentina fue un pasaje hacia compromisos más consistentes en el politizado (y radicalizado) campo popular de la década del sesenta. El mundo del trabajo manual y la pobreza, que estos sacerdotes idealizaban como un sitio de gente “simple y evangélica”, estaba surcado por conflictos que troquelaron la época.

En el primer lustro de la década del sesenta, comenzaron lo que podríamos llamar las protoorganizaciones sacerdotales que luego dieron lugar, en 1968, a la formación del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Varias iniciativas de reunir en equipos a los sacerdotes que realizaban una actividad semejante en áreas populares, en diferentes diócesis, fueron acompañadas por los obispos de esas diócesis. Las reuniones de esos equipos pastorales, asesorados por jóvenes teólogos y obispos que seguían con entusiasmo las reformas del Concilio, generaron espacios de sociabilidad e identificación que rompían con la solitaria tarea del sacerdote parroquial y habilitaba la construcción de colectivos de afinidad entre religiosos que habían asumido en cada una de sus diócesis misiones que podían considerarse semejantes, en la medida que suponían un trabajo sacerdotal con *los de abajo*: campesinos, villeros u obreros. Un hito de este proceso de organización serían los encuentros interequipos. Uno de ellos se desarrolló en la diócesis de Avellaneda, ya que un nutrido grupo de curas y su obispo se contaban entre los principales animadores.

El 28 de junio de 1965 ochenta sacerdotes bonaerenses y porteños celebran en Quilmes una reunión inter-equipos. La edad promedio es treinta años. Dos obispos están presentes: Monseñor Jerónimo Podestá (Avellaneda) y Antonio Quarracino (9

de Julio) [...] Entre todos, elaboran cuarenta cuartillas que intentan resolver tres problemas básicos: Vida Sacerdotal, ubicación del clérigo en la Iglesia y relación con el mundo. Dialogan francamente como “hombres comprometidos con Dios en el seno de una comunidad integrada en el mundo”. Las conclusiones de Quilmes son traducidas al francés y llevadas al Concilio [...] Es una nueva generación de sacerdotes que sienten la necesidad de confrontar sus propias ideas, sus fracasos y esperanzas en algo distinto (Mayol, Habegger y Armada, 1970: 156-157).

Numerosos miembros de esos equipos pasarían a formar parte del primer movimiento sacerdotal de la historia argentina: el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM). El 31 de diciembre de 1967, Miguel Ramondetti envió una carta al obispo brasileño Hélder Câmara para manifestar la adhesión de más de 270 sacerdotes argentinos al *Documento de los 18 Obispos del Tercer Mundo*. Son 17 los sacerdotes de la diócesis de Avellaneda que adhieren, uno de los grupos diocesanos más numerosos.¹³⁸ Pero lo decisivo de la actuación del MSTM no estaba en su organización superior, ni estrictamente en su actividad declarativa, sino en los grupos diocesanos en los que se decidían formas de acción pastoral muy definidas y se elegían modos de vida asociados a una interpretación fuerte de los evangelios y una crítica aguda a los privilegios y jerarquías institucionales. A partir de una interpretación propia de los evangelios y los documentos del catolicismo universal, tamizaban sus prácticas y declaraciones con una tónica de urgencia profética:

138 El grupo de firmantes estaba conformado por Luis Barbero, Alberto Ballerini, Vicente Raúl Berardo, Pedro Burguete, Francisco Huidobro, Juan Loison, Luis Angel Farinello, Pedro González, Andrés Lanzón, Luis Maidana, Eliseo Morales, Santiago O'Farrel, Pedro Olhagaray, Juan Prevost, Luis Emilio Sánchez, Gabriel Ventajol, Oscar Varela. Asimismo, Andrés Lanzón, presbítero de la diócesis de Avellaneda, formará parte del trío compuesto por Ramondetti y Riciardelli, el primero perteneciente a la diócesis de Goya, el segundo a la Arquidiócesis de Buenos Aires, encargados de traducir el mensaje (estaba escrito en francés), publicarlo y difundirlo entre los clérigos de todo el país. El documento había llegado a las manos de Ramondetti por intermedio de monseñor Devoto, obispo de Goya. Este sería el puntapié inicial para la formación del MSTM.

El día está muy cercano
 Dios, Padre de los pobres
 ha señalado su tiempo.¹³⁹

El MSTM buscaba “modificar la función social del sacerdote en una religión más política” (Martin, 2002: 43). Al intensificar su inserción entre los sectores obreros y marginados, los curas identificados con el MSTM se relacionaron con el gremialismo y los grupos de base organizados. Esta relación difería de otras en las que el sacerdote actuaba como asesor o acompañante de dirigentes gremiales;¹⁴⁰ ahora se trataba de “un encuentro en los espacios de conflictividad social, en los actos de protesta y organización barrial, involucrándolos en un nuevo entramado de lazos ideológicos, culturales y prácticos” (Martin, 2002: 48).

Unos meses después el obispo, monseñor Podestá, me dice: “¿Por qué no vas a la villa?”. Y fui a la villa. Levanté la capillita y daba misa los sábados a la tarde. Ahí comencé a vivir como en un ambiente extraño. Yo iba de sotana, los negros en cuero. Yo hablaba latín y griego, ellos guaraní. Yo escuchaba Beethoven, Mozart, ellos cumbia y chamamé (Luis Farinello, en Parceroy Escobar, 2021: 120).

En 1967, la presión sobre el obispo de Avellaneda que cobijaba estas experiencias aumentó, efecto de múltiples presiones del gobierno y sectores muy influyentes de la Conferencia Episcopal. Los curas recibieron con desazón la renuncia de Podestá, que habían intentado impedir expresando públicamente su apoyo. Sin embargo, los sacerdotes de la diócesis se siguieron moviendo como un

139 Poema *Romance para gritar* del cura Abdón Layús publicado en el órgano oficial del MSTM, *Enlace* n° 12. Citado en Martin (2002: 36).

140 Desde finales del siglo XIX, numerosos clérigos serían asesores de dirigentes políticos y gremiales católicos. En ese sentido, la politización del catolicismo, y de sus clérigos en particular, no era una novedad. En la estructura de la Acción Católica Argentina, y especialmente importante para la llamada Acción Católica Especializada, los asesores, que eran siempre sacerdotes, eran figuras primordiales. Lo novedoso del MSTM era que se trataba de una organización de cuadros militantes nutrido exclusivamente por curas y religiosos consagrados.

colectivo y reclamaron al Vaticano que la elección del nuevo obispo estuviera orientada por la sensibilidad social de quien fuera elegido.

Lo que hay que tener (para ser obispo de Avellaneda)

Santo Padre

Secretaría de Estado

Ciudad del Vaticano

Padre:

[...] en nuestra Diócesis de Avellaneda, será nombrado próximamente un nuevo Obispo, nosotros como sacerdotes, colaboradores y amigos del que será nuestro futuro Obispo, con quien seremos corresponsables del arduo ministerio Pastoral, en la compleja realidad y en las múltiples necesidades del apostolado, en este poblado sector industrial del conglomerado sur-bonaerense, nos atrevemos a esbozar las cualidades y la capacidad tanto apostólicas como humanas del que será Pastor de la Iglesia de Avellaneda.

[...] la grave crisis que atraviesa la Iglesia Argentina: innumerables sacerdotes y laicos, animados por un verdadero amor a la Iglesia, sufren graves conflictos interiores, estrechamente ligados a su vida de Fe, ante los problemas planteados inexorablemente por el proceso en curso de la realidad global de nuestro país y de todo el continente Latinoamericano, que avanza y se proyecta hacia el futuro; sensibles a los signos de los tiempos, vislumbran dilemas definitorios para el significado del Mensaje Evangélico. Partícipes y testigos de su angustia, vemos la necesidad de que nuestro futuro Obispo sea capaz de asumir el rol de orientador y guía para canalizar e integrar todas esas tensiones como un verdadero Pastor, en auténtico diálogo.

Por estos motivos y por el hecho de no haber sido consultados al respecto, y no existiendo dispositivos para expresar nuestra opinión de modo que sea debidamente valorada, nos hemos decidido a dirigirnos USTED, PADRE, y a todos nuestros hermanos en la Fe.

El futuro de la Iglesia de Avellaneda depende de que su Pastor:

-Se comprometa con la realidad obrera que compone el 90% de la Diócesis, en íntima solidaridad con su profunda e irreprimitible aspiración de justicia.

-No confunda su misión profética con la de “mediador” investido de los signos del poder y prestigio que se arrogan los privilegiados opresores de nuestra sociedad.

-Dé testimonio concreto y efectivo de pobreza y amor a los desposeídos.

-Designe sus colaboradores de acuerdo con un criterio pastoral y no meramente jurídico-administrativo, previa consulta a los sacerdotes y laicos.

-Considere y valore las experiencias e iniciativas ya existentes, de sacerdotes y laicos, y promueva otras orientadas hacia una inserción de la Iglesia en la realidad humana, sobre todo en el campo social.

Con la esperanza de que USTED, Padre, interpretará nuestra realidad e inquietud como expresión de servicio y de responsabilidad en la Iglesia, y como quienes están animados “por un solo corazón y una sola alma” (Hechos 4,32), reciba nuestro filial y respetuoso saludo.

Sacerdotes firmantes: Vicente Berardo, Antonio Lorenzo, Guillermo Dolan, Francisco A. León Motta, Ramón Zambelli, José Bracco, Ildefonso Oberzier, Arnoldo Sinkovic, Pablo Kanne, Leopoldo Subaukas, Luis Farinello, José N. Petratis Mic, Alberto Tamburu, Francisco Huidobro, Luis Barbero, Gabriel Ventajol, Mavric Marko, Juan Prevost, Alberto Ballerini, Santiago O’Farrel, Luis Maidana, Carlos Catani, Luis Sánchez, Juan Loison, Pedro González.

Avellaneda, 27 de mayo de 1968 (Mayol, Habegger y Armada, 1970: 347).

El envío de Antonio Quarracino¹⁴¹ a ocupar el cargo, vinculado con los sectores posconciliares del clero, no sería, sin embargo,

141 Quarracino era obispo de la diócesis de 9 de Julio y había participado de la organización del encuentro entre equipos sacerdotales junto con Podestá, en 1965, en el que sacerdotes porteños y bonaerenses se habían reunido para elaborar un documento y enviarlo para que fuera considerado en las sesiones del Concilio Vaticano II. La orientación renovadora de Quarracino generaba una expectativa muy positiva entre el grupo de sacerdotes de Avellaneda, que animaba los pronunciamientos públicos de los sacerdotes liberacionistas y la pastoral obrera.

muy auspicioso.¹⁴² A pesar de ello, los sacerdotes de Avellaneda siguieron reuniéndose y emitiendo documentos para definir su estilo de presencia sacerdotal. En 1969, se reunieron en una semana de pastoral y emitieron el documento *Hacia una actitud misionera y una pastoral de liberación. Conclusiones de la Semana Pastoral de la Diócesis de Avellaneda*. Según los pastores, se trataba de “descubrir en la realidad actual los signos de los tiempos”. Otra vez insistían sobre la característica obrera de la diócesis y la escasa inserción del clero:

Nuestra diócesis es eminentemente obrera [...] en el partido de Avellaneda el 86% de la población lo constituyen obreros calificados y no calificados y empleados con una retribución mínima. [...] Este mundo obrero anhela su liberación de alienaciones tales como la económica (rol preponderante de los monopolios), la cultural (despersonalización por los medios de comunicación: prensa, radio, T.V.), la social (privación de derechos sindicales), la política (participación ínfima y casi imposible) [...] Es precisamente este mundo popular el que está más lejos de nuestras comunidades cristianas. Tenemos solo un 5% de practicantes, y de estos solo el 2% son obreros no calificados, el 5,6% obreros calificados y el 4% empleados de bajos ingresos. [...] la situación de la Iglesia diocesana exige, con urgencia, una pastoral misionera. [...] todos los sacerdotes han destacado como fundamental la fidelidad a lo popular. [...] no solo debemos ser fieles a lo más auténtico de la religiosidad popular, sino también a todo el sentir del pueblo: su cultura, su historia, sus angustias y esperanzas, sus luchas y reivindicaciones, sus mejores aspiraciones. En todo ello encontramos las anticipaciones del Evangelio salvador. [...] A esta actitud nos impulsa la Declaración del Episcopado Argentino [abril de 1969]: La acción de la Iglesia no debe ser orientada solamente hacia el pueblo, sino desde el pueblo mismo [...] Esto supone amar al pueblo, compenetrarse con él y comprenderlo, confiar en su capacidad de creación y en su

142 Algunos testimonios de sacerdotes locales lo acusan de haber bloqueado los intentos de continuidad y profundización de la pastoral enunciada por ellos.

fuerza de transformación... ayudarlo a expresarse y a organizarse (Pastoral Popular, 5). [...] La creación de formas concretas de presencia y de acción en el mundo de hoy para su integral liberación [...] vivir cada día una vida de pobreza compartida por todos, un amor entre sacerdotes que lleve a cada uno a aceptar al otro tal cual es... esto debe llevarnos a una mayor unidad pastoral y a una verdadera comunión sacerdotal [...] una atención mayor a los “dirigentes naturales” con preferencia a los ambientes más populares y a sus organizaciones: un empeño especial en la formación integral de dirigentes populares [...] denunciar las injusticias y los atropellos que conculcan los derechos de los humildes.¹⁴³

Se proponían la creación de comunidades de base, la restauración del diaconado, la formación de dirigentes, la creación de un centro social. Se apoyaban en fragmentos de lo que los obispos habían dicho en Medellín con respecto a la pastoral de élites, acerca de orientar la pastoral hacia los grupos económico-sociales y al compromiso en el plano de la reforma de las estructuras socioeconómicas, prestando especial atención a las minorías activas en el ambiente obrero (“Pastoral de élites”, 19, Medellín).¹⁴⁴ Además, identificaban la existencia de 14 villas, con más de 7000 habitantes muchas de ellas. Y buscaban definir la existencia de una *cultura de la pobreza* a la que caracterizaban como marcada por:

... períodos de desocupación, bajos salarios, diversidad en la ocupación, uso de ropas y muebles de segunda mano, recurrir a prestamistas locales, integración solamente parcial en instituciones nacionales o comunales, bajo nivel de educación y alfabetismo, no participación en seguros de enfermedad o ancianidad, incomodidad y apretujamiento en la vivienda, falta de vida privada, sentido gregario, alcoholismo, recurso frecuente

¹⁴³ *Cristianismo y revolución*, n° 20, pp. 14-18.

¹⁴⁴ En 1969, en la Conferencia General de Medellín, la Conferencia Episcopal de Latinoamericana (CELAM) estableció la teología de la liberación y la opción por los pobres. El documento final contó con la colaboración de Antonio Quarracino, quien fuera uno de los teólogos del cónclave.

de la violencia para zanjar diferencias, fuerte orientación hacia el momento presente, sentimiento de resignación y de fatalismo ante las dificultades de la vida, etc. Junto a esta situación encontramos valores positivos que preparan la evangelización del mundo obrero: generosidad, espontaneidad y solidaridad; sentido de igualdad, sinceridad y bondad; sentido de justicia y sentidos de los deberes y derechos de todo ser humano. Estos valores son, a veces, desvirtuados por la propaganda de una sociedad de consumo.

En este último fragmento, puede observarse el uso del lenguaje sociológico que había instalado la lectura de trabajos como los de Oscar Lewis.¹⁴⁵ El compromiso social y político de estos sacerdotes compartía sentidos con un gesto igualmente modernizador, que describía a la población utilizando categorías socioocupacionales, definía las villas como un tipo sociourbano y asimilaba las formas de vida de los pobres a una cultura.¹⁴⁶

¿Usted también es tercermundista?

Finalmente, el nombramiento de Novak fue un alivio para numerosos sacerdotes que, por su trabajo entre los pobres, podían ser objeto de la represión. Si bien con trayectorias disímiles y estilos diversos, pasar a formar parte de la nueva diócesis significó para ellos un refugio común.

En el caso de Luis Farinello, la incorporación en la nueva diócesis resultó un respaldo para protegerse de la represión. Su figura había cobrado cierta relevancia a principios de la década del setenta como partícipe del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y su opción por los pobres implicaba también una opción por el peronismo. En su parroquia de Quilmes, Nuestra Señora de Luján, la actividad política era frecuente y las visitas de figuras políticas vinculadas al peronismo, como Raimundo Ongaro o Deolindo Bittel, eran habituales. La iglesia solía ser un lugar donde se realizaban

145 *Cinco Familias y Los Hijos de Sánchez* fueron verdaderos *bestsellers* de la época.

146 En el capítulo 6 retomamos esta cuestión.

actividades con la Juventud Peronista vinculada con Montoneros, que entre otras cosas aprovechaba el edificio de la parroquia para proyectar clandestinamente la película *La hora de los Hornos*. Todo este activismo que tenía al cura y a la parroquia como nudo de enlace lo convirtió en un blanco de la represión.

Ponían bombas de noche, ametrallaban el edificio y cuando celebraba la misa había policías que venían a escuchar. Hubo varios allanamientos, buscando armas. Llamaban por teléfono y dejaban mensajes amenazantes. Lo más grave fue un secuestro, en el que por error se llevaron a un sacerdote salesiano que se llamaba Luis, como yo. Él vivía en Bernal. Lo torturaron muchísimo, y finalmente, cuando se dieron cuenta que no era Luis Farinello, lo dejaron tirado en la vereda (Luis Farinello, citado en Diana, 2013: 135).

El secuestro, tortura y asesinato de José Tedeschi, en febrero de 1976, había producido una profunda conmoción entre los sacerdotes de la diócesis. De origen italiano y perteneciente a la congregación de los salesianos, Tedeschi vivía y predicaba en la Villa Itatí de Quilmes. Y aunque se había alejado de la parroquia del barrio por diferencias con el sacerdote de esta, había formado pareja y tenía una pequeña hija, seguía siendo una referencia para las organizaciones de base dentro de la villa. Cuando recuperaron su cuerpo, los sacerdotes ligados con él organizaron su funeral dentro de la villa, el que fue presidido por el provincial de la orden salesiana y a la que, según testimonio de Roberto Zardini, se acercó a participar monseñor Quarracino, en ese entonces obispo de la diócesis de Avellaneda, distanciado del grupo de sacerdotes integrados por el propio Tedeschi y Zardini.

A partir de su llegada a la nueva diócesis de Quilmes, Novak decidió que curas como Farinello o Joaquín Carregal, conocidos públicamente por su compromiso con el MSTM, durmieran en la Curia de la catedral en una habitación cercana a la suya para protegerlos de posibles atentados o secuestros. A principios de los ochenta, la parroquia de Farinello sería el lugar desde donde partirían las peregrinaciones obreras de la Semana Santa y el 1º de Mayo,

fuertemente vigiladas por la Policía provincial. Por su parte, Joaquín Carregal tendría un rol significativo en la Comisión Diocesana de Justicia y Paz encargada de atender y asistir a los familiares de personas desaparecidas. Algo similar ocurrió con Orlando Yorio, sacerdote jesuita con una importante formación teológica que sería, a la postre, un activo participante en la redefinición doctrinaria encarada por Novak en la diócesis, a principios de la década del ochenta, durante el denominado “Sínodo de Quilmes”. Yorio, que permaneció secuestrado durante seis meses en un campo clandestino de detención y tortura, al ser liberado fue incardinado en la diócesis y luego enviado a Europa por un tiempo prudencial que aprovechó para formarse en las corrientes teológicas posteriores a la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Puebla, bajo el papado de Juan Pablo II.¹⁴⁷

La vigilancia y la persecución a los curas párrocos de la diócesis era una preocupación cotidiana y resultaba un asunto de envergadura para el obispo. En noviembre de 1976, las fuerzas de seguridad allanaron las parroquias San José y Santa Cecilia, a cargo del sacerdote Miguel Hrymacz, vinculado desde seminarista con el grupo de Sacerdotes para el Tercer Mundo de Avellaneda y amigo personal de Carlos Mugica.

147 En la Conferencia de Puebla, en 1979, los obispos latinoamericanos pusieron especial énfasis en aconsejar a obispos, sacerdotes y diáconos la no intervención en la política en términos partidarios. Cabe recordar que Quarracino tuvo una participación importante en la redacción del documento final de dicho encuentro, en el que se sostiene explícitamente: “Los sacerdotes, también ministros de la unidad y los diáconos deberán someterse a idéntica renuncia personal. Si militaran en política partidista, correrían el riesgo de absolutizarla y radicalizarla, dada su vocación de hombres absolutos”. Para luego citar las palabras de Juan Pablo II como orientaciones pastorales de primer orden: “Interpretar bajo la justa luz de los evangelios, las opciones por los más pobres y por cada una de las víctimas del egoísmo humano, sin ceder a radicalismos socio-políticos”. *Episcopado Latinoamericano* (1993: 347-348). Esto no suponía, por cierto, una renuncia a la histórica estrategia institucional de la Iglesia católica de influir en la política y en el Estado, algo que también se sostiene propositivamente en este y otros documentos, sino que más bien consistía en un modo de ordenar y organizar su influencia política desde la propia institución corporativa, respetando sus lógicas jerárquicas y sin que la implicación política de algunos de sus miembros pudiera introducir conflictos internos como los vividos en las décadas anteriores. En cierta manera, este y otros pasajes del documento pastoral buscan restablecer el principio de autoridad de los obispos, reprender a aquellos que habían estimulado en exceso el compromiso político de los sacerdotes, y volver a poner a estos bajo el control institucional de la Iglesia, pero fortaleciendo, al mismo tiempo, el papel integral que se atribuye a la Iglesia católica en la orientación de la sociedad.

Dos señoras que eran esposas de policías y venían a la misa me dijeron: “Mire padre, tenga cuidado que le están grabando los sermones”. En noviembre de 1976, unos 400 efectivos rodearon la manzana. Tenemos una denuncia y por lo tanto le tenemos que allanar toda la parroquia, me dijeron. [...] cuando entraron a la secretaría parroquial vieron una fotografía de Carlos Mugica y con el que parecía al mando tuvimos la siguiente conversación:

—¿Quién puso esa foto?

—Yo.

—¿Y usted también es tercermundista?

—¿Usted qué entiende por tercermundismo?

—Yo quiero saber si usted está afiliado a una secta que está en contra de nuestro gobierno.

—No estoy afiliado a ninguna secta. (Miguel Hrymacz, citado en Diana, 2013: 159).¹⁴⁸

Hrymacz también contó con el apoyo y la protección de Novak, quien le aconsejó que durante las noches no permaneciera en la parroquia. Dos años después sería trasladado a La Medalla Milagrosa de Florencio Varela, uno de los epicentros de la realización de actividades religiosas con los familiares de personas desaparecidas.

Raúl Berardo se formó como religioso salesiano y recién a los 37 años accedió a lo que había sido un largo y buscado deseo: transformarse en un cura predicador. La especialización en la educación de la orden en la que había sido formado le dificultaba la realización de su intención de ser un cura al frente de una comunidad. Finalmente, consiguió que el primer obispo de Avellaneda, monseñor Di

148 El testimonio del diálogo entre Hrymacz y el policía quizá necesite una matización a partir de las conclusiones a las que llegó Soledad Catoggio con el análisis de los documentos de la DIPPBA sobre el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Esta investigadora sostiene que, en la primera parte de la década del setenta, el criterio práctico para definir la condición subversiva de los sacerdotes católicos “fue la presencia entre los sectores populares, no la condición de tercermundistas”. Pero a partir de 1975, las categorías para definir la condición subversiva de un católico sufrieron una inflación y el mote de tercermundismo era un adjetivo más dentro de una sofisticada red de categorías que definían a un sacerdote, grupo o institución vinculada a la Iglesia católica, que lo consideraba incluido dentro de la *subversión clerical*. Ver Catoggio (2016: 117-145).

Pasquo,¹⁴⁹ lo aceptara en su diócesis, y una vez fallecido este, que el vicario capitular, Hugo Orsi, lo enviara a la parroquia San Antonio de Gerli.

La parroquia se había quedado sin párroco. Era un lugar muy pobre, una [casa] prefabricada y no tenía casa parroquial. Me mudé llevando en una bolsa de arpillera mi ropa y mis libros en un cajón de verduras. Las primeras tres noches me la pasé durmiendo en el suelo, hasta que apareció un muchacho y me trajo una cama (Berardo citado en Diana, 2013: 48).

Cuando asumió Podestá el cargo de obispo de Avellaneda, en 1962, lo apoyó en su tarea pastoral en la parroquia, que según el propio Berardo pasaba por reunir y organizar a los jóvenes del barrio. Berardo participaría en los pronunciamientos del grupo de sacerdotes de Avellaneda ligados al MSTM. A partir de 1965, se integró a las reuniones interequipos asesorados por los teólogos Lucio Gera y Rafael Tello, ambos muy vinculados a las corrientes teológicas que emergían en el nuevo clima de época que había abierto la convocatoria al Concilio. Como vimos, de los encuentros interequipos surgirían las primeras propuestas de sacerdotes que decidían hacer la experiencia como curas obreros. Influidos por las nuevas experiencias de la pastoral latinoamericana, tendiente a incorporar en los ritos católicos elementos de la cultura popular como la música y la fiesta, en la búsqueda de construir comunidades religiosas, Berardo quiso continuar desarrollando esas prácticas en su parroquia de Gerli. Quarracino, obispo que había reemplazado a Podestá en 1968, se opuso. Pero accedió a que abandonara la parroquia y se convirtiera en cura obrero. A partir de 1973, pisando los cincuenta años, Berardo comenzó a trabajar en el puerto de Buenos Aires como listero, encargado de registrar la carga y la descarga de los barcos y pagar los jornales a los estibadores. Durante un tiempo fue elegido delegado por sus compañeros. Los curas obreros de Avellaneda vivían en una comunidad en un barrio de Valentín Alsina y, en los

149 Como ya vimos en este capítulo, Emilio Di Pasquo era un reconocido asesor de la Juventud Obrera Católica. Para un análisis de la importancia de este espacio de sociabilidad política católica y su influencia en las trayectorias seguidas por estos obispos y su apoyo a los curas obreros se puede ver Catoggio (2016) y Soneira (1989).

meses previos al golpe militar, fueron abandonando sus lugares de trabajo y la propia comunidad por las detenciones, allanamientos y el clima de miedo que se vivía por entonces. Algunos consideraron la posibilidad de volver a trabajar en una parroquia, “porque con la dictadura todas las iniciativas de trabajo social quedaban abortadas”, y veían en ello la oportunidad de salir de una situación de tanta exposición que los volvía un blanco factible de la represión. Otra vez, Berardo acudió a Quarracino, quien lo envió a una alejada parroquia de Florencio Varela. Cuando se creó la diócesis de Quilmes, Berardo ya estaba trabajando en Varela en una “pastoral más espiritualista, porque con el régimen militar no se podía hacer nada”. Esa pastoral consistía en formar grupos de lectura de la Biblia denominados *comunidades* entre los pobladores de la zona y fomentar la creación de capillas en lugares que fueran propuestos y cuidados por esos mismos vecinos y vecinas.¹⁵⁰ Novak y Berardo se respaldaron mutuamente para masificar estas prácticas religiosas, y en 1978 organizaron el traslado y la instalación de una réplica de la Virgen de Luján en la rotonda de Pasco, un importante cruce de caminos del área, al que asistieron miles de personas, entre ellas las Madres de Plaza de Mayo con su característico pañuelo blanco. Tiempo después, reemplazó a Joaquín Carregal en otra parroquia ubicada en los márgenes, San Juan Bautista. Frente al aumento de la población de esta parroquia experimentado con la llegada de nuevos pobladores a la zona, en 1980 Novak decidió dividir la parroquia en dos, y crear una nueva del lado de Quilmes Oeste, en la localidad de San Francisco Solano. Allí fue enviado Berardo y, a la postre, este desplazamiento sería crucial para su participación en las ocupaciones masivas de terrenos por nuevos pobladores en los alrededores de

150 Las comunidades eclesiales de base (CEB) han sido consideradas por diversos analistas el núcleo básico de la sociabilidad y estructuración de las redes militantes en la formación de los movimientos de tomas de tierra y asentamientos en Quilmes y en La Matanza. Sin embargo, es necesario precisar que la organización de las comunidades de base fue una iniciativa pastoral puntual, llevada adelante por un puñado de curas parroquiales, en un contexto más amplio de transformación de las estrategias institucionales y los principios pastorales de la diócesis de Quilmes y, en menor medida, de la perteneciente a San Justo. Pablo Vommaro (2007 y 2009) estudió en profundidad el rol de las comunidades eclesiales de base en los asentamientos de Quilmes. Para el caso de La Matanza, se puede acudir a la lectura de Virginia Manzano (2013). Retomaremos esta cuestión en el capítulo 6 de este libro.

la parroquia Nuestra Señora de Itatí. En este nuevo destino, Berardo continuó con su práctica de organizar comunidades de lectura basadas en la fe y, al mismo tiempo, estimuló la conversación entre esos grupos sobre las problemáticas barriales que surgían al ritmo del acelerado crecimiento poblacional de la zona.

Así como los sacerdotes pertenecientes a la antigua diócesis de Avellaneda encontraron en Novak la posibilidad de una protección o un respaldo, sacerdotes provenientes de otras diócesis u órdenes de las que habían sido desplazados, también hallaron un refugio y una posibilidad de continuar con sus proyectos pastorales. Este fue el caso del religioso claretiano de origen español Daniel de la Sierra, que como joven profesor de esa orden religiosa y licenciado en sociología por la Universidad de Buenos Aires participaría activamente en la organización de las villas de Buenos Aires junto con la pastoral de los curas villeros, desde finales de la década del sesenta. Al comenzar las erradicaciones de las villas por parte del gobierno militar de la Capital Federal, De la Sierra realizaba sus tareas pastorales en la Villa 21 de Barracas. Apoyaba la organización de los villeros para resistir los desalojos y estimulaba la creación de una cooperativa de viviendas formada por los emigrados paraguayos de la villa, con el objetivo de construir sus viviendas en unos terrenos adquiridos en José Mármol, partido de Almirante Brown. Su implicación en los conflictos barriales que desataron aquellas erradicaciones llevó a que, en 1981, el arzobispo de Buenos Aires solicitara su traslado. Por medio de un acuerdo entre el superior Claretiano y Novak, De la Sierra pasó a cumplir tareas y vivir en la capilla Asunción de María, en el barrio Santa María de Berazategui. Desde allí podía mantener sus vínculos y seguir desarrollando su tarea pastoral con la comunidad de sesenta familias paraguayas que todos los fines de semana, durante tres años, viajaban a sus terrenos de Almirante Brown a construir sus viviendas y que en 1982 se mudarían desde la Villa 21 de Barracas al barrio Virgen de Caacupé de José Mármol. Durante años, Novak se encargaría de consagrar e insistir que esta forma “menos política, más evangélica” de llevar adelante la opción preferencial por los pobres era el camino pastoral a seguir.¹⁵¹

151 Alonso Taborda, Gustavo, *Daniel de la Sierra, La misión en bicicleta*, mimeo.

Por su parte, religiosos como Antonio Puigjané¹⁵² desplegaban su tarea pastoral con independencia de la voluntad del obispo; para el religioso capuchino, la misión que le correspondía era predicar en su comunidad en aquel lugar donde se constituyera. Por ello, su apoyo y participación en la toma de catedral de Quilmes realizada por las Madres de Plaza de Mayo en las vísperas de la Navidad de 1981, en contra de la voluntad de Novak, le granjearía la antipatía del obispo y sus colaboradores. Para Puigjané, su presencia en la catedral durante la toma tenía que ver con su tarea de apoyo religioso a las madres desde que estas se habían conformado como un grupo y habían acudido en busca de ayuda a algunas personas vinculadas a la Iglesia. Otra vez, la iniciativa autónoma que surgía del empuje de los presbíteros, su lectura fuerte de los evangelios y su compromiso con lo que consideraban su comunidad de destino podía entrar en tensión con lo que el obispo y muchos de sus colaboradores consideraban lo que debían ser los alineamientos a una estrategia institucional liderada por su prelado que abarcara todos los conflictos, los acontecimientos y la multiplicidad de colectivos sociales que, activados al calor de la crisis de los años finales de la dictadura, solicitaban de un modo u otro la intervención, el respaldo o el pronunciamiento de un obispo y una diócesis que habían adquirido notoriedad pública.

La creación de numerosas diócesis en el Gran Buenos Aires, en los tempranos sesenta, entre ellas la diócesis de Avellaneda y, posteriormente, la de Quilmes, en el segundo lustro de los setenta, puede ser entendida en el largo plazo como una respuesta institucional de la Iglesia católica argentina a una cuestión cada vez más acuciante: el acelerado crecimiento de la población de los distritos del cordón industrial en torno a la Capital Federal y la escasa penetración del clero católico preexistente entre los sectores populares que poblaban de manera masiva el área. Si la emergencia de los suburbios indus-

152 Fue uno de los padres capuchinos colaboradores del obispo Enrique Angelleli en la diócesis de La Rioja.

triales que rodeaban la ciudad de Buenos Aires como tema de administración estatal surgirá con la acuñación de la categoría “Gran Buenos Aires”, a fines de la década del cuarenta, dando cuenta de la existencia de un asentamiento poblacional que comenzaba a definir su propio perfil urbano (Caride y Novick), las clases trabajadoras y sus espacios de residencia y labor se volverán una obsesión para algunos actores del campo católico al promediar la década del sesenta. La creación de la diócesis de Avellaneda, la delimitación de su jurisdicción religiosa, la elección de su primer obispo y la creación de un cuerpo de sacerdotes parroquiales, si bien no respondió a un plan único, sí tuvo la lógica de territorialización del gobierno eclesial católico sobrepuesto a una cartografía urbana emergente. Desde la década del cuarenta, y sobre todo con los gobiernos peronistas, se configuró un nuevo espacio social de primacía obrera y un nuevo mapa administrativo que dio entidad a la periferia industrial, denominada por los demógrafos “Aglomeración Gran Buenos Aires” (Vapñarsky, 2000). Y desde la década del sesenta –y el antiperonismo como fantasma recurrente–, numerosos actores católicos movilizaron los recursos de la institución para crear su propia cartografía sobre ese espacio social en crecimiento y convulsión.

La zona sur del Gran Buenos Aires, en la que se encontraban municipios con una larga historia obrera como Avellaneda y Quilmes, y otros que habían visto en años recientes crecer de manera exponencial la presencia de las clases populares hasta constituir una mayoría poblacional aplastante, como Berazategui y Florencio Varela, constituyó un escenario privilegiado de implementación del modelo católico parroquial; una dimensión a veces soslayada en los estudios sobre la historia urbana del Gran Buenos Aires que, algún día, deberá enmendarse si queremos comprender el sendero que siguió el proceso de ampliación de los bordes urbanos.

Este desarrollo de la Iglesia como agente de producción del territorio tuvo ciclos: mientras que la creación de la diócesis de Avellaneda coincidió con el segundo momento de expansión urbana del área metropolitana de Buenos Aires, la creación de la diócesis de Quilmes correspondió al fin del ciclo expansivo (la cancelación de la integración social, cultural y urbana), que pocos años más tarde

se pondría de manifiesto con el avance de los asentamientos populares. Los modos en que la Iglesia se desplegó en esos bordes reconocieron variaciones: de las innovaciones pastorales del sesenta, la vida en comunidad, la proletarización del clero, la participación en los movimientos político-sindicales, la puesta en crisis del modelo parroquial y la organización de los sacerdotes que tomaban la forma de un movimiento político-religioso, a la rehabilitación de lo parroquial como punto focal de las interacciones sociales, el desarrollo de la tarea del sacerdote vinculado a la comunidad barrial y la presencia estelar del obispo como líder de una comunidad diocesana activa y comprometida con las demandas de la sociedad civil local, privilegiando aquellas situadas en los márgenes. El final de la década del setenta se experimentó un proceso de profunda desarticulación de los colectivos populares organizados, provocada por la represión y las transformaciones sociales y políticas. Mientras que la cuadrícula disciplinaria del territorio fue el instrumento del control militar de la población, la configuración de lazos que funcionaban de continuo entre los lugares más dispersos de la diócesis permitió reconstruir espacios de interacción, que, en otros términos y en un nuevo contexto, contribuyeron a los incipientes procesos de organización que enhebrarían la experiencia social de las clases populares en la década del ochenta: una territorialidad emergente sostenida por la recreación de nuevos lugares para la acción colectiva. Hacia allí nos dirigimos en los últimos tres capítulos de este libro.

Capítulo 4. “No todos viven a la luz”

¿Quién asiste a las ceremonias? ¿Quiénes hablan? ¿De qué hablan? Entre 1979 y 1981 las autoridades policiales intentaron producir información e interpretar una serie intrigante de acontecimientos. ¿Cómo debían valorarse las influencias de pequeñas multitudes peregrinando en las calles de Quilmes? ¿Había militantes y organizaciones que se camuflaban y obtenían cierto anonimato en estas procesiones tratando de colar sus propias consignas? ¿Cómo caracterizar el fervor de los peregrinos expresado en cantos, prendas de vestir, consignas y objetos portados visiblemente en el espacio urbano y sus posibles efectos e influencias en un medio social obrero y popular? ¿Cómo debían caracterizarse las personas implicadas en estas movilizaciones? ¿Podía deducirse de esta serie de hechos un escenario de potenciales implicancias políticas? ¿Qué tipo de lugar contribuían a producir las manifestaciones desde el punto de vista policial? Toda esta actividad pública, un poco inesperada, volvía necesario para la policía “saber quién es quién [...] tener registrados a los buenos, para saber quiénes son cuando dejan de serlo”.¹⁵³

Un obispo caminador

En el capítulo anterior dimos un largo rodeo por la historia de la diócesis de Avellaneda para colocar la frase de Pio Laghi en su correspondiente campo sociosemántico. Las palabras del embajador

153 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Doctrina, Legajo n° 43, p. 4.

del Vaticano eran una indicación al novel obispo y una advertencia que adquiriría sentido para el público que la escuchaba al entramarse con su espacio de experiencia y horizonte de expectativa: “No dejarse llevar por las muchedumbres, ni por el empuje de los presbíteros, obedecer siempre al obispo”. Era mucho más que una fórmula doctrinaria: la jerarquía de la Iglesia enviaba un mensaje claro del encuadramiento institucional que esperaba por parte de sus miembros para encarar la etapa que se inauguraba con el golpe de Estado.

Planteado este punto de partida, Novak enfrentaría numerosos desafíos, entre ellos, dos de primera importancia: ganar una relación estrecha con el presbiterio preexistente y constituir una red de relaciones que le permitiera avanzar para obtener una penetración más amplia y profunda en la trama social de la nueva diócesis. Lo cierto es que las nuevas circunstancias históricas agregarían a estos desafíos una cualidad que no podía estar prefigurada en las claves con que en la etapa anterior se interpretaban *los signos de los tiempos*, y no solo porque Novak encarnaba un matiz doctrinario que suponía la moderación de los sectores renovadores. El hundimiento de las condiciones sociales de existencia y la represión sobre las clases populares estaban funcionalmente ligados a un mismo furor hegemónico, al que Novak tendría, tarde o temprano, que atender si quería llevar adelante su tarea como obispo en un tejido social en acelerada transformación.

Inmediatamente después de ser nombrado, Novak profundizó parte de una estrategia institucional que lo precedía: configurar una espacialidad católica nutrida de símbolos y rituales cuyos límites se sobrepusieran en el espacio urbano al generar una territorialidad catolizada, que, a su vez, convergiera con una lectura adecuada de las características sociales y culturales de sectores masivos de su población. El centro de esa estrategia seguían siendo las clases populares, pero los contenidos variaron en función del radical cambio de contexto. Harían su entrada *la opción preferencial por los pobres* y una ritualización católica del espacio que moderaba el agudo profetismo del clero local en la etapa que lo antecedía. El presbiterio disperso en el territorio sería también un aliado en estos objetivos bajo nuevas circunstancias, en las que la institucionalización de la interme-

diación no sería solamente una estrategia defensiva, sino toda una variación en los modos de inserción social de la Iglesia local. Frente a la aprehensión de los actores preexistentes, Novak forjó un recorrido múltiple. Se dedicó a visitar cada una de las parroquias y a reabilitar la tarea y la inserción de los curas en diversas comunidades parroquiales. Instaló marcas simbólicas católicas en algunos puntos geográficos nodales del área para promover las prácticas devotas.¹⁵⁴

A finales de 1976, dio comienzo a las peregrinaciones diocesanas que partían desde el *Cruce Varela*, centro geográfico e intersección donde confluyen las vías de comunicación y el intenso tráfico de los tres distritos que conforman la diócesis (Florencio Varela, Berazategui y Quilmes). Durante 1977 y 1978, una réplica de la Virgen de Luján fue trasladada por cada barrio y concentró una multitud de cerca de cien mil personas que observaban cómo era instalada en las intersecciones de las Avenidas Pasco y Donato Álvarez, en Quilmes Oeste. A esto le siguió una larga lista de inauguraciones de ermitas y capillas en toda la geografía de su jurisdicción. Muchos barrios humildes conformaron sus primeros grupos de feligreses en torno al proyecto de armar una capilla para una imagen de la Virgen (Liberti, 2006: 31-34). Novak recordará en su autobiografía “los pies embarrados del primer día”, cuando salió a recorrer las parroquias periféricas de la diócesis recién creada y “las visitas incesantes” a la casa parroquial de la catedral por parte de vecinos de todos los rincones de la diócesis. Se autodefinía como un “obispo caminador”, recordándonos la observación de Simmel sobre el papel del desplazamiento espacial de la autoridad territorial para la configuración de un espacio social organizado.

La peregrinación de los funcionarios será el mejor medio para centralizar en una unidad ideal política las diferencias espaciales

154 Adoptó el marianismo basado en la devoción de la Virgen de Luján y buscó consolidarlo entre sus fieles. Las peregrinaciones a la basílica de Luján y la difusión de la devoción popular por la Virgen de Luján contaron con el estímulo del teólogo Rafael Tello, que habiendo estado vinculado al origen de los Sacerdotes para el Tercer Mundo a través de su trabajo como asesor de los interequipos sacerdotales que buscaban la renovación de sus prácticas guiados por los documentos del Concilio Vaticano II, en la década del ochenta, fue artífice de la denominada “teología de la cultura”.

[...] puede servir, no solo a la unidad política, sino también religiosa [...] los obispos, con sus ayudantes, recorren la diócesis para verificar sus actos religiosos. Y si bien la unidad religiosa de cada parroquia adquiere firmeza incomparable con la erección de la iglesia, esto podría llevar a veces a tendencias particularistas. En cambio, la unidad de toda la diócesis, e incluso la de la Iglesia en general, se hace más visible por la peregrinación de sus representantes. [...] Esta movilización del servicio divino ha de ser particularmente eficaz en la propaganda, porque hace ver a los adeptos diseminados que no se encuentran en lugares aislados y perdidos, sino que pertenecen a un todo unitario, que se mantiene unido por lazos que funcionan de continuo (Simmel, 1939: 711).

Estas prácticas llevadas adelante por el obispo desplazaban las celebraciones litúrgicas de la catedral ubicada en el centro de Quilmes hacia los espacios urbanos abiertos y los barrios periféricos que crecían de modo vertiginoso.¹⁵⁵ La realización de misas temáticas por *El hambre*, *El trabajo*, *Los jóvenes*, *La paz* se repetían, alternando sus lugares de celebración entre la catedral, las plazas, la vía pública y las parroquias barriales, y contaban con centenas de asistentes. A partir de 1981, con la crisis económica, muchas de esas celebraciones litúrgicas y peregrinaciones mutarían en espacios para mostrar el descontento social con la dictadura militar, momento en que las peregrinaciones transmutaron en *manifestaciones* y las misas, en *ollas populares*. Este juego permanente de desplazamientos y emplazamientos irá configurando la diócesis como una territorialidad distinguible y un espacio diferenciado, que podía actuar como soporte y refugio de la acción colectiva popular y, al mismo tiempo, retroalimentaba su diferencia a partir de esas acciones. Pero, a distancia del período anterior, cuando la inserción social de los curas se buscaba

155 No obstante, la plaza central de Quilmes fue objeto de disputa por el tipo de celebraciones públicas y rituales religiosos que pretendían llevar adelante el obispo, el vicariato castrense de la guarnición militar local, las autoridades militares del municipio y los servicios de inteligencia de la Policía bonaerense. Ver "Solicitud de permiso: Jornada Mundial de La Paz. Requiere Obispo de Quilmes Jorge Novak, 27 de diciembre de 1980", en CPM-FONDO DIPPBA-DCDRyA, Mesa Referencia, Legajo 17913.

a costa de poner en crisis el modelo de organización parroquial, con Novak, la vida parroquial pasó a ser el centro de las actividades de los sacerdotes y presbíteros, así como la unidad de relación básica con la comunidad barrial. Esta nueva reorganización de los lazos entre los sacerdotes y la sociedad civil y popular pronto se revelaría necesaria como refugio para diferentes grupos de afectados por las políticas de la dictadura. Si en los sesenta y setenta el conflicto social había encontrado a los curas participando directamente en las acciones de protesta de los sectores populares, hacia finales de 1970 encontraremos a pequeños grupos de obreros, sindicalistas, comisiones de desocupados, familiares de desaparecidos y presos políticos, villeros expulsados de la Capital Federal, participando de las misas en los templos de diferentes parroquias o en la catedral misma.

MISA SOLIDARIA: Compañeros despedidos, suspendidos y trabajadores en general, invoquemos al TODO PODEROSO, para que nos de fuerza y fe para luchar por nuestros legítimos derechos, por el sustento de nuestros hijos, su instrucción y su salud, la Iglesia está junto a nosotros. Concurramos a la misa en homenaje del día del trabajador, que celebrará en la catedral de Quilmes el Monseñor Novak, el día 1° de Mayo a las 20 hs. Cita de honor para los trabajadores de la zona. Invita C.G.T. Regional Quilmes (ex CUTA).¹⁵⁶

Novak organizó un eficaz entramado en cuyo vértice superior se ubicaba *la palabra* del obispo. Empezó una febril actividad redactora: escribió cientos de circulares cada año que abordaban variados problemas sociales y éticos, editó revistas periódicas y comunicados, participó en entrevistas en la prensa gráfica local y en emisiones radiales, con el claro objetivo de alcanzar resonancia entre sus fieles y en la sociedad civil local. Conformó, con presbíteros y laicos comprometidos, un cuerpo de fieles colaboradores, organizándolos en consejos y comisiones, estimulando su organización e involucramiento en la vida parroquial. La movilización permanente y la circulación de la persona del obispo serían las constantes de este

156 Volante CGT Quilmes, 1980.

repertorio de acciones basado en un criterio de modulación que tenía por efecto consagrar las fronteras y los segmentos de la nueva jurisdicción religiosa e identificarlas con la personalidad de su prelado. A diferencia de los años sesenta, cuando el obispo compartía el protagonismo con un cuerpo de sacerdotes que actuaba como un movimiento de clérigos con importantes grados de autonomía, la figura del obispo se volvió descollante y la presencia autónoma de los sacerdotes se redujo comparablemente. Pero esos clérigos no dejaron de existir, ni de participar, solo que ahora ya no lo hacían como un movimiento sacerdotal autónomo. Recentrados en su tarea parroquial, encontraron un marco propicio para acompañar y estimular la movilización colectiva que se combinaba con repertorios de acción fecundados por formas litúrgicas tradicionales. Misas, peregrinaciones, ayunos, vigiliias, vía crucis, pasaron a conformar un nuevo repertorio de acciones colectivas locales.

En poco tiempo, Novak se convirtió en un personaje público de fácil acceso para los vecinos de Berazategui, Florencio Varela y Quilmes, con presencia continua en muchos barrios populares, en sus fiestas patronales, peregrinaciones y misas. Las actividades del obispado se volvieron masivas, hasta organizar actos con miles de participantes, como fueron los casos de la creación del Santuario de la Virgen de Itatí o las misas *Por la Paz*. A partir de 1976, pequeños grupos de familiares de desaparecidos y presos políticos, así como comisiones de trabajadores despedidos y de ocupantes de terrenos, empezaron a acercarse al obispo o a algunos curas párrocos para solicitar su asistencia o intermediación, inaugurando una tradición que se institucionalizó con el paso del tiempo. Durante la dictadura, el obispado fue una de las pocas estructuras institucionales que podía amparar reclamos, siempre en el marco de la mediación o la representación episcopal frente a las necesidades del pueblo cristiano. Así lo prefería presentar el propio Novak: “Cada grupo que transponía los umbrales de mi oficina me comunicaba, a modo de ósmosis misteriosa, su carga de dolor y de angustia, reclamando comprensión, solidaridad y acción consecuente” (Novak, 2006: 189).

Todo esto ocurría bajo un régimen que, entre otras cosas, había prohibido por ley la realización de reuniones públicas, pero

no las celebraciones religiosas. El argumento recurrente de Novak frente a los intentos de prohibirlas será siempre el del ejercicio de la libertad religiosa. Argumento que, en determinadas coyunturas, no tendrá el crédito de las autoridades.¹⁵⁷ A medida que en los últimos años de la dictadura se fuera abriendo un espacio público nacional que tematizaba la violación a los derechos humanos y los desaparecidos, situación a la que contribuiría la trabajosa construcción de un contra público minoritario, pero muy activo en la diócesis de Quilmes, Novak se convertiría en una personalidad identificada con la lucha por los derechos humanos a nivel nacional e internacional.

La diócesis de Quilmes, paulatinamente, se configuró como un entramado de líderes comunitarios y grupos sociales afectados por las políticas de la dictadura. En muchas ocasiones, los propios curas párrocos, cuyo vértice o paraguas era el obispo, conformaban una urdimbre a través de la cual se entretrejan las tramas de la acción colectiva popular. Si por un lado, desde el punto de vista externo – reflejado, por ejemplo, en la mirada de los servicios de información de la Policía–, esa trama era habilitada por aquellos liderazgos y se configuraba como un escenario donde se desarrollaban múltiples formas de acción colectiva popular con diferentes grados de desafío, por otro lado, vista desde su constitución interna, podían entrecruzarse las variaciones y las tensiones dinámicas de un escenario ocupado por diversos actores y lógicas de acción y desafío. Una de esas variaciones podría situarse en las diferentes modalidades y sentidos que le imprimían algunos sacerdotes más inclinados a comprometerse directamente con las demandas de sus comunidades de referencia y las estrategias institucionales llevadas adelante por el obispo, en el marco de la producción social de su diócesis. En esta difícil coyuntura, los curas tendrían su oportunidad de configurarse como un clero popular, foco en el que pondrían su atención los servicios de inteligencia de la Policía bonaerense.

157 CPM-FONDO DIPPBA-DCDRyA, Mesa Referencia, Legajo 17913, “Solicitud de permiso: Jornada Mundial de La Paz. Requiere Obispo de Quilmes Jorge Novak, 27 de diciembre de 1980”.

¿Quién asiste a las ceremonias?

La Semana Santa de 1981 comenzó muy vigilada. El jueves 16 de abril, un informante policial, con la “cobertura que requiere el caso”, relataba a su superior los sucesos de la misa celebrada en la catedral:

... celebrada con todo el clero diocesano, una asistencia aproximada de 300 personas [...] posterior al Evangelio, Mons. Novak pronunció una homilía manifestando la situación apremiante que atraviesan muchos hermanos nuestros, precisamente en los días de esta semana, se refleja en la justicia de la opinión que como Sacerdotes conocemos esta situación, por constatación directa, porque entramos a los hogares de nuestros hermanos, donde la angustia se hace cada día lacerante, la conocemos porque privados de todo apoyo, esos hermanos nuestros, golpean en la Casa Parroquial, en el Obispado, como lo hacen desde hace tanto tiempo.¹⁵⁸

El Viernes Santo fue sin duda el día de mayor actividad. En ciertas esquinas estratégicas del centro de la ciudad aparecieron, por la madrugada, furtivas “pintadas de la BDT Montoneros”.¹⁵⁹ A la tarde, una procesión de unas mil personas, que marchó a lo largo de veinte cuadras, desde la iglesia Nuestra Señora de Luján (administrada por el párroco Luis Farinello) hasta la catedral, fue a su vez una manifestación por los despidos, cierres de fábricas y los desaparecidos.

... siendo las 19.25 hs, se inició la procesión, partiendo desde la Parroquia Nuestra Señora de Luján, con ubicación en la calle Primera Junta y Lavalle de la localidad de Quilmes, tomando como itinerario la calle Lavalle hasta Rivadavia, llegando a la

158 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa De, Factor Religioso, Legajo 18073. Asunto: Inf. S/ Misa oficiada por Mons. Jorge Novak., p. 2.

159 La policía, siguiendo los manuales de inteligencia militar, había pasado a nominar a las organizaciones revolucionarias, como en el caso de Montoneros, como “Banda Delincuente Terrorista” (BDT).

Iglesia Catedral, Parroquia de “LA INMACULADA CONCEPCIÓN”, sito en calle Rivadavia Nro. 365 de la Ciudad de Quilmes; en el transcurso de la misma se encontraba ubicado en el centro de la columna de feligreses, un vehículo marca Ford Falcon, con dos altoparlantes, que era ocupado por cuatro personas (uno fem.), convocando a la unión de los trabajadores y a luchar sin violencia para la reivindicación de los derechos caídos durante los últimos cinco años, hablaron de “la pobreza y la miseria en la que están sumidos los trabajadores como consecuencia del cierre de fábricas”, “Que Nuestro Señor Jesucristo luchó y que no fue rico, sino un humilde carpintero, como podría ser un hijo de una correntina o una chaqueña nacido en la pobreza”.¹⁶⁰

Como era habitual en las procesiones, la encabezaba una imagen de Jesús portada por un grupo de personas y una cruz de madera iluminada por un reflector. Pero lo que llamaba la atención era cómo la peregrinación iba construyendo un lugar practicado. Multiplicando sus referencias, pasaba de lo religioso a lo social, de lo social a lo político. El número, la presencia de ciertos actores caracterizados por sus rasgos sociales, la disposición de los manifestantes, las diversas consignas, el recorrido efectuado, la actitud durante el recorrido y las prendas que vestían animaban el espacio urbano y activaban una crítica que lo reconstituía como lugar ganado para lo público, tomando de la práctica ritual religiosa y sus modos procesionales la fuerza, legitimidad y fuente inspiradora (Mombello, 2003). En estos desplazamientos y recorridos, emerge una red social que cargaba de nuevos sentidos el lugar.

La peregrinación se inició con la Imagen de Nuestro Señor Jesucristo, llevado por un grupo de gente; en el centro de la columna, portaban una cruz que era iluminada por un reflector y atrás de ella el Mons. Jorge Novak, quien estaba acompañado por un grupo de gente que cerraba un cordón tomados de la

160 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa De, Factor Religioso, Legajo 18073. Asunto: inf. S/ Acción Litúrgica Recordando la Pasión y Muerte del Señor, Acompañada por el Mons. Novak, pp. 5-6.

mano e identificados con brazalete que era una cinta argentina, entonando cánticos religiosos, plegarias y oraciones, invocando en todo momento la protección de Dios para los desocupados y las madres de los desaparecidos, las que eran identificadas con un pañuelo blanco sobre la cabeza, más atrás llevaban un estandarte que decía “BERNAMETAL: Queremos cobrar”, de una dimensión aproximada de dos metros por un metro, de fondo blanco y letras rojas, el portavoz de la procesión, habló también “Que tanto el imperialismo como el marxismo, eran formas totalitarias, que el medio de vida no era acorde, con la vida cristiana”, “Que había que luchar por el desarme y por la Paz y la no violencia, por la comprensión y el amor”.¹⁶¹

La descripción detallada de los acontecimientos no terminaba en la calle, requería además de una selección de citas tomadas de la homilía que Novak brindó esa noche en la catedral para completar el tejido de significaciones que podía descifrar el enigma de una realidad emergente y puesta de manifiesto en el espacio urbano.

La referida peregrinación, arribó a la iglesia a las 21.30 hs, donde el Mons. Novak, tomó la palabra en el púlpito e “insto a la lucha y que se debía tomar como ejemplo el caso de Polonia y del dirigente sindical LESS WALLESA (sic), quien con el apoyo del Papa logró un triunfo rotundo para los trabajadores, rompiendo así con el esquema implantado que va contra los principios de Dios, por la opresión que se ejerce sobre los trabajadores, y que en esa revuelta al morir un trabajador, él adopta a sus tres hijos como suyos y les da el apellido, ejemplos dignos de imitar”; en dos oportunidades, al principio y al final se refirió a los “perdidos y desaparecidos, que no sabemos dónde estarán”. Habló de las “autoridades que tienen el don de gobernar, lo que no saben de la miseria y la indigencia en que viven los pobres”, luego dijo que él y el Papa van a volcar todo el esfuerzo hacia los pobres, “Que pocos tienen mucho y que los muchos no tienen nada”.

161 Ídem.

Expresiones similares utilizó la mujer que viajaba dentro del vehículo cuando se dirigía a la feligresía.

Como dato ilustrativo, los dirigentes de la citada peregrinación tomaron la táctica de detenerse, en cada pasaje, pasando las bocacalles donde cortaban el tránsito transversal y mediante la palabra, se convocaba a sumarse a la columna, la que alcanzó a sumar un millar de personas aproximadamente.

Siendo las 21,45 hs, finalizó el acto religioso, desconcentrándose todos los concurrentes con absoluta normalidad.

17 de abril de 1981.¹⁶²

En la madrugada anterior a la procesión, las paredes hablaron. El director de seguridad envió al director general de Inteligencia un parte en el que explicaba el procedimiento para evitar que las consignas pintadas en las calles se encontraran con la procesión y completaran así un mensaje que resultaba indeseable para las autoridades. No se trataba solo de descifrar, sino también de evitar la constitución de ciertos mensajes en el espacio urbano.

Llevo a su conocimiento, que en la víspera en horas muy tempranas aparecieron inscripciones murales de carácter subversivo, las mismas fueron pintadas en distintas fachadas de la Zona de Quilmes, cuya leyenda y ubicación exacta se describe a continuación:

- 1- Calle Lavalle y Garay “CONTRA LA TIRANÍA MILITAR”.
- 2- Calle Lavalle y Solís “CONTRA LA DESOCUPACIÓN Y DESPIDOS”.
- 3- Calle Lavalle y Brandsen “CONTRA LA TIRANÍA MILITAR”.
- 4- Calle Lavalle y 25 de Mayo “EN CADA FÁBRICA UNA COMISIÓN DE MOVILIZACIÓN EN DEFENSA DE LAS FUENTES DE TRABAJO”.
- 5- Calle Moreno N° 816 entre las calles Olavarría y 25 de Mayo “LLEVEMOS LOS CONFLICTOS DE LAS FÁBRICAS A LAS CALLE”.

162 Ídem.

6- Calle Moreno y Matienzo “CONTRA EL DESPIDO Y SUSPENSIONES- MOVILIZACIÓN”.

Cabe señalar que en los lugares en donde se efectuaron las mencionadas pintadas era el itinerario previsto para el paso de la Peregrinación, ante tal circunstancia de inmediato se montó un operativo de “blanqueo” que abarcó la totalidad de las leyendas, y a cuyo término se ejerció un estricto control a fin de evitar su repetición. Finalmente, ninguna de las inscripciones estaban visibles cuando pasó por allí la procesión. Todas las inscripciones murales fueron rubricadas al pie por “MOVIMIENTO PERONISTA MONTONERO”.

Abril 18, de 1981.¹⁶³

Reunidas esas dos informaciones en un mismo documento, el agente encargado ya podía disponerse a realizar una *apreciación* y una valoración de su *probable evolución*. El analista del servicio conectaba todos los hechos acaecidos, entretejiendo una trama que estabilizaba una lectura paranoide que anticipaba un temido conflicto, en una coyuntura poco favorable para el gobierno militar. Las acciones y los discursos de Novak y su feligresía no eran evaluados como efecto de una planificación conspiradora, sino como una actitud que propiciaba el conflicto, que a la manera de un catalizador producía un efecto de *aglutinación* de elementos dispersos en el territorio predisuesto a la crítica contra la autoridad.

APRECIACIÓN

Lo acontecido en la ciudad de Quilmes es una nueva demostración del desborde que producen algunos religiosos cuando asumen la representación de la Iglesia en actos u oficios que cuentan con un número interesante de feligreses, como el caso que nos ocupa.

En efecto, durante el transcurso de la procesión, tanto a través de los altos parlantes como las propias palabras del Obispo de la Diócesis de Quilmes Monseñor Novak, se dejó traslucir claramente un decidido apartamiento del sentido religioso de la misma, para entrar abiertamente en el terreno político, caracte-

163 *Ibidem*. Asunto: “Producir informe sobre pintadas en la ciudad de Quilmes”, p. 10.

rística que es reiterativa en todos los acontecimientos públicos en que toma parte dicho sacerdote.

Asimismo, con relación a la propaganda mural efectuada por la BDT-Montoneros en las calles de la ciudad, es particularmente llamativa la coincidencia con el itinerario de la procesión y las leyendas con las expresiones que se vertieron en la misma.

En ese sentido cabe señalar que la ciudad de Quilmes es el actual epicentro del accionar de la BDT-Montoneros, que se efectiviza en volanteadas y pintadas con las premisas ya conocidas; interferencias en los medios de comunicación masiva (Radio y Televisión) con la propalación de consignas a través de la denominada “Radio Liberación” y por supuesto, la agitación en los medios laborales de la zona.

PROBABLE EVOLUCIÓN

Se estima al respecto, que si el citado Obispo continúa desarrollando libremente este tipo de actividad, en el lugar de referencia se irán aglutinando elementos que aprovecharán ese tipo de concepción política, y ello consecuentemente, traerá resultados negativos que se trasuntarán en el acrecentamiento del malestar del sector obrero para con el actual proceso de reorganización nacional.

Sumado a ello la posible conexión con grupos de izquierda de distintos puntos del “Gran Buenos Aires”, estaría creando un “área conflictiva” de singular importancia que merece una adecuada atención para la adopción de medidas que puedan contrarrestar este tipo de actividad en forma efectiva.

ORIGEN: PROPIOS MEDIOS

VALORACION: A-1.¹⁶⁴

Protestas solo de papel

Desde 1979, cuando la diócesis había celebrado una misa pública en la plaza central con objeto de invocar la paz frente al conflicto

164 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa De, Factor Religioso, Legajo 18073, Documento Reservado. Asunto: “Acción Litúrgica Recordando la Pasión y Muerte del Señor Presidida por Monseñor Novak, en Quilmes”, pp. 1-3.

del Beagle, los agentes no habían cesado en su interés por observar, almacenar, clasificar y analizar información sobre los acontecimientos públicos generados por actores vinculados de algún modo a la diócesis. Cientos de hojas mecanografiadas, recortes periodísticos, fotografías, publicaciones locales, volantes y folletos fueron llenando los bibliógrafos de *Factor Religioso* de la Dirección de Inteligencia de la Policía Bonaerense. El apellido Novak fue ganando preferencias a la hora de titular los legajos: *Procesión de Semana Santa en la diócesis de Novak*, *Misas con Madres de Subversivos oficiadas por Novak*, *Huelga de hambre de trabajadores de fábrica SERMA apoyada por la diócesis de Quilmes*, *Sínodo en Obispado-Novak-Quilmes*, *Probable evolución de los acontecimientos sucedidos en la Diócesis de Quilmes*, *Ollas populares en parroquias de Quilmes* y *Florencio Varela-Obispo Novak* son solo algunos de los títulos que poblaban los anaqueles policiales. La activación permanente de procesos de búsqueda por acontecimientos que habían “llegado a conocimiento de esta dirección” se traducían en una acumulación creciente de papeles. Algunas de esas investigaciones requerían de un celo especial por parte del delegado de Inteligencia local, que redundaba en una obsesiva recopilación de informaciones, un cuidadoso análisis y un proceso sucesivo de corrección hasta que todas las piezas quedaran más o menos encajadas en una hipótesis.

En la galería de expedientes policiales, encontramos una extraña criatura. Un legajo de sesenta fojas, que fue enviado a la secretaría privada de la Presidencia, sobre una manifestación callejera que nunca ocurrió. En primera instancia, se podría objetar el valor de semejante documento; sin embargo, el celo mismo invertido por los funcionarios policiales en su confección y el circuito que recorrió nos da un indicio revelador del interés que despertaba entre las autoridades la información sobre lo que pasaba, podía pasar o había pasado con respecto a las concentraciones de personas en la zona sur.

Michel Offerlé (2005) sostiene que las manifestaciones tienen una doble vida, en la calle y en el papel. El sociólogo francés se refiere a la función de la prensa en la configuración de la protesta pública, pero estas concentraciones colectivas en las calles del Gran

Buenos Aires tenían, a su vez, una doble vida en el papel, ya que además de ser materia del oficio periodístico lo eran de la escritura policial. Sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que primero fueron abordadas por la escritura policial y luego fueron nutriendo las noticias periodísticas que proliferaron en la prensa de la época. Una textualidad que, sin dejar de ser un proceso burocrático con sus reglas específicas, consistía en una serie de reescrituras sucesivas hasta que finalmente la manifestación era modelada para ser analizada e interpretada como una amenaza al Proceso de Reorganización Nacional. Al final de su recorrido en el papel, las misas, los ayunos, los vía crucis, las procesiones y las peregrinaciones se convertían en manifestaciones que “creaban un clima de desazón, enfrentamiento y crítica permanente, ayudando a desmejorar la imagen de la gestión del gobierno nacional”.¹⁶⁵ Traducidos y relacionados en la narrativa policial, todos estos acontecimientos formaban parte de una sucesión de coyunturas que sin ser una transición declarada oficialmente, preparaban de modo oficioso y practicado un espacio público local, antes que la democracia fuera un horizonte claro para los actores de la época.

La policía tenía sus propias formas conceptuales para describirlas, analizarlas y pretender anticiparlas. No se limitó a observar, sino que también operó en el terreno con acciones sutiles que permitieran contrarrestar el activismo que florecía bajo el cobijo de la diócesis y su obispo. Si borrar las pintadas había sido un elemento de ese repertorio, otro se sumaría a la hora de obstaculizar la realización de eventos masivos con excusas de todo tipo. A juzgar por el tipo de acciones: observar, fotografiar, informar, vigilar, analizar, valorar, obstaculizar, borrar, moderar, parecen indicios de cierto cambio de los agentes estatales con respecto a las manifestaciones públicas de los que se hubiera esperado intervenciones más brutales o represivas. ¿Ellos también percibían que las circunstancias habían cambiado? ¿Que ya no sería posible ejercer sus prácticas represivas con total cobertura e impunidad? ¿Indicaban estas prácticas un pau-

165 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa Referencia, Legajo 17936, “Olla popular en la localidad de Bosques”, 13 de octubre de 1981, p. 119.

latino retiro de la escena de las formas más brutales de la represión? ¿El modo en que se presentaban las concentraciones colectivas, misas, oraciones, peregrinaciones, ayunos, representaba una dificultad para el encuadre policial acostumbrado a calificarlas rápidamente como amenazas al orden público?

El juego diplomático de Novak les exigía un esfuerzo adicional. Un extendido forcejeo por el uso de determinados sitios del espacio urbano se había establecido entre el obispo y las autoridades policiales desde que aquel se había negado a realizar la ceremonia de celebración del 24 de marzo de 1980 en conmemoración del aniversario del Proceso de Reorganización Nacional. El acto *cívico-militar* que reuniría en la plaza San Martín a efectivos de la Fuerza Área, fuerzas de seguridad, autoridades municipales, eclesiásticas, educacionales y organizaciones de bien público había sido desplazado a una misa de *Acción de Gracias* y una lectura del mensaje de la Junta Militar en la catedral debido a las inclemencias del tiempo, por disposición del comandante de brigada. El cura párroco fue el encargado de transmitir al enviado militar “que el obispo no autorizaba a realizar la ceremonia dentro del templo por tratarse de un acto político”. Esa negativa quedó registrada en los expedientes policiales y, al mismo tiempo, nutrió la consideración adversa del jefe de Inteligencia. Mientras la policía llevaba registro de las actividades del clero diocesano, este raro expediente sobre un acto de oración que jamás se hizo tiene el encanto de mostrarnos cómo se daba en sordina una lucha por el uso del espacio.

Cuando en el mes de diciembre de ese mismo año Novak le solicitó el uso de la plaza San Martín para realizar una *Oración por la Paz* en el marco de la mediación por el conflicto del Beagle del enviado papal, cardenal Samoré, el jefe policial se lo denegó, en conocimiento de que estos actos eran “aprovechados por las madres de delincuentes subversivos para mostrarse en público con su pañuelo blanco y de que no todos los habitantes del distrito vivían a luz del evangelio”.¹⁶⁶ Así comenzó un interesante intercambio de cartas en

166 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa Referencia, Legajo 2380045, Presidencia de la Nación (Secretaría Privada), Ministerio del Interior, “Prohibición de Oración en Lugar Público de Quilmes”, pp. 8-11.

el que se disputaban el sentido de una actividad pública que, finalmente, nunca tendría lugar en la calle, pero dejó las huellas de su recorrido burocrático en el papel.

No todos viven a la luz

Al recibir la negativa por parte de dos agentes policiales que se acercaron a la catedral a comunicárselo directamente, Novak no dejó pasar la ocasión para expresar su malestar. En una extendida misiva enviada al presidente de la Nación, Jorge Rafael Videla, con copia a la Nunciatura y al Papa, Novak daba cuenta de una dedicada retórica para defender su solicitud y forzar a las autoridades policiales a asumir una posición defensiva, obligándolos a argumentar no solo ante él, sino ante el requerimiento de la Presidencia que podía presumir en ciernes algún tipo de conflicto diplomático con el Vaticano. Allí también se daba la batalla por el sentido de estos actos y el uso del espacio, arriesgando al filo de la interpretación.

En su carta dirigida a Videla, Novak le transmitía “como Obispo Católico, mi extrañeza por la prohibición de un acto religioso diocesano que habíamos programado en la plaza principal de Quilmes, rechazando con energía toda interpretación del acto religioso como si en él se persiguieran segundas intenciones políticas o peligrosas para la seguridad pública”¹⁶⁷ y le recordaba que, en el acuerdo de 1966 entre la Argentina y la Santa Sede, se había establecido el libre y público ejercicio del culto católico. Que subrayara esta última frase nos indica hacia dónde quería dirigir la atención de los interpelados. Esta carta motivó un largo y cuidadoso descargo del jefe de Policía dirigido al ministro de Gobierno de la Nación, basado en una “exhaustiva evaluación de indicios que aconsejaron ese temperamento”.¹⁶⁸ Un carrusel de argumentos que nos revela el pensamiento policial sobre la situación histórica del territorio en el sur del Gran Buenos Aires al iniciar la década del ochenta.

167 *Ibidem*, p. 7.

168 *Ibidem*, p. 8.

En la evaluación, se tuvo en consideración las características del lugar sugerido, una zona céntrica por excelencia, punto de convergencia obligado de la ciudadanía por su importancia comercial, incrementada sensiblemente a esa fecha por la cercanía de las Fiestas de Fin de Año y la consecuente ampliación de los horarios comerciales que se superponían con los lugares de diversión nocturna, por lo que resultaba inevitable una concentración por demás heterogénea.

Esa peculiaridad, unida al momento en que la propuesta de la Santa Sede sobre el conflicto austral era objeto de análisis por parte de las autoridades nacionales y polo de atención especial de la prensa y público en general, fortaleció la opinión de alguna forma de eclosión imprevisible.

Indicios recogidos posteriormente por los servicios de inteligencia, daban pautas que la asamblea convocada podría ser aprovechada para ocasionar un enfrentamiento entre elementos en pro y en contra de la mediación, como también la eventual intromisión de elementos disolventes con intenciones de promover y/o capitalizar cualquier forma de alteración del orden.

No es una circunstancia desconocida, que los sectores de mayores problemas sociales se localizan en aquellos lugares de mayor concentración demográfica. En nuestro país, a la luz del último registro censal, surgió que casi la mitad de la población se nuclea en la Capital Federal y zona del Gran Buenos Aires.

En el caso particular de la ciudad de Quilmes, esta situación es perfectamente conocida por Monseñor Novak, ya que en su carta pastoral sobre Cuaresma de marzo de 1980 señala que: "En la Argentina y en la misma diócesis de Quilmes, el panorama es descorazonador". Denuncia "una situación socio-económica que se ha ido agudizando con drástica intensidad, con un futuro peor que el actual, problemas de vivienda, sanidad"; hace también mención a la legislación laboral a la que acusa de "haber hecho entrar en los últimos meses en un estado de ansiedad a masas enteras y que queda por resolver aun el problema de los desaparecidos..." Denuncia asimismo, los elementos generadores de estas situaciones mencionando "el materialismo

individualista, con su mismo deterioro de los valores familiares básicos, deterioro de la honradez pública y privada, las frustraciones, el hedonismo que impulsa los vicios, al juego, la droga, el alcoholismo, el desenfreno sexual”.

Todos estos factores negativos y latentes, que es preocupación permanente erradicar por parte de las autoridades, también fueron tenidos en cuenta para la apreciación, pues no todos viven a la luz del Evangelio, por el contrario, tratan de subvertir sus valores para poder seguir teniendo el campo fértil del caos y la destrucción que puedan servir a sus intereses.

Nuestro país tuvo su triste experiencia en épocas recientes, y lucha permanentemente con todas las posibilidades para que no se vuelvan a repetir etapas que están en conflicto con su formación moral, familiar y cristiana, bases fundamentales para su consolidación de pueblo que quiere vivir a la luz del ejemplo de Cristo. La detección de que elementos disolventes podrían capitalizar la reunión para alterar el sentido de la misma, la circunstancia de tratarse de una semana con dos festividades tradicionales y clásicas del espíritu, el lugar de reunión (plaza pública), el horario (21.00 a 24.00 horas) donde el delito se mueve más cómodamente, hicieron que en la apreciación final primara la responsabilidad del Estado provincial a través de su fuerza policial como medio de ejecución para emitir la denegatoria.

La Plata, 25 de febrero de 1981.¹⁶⁹

Los argumentos sobre lo que habría podido ocurrir en caso de permitir la realización de una oración por la paz en un lugar público son una puerta de acceso a la imaginación policial sobre el territorio. Prohibir, exigía argumentar más y mejor, sobre todo frente a un requerimiento desde la cúspide. Nada de esto figura en el expediente original de la prohibición, en el que simplemente se detalla un croquis del lugar donde se haría el evento y se aconseja no permitirlo, recurriendo al antecedente de la actitud hostil del obispo frente al requerimiento de utilizar la catedral para leer el mensaje de la Junta Militar. Son, sin duda, razones *ex post* y *ad hoc*, pero

169 *Ibidem*, pp. 8-11.

tienen la cualidad de condensar una serie de saberes policiales sobre el territorio para justificar frente a las autoridades superiores una decisión jurisdiccional. Tanto, que el jefe policial se sintió obligado a aclarar lo obvio: los parques, calles, plazas y demás espacios públicos no eran ámbitos de jurisdicción eclesiástica, sino estrictamente policial. Pero tampoco se privaba de ingresar en el terreno del espíritu al disputar la interpretación de los dichos del obispo, utilizándolos en su contra y ubicándose como guardián de la luz de los hijos del evangelio. Servicial y deferente con sus superiores, podía arrojar por elevación su contraataque “lamentando que el Obispo pudiera suponer que hubiera otras razones distintas a las de estricta seguridad”.¹⁷⁰

¿Se toma el acto religioso con sentido político?

La Oración por la Paz no fue lo único que las autoridades policiales intentaron prohibir, aunque a medida que se iban suscitando los acontecimientos en el ámbito nacional y estos se iban enhebrando con los locales, lo que generaba una escala de tiempo simultánea que producía un escenario actual y actuante, las directivas policiales fueron perdiendo su eficacia y los actores fueron aprendiendo cómo eludirlas.¹⁷¹

Los sectores movilizados a escala local hacían un doble trabajo: por un lado, planificaban sus performances para hacerlas resonar y construir un nexo con otras que tenían alcance o visibilidad nacional; por otro, modificaban algunos trayectos de sus recorridos para sortear los obstáculos que les interponían las autoridades. El 14 de julio de 1981, varios sacerdotes y laicos le solicitaron a Novak la realización de una *Marcha del Hambre*, también denominada *Marcha del Pan, la Paz y el Trabajo*, en clara referencia a la movilización a la iglesia de San Cayetano de Liniers que habían organizado la

170 *Ibidem*, p. 12.

171 El concepto de escalas de tiempo simultáneas intenta definir la confluencia de tiempos producidos por agentes de diverso alcance en el lugar, configurando un escenario actual y actuante, como un tejido complejo de materialidades, acciones y organizaciones que se insertan en sistemas contemporáneos, pero que actúan en escalas diferentes (Santos, 1990).

CGT comandada por Saúl Ubaldini junto con monseñor Buffano, encargado de la pastoral social y embarcado en la tarea de tender lazos entre la Iglesia y el sindicalismo. La policía prohibió este acto público esgrimiendo nuevamente la ley de seguridad. A pesar de la interdicción, el domingo 30 de agosto la marcha se planeó bajo el ropaje de una procesión de apenas unas cuadas de duración, que uniría el santuario de Nuestra Señora de Lourdes en Quilmes Oeste con la parroquia de San Cayetano. Novak se defendió arguyendo el ejercicio de la libertad religiosa. A la misa del mismo día, asistieron dirigentes gremiales que habían sido recientemente liberados.

La profundización de la crisis llevaba al episcopado de Quilmes a producir un hecho sin notorios antecedentes en la Argentina: la organización de una marcha del hambre para el domingo 30 de agosto. Apoyada por la delegación regional de la CGT de la zona, puesto que el hambre “ya empezó a manifestarse como una cruel y objetiva realidad”, que fue inmediatamente prohibida por el gobierno militar. Transformada entonces en acto religioso, reunió más de 4000 personas que cantaron, oraron y gritaron para reclamar pan y trabajo. El obispo Novak, después de señalar que había constatado personalmente el empeoramiento de la situación se preguntó si “podía alguien escandalizarse que se hable de hambre, cuando este flagelo social ya penetró en muchos hogares de la diócesis”. El obispo denunció enérgicamente el egoísmo frío e inhumano a que fuera llevada la sociedad, las situaciones de desigualdad, marcadas por la injusticia y el daño social, la explotación del trabajo y los múltiples abusos contra la dignidad del hombre.¹⁷²

La movilización de la Infantería y la policía montada para controlar la peregrinación se volvería una presencia habitual.

... veo el deber de expresar mi tristeza por el despliegue desusado de fuerzas de seguridad, incluso de policía montada. ¿Podría temerse de nuestras comunidades, aquejados por el subempleo o por el desempleo, con sus inevitables secuelas de enfermedad y

172 Revista *Argentina Hoy*, año 1, n° 7, 30 de septiembre de 1981.

hambre, otra actitud que la demostrada el domingo? [...] Considero igualmente un deber de obispo, reiterar mi asombro por la prohibición de la peregrinación, llamada marcha del hambre. Es una verdadera lesión a la libertad religiosa. Igual restricción a la libertad de la Iglesia se nos hizo sentir a fines del año pasado, cuando quisimos rezar en la Plaza San Martín de Quilmes por el éxito de la mediación del Papa. Mi denuncia es una advertencia tanto más seria cuanto en la misma plaza San Martín se han celebrado tres misas de campaña para la que no se me había pedido autorización. ¿Por qué la discriminación? ¿Se toma el acto religioso con sentido político?¹⁷³

Las movilizaciones y micromovilizaciones que se sucedieron a lo largo de 1981 no les dieron descanso a los servicios de inteligencia. Todo lo que pasaba se volvió objeto de una averiguación. Cada acontecimiento, por mínimo que fuera, interpretado bajo la luz de una sucesión, podía ser un indicio de la conformación de un área conflictiva. Se entiende, entonces, que investigar el origen de una heladera donada a un comedor parroquial que había abierto una olla popular para los despedidos de Peugeot resultara relevante y ameritara, como tantos otros acontecimientos, un expediente y una valoración que vinculara ese episodio con la creación de otras ollas populares en las parroquias de la periferia de Florencio Varela y Quilmes: “La repercusión del hecho debe ser considerada totalmente negativa, pues crea un clima de desazón, ayudando a desmejorar la imagen del PRN, en una zona que se halla influenciada por un clero con claros objetivos, tendiente al enfrentamiento y crítica permanente a la gestión del gobierno nacional”.¹⁷⁴

A su modo, y más allá de las etiquetas o los prejuicios, la inteligencia policial percibía cómo se iba conformando una trama de acontecimientos colectivos cuyos hilos se tejían intercalándose en una misma urdimbre y, en sus recorridos, conectaban distintas pa-

173 Novak Jorge, “Comentario sobre el acto diocesano de oración de San Cayetano”, 1 de septiembre de 1981, en De la Serna (2002).

174 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa Referencia, Legajo 17936, “Olla popular en la localidad de Bosques”, 13 de octubre de 1981, p. 119.

roquias periféricas con la catedral y hacían un uso cada vez más expansivo de los espacios urbanos abiertos. Pero la teoría policial no suponía que *el causante*, como solían escribir en su jerga, era el obispo por su propia intención, plan o ideología, sino porque este “se dejaba influir por el contexto”. En este punto, coincidían con Novak, que en numerosas ocasiones no dejó de afirmar que los sucesos colectivos de la diócesis eran el resultado de diferentes grupos que “lo abordaban y le solicitaban”, y él tenía la obligación “de escuchar y en todo caso acceder a su pedido” (De la Serna, 2002: 370). A su vez, vigilando los movimientos del obispo, la Policía provincial encontró el orillo a partir del cual colocar el oído y auscultar los desplazamientos de diferentes actores en el territorio para crear su propia versión del lugar que estos acontecimientos estaban produciendo.

Las procesiones y las manifestaciones tienen una característica en común: utilizan la presencia, la distribución y el movimiento de los cuerpos en el espacio urbano para dar un mensaje. Los organizadores, conscientes de este uso, suelen invertir mucho tiempo y cuidado en la planificación. ¿Quiénes encabezarán? ¿Portando qué imágenes? ¿Vistiendo qué ropa? ¿Desde dónde se partirá y hacia dónde se irá, pasando por qué puntos? ¿Cuál será el modo de interpelar a los espectadores o al ocasional público urbano? ¿Qué puntos sensibles de la ciudad o qué actitudes se evitarán para no provocar conflictos, o al revés, qué cosas se harán para que ese conflicto sobrevenga? Pero las manifestaciones se diferencian de las procesiones en la medida que las primeras suelen interpelar a un oponente, crear alguna especie de antagonismo, instalar una serie de demandas o utilizar la ciudad como un escenario donde se dramatiza el poder (Kaplan, 2003; Berger, 2016). Mientras que las procesiones utilizan el espacio urbano para escenificar la fe, confirmar a los creyentes y mostrar al resto de los ciudadanos la fuerza y la actualidad de esas creencias al marcar el espacio a través de los recorridos y la imágenes sagradas colocadas en sitios sacralizados, las manifestaciones

suelen tener adversarios declarados, consignas políticas, pancartas y cánticos en los que el binomio justicia-injusticia adopta su forma declaradamente urbana y los sitios se refuerzan como lugares de concentración, interpelación al poder y autocelebración de la multitud. Sin embargo, esta distinción es cierta en un nivel teórico, pero no se muestra tan precisa en la coyuntura histórica. Las celebraciones religiosas tuvieron a lo largo de la historia argentina un papel relevante en los procesos de politización y lucha política. Solo por mencionar dos, recordemos las peregrinaciones masivas del Corpus Christi en los años veinte y treinta (Lida, 2011) y las peregrinaciones a la basílica de Luján de los curas y villeros reclamando el fin de las erradicaciones, a fines de los años sesenta.¹⁷⁵ Del mismo modo que las manifestaciones laicas también han sido un modo de afirmar creencias y tradiciones en la lucha política: las celebraciones del 1° de Mayo (Viguera, 1991) o el 17 de Octubre (Plotkin, 1997). En su estudio comparativo entre las peregrinaciones de la Virgen de la Merced y los desfiles de las izquierdas en la Barcelona republicana, Thema Kaplan (2003) dice con ironía y vena durkheimniana, que incluso los ateos aman las procesiones, porque los sentimientos que provocan son difíciles de sustituir por otras experiencias colectivas.

La ambigüedad y la mutación del sentido de las multitudes moviéndose en la calle, aunque sean apenas unas centenas de personas, es una dimensión intrínseca de la ciudad contemporánea como lo es el flujo de automóviles. La circulación de mercancías, el transporte automotor y la movilización de multitudes han sido fenómenos centrales en la remodelación de las ciudades capitalistas contemporáneas y la configuración de la sensibilidad de sus habitantes. Pero mientras los dos primeros son flujos más o menos continuos sujetos a una eventual planificación de un movimiento que se considera “individual”, el tercero constituye un flujo discontinuo, puntual, cuya irrupción hace al movimiento “colectivo” inesperado, disruptivo (Sennet, 2002: 273-400). Las procesiones y las manifestaciones como procesos simbólicos también tienen en común que su significado nunca queda totalmente transmitido a través de su contenido

175 CPM-Fondo DIPPBA-Div. Cen. AyF, Mesa Referencia, Legajo 10141, Tomo 2, “Peregrinación a Luján de distintas Villas Miserias”.

manifiesto. Que una procesión o una manifestación callejera sea contemplada o no como sediciosa tiene que ver con la situación política concreta del momento. Lo interesante de las concentraciones-peregrinaciones-procesiones-manifestaciones que se sucedieron en la zona sur desde 1979 es el modo en que se fue moldeando esa ambigüedad en un diálogo tenso con las autoridades políticas y policiales, y su efecto caleidoscópico sobre diferentes tipos de activismos. Podríamos sintetizarlo con una sola frase: lo hacían porque lo sabían, pero no podían decirlo. Esa imposibilidad de decir los condujo a interpretar los movimientos de los cuerpos en el espacio y las consignas vociferadas o escritas en pancartas y paredes como un texto que actores diversos escribían en la ciudad con mensajes múltiples y, para algunos, amenazantes, que exigían una interpretación recurrente de aquello que se gestaba “por detrás de”.

Todos los protagonistas de esta historia intuían cambios, pero desconocían la dirección precisa en que finalmente se desarrollarían. Los movimientos de esta militancia activada (o reactivada) por conflictos, a partir de situaciones locales, proveyeron, con sus prácticas de configuración de un espacio de protesta, el hilo con el que diversos actores tramaron sus propias versiones de lo que sucedía y, tan importante como eso, de lo que podría suceder, antes de que la crisis de la dictadura fuera claramente una crisis y de saber que se estaba transitando un camino hacia algo que luego se conocería como la democracia. Sin embargo, un saber propio de la experiencia que policías y manifestantes compartían indicaba que la política se hacía por otros medios, bajo otros lenguajes, de modo desplazado y con ciertas formas del disimulo, trazando siempre una diagonal o llegando por elevación al punto, nunca caminando de modo directo, jamás señalando de frente el objeto; dejando entrever, pero sin mostrar todas las cartas. Años de violencia y represión habían sido interiorizados en un espacio de experiencia donde lo que se sabía de los otros y de la propia vida trazaba un estrecho sendero por el que solo se podía caminar enfundado en las partículas elementales del lenguaje del mundo de la vida: la creencia, la necesidad, la desesperación, la empatía o la solidaridad. La Iglesia católica, con su calendario bordado de conmemoraciones, sus espacios sacros y

sus formas de movilización procesional de la feligresía, brindaba los elementos de un repertorio posible para manifestarse. Si tomáramos el punto de vista de estas acciones colectivas y les diéramos la importancia que les doy en este trabajo, nos quedarían algunas preguntas que no puedo responder, pero me interesa formular: ¿cuándo comenzó la transición a la democracia en la Argentina? ¿Qué significaba transición a la democracia *acá* (como experiencia situada y situacional)? ¿Qué actores, circunstancias, acontecimientos, espacios y escalas deberíamos tener en cuenta para atinar alguna respuesta a esa pregunta?

Capítulo 5. “Como nuevas Marías”

*Están vivas en esta lucha como confianza, coraje, humor, astucia y denuedo,
y surten efecto retroactivamente en la lejanía de los tiempos.
Walter Benjamin, Tesis sobre el concepto de historia*

Al día siguiente de iniciar el ayuno, apareció el padre Antonio Puigjané, se había enterado e inmediatamente pidió autorización a su Obispo para que le permitiera acompañarnos. En la foto está Puigjané, esta es Quita Chidichimo, ella falleció hace muy poquitos días, era la poetisa que teníamos ¡escribió tantos versos! Ella sí que estuvo desde el primer tiempo y hasta ahora, ella y el esposo venían siempre, el esposo había sido de la Marina. Esta es Laureana Ribelli, de aquí de La Plata, falleció hace seis o siete años. Esta es Hebe. Había una italiana, que tenía una hija desaparecida, que parecía mucho mayor que nosotros, que en un momento dado tuvo un alza de presión que los médicos le dijeron que tenía que retirarse y se negó terminantemente a irse. Porque a nosotras nos empezaron a controlar, un médico de Buenos Aires que era familiar o amigo de Marta Vázquez —que Marta no está en el Ayuno, sino que tenía a cargo la difusión— y, de acá de La Plata, el Dr. Triana, que también le preocupaba que yo tenía poca presión todos los días. Ahora el bajón enorme se produce el segundo día, más o menos, de estar así en ayuno, lo empezabas a notar. Yo eliminaba mucho líquido y a la noche

noté que estaba con baja presión. Pero no tuve otro inconveniente más que eso.

La llegada de Antonio nos cambió absolutamente el panorama, por la forma de organización que nos dio, no teníamos tiempo para pensar porque nos organizaba momentos de oración, momentos de conversación, momentos de canto, nos hacía equilibrar el día. Teníamos incluso humor. Cuando él llegó, Nora Cortiñas, que es muy chispeante, se enoja muy fácil, pero te hace reír con la misma facilidad, le dice: Ay Antonio, yo duermo en el altar mayor, porque soy el cordero de dios.¹⁷⁶

La voz es de Adelina Dematti de Alaye. Le indica a su entrevistadora los personajes presentes en una foto del *Ayuno* durante el mes de diciembre de 1981, en la catedral de Quilmes. Algunas de esas fotos fueron tomadas con la cámara de Adelina. Desde la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, en 1979, el artefacto la había acompañado en su cartera y con él había tomado fotografías a hurtadillas, “de puros culos” solía decir, ya que la mayoría de las imágenes de largas colas de espera y de rondas en la plaza están tomadas desde la altura de la cintura apenas por encima de la cartera. Al finalizar su relato, y como al pasar, deja caer parte de la picaresca que solía envolver de audacia las acciones directas de este grupo de madres.

176 Entrevista a Adelina Dematti de Alaye, 9 de marzo de 2011. Archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata. Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires Dr. Ricardo Levene.

Imagen 3. Madres de Plaza de Mayo en el ayuno de la catedral de Quilmes



Fuente: archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata. En el Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires Dr. Ricardo Levene.

Las jornadas de *Ayuno y Oración* en las vísperas de la Navidad de 1981 fueron organizadas de modo secreto por Nora de Cortiñas y Hebe de Bonafini. Las habían pensado como parte de la continuidad de las manifestaciones que comenzaron con la *Marcha de la Resistencia* del 10 de diciembre del mismo año. Esa marcha fue una inflexión en el formato de protesta del movimiento de derechos humanos (MDDHH), ya que implicó la transformación de una práctica espontánea de las madres y familiares de desaparecidos de reunirse en la plaza y moverse para evitar el acoso policial en cada ocasión, en una dimensión fundamental de su performance colectiva. Transformaba las rondas o las presencias en la Plaza de Mayo en algo más que una simple visibilización: las convertía en una manifestación cuyo formato de ocupación del espacio público

perdura hasta la actualidad. Así lo escribió emocionada Adelina en sus prolijas memorias del 26 de diciembre de 1981:

Jornada de resistencia de 24 hs (de las 15:30 del 10/12 a las 15:30 del 11/12) caminamos permanentemente y culminamos desfilando por medio de la Avenida de Mayo, desde la Plaza hasta la 9 de Julio, por primera vez fuimos aplaudidas, acompañadas en nuestro grito de libertad por todos y saludadas por las bocinas de los tacheros.¹⁷⁷

Es significativo que fuera un sonido, no una imagen, no un discurso, ¡las bocinas de los tacheros!, la marca de una nueva etapa en la relación entre el MDDHH y la sociedad civil. Adelina intuía que comenzaba algo nuevo, las rondas reconocidas por ese otro, representado nada más ni nada menos que por un mítico taxista porteño, terminaban de perfilarse como una manifestación. La historia de la Marcha de la Resistencia es conocida y ha quedado como hito en el calendario de movilizaciones del movimiento de derechos humanos. Sin embargo, la continuidad de estas acciones no lo es tanto, como si la memoria, no la de Adelina que les dedicó varias páginas escritas y numerosas fotografías, las hubieran ubicado en un margen, a la sombra de otros acontecimientos. Sin embargo, la planificación del Ayuno era la trama secreta que conectaba un acontecimiento con otro, en un desplazamiento que es objeto de nuestro interés.

El ayuno colectivo era una propuesta que nos estuvo rondando después de un tiempo de peticionar por todas partes, de hablar con todos los que pudiéramos. Tuvimos un intento en la Cruz Roja Internacional, habíamos tenido una cita, fuimos, estábamos así, de a dos dando vueltas por dentro de la Cruz Roja, y en un momento dado Hebe dice “nos tenemos que ir, no se puede, no se va a realizar”. Así que nos fuimos. Y después la Comisión había estado evaluando, buscando lugares, íbamos

177 “Memoria del Ayuno”, hoja escrita a mano y luego mecanografiada por Adelina, con fecha 26 de diciembre de 1981. Archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata.

intercambiando ideas. Y así se organizó la Primera Marcha de la Resistencia, del 10 de diciembre de 1981. Y mirá cómo intercalábamos las cosas familiares con... con la búsqueda también familiar, pero de otro (...) otro matiz tan dramático, la hija de Zulema y Doro Peña, una piba con bastante diferencia de años con sus dos hermanos mayores que ya estaban desaparecidos, se acababa de recibir de concertista de piano y daba el concierto, como todas las compañeras, en la Municipalidad de La Plata. Ahí íbamos. En la esquina de la calle 51 Hebe me estaba esperando y me dice vos sos una de las que va al Ayuno, el sábado tenés que estar a las seis de la tarde en la Plaza de Quilmes.¹⁷⁸

Además de haberse planificado juntos, ayuno y marcha compartían un mismo sentido: el sacrificio expresado en público a través de la entrega del cuerpo a un esfuerzo superior que agotaba todas sus energías hasta el límite de la subsistencia. Se trataba de desplazar los cuerpos al espacio urbano, agitarlos en un movimiento unificador y emplazarlos como un símbolo sufriente que otorgaba credibilidad al reclamo. La performance de la jornada, que dedicaba una gran cantidad de horas a sostener el reclamo con el propio esfuerzo físico, reunía las dos condiciones: hacer público el reclamo y, al mismo tiempo, hacerlo creíble por el inmenso esfuerzo personal que ponían sus protagonistas.

Cata Guagnini, que siempre nos corría con su experiencia política, me preguntó burlonamente qué quería decir para mí resistencia y yo le contesté: resistencia es resistir. Pero ¿qué es resistir?, insistió. Resistir es resistir, le retruqué. Y así con cada uno que venía, le decía: resistir es resistir. [...] Yo sabía que era una palabra fuerte, pero nosotras no le dábamos un sentido tan político, resaltábamos más el hecho de resistir, de aguantar, para que digan, mirá esas viejas lo que son capaces de hacer (Hebe Pastor de Bonafini, citada en Gorini Ulises, 2006: 479).

178 Entrevista a Adelina Dematti de Alaye, 9 de marzo de 2011. Archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata.

¿De dónde habían sido tomados estos sentidos? ¿Por qué una jornada de *Ayuno y Oración*, luego de una jornada de *Resistencia*? ¿Si esta última eran 24 de horas de caminata alrededor de la pirámide de Mayo, cuántos días debería durar el esfuerzo sin ingerir alimentos? ¿Por qué en una iglesia? ¿Por qué en Quilmes? Una mirada sobre los desplazamientos puede darnos algunas pistas.

Novak y la causa humanitaria

Aunque podemos encontrar numerosas menciones académicas, periodísticas y políticas con respecto al protagonismo de Novak en la causa humanitaria, preferimos entrar a esta cuestión desde un ángulo específico: la relación de Novak y sus colaboradores con las Madres de Plaza de Mayo. En cierta medida, esta relación nos ofrece una tonalidad diferente en cuanto al despliegue y las dinámicas de la acción colectiva enmarcada en la denuncia por la violación a los derechos humanos y, como veremos, echa luz sobre las especificidades que adquirió la acción en este escenario.

Desde los primeros contactos con madres y familiares de personas que habían sido secuestradas por grupos de tareas o permanecían como presos políticos en 1977, Novak depositó un cuidado especial en estas relaciones, dedicando horas de escucha, reuniones y meditando cada intervención pública que, en principio, siguió en el ámbito local una estrategia gradual, desde breves menciones en sus homilías, hasta llegar a pronunciamientos públicos más enfáticos y decididos. Por otra parte, estos pronunciamientos estaban vinculados con la estimulación de reuniones y movilizaciones fuertemente vinculadas a la liturgia religiosa, en los que buscaba reunir, cohesionar y hacer visibles a los familiares y sus reclamos. Novak se integró rápidamente al activismo humanitario como copresidente del Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos (MEDH), organizó en su diócesis una comisión de Paz y Justicia a la que se sumaron colaboradores religiosos y laicos, y trabó relaciones con otros actores que se fueron activando durante la dictadura. El encuentro con esas otras militancias implicó, en cierta manera, que las acciones

desarrolladas dentro de los límites de la diócesis se imbricaran en una gramática mayor de escala nacional e internacional. Y como veremos a lo largo de este capítulo, esa inserción que podía favorecer la recreación de nuevas filiações y la activación militante, no siempre resultó en una integración armónica de todos los actores que se iban involucrando en el compromiso por la causa de los derechos humanos. Impulsado por este activismo, se fue generando un tejido de relaciones, acontecimientos y procesos que no estuvo exento de tensiones mutuas entre lo que Novak consideraba su acción pastoral y lo que otros actores (y actrices) consideraban como una oportunidad de configurar un registro propio de denuncia contra las violaciones a los derechos humanos, y los distintos intentos por mantener en silencio la realidad de los hechos criminales y garantizar la impunidad de sus perpetradores. La imbricación entre las acciones de las redes de activistas por los derechos humanos y las actividades de la diócesis fueron muy acentuadas en los primeros años en los que coincidían, simultáneamente, la definición de un perfil pastoral para esa jurisdicción religiosa y la emergencia de una nueva forma de militancia frente a las consecuencias del terrorismo de Estado.

A lo largo de este capítulo, trataremos de mostrar que no fue “el vacío creado por la falta de instituciones mediadoras” el que abrió una oportunidad para que este fuera “llenado por las organizaciones de derechos humanos” (Navarro, 2001: 280). Por el contrario, existieron mecanismos mediadores y contextuales que ayudaron a la formación de una trama de activismo que, antes de distinguirse por su estructura organizativa, ganó consistencia por el repertorio de sus prácticas colectivas que orientaron sus recorridos y le dieron cohesión. Con esta mirada nos situaremos en los primeros años de gestación, entre 1977 y 1981, para observar la formación de un repertorio de prácticas y símbolos vinculados a la causa humanitaria con una impronta religiosa.

Para poder aportar claridad a esta exploración, trataremos de tomar distancia de las primeras hipótesis que postulaban el protagonismo de la Iglesia de Quilmes en la movilización de la causa de los derechos humanos, dados la “iluminación doctrinal” y el “carisma evangélico” de Jorge Novak (Mignone, 1996: 141). No nos pro-

ponemos confrontar con esta apreciación de Emilio Mignone, sino mirar hacia lugares, discursos y actores en una configuración social que vinculaba a grupos de afectados, activistas por los derechos humanos y actores institucionales de la Iglesia local en torno a un repertorio múltiple e híbrido de acciones que tenían como horizonte movilizar la figura de la “madre del desaparecido”.

Recorridos

La elección del concepto de *repertorio* para explorar la dinámica social y política que condujo a la formación de los grupos de activistas por los desaparecidos resulta útil en la medida que nos permite ver cómo los medios de acción utilizados fueron componiendo un conjunto dinámico que ligaba la improvisación circunstancial con las experiencias sociales y culturales preexistentes, se circunscribía a la interacción situacional y se recortaba según la coyuntura política transitada (Tilly, 2001; Offerlé, 2011: 93-114). Entre la solicitud de ayuda y el reconocimiento de “nuestro tremendo problema” frente a alguien que “ha sido sensible a nuestra tragedia”, modo en el que se enunciará y procesará la demanda en los primeros años del período, hasta el reclamo directo para pedir a la jerarquía católica que exija “no con prolijas declaraciones para estudiar sino con hechos, que ya mismo acabe este escandaloso crimen público”, en el ayuno de 1981, se desplegará un abanico de acciones que transitará del pedido individual o colectivo de ayuda, hasta el reclamo en la catedral de Quilmes, pasando por las primeras reuniones de familiares de desaparecidos en las iglesias, la realización de oficios religiosos en las parroquias barriales sobre los desaparecidos, vigiliias con las madres de desaparecidos y marchas por la vida y la paz.

A veces se subsume el rico repertorio de acción desplegado a su forma más espectacular y pública, es decir, a las reuniones y las posteriores rondas en la Plaza de Mayo: “La persistencia de las rondas era la única confirmación de su existencia como entidad colectiva, como comunidad afectivamente cimentada”, sostiene Silvia Sigal (2006: 332). Pero centralidad no es lo mismo que exclusividad. El

carácter constitutivo y disruptivo de esta acción no puede negarse, pero carece de sentido tomarla como el elemento configurador único y exclusivo, como “única confirmación”. La metáfora *de la casa a la plaza* es potente, pero como toda metáfora incurre en una simplificación, en la medida que oculta toda la serie de mediaciones sociales y simbólicas que se ubican *entre* el hogar y la plaza.

En el movimiento de derechos humanos existía una diferencia visible en las formas de acción colectiva de sus diversos actores. Las organizaciones de *no afectados* buscaban aprovechar los resquicios que dejaba el aparato político jurídico de la dictadura, mientras que otros grupos de *afectados*, sobre todo las madres, apuntaron a hacer visible su reclamo por todos los medios posibles, entre ellos, la disputa del espacio público. No desdeñaron ningún espacio público ni práctica para instalar símbolos. Sus propias casas, parroquias amigas, entidades barriales fueron tanto centro de reunión como de manifestación (Lorenz, 2011: 207-208). Esta distinción permite complejizar y clasificar a los actores del movimiento de derechos humanos a partir de sus formas de acción, pero no es suficiente para describir densamente sus prácticas. ¿En qué consistía la mencionada instalación de símbolos en los primeros años de formación de las Madres? ¿Qué papel cumplieron esas prácticas colectivas en la sociogénesis de las Madres de Plaza de Mayo?

El creciente activismo de las Madres no se redujo a reunirse y luego rondar en la Plaza de Mayo. Esa centralidad no fue óbice para que ensayaran otras alternativas que podían combinarse o sustituir, en momentos adversos, los intentos de visibilizarse en lo que los mismos organismos de derechos humanos, con sus acciones, estaban recuperando como espacio urbano central de interpelación popular al gobierno. La definición del sentido de la acción de las madres que las liga exclusivamente a la acción de entrar en la plaza y quedarse en ella por todos los medios posibles, sin ser equivocada, puede ser demasiado restrictiva.¹⁷⁹ Antes que en un emplazamiento fijo, o una acción ritual adherida a un único espacio, la potencia disruptiva de las prácticas colectivas de las Madres estuvo dada por

179 Silvia Sigal (2006) enfatiza demasiado este aspecto y comprime al máximo las variaciones de la acción colectiva que realmente se dieron durante la dictadura.

el juego permanente de desplazamiento/emplazamiento, que les permitía instalar símbolos y alzar la voz utilizando los resquicios de numerosas actividades públicas o socialmente colectivas de la época, y establecer sus propios recorridos dentro de los desplazamientos habituales de las multitudes urbanas. No fue tanto el estar o el quedarse, sino la deambulación lo que fue creando un espacio para su acción colectiva.

Y éramos más –les dije– que en la Plaza San Martín, algunas dijeron que había que juntarse siempre en las iglesias, porque era más protegido y más espiritual, menos chocante, y que se sentían más cerca de sus hijos (Pastor de Bonafini, 1985: 117).

En una localización periférica, pero propicia, como lo era la diócesis de Quilmes, emergía un florilegio de acciones: misas, vigili-
as, procesiones, peregrinaciones y ayunos que escapaban del registro de la Plaza de Mayo como el lugar exclusivamente privilegiado para la acción colectiva. Convertían ese espacio periférico en un lugar cargado de sentidos a partir de una serie de recorridos impulsados por la vocación de hacerse ver y oír.

Maternalismo

En este escenario de acciones, las prácticas colectivas no solo adoptaban un sentido estratégico en función de sus reclamos, sino que además se dirigían a la elaboración de la experiencia de la desaparición mediante el recurso a alguna dimensión de la religiosidad católica. Se puso un particular acento en las equivalencias simbólicas entre la vida de la Virgen María y la de las madres cuyos hijos o hijas habían desaparecido, especialmente elegidas para elaborar públicamente los sentimientos de las personas afectadas y estabilizar sus relaciones.

La construcción de la categoría “madre de desaparecido” y sus analogías con la historia de la Virgen María puede enmarcarse en lo que Marcela Nari (2004) denominó *maternalismo político*. Fue desde esa matriz que las madres interpelaron al poder, al resto de los actores del movimiento de derechos humanos y a sí mismas, ya

que les resultaba productivo para mantenerse cohesionadas como núcleo activista.

Las investigaciones que indagan en la historia de las Madres de Plaza de Mayo suelen hacerse esta pregunta: ¿cómo fue posible que un grupo de mujeres pudiera constituirse en uno de los núcleos de oposición más consistentes a la dictadura en tan poco tiempo, encontrando un espacio propio en el movimiento de derechos humanos que estaba surgiendo? Marisa Navarro sugiere que esto se debió a la excepcionalidad del plan sistemático de desaparición y al vacío generado por la falta de instituciones mediadoras tradicionales (partidos políticos, iglesias, sindicatos) que, reducidas en su accionar, ausentes o reticentes a afrontar el problema, dejaron un espacio para ser llenado por las organizaciones de derechos humanos, que a su vez dieron lugar al desarrollo de formas *más vocales*, propias de los grupos de afectados (2001: 274-291). Por su parte, Ulises Gorini sugiere que la tesis del vacío institucional no se corresponde con la dinámica política de la dictadura, que lejos estuvo de ser un interregno o una suspensión de la política. La acción de las madres y de las organizaciones humanitarias operó de un modo singular entre los límites de una compleja y adversa dinámica política de la cual formaban parte no solo las Fuerzas Armadas, sino también los partidos políticos, los sindicatos, la Iglesia, los medios de comunicación, las organizaciones revolucionarias, el multiescalar escenario de acción que involucraba la esfera internacional y las cooperaciones y controversias entre los distintos actores que configuraban el movimiento (Gorini, 2006). Sin dejar de tener en cuenta este contexto descrito por Gorini, no obstante podemos tomar el argumento de Navarro según el cual una de las claves de la activación de las Madres de Plaza de Mayo tiene sus raíces, paradójicamente, en una dimensión cultural vinculada a la desigualdad de género: "... la negativa a aceptar la pérdida de sus hijos no fue solo un acto de carácter sino una expresión coherente de su socialización, de su aceptación de la división sexual del trabajo dominante y de su propia subordinación dentro de ella" (Navarro, 2001: 289).

Para Navarro, la propia subordinación de género las impulsó a asumir “las formas más elementales de defensa de la vida”.¹⁸⁰ Sin embargo, ¿por qué las Madres de Plaza de Mayo pudieron organizarse y otras tan afectadas como ellas no lo hicieron? Gorini da una respuesta a este interrogante adoptando, al igual que Navarro, una perspectiva cultural. Las madres se habrían *demorado* en alcanzar cierta conciencia política porque salieron a buscar a sus hijos con “lo que tenían puesto”, sin una reflexión o experiencia política previa, que incluso les permitió realizar acciones que, desde un sesudo análisis político, podrían haberse considerado erróneas o extremadamente peligrosas, pero a la postre, con todo el error y el riesgo que en efecto implicaron, resultaron eficaces para instalar públicamente la denuncia por la desaparición. Sin embargo, esta perspectiva deberíamos matizarla ya que coloca en la génesis una imagen que fue el resultado de una construcción posterior. A las mujeres que formaron la organización las reunía su condición de madres de personas desaparecidas y provenían de orígenes sociales diversos y trayectorias laborales y políticas de distinta intensidad. La pureza de la madre fue una identidad construida en el tiempo como un elemento legitimador de las acciones colectivas del movimiento. La pregunta no es qué había en el origen, sino ¿qué elementos intervinieron en esa coyuntura histórica para que el maternalismo pudiera operar con alto grado de eficacia en la formación de una red de activismo consistente y resistente?

Un factor asociado a esta eficacia política fue el rápido apoyo que recibieron en la ámbito internacional: gobiernos y organizaciones no gubernamentales interesados en la situación de los derechos humanos en la Argentina las veían como un emblema de la lucha humanitaria, alejadas de toda contaminación con la política (de izquierda revolucionaria). De manera que su apoliticidad se configuró en un recurso de legitimación, dadas las circunstancias y el aspecto performativo de la narrativa humanitaria (Crenzel, 2010: 65-83). Las madres percibieron que la imagen de *mujeres y madres comu-*

180 Una reflexión semejante que problematiza la relación entre las mujeres y la política, y que toma como uno de los casos a las Madres de Plaza de Mayo, se puede ver en María del Carmen Feijoó y Mónica Gogna (1985).

nes jugaba a su favor en la búsqueda de apoyos internacionales. La recepción y la difusión que facilitaba entre los corresponsales internacionales en Buenos Aires, en un contexto de aislamiento y persecución, reforzaba esa percepción e indicaba qué aspectos debían enfatizar para ser escuchadas y prevenirse de los embates represivos de la dictadura. Las circunstancias del secuestro y desaparición de tres madres miembros del primer núcleo probablemente reforzaron las estrategias para evitar toda asociación de sus reclamos con *algo político*.

Un elemento para tener en cuenta es el encuadre o marco de sentido en el que se configuraron las prácticas colectivas de las Madres.¹⁸¹ Como ha señalado Elizabeth Jelin, la acción y el discurso de las madres significó una paradoja para la dictadura: el lenguaje y la imagen de la familia constituían la metáfora central del gobierno militar y, al mismo tiempo, era la imagen central del discurso y las prácticas del movimiento de derechos humanos. El núcleo moral del discurso dictatorial constituyó una oportunidad que podía, mediante un leve corrimiento, legitimar la acción de los familiares de desaparecidos.¹⁸² Frente al *familismo* de los grupos de afectados del movimiento de derechos humanos aún queda por preguntarse por el espacio cultural ocupado por la figura de la madre. Como explica Gorini: “En realidad, Azucena nunca había pensado que no correrían peligro; solo había creído que, invocando la defensa de la vida

181 Para una ampliación teórica del concepto “marco de sentido” se puede recurrir a McAdam, McCarthy y Zald, (1999).

182 “El uso que el discurso dictatorial hizo de la familia como unidad natural de la organización social tuvo su imagen en espejo en parte del movimiento de derechos humanos —la denuncia y la protesta familiares eran, de hecho, las únicas que podían ser expresadas—. Después de todo, eran madres en busca de sus hijos... La dictadura atribuía a los padres la responsabilidad final de prevenir que sus hijos se convirtieran en subversivos. Cuando los padres y las madres se acercaban al gobierno preguntando por el destino de sus hijos/as, la respuesta era una acusación: no sabían lo que estaban haciendo sus hijos porque no habían estado ejerciendo debidamente su autoridad de padres; si los jóvenes se transformaban en ‘subversivos’, se debía a las deficiencias de la crianza familiar. De esta forma, la paradoja del régimen [...] era que el lenguaje y la imagen de la familia constituían la metáfora central del gobierno militar, pero también la imagen central del discurso y las prácticas del movimiento de derechos humanos. Lo que estaban denunciando eran crímenes en contra de la familia, proyectando al mismo tiempo una imagen de ‘buen hijo’ del/a joven desaparecido/a y de una vida familiar <normal>” (Jelin, 2010: 230-231).

desde la propia maternidad, con exclusión de todo otro reclamo, serían menos vulnerables y, sobre todo, incuestionables desde cualquier punto vista” (2006: 186). ¿Cómo fue posible que Azucena Villaflor creyera, y junto con ella otras madres se convencieran, de que serían menos vulnerables e incuestionables? Creo que parte de la respuesta a esta pregunta está en una forma específica de articulación histórica de elementos simbólicos extraídos de dos matrices culturales: el maternalismo político y el marianismo católico.

Por lo primero, entiendo aquello que Marcela Nari (2004) identificó en su génesis a partir de la década del veinte, en la historia cultural y política argentina, que ubicó en el centro del debate sobre la legitimidad de la acción pública de las mujeres a su rol materno. Un conjunto de ideas, valores y sentimientos emergentes alrededor de la maternidad que, al operar en las prácticas, fueron encuadrando un espectro simbólico posible. La maternidad constituida en objeto de debate público y político no solo reenviaba a las mujeres a la función de la reproducción biológica, sino que asociaba la reproducción a un imperativo cultural y a una función social que suponía un pretexto de tutela y control sobre las mujeres y sus cuerpos (tarea a la que se dedicó especialmente la Iglesia católica), y al mismo tiempo, un espacio desde el cual las mujeres como madres podían exigir sus derechos. El propio Novak justificaría, frente al resto de la Conferencia Episcopal, la necesidad y la obligación de que la Iglesia católica pensara una pastoral para lo que llamó “las madres sonámbulas”.

Por marianismo entiendo una dimensión del discurso católico que enaltece y consagra la maternidad como una recompensa sufragante, un don singular de la condición femenina firmemente amarrado al sacrificio y a la abnegación. Esta figura cultural reordena la complejidad de las relaciones familiares de consanguinidad en torno al eje materno-filial y lo enlaza en un juego permanente de sacralización y desacralización de la agencia femenina (Hagene, 2006).

Mirando el cielo pensamos...

Este cielo nuestros hijos verán...

O en tinieblas, ocultos, sin cielo,

negando derechos sin juicio y razón.

Somos madres amputadas del alma
sufriendo en silencio el dolor,
o rugiendo con fuerza bravía
demostrando coraje y valor.
Madres de Plaza de Mayo.
Himno al hijo, al amor...
Sabrán los tiempos futuros
que hubo en este lugar,
madres que pedían justicia
a hombres que un día,
juzgarán otros hombres,
y al final, como todos...
Juzgarás Tú Señor.¹⁸³

Estos textos poéticos, cuya autoría era de las madres, eran leídos colectivamente en los encuentros, las reuniones, las misas, las peregrinaciones, las cadenas de oración y las vigiliadas que se realizaban en la diócesis. La propia métrica de los textos indica que estaban diseñados para ser oralizados y para ser escuchados colectivamente con recogimiento, como se ve en la fotografía del *Ayuno*. Condensaban una manera de hacer que las diferentes formas de poder con las que lidiaban trabajaran sinérgicamente para modelar y transferir agencia a personas sobrecogidas por la pérdida y el dolor (Ortner, 1999).

Santificado sea Tu nombre.
Por nuestros hijos ante Ti, clamamos,
que han sido privados de justicia y de consuelo,
por los hombres.
Porque somos madres:
las madres de Plaza de Mayo.
Padre nuestro que estás en el cielo:
mira nuestros rostros bajo el pañuelo blanco,
y nuestros ojos cegados por el llanto,
y nuestros corazones lacerados,

183 Archivo personal de Adelina Dematti de Alaya, Madre de Plaza de Mayo, La Plata.

y nuestros pies cansados,
 subiendo paso a paso la árida cuesta del Calvario.
 Porque somos madres:
 las madres de Plaza de Mayo.
 Padre nuestro que estás en el cielo:
 como nuevas Marías,
 buscamos el veraz destino
 de nuestros hijos desaparecidos.
 Para eso alentamos,
 para eso vivimos.
 Para eso luchamos
 venciendo el desmayo.
 Porque somos madres:
 las madres de Plaza de Mayo.
 Padre Nuestro que estás en el cielo:
 hágase tu voluntad.
 Más te rogamos:
 libra a nuestros hijos de todo mal.
 Amén.¹⁸⁴

La construcción de estos textos, las analogías, metáforas y metonimias que utilizaban sus autoras, así como sus prácticas de oralización, nos permiten pensar más allá de la relación de las madres con la Iglesia católica en un sentido meramente táctico o estratégico. Como sostiene Guillermo Clarke, la iglesia, como un espacio para realizar actividades secretas, podía justificar los primeros momentos de la militancia de las Madres, pero resulta necesario pensar otros motivos menos obvios que la seguridad y el camuflaje que llevan a las Madres a las parroquias católicas, “cuestiones que habría que indagar en lo subjetivo, social e histórico [...] marcadas por el género y la generación” (Clarke, 2009: 75).

184 Archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata. Declarado Memoria del Mundo en el 2007, por la UNESCO. En Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires Dr. Ricardo Levene.

Las misas por los desaparecidos

MISA EN BERAZATEGUI

La iglesia de Berazategui estaba colmada por las “Madres de Plaza de Mayo”, familiares de los detenidos desaparecidos y fieles de la zona que asistieron a la misa por los detenidos-desaparecidos, celebrada el 24 de noviembre. Monseñor Novak, como siempre, habló sobre el tremendo drama que nos toca vivir y reclamó solución para nuestro problema.¹⁸⁵

La posición de Novak con respecto a las violaciones a los derechos humanos cometidos por la dictadura comenzó a distinguirse inmediatamente después de ser designado. Rápidamente, el presbítero pudo notar cuál sería su actitud cuando dos meses después de su nombramiento incardinó en su diócesis a Orlando Yorio una vez que fue liberado por sus secuestradores y torturadores, en octubre de 1976.¹⁸⁶ En la asamblea de la Conferencia Episcopal Argentina (CEA) del año siguiente, Novak propuso, junto con Hesayne y De Nevares, crear una vicaría de los derechos humanos y una comisión de paz y justicia, lo que concitó el rechazo de los demás obispos.¹⁸⁷

185 *Boletín Madres de Plaza de Mayo*, n° 4, enero de 1981. Archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata.

186 Los sacerdotes jesuitas Orlando Yorio y Francisco Jalics fueron secuestrados el 24 de mayo de 1976 y liberados el 24 de octubre del mismo año en un descampado del sudoeste del Gran Buenos Aires, poco antes de la primera asamblea plenaria del Episcopado Argentino en la que participaría Novak. Dessy interpreta que la liberación se debió a la presión ejercida por sectores del episcopado. El 1° de noviembre, Novak incardinó al sacerdote Yorio, que había perdido la protección de su provincial jesuita, Jorge Bergoglio, y lo tomó como parte de su presbítero. A mediados de noviembre, Yorio estaría presente en el primer retiro espiritual de los sacerdotes y su obispo: “Su presencia nos reveló a los sacerdotes allí reunidos una realidad de mucho peso en la vida nacional, poco conocida o poco trascendida por entonces dadas las limitaciones informativas existentes. Además, el hecho de que este sacerdote que había permanecido cinco meses desaparecido estuviera allí con nosotros se convertía en un signo, en un anuncio...”, recuerda Ireneo Dessy (2006: 23). A la semana siguiente, por intermedio de Novak, Yorio partió rumbo a Europa a cursar estudios en la Universidad Gregoriana. A su retorno, en 1980, Yorio, a partir de sus profundos conocimientos teológicos, se convertiría en uno de los redactores de las conclusiones del Sínodo de Quilmes, que terminaría de consolidar la opción preferencial por los pobres y los derechos humanos como práctica pastoral de la diócesis. Para un mayor análisis de la desaparición de Yorio, ver Catoggio (2016: 109-164).

187 Un importante grupo de obispos prefirió continuar con las gestiones secretas con los funcionarios de la dictadura para obtener información y liberar de modo discrecional a algunas

Asimismo, Novak expresó su desacuerdo con las relaciones estrechas y cordiales entre la CEA y los funcionarios de la dictadura.¹⁸⁸ La absoluta minoría en la que se encontraba lo condujo a circunscribir su accionar a su diócesis y cultivar lazos directos con el Vaticano, sorteando la mediación del episcopado, pero sin criticarlo de manera directa (Ripa Alsina, 2006).¹⁸⁹

Novak integró con referentes de otras confesiones religiosas el Movimiento Ecuuménico por los Derechos Humanos (MEDH), una iniciativa de los pastores metodistas reunidos en torno al Consejo Mundial de Iglesias. En un principio, adoptó una posición de crítica semejante a la de los obispos de Viedma y Neuquén. Según algunos testimonios, fue en una reunión del MEDH, a finales de 1976, cuando por primera vez Novak ofició una misa por los desaparecidos. Hacia fines de 1977, Novak incrementó su atención y actividad en torno a los derechos humanos, y presentó un memorándum de apuntes y testimonios en la Asamblea Plenaria de la CEA.¹⁹⁰

La situación del país en sus connotaciones sociales. Aspectos y hechos más salientes. Área de Seguridad Personal: -miedo gene-

víctimas, tanto de la institución como de familiares vinculados a personajes muy influyentes entre los fieles católicos, sin pronunciarse públicamente. Las oficinas de numerosos obispados de la Argentina se convirtieron en punto obligado en los recorridos de los familiares de los desaparecidos. Existe actualmente una controversia en torno al objetivo que perseguían esos obispos, pero parece claro que esa estrategia elegida no impidió que se siguieran perpetrando las desapariciones y torturas y que la CEA se pronunciara como cuerpo a favor de lo hecho por las autoridades legitimando el terrorismo de Estado. Una interpretación posible, que debería tenerse en cuenta, es que esta estrategia era funcional al dispositivo del terror de Estado en la medida que permitía obtener información sobre los familiares que se movían en búsqueda de los seres queridos y mantenerlos apaciguados por medio de estrategias dilatorias. Hay numerosas denuncias de que algunos obispos, como por ejemplo monseñor Plaza, un verdadero maestro de la dilación, transmitieron información que fue utilizada para secuestrar y torturar personas. Al parecer, por lo que se ha denunciado públicamente, Jorge Bergoglio estuvo entre los sectores de la jerarquía (no era obispo sino provincial de los Jesuitas, por lo tanto, no pertenecía a la CEA) que siguieron esta estrategia discrecional.

188 Los dirigentes sindicales acorralados por la dictadura también buscaron la intermediación de la CEA y el Congreso Mariano. A través de ella creían posible abrir un canal de diálogo con sectores de la dictadura más proclives a escuchar sus reclamos, pero las gestiones no tuvieron mucho éxito.

189 Novak organizó todas sus gestiones a partir de viajes al Vaticano o por medio de mensajeros directos que viajaban allí.

190 Nota fechada 19 de noviembre de 1977.

ralizado, -provocado por la guerrilla, -también por la represión indiscriminada, -falta de respeto constitucional, -se justifica represión invocando a Dios, -despliegue de fuerzas para intimidar en los barrios, en la Curia diocesana, el colegio religioso, destrucción y robos, incluso a personas ancianas. Detenidos: -torturas, -condiciones inhumanas, -largo tiempo sin proceso, -tiempo cumplido, pero a disposición del PEN, -abusos (mujeres), -criaturas nacidas en la cárcel. Desaparecidos: -hermetismo de todos los organismos de seguridad, -madres: sonámbulas, sin salas de reunión, sin pastoral, -familias: en miseria económica.

Algunos Testimonios

a. Las presencias de las fuerzas del orden ya no representan un elemento de seguridad, sino más bien de temor, de los cuales conviene alejarse. Cada uno de los argentinos cuenta entre sus amigos, parientes y vecinos alguna víctima de la violencia de izquierda o de derecha, o de la represión indiscriminada (De la Serna, 2002: 80-81).

Leída desde el presente, en la nota de Novak puede verse el encuadre humanitario de su denuncia sobre la situación y las trazas de un discurso asociado a la teoría de los dos demonios, al mencionar entre guiones “lo -provocado por la guerrilla- y -también por la represión indiscriminada”, o al escribir “cada uno de los argentinos cuenta entre sus amigos, parientes y vecinos una víctima de la violencia de izquierda o de derecha, o de la represión indiscriminada”. Pero además de mostrarnos que el discurso humanitario y la figura de la sociedad víctima de la violencia política comenzó a incubarse tempranamente en el marco de la denuncia de la situación vivida, en esas notas en las que se mencionan torturas, intimidaciones en los barrios, condiciones inhumanas, abusos a mujeres, niños nacidos en las cárceles y desaparecidos, podemos imaginar el peso crítico que tuvieron y el rechazo que suscitaron en el marco de la Conferencia Episcopal, lo que ubicó a Novak como una de las escasas voces que se levantaron en el mismo momento en que la dictadura recibía sin fisuras amplios y fuertes apoyos por parte de las autoridades de esta institución. Por otra parte, la mención de “madres sonámbulas, sin salas de reunión, sin pastoral, familias en la miseria económica”, es

un indicio de cuál era la actitud que debía tomar la Iglesia según la opinión de Novak: más ligada a la atención religiosa y social de los familiares de personas desaparecidas. Ahora bien, si esa pastoral, osciló entre la atención a las familias y las expresiones de denuncia, inclinándose posteriormente hacia la movilización colectiva, debemos entenderlo ya no como el resultado de una concepción o actitud particular del obispo,¹⁹¹ sino como un proceso interferido por una dinámica de relación en la que la interacción entre los grupos de afectados y la pastoral encarada por Novak se desplegaba en un lienzo de tensiones.

Las misas por los desaparecidos comenzaron a realizarse en la diócesis en 1978, con periodicidad irregular, en diferentes parroquias de la jurisdicción diocesana.¹⁹² Configuró una estrategia de movilización y visibilización en el marco de una celebración religiosa que, en sus inicios, adoptó una escala local. Estas misas constituyeron, junto con rituales similares, un repertorio híbrido que anidaba en el ritual católico, un espacio de reunión para familiares que se iban vinculando a las redes de activismo, abocadas a sumar nuevos familiares y a reunir información sobre los desaparecidos.¹⁹³ Probablemente, frente a la imposibilidad de

191 Esta es la hipótesis medular de Emilio Mignone: “Todo indicaría, *prima facie*, que la diferente mentalidad prevaeciente y el *modus operandi* de la iglesia quilmeña, que la distingue de muchas otras del país, se origina en la decidida posición adoptada por su pastor casi inmediatamente después de asumir su responsabilidad eclesial. Es verdad que monseñor Novak encontró, en parte de su clero como en muchos laicos, una generosa y hasta valiente comprensión y colaboración. Pero ese efecto, aparentemente, no se habría producido de no haberse contado con la iluminación doctrinal, el carisma evangélico, el ejemplo, la protección, el apoyo y la tenacidad del primer obispo de la diócesis” (1996: 141).

192 El propio Novak dirá que las misas por los desaparecidos comenzaron a solicitud de un grupo de fieles nucleados en una comisión de familiares de presos políticos y detenidos-desaparecidos. Así también lo constatan los archivos de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la provincia de Buenos Aires, que se ocupó de vigilar las misas desde el momento mismo en que estas comenzaron. Ver CPM, Fondo DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa Referencia, Legajo 18073.

193 Las redes de activismo facilitan la circulación de recursos esenciales para la acción (información, cualificación profesional, recursos materiales, reconocimiento, estrategias de denuncia, espacios de encuentro y acogida) así como de sistemas de significado más amplio. De este modo, las redes contribuyen a crear las precondiciones para la movilización y para proporcionar el contexto adecuado para la elaboración de cosmovisiones y estilos de vida específicos (Della Porta y Diani, 2011).

encontrar consenso entre la mayoría de su feligresía con respecto a la situación planteada por los familiares de desaparecidos y presos políticos, el ritualismo permitió mantener la solidaridad entre un grupo reducido de afectados y familiares, algunos sacerdotes y el obispo, con lo que se circunscribió la acción a un espacio más acotado y, aparentemente, más seguro. La oposición que podía despertar entre algunos miembros de la comunidad católica local era conocida por Novak y sus colaboradores. Opiniones contrarias a las misas por los desaparecidos llegaron a conocimiento del obispo:

... lo único que se consigue rezando estas misas por un sector es separar a los fieles, cuando por lo único que debemos trabajar es por la unión de toda la comunidad, sembrando amor y no odio. Estoy muy en desacuerdo con la Misa que realizó en la catedral de Quilmes por los presos y los desaparecidos. Acaso se olvidan que por su culpa murieron el General Aramburu, el almirante Berisso [...] Para refrescar la memoria les diría que lean la revista "Gente" del 6 de setiembre de 1979: Carta abierta sobre los derechos humanos. Pido que no se repitan actos así.¹⁹⁴

Consciente de las resistencias y oposiciones entre los católicos de su diócesis, Novak abrió las puertas de su oficina para recibir a centenares de familiares y formó un grupo de colaboradores con algunos laicos y sacerdotes. Las misas eran oficiadas por el obispo siempre en una parroquia diferente, asistido por los sacerdotes encargados del templo. Para ello se ocupaba de invitar cada vez que finalizaba el oficio o por medio de sus circulares y cartas pastorales a la nueva misa que se realizaría en un barrio distinto. Es probable que esa rotación e itinerancia, dado que el grupo de fieles que asistía era más o menos estable, estuviera enmarcada en la lógica de la visita permanente y la circulación de alguien que se denominaba a sí mismo "el obispo caminador". Pero también es cierto que Novak observaba que entre los fieles del centro de Quilmes que asistían a la catedral se encontraban los sectores más refractarios a su involucramiento con la causa humanitaria. Realizar las misas

194 Fragmento de carta anónima dirigida al Obispo Novak, citada en de la Serna (2002: 35).

en diversas parroquias era una forma de involucrar y, al mismo tiempo, proteger al clero de la diócesis: eran todos los párrocos –y ninguno en especial– los responsables de un acto de resistencia. También podríamos considerar que la realización de estos rituales en el centro geográfico de Quilmes lo exponía, dada su visibilidad para los medios locales, a ser advertido por las autoridades militares. En ese sentido, no deberíamos dejar pasar que el juego visibilidad-ocultamiento de las estrategias de resistencia en contextos represivos resulta de un modo específico de manejar los discursos críticos, para protegerse de las represalias. Mientras fueran misas para un reducido número de fieles, en la periferia, las autoridades militares no tendrían una mayor preocupación. Los documentos de los servicios de inteligencia indican que se dedicaron a registrarlas y vigilarlas, pero sin intervenir directamente. Ahora bien, cuando los funcionarios de la dictadura percibieron que estas misas podían confluir con jornadas y celebraciones de mayor connotación pública, en el centro de Quilmes, por ejemplo las misas *Por La Paz* que se realizaban todos los años, desde 1979, en la plaza San Martín, empezaron a cundir las prohibiciones invocando las leyes del régimen que impedían las reuniones públicas por razones de seguridad. Con esto mostraban que, en determinadas circunstancias, las notorias presencias de mujeres con pañuelos blancos en esas ceremonias resultaban desagradables para las autoridades militares locales y el vicario castrense.

Si analizamos el marco discursivo y teológico en el que se encuadraban las homilias, la figura del desaparecido como víctima se articulaba con la de familiares como corderos de Dios viviendo en una situación de abandono por los poderes mundanos. Asimismo, al ofrecerse como víctima sacrificial, en uno de sus sermones, en agosto 1979, Novak generó una fuerte adhesión de quienes concurrían o estaban enterados de la realización de esas misas, porque destacaban “la valentía que había demostrado un obispo, frente a la cobardía de sus pares, al realizar ese pronunciamiento”.

Hermanos, no se tomen a vanidad lo que me atrevo a decir. Lo digo en la presencia de Dios antes que en la de ustedes. Como el gran Pablo VI, ofrezco formalmente mi libertad, mi integridad

física, mi vida para que se solucione el terrible flagelo de las desapariciones en nuestra patria. Si hace falta sangre, tómese la del Pastor y ahórrese la de las ovejas. Un obispo no puede olvidar las palabras del Maestro, selladas en la cruz con torrentes de sangre: el buen pastor da la vida por sus ovejas.¹⁹⁵

En otras ocasiones, Novak elegía alegorías de la juventud para referirse a los desaparecidos y sus familiares:

... por tratarse de un mes que la juventud suele apropiarse: día del estudiante, día de la primavera, día de los jóvenes, y entonces la ausencia de tantos jóvenes, hundidos en la sombra de la desaparición, se hace sentir más cruelmente. La Biblia nos trae, con divina dramaticidad, belleza y ejemplaridad, la historia de un desaparecido. La de José en Egipto.

... los padres de estos jóvenes sufren como Jacob: “Todos sus hijos e hijas intentaron consolarlo, pero el rehusó el consuelo, diciendo: de luto por mi hijo bajaré a la tumba”.¹⁹⁶

Otras veces, elegía denunciar el abandono y el silencio por parte de la sociedad civil:

Dios mío, además de la ausencia violenta de nuestros familiares, por causas y con destinos sin explicación, nos vemos abandonados por quienes se llamaban amigos nuestros. Nos faltan su afecto y ayuda, cuando más los necesitamos. Sentimos el abandono, por la inercia o la cobardía de quienes tienen estricta obligación de socorrer al necesitado.¹⁹⁷

En sus homilías, Novak solía tomar testimonios y cartas que le entregaban los familiares de desaparecidos y leerlos en público, asumiéndose como vocero del reclamo.

195 Novak, Jorge, “Homilía en la Eucaristía con los familiares de los desaparecidos”, 12 de agosto de 1979, catedral de Quilmes, en *De la Serna* (2002: 43).

196 Novak Jorge, “Homilía en la Eucaristía con los familiares de los desaparecidos”, 19 de septiembre de 1979, Parroquia de San Juan Bautista, Florencio Varela, en *De la Serna* (2002: 46).

197 Novak Jorge, “Homilía de la Eucaristía con los familiares de los desaparecidos”, 25 de marzo de 1980, Parroquia San Juan Bautista, Bernal Oeste, en *De la Serna* (2002: 51).

En el día de la Madre a Mons. Jorge Novak, 21 de octubre de 1979. Con gran cariño y humildad. Perla...
 A las Madres de Plaza de Mayo y todas las madres
 Miradas ausentes, perdidas...
 rostros de triste expresión,
 sello que todas llevamos
 unidas en nuestro dolor...
 No escuchan a Dios sus mentes
 que gime con tristeza y dolor,
 viendo que los hombres no cumplen
 lo que Él mandó.
 Vivir dignamente hermanos
 es cumplir lo que Él enseñó
 ¿nuestros hijos fueron juzgados?
 ¿qué justicia se les administró?¹⁹⁸

También tomaba fragmentos de cartas, como en esta, de agosto de 1980, en la que se habla de los presos políticos:

Pero ¿hasta cuándo, Señor Dios? ¡Cuántas lágrimas, cuánta desesperación! ¡Piedad, Señor! A Dios y a la Virgen le pido clemencia. Ya no hay lágrimas que puedan aguantar nuestras amarguras de ver tanta injusticia, de ver a nuestros hijos enfermos, privados de la libertad. A Dios le pedimos misericordia y piedad para nuestros hijos. Ud. interceda ante la autoridad; por favor Señor Obispo, por favor, se lo pide una madre desesperada. Yo tengo fe en Dios, y mucha fe.¹⁹⁹

Sin embargo, esto no quiere decir que todos los familiares estuvieran de acuerdo con el contenido de sus sermones, las menciones en las homilías y el modo de realización de las misas, y expresaban su descontento de modo directo en algunas circunstancias: “Pero... ¿por qué callarlo? Quizá usted también ahora, después del fervor

198 Archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata.

199 Novak Jorge, “Homilía en la Eucaristía con los familiares de los desaparecidos”, 19 de septiembre de 1979, Parroquia de San Juan Bautista, Florencio Varela, en De la Serna (2002: 46).

del acto, no se disguste si le decimos que muchas veces nos dolió la hora que elegía para sus misas o cierta tesitura especial de sus sermones”.²⁰⁰

En todos estos fragmentos vemos cómo la figura del familiar de desaparecido era movilizaba utilizando paráfrasis basadas en los Evangelios y cómo, entre todas estas figuras, se recortaba la madre. La movilización y positivización de esta figura ocupó un lugar destacado en el repertorio de acciones que estamos explorando. En ese marco, recurrir a una narrativa cristiana y católica era un modo de situar referencias culturales que habilitaban una positivización de los vínculos familiares y el reclamo por los/las hijos/as desaparecidos/as.

Clavos y pañuelos

Para poder entender el significado de las prácticas que describimos, resulta necesario situarlas en una micropolítica de las relaciones tensas y complejas que las Madres de Plaza de Mayo instituyeron con diferentes actores de la Iglesia católica. Del omnipresente rol que esta jugó durante la última dictadura, nos interesa tomar aquellos aspectos que se centran en la relación establecida entre sus miembros y los familiares de personas desaparecidas. Hemos señalado que, lejos de pasar a un lado, los conflictos políticos de las décadas del sesenta y setenta surcaron el espacio católico y generaron profundas brechas entre sus filas. Sin embargo, a partir de 1975 se observará que la relación de fuerzas en el interior de la institución se volcará a favor de los sectores conservadores e integristas. Figuras prominentes de la jerarquía apelarán a la justificación de la represión incrustando el terrorismo de Estado en el mito de la nación católica. En noviembre de 1975, mientras se iban alineando los acontecimientos y procesos para que las Fuerzas Armadas condujeran el plan sistemático de exterminio, monseñor Victorio Bonamín expresó públicamente la articulación ideológica y política

200 Carta a Novak de la Asociación Madres de Plaza de Mayo, 18 de octubre de 1981, en De la Serna (2002: 83).

en ciernes: “Cuando hay derramamiento de sangre, hay redención. Dios está redimiendo, mediante el Ejército Argentino, a la Nación Argentina”.²⁰¹

Este panorama general de consustanciación entre la jerarquía católica y la dictadura fue el escenario que afrontaron los familiares de personas desaparecidas. Sin embargo, eludiendo cualquier lectura monolítica, numerosos familiares acudieron a los miembros del clero en búsqueda de información y para solicitar gestiones ante las autoridades, lo que desmiente cualquier interpretación monocorde de su relación con la Iglesia. Y, especialmente, muchos siguieron participando del rito católico. A medida que fueron reconociendo el rechazo o la indiferencia de sus pastores, no abandonaron sin embargo la discursividad y la ritualidad católica. Creo que vale la pena preguntarse por qué. “Lo habitual —explica María Adela Gard de Antokoletz— era ir a hablar con algún cura de confianza de la familia para que nos diera un consejo” (Arrosagaray, 2014: 151).

Cada familia lo hacía por sus propios medios, recurriendo al cura de su parroquia barrial, que, según las circunstancias, lo recomendaba para hablar con el obispo. Esta situación se repitió, con sus características particulares, en numerosas jurisdicciones religiosas del país. Las respuestas que recibían los familiares por parte del clero registraban variaciones. Algunos escuchaban de la propia voz de los obispos una burda justificación del destino de sus hijos y familiares, y un reproche sobre la responsabilidad de la familia de que los jóvenes fueran por *el mal camino*. En esta actitud no faltaba el sermón dirigido a los padres sobre el poco cuidado que habían puesto en sus hijos al permitirles *que se fueran como guerrilleros*.²⁰²

En otros casos, había clérigos que se entrevistaban con las familias sistemáticamente y confeccionaban fichas en las que registraban el nombre de la persona buscada, el lugar donde se presumía había desaparecido, el día en que ocurría la visita de los familiares, un dato de contacto para comunicarse y se comprometían a realizar averiguaciones sobre el paradero. Un caso destacable de esta actitud fue

201 Para un análisis de la jerarquía católica durante la dictadura, ver Obregón (2005) y Bilbao y Lede (2016).

202 Homilía del sacerdote Jacinto Nievas, citada en Bousquet (1983).

el de monseñor Graselli, que en la parroquia Stella Maris, ubicada en el edificio Libertad de la Marina, recibía a numerosas familias que eran enviadas desde la Curia Metropolitana. Graselli se dedicaba a un registro sistemático que él mismo había organizado en un impulso burocratizador de la gestión de las relaciones con los familiares de personas detenidas-desaparecidas, y llegó a confeccionar más de dos mil fichas. Estas fichas eran revisadas periódicamente por el vicario castrense monseñor Adolfo Servando Tortolo y enviadas con copia al Ministerio del Interior, al Ejército, a la Fuerza Área y a la Marina.²⁰³ Esta burocratización del vínculo, más allá de lo que personalmente podía decir un clérigo frente a un familiar o lo que podía expresar en una homilía, estaba impulsada, entre otros factores, por un vertiginoso aumento de la cantidad de familiares que se agolpaban en las dependencias estatales, como el Ministerio del Interior, o de algunas parroquias y catedrales. Al principio, la dictadura negaba todo dato o responsabilidad sobre la suerte de las personas desaparecidas, pero luego comenzó a justificar las desapariciones como el resultado puntual e inevitable de la *guerra* en curso, y en paralelo relativizó el número de desaparecidos para restarle importancia a las denuncias y desmentir el carácter sistemático de las desapariciones y el alcance nacional y planificado de su práctica (Crenzel, 2010). Por otro lado, los jefes militares estimularon y promovieron la práctica burocrática de Graselli que respondía como en sordina al crecimiento de los grupos afectados por el plan sistemático de represión. Más siniestro es lo que Graselli hacía con esta información: Mignone interpreta que esta actividad “creaba confusión, alentaba esperanza y adormecía la combatividad de los familiares” (1999: 76). Por otra parte, algunos testimonios sostienen que Graselli utilizaba la información de la que disponía para manipular las ilusiones, los temores y el dolor de los familiares. En cierto modo, la actividad regular establecida en la parroquia Stella Maris se parece

203 Testimonio de Emilio Graselli en el Juicio Circuito Camps, La Plata, 2011, citado por Alejandra Dandan, “La lista de Graselli”, *Página 12*, domingo 21 de septiembre de 2014 (recuperado el 29/9/2014). Graselli fue capellán castrense de la Capellanía Mayor del Ejército entre 1967 y 1980, una institución de doble pertenencia: al Vaticano, en el orden religioso doctrinario, y al Estado nacional, en el orden político-militar-económico, en la medida que los vicarios castrenses son miembros del clero y del aparato estatal.

a lo que Pilar Calveiro ha señalado como una práctica de diseminación del terror:

... en tanto realidad negada-sabida, en tanto secreto a voces, son eficientes en la diseminación del terror. El auténtico secreto, el verdadero desconocimiento tendría un efecto de pasividad ingenua pero nunca la parálisis y el anonadamiento engendrados por el terror. Aterroriza lo que se sabe a medias, lo que entraña un secreto que no se puede develar. La sociedad que, como el mismo desaparecido, sabe y no sabe, funciona como caja de resonancia del poder concentracionario y desaparecedor, que permite la circulación de los sonidos y ecos de este poder, al mismo tiempo, es su destinataria privilegiada (2008: 147).

Sin embargo, también existieron otras formas de relación en el espacio más acotado de los grupos de afectados activados al calor de los encuentros que se daban en la búsqueda, siguiendo los caminos redelineados por el Estado y la Iglesia. A partir de 1977, etapa de formación de las madres de personas desaparecidas como una red de militancia, las reuniones en parroquias ocuparon un lugar fundamental. “Muchas veces –cuenta María del Rosario Cerruti– nos reuníamos en alguna iglesia [...] tres, cuatro, cinco madres [...] todo con nuestros códigos con los que intentábamos preservarnos de la represión y la persecución” (Arrosagaray, 2014: 150). En ocasiones, esto se hacía directamente, en otras se contaba con el permiso de los párrocos. “En Palermo teníamos la iglesia del padre Bernardo, en la que un día de 1977 dio una misa especial por los desaparecidos [...] nos reuníamos como si fuéramos un grupo de vecinas que quería hacer algo por el barrio” (ídem). También, cuando la represión recrudecía y se volvía extremadamente peligroso actuar en el espacio público, las parroquias eran una opción:

... cuando a mediados de 1979 tuvimos que dejar de encontrarnos en la Plaza. Nos reuníamos en diferentes iglesias hasta que nos dimos cuenta que la que faltaba un jueves quedaba desconectada. Entonces fijamos las reuniones en la [iglesia] de Guadalupe, y entre misterio y misterio conversábamos de lo que debíamos hacer (Arrosagaray, 2014: 151).

Una vez dispuestas a organizar acciones colectivas de denuncia pública de la situación, las Madres encontraron en las parroquias un espacio de reunión que les permitía no anticipar del todo sus intenciones, establecer acuerdos y distribuir tareas, conocer nuevos familiares afectados, pasarse información unas a otras, todo ello bajo la cobertura o el camuflaje de una policromía social propia de una reunión de feligreses en una parroquia. Pero también no debería dejar de notarse que, para muchos familiares que se incorporaban en la red de relaciones de los grupos de afectados, la visita a la parroquia podía constituirse en un camino más natural para encontrarse, dado que lo consideraban el espacio habitual donde compartir sus problemas, “un espacio políticamente neutral” (Clarke, 2009).

Las madres también apostaron a visibilizarse en las celebraciones religiosas. La peregrinación anual a Luján se había transformado en un evento multitudinario, en el que decenas de miles de personas de distintos puntos de la provincia de Buenos Aires y la Capital Federal emprendían una larga caminata hasta la basílica. El sábado 1° de octubre de 1978, las Madres se hicieron presentes por la mañana en la marcha. Participar de la peregrinación a Luján no resultaba una cuestión polémica entre ellas, “porque la mayoría era creyente y, practicante o no, resultaba un gesto natural para ellas, que se reunían en parroquias, que hacían misas por sus hijos desaparecidos, que apelaban en sus cartas a Dios y a los cristianos auténticos” (Gorini, 2006: 119). Desde un primer momento, para identificarse en las primeras reuniones en la Plaza de Mayo, las Madres usaban un clavo de carpintero enhebrado en las solapas de sus blusas o sacos, un símbolo del imaginario religioso que remitía “al sufrimiento de Cristo, clavado en la cruz y el dolor de su madre, María” (Bousquet, 1983: 43).²⁰⁴

204 El texto continúa: “... sin prisa, se agrupan, en el centro de la plaza, forman una fila de a dos, y comienzan a caminar lentamente alrededor de la pirámide de Mayo. Muchas se pusieron un pañuelo blanco sobre la cabeza, y todas lucen en la solapa de su chaqueta o de su chaleco un clavo de carpintero. ‘Es para recordar el sacrificio de Cristo, clavado en la cruz’, me explica una de ellas. ‘Nosotras también tenemos nuestro Cristo, y revivimos el dolor de María, pero no se nos permite siquiera intentar consolarlo con nuestra presencia. Nosotras también somos cristianas, mientras que aquellos que proclaman ser los servidores de cristianismo son, por el contrario, nuestros verdugos...’”.

En ocasión de la peregrinación a Luján, decidieron utilizar por primera vez pañales a modo de pañuelos, lo que permitía distinguirlas en la multitud.²⁰⁵ Con los pañales sobre la cabeza, las Madres eran un grupo que resaltaba claramente del resto y muy pronto “entre todos los peregrinos se corrió la voz de que éramos madres de desaparecidos”. El pañuelo había resultado muy eficaz, se veía desde lejos y resultaba un poco raro, “propio de las mujeres, no remitía a ningún símbolo político, y al mismo tiempo estaba pasado de moda, daba curiosidad y hacía que las personas se acercaran a preguntar a qué grupo parroquial pertenecíamos” (Gorini, 2006: 118). El domingo, las madres continuaron con sus demostraciones portando un cartel con las fotos de sus hijos desaparecidos en la gran explanada frente a la basílica y se situaron en las primeras filas de feligreses que asistían a la misa central oficiada por el cardenal Juan Carlos Aramburu, para recibir la comunión que les fue negada por el sacerdote encargado de ofrecer la hostia cuando una de ellas pronunció “por mi hijo desaparecido” (ídem).

Quando llegamos a la plaza frente a la basílica nos juntamos las veinte primeras a rezar el rosario, en círculo, por los hijos que no están. Los hijos que desaparecieron: naturalmente brota la palabra desaparecidos. ¿Qué quiere decir?, pregunta alguien. El término es explícito, solo dejará de entenderlo quien quiere. La palabra se multiplica en nuestras bocas, se repite con los Ave-marías del rosario [...] Una mujer, más tarde otra, se acercan a hablarnos: sus hijos también son “desaparecidos”, quieren volver a vernos, rezar con nosotras (Pastor de Bonafini, 1985: 142).

Pero más allá de este aprovechamiento de las oportunidades que las celebraciones religiosas les permitían a las Madres para hacerse ver y oír en público, en la diócesis de Quilmes, la creación de una comisión diocesana de justicia y paz incorporada a su ejercicio

205 “Según María del Rosario Cerruti, la propuesta fue de Eva Castillo Obarrio, que sencillamente les dijo: ¿Quién no tiene un pañal del hijo o un nietecito guardado en su casa? [...] Luego el pañal se transformó en pañuelo porque esos pañales se rompían enseguida y no podían doblarse con facilidad para meter en la cartera, el pañuelo en cambio lo podías lavar, planchar, meter en el bolsillo del tapado o en cualquier lado y volver a usarlo cuantas veces querías” (Gorini, 2006: 119).

pastoral, impulsada por Novak al verse bloqueada la posibilidad de fundar una vicaría que dependiera de la Conferencia Episcopal, estimuló un vínculo directo y una organización continua de actividades con los familiares: desde la recepción y la escucha de su situación en la oficina contigua a la catedral por parte del obispo o sus vicarios hasta la organización de actividades especiales con las madres de los desaparecidos. En ese sentido, la diócesis de Quilmes se convirtió en una institución a la que los familiares podían recurrir cuando otras puertas se cerraban. A partir de 1978, la realización más o menos periódica de misas por los desaparecidos en distintas parroquias de la zona sur terminó de consolidar ese vínculo. En esa microtrama organizativa estimulada por la Iglesia local, hay que comprender el proceso simultáneo de prácticas litúrgicas renovadoras, que habilitaron la realización de misas temáticas establecidas en torno a lo que se consideraban problemáticas que afectaban a la comunidad, y la apropiación que hicieron de este perfil pastoral los grupos de afectados que estuvieron lejos de adoptar una actitud pasiva. Las misas por los desaparecidos fueron el soporte inicial de una intensa apropiación de los espacios y de la narrativa católica para volcar en ellos las demandas, las denuncias y los sentimientos de los familiares y las madres de personas desaparecidas que desbordaban la propia pastoral que había puesto en práctica Novak. En el interjuego entre impulso pastoral y el inusitado e inesperado activismo de las madres, se forjaron múltiples derivas de esas apropiaciones, que fueron variando, según las coyunturas, desde la reciprocidad a la pugna.

Dramas, controversias y emociones

Mary Douglas señala que el ritual hace visibles signos externos de estados internos, permite construir un estándar para evaluar públicamente una determinada situación que se vive de modo íntimo y privado (Douglas, 2007). Las misas por los desaparecidos se dispersaban en un amplio abanico que iba desde la elaboración colectiva de los sentimientos dolorosos por la ausencia forzada de los hijos hasta la dramatización pública de la denuncia sobre los

crímenes cometidos por la dictadura. A diferencia de otros repertorios ensayados en el primeros años por el movimiento de derechos humanos, ligados a la manifestación pública como las concentraciones, marchas y solicitadas en periódicos de tirada nacional, las misas introducían una dinámica más dialógica y controversial en la medida que se hacían en un espacio social y simbólico controlado por especialistas en el uso de la retórica, la liturgia y la ritualidad, inclinados especialmente a referirse y a intervenir en el comportamiento moral de las familias. En buena medida, el contenido y desarrollo de las misas dependía del cariz que podían darle los sacerdotes a cargo: algunos, más inclinados a aliviar religiosamente el dolor, manteniéndose dentro de parámetros habituales; otros preferían introducir en sus homilías algún aspecto de denuncia sobre la situación, siempre dentro de los marcos de las obligaciones humanitarias que impone la religión católica a sus creyentes, mientras que algunos otros podían utilizar sus sermones para amonestar a los familiares de desaparecidos por desaprensivos o cobijarlos como una parte especial de los fieles que debían ser escuchados, acompañados e, incluso, enaltecidos por su sacrificio. Desde el punto de vista de los familiares, en especial de las Madres, la dirección en la que se desarrollaban las misas según lo impuesto por aquellos que dirigían el ritual podían ser apropiadas o incluso recusadas en el mismo momento que sucedían, situación en la que el orden regular del ritual se interrumpía para dar espacio a la controversia.

El domingo 10 de diciembre de 1978, las Madres convocaron a una misa en una parroquia del centro de la ciudad Buenos Aires. Se cumplía un año desde que nueve familiares y dos religiosas habían sido secuestrados y desaparecidos por un grupo de tareas en la puerta de la Iglesia de la Santa Cruz cuando salían de una reunión que habían mantenido en la parroquia y, dos días más tarde, el operativo había continuado con el secuestro de Azucena Villaflor de De Vicenti y de Léonie Duquet.²⁰⁶ La amplia convocatoria sumó, a

206 La reticencia de la jerarquía católica y de la CEA a denunciar y condenar públicamente el hecho fue un hito en el ensanchamiento de la brecha y el enfrentamiento entre las Madres y la jerarquía católica, que se redujo a expresar a las autoridades su preocupación por lo ocurrido.

los fieles habituales, una gran afluencia de familiares, reporteros, equipos de televisión y diplomáticos extranjeros, actores característicos de las rondas en la Plaza de Mayo. La proximidad de la Navidad revestía de una emocionalidad particular al acontecimiento, y no solo porque esta celebración implica un momento de reunión familiar. Aprovechando la significación de esas fiestas, Videla solía usar las vísperas de Navidad para crear expectativas en la población sobre *importantes anuncios* que el gobierno daría a la *familia argentina*.

La ausencia de un hijo —cuenta el periodista francés Jean Pierre Bousquet—,²⁰⁷ se vuelve más cruel y más difícil de soportar en ese clima de festividades familiares. Incluso las que no son muy creyentes vienen a buscar ser reconfortadas. El ambiente no es de mucho recogimiento y la nerviosidad a flor de la piel de la audiencia resulta casi palpable. Se espera con impaciencia el sermón que va a pronunciar el cura (1983: 108).

Al dirigirse al público presente, el sacerdote Jacinto Nieva inicia una digresión sobre los peligros que acechan a la juventud librada al albedrío; el dolor y la pena de muchas familias son consecuencia de ese descuido. Nieva cuenta una historia para extraer una enseñanza. Dos muchachas de una familia de clase media que él conoció bien, demasiado consentidas, víctimas de las compañías, poco a poco se dejaron llevar por el camino de la droga, se volvieron amantes de guerrilleros e ingresaron en los movimientos subversivos, y perdieron todo contacto con sus padres. La parábola de Nieva seguía un guión narrativo frecuente durante la dictadura, utilizado por los medios de prensa afines al régimen para responsabilizar a los familiares sobre la desaparición de sus hijos y diluir la responsabilidad del Estado. Sin embargo, en esa ocasión, como sucedería en muchas otras, las Madres contestaron públicamente.

207 Pierre Bousquet, corresponsal de France Press, fue el primer periodista en acercarse a las Madres en sus primeras reuniones en la Plaza de Mayo. Trabajó intensamente por hacer visible sus demandas e incluso se arriesgó en numerosas ocasiones para protegerlas. Las Madres lo consideraban su amigo.

Al instante una mujer sale del público y se dirige al pasillo central. Su aspecto no presenta nada en particular, pero parece transportada por la cólera. Nuestros hijos no son drogadictos. No estamos aquí para oír que se los insulta. Lo que pasa en esta iglesia es un escándalo y una vergüenza. Su brusca interpelación acalla de golpe todos los murmullos. Se creería que un rayo se abatió sobre el templo. Durante un instante, el tiempo queda detenido. El cura se queda boquiabierto, sin poder proferir palabra. Vamos, salgamos todas, no tenemos nada que hacer aquí. Este hombre no es un siervo de Dios, es un sirviente de los militares (Bousquet, 1983: 107).

Como en este caso, las misas podían convertirse en espacio de resonancia de las controversias que las Madres mantenían con el gobierno, la Iglesia y la sociedad civil, que negaban la gravedad de la situación o diluían la responsabilidad del Estado, acusándolas a ellas. Así ocurría también en los medios de prensa cuando las Madres contestaban, mediante cartas de lectores o solicitadas, acusaciones que se vertían con el mismo tono en artículos y notas periodísticas. Pero las misas no fueron únicamente un ámbito de manifestación entre otros posibles, sino también, en algunas ocasiones, se podían constituir en espacios de elaboración de la experiencia traumática.

Un ejemplo de la densidad emocional que podían adoptar estas instancias podemos verla en el relato que Adelina Dematti conservó en su archivo. Este testimonio muestra que existían otras posibilidades desde el punto de vista de la experiencia de las Madres con respecto a las misas, en las que el recogimiento, la escena íntima y la cohesión grupal lograban, mediante una investidura religiosa, sostener su activismo.

El relato se titula “Ayuno y oración del 2 de diciembre de 1979”, con un encabezado en letras mayúsculas que dice *ALGO QUE VALE LA PENA DOCUMENTAR*. ¿Qué era aquello que valía la pena documentar?

Hoy en la víspera del día de la Virgen María, decidimos hacer un ayuno y oración en la Parroquia de la Santa Cruz, por las madres de Plaza de Mayo, pidiendo todas con el mismo dolor y

sentimiento por nuestros hijos Secuestrados, dicho acto se realizó en la escuela que tiene la iglesia, es una mansión hermosa, en un hall inmenso con grandes ventanas que daban a un parque extraordinario con mucho verde, poco a poco fueron llegando a dicho lugar todas con la misma fe: pedir por nuestros hijos; fue algo que yo jamás había experimentado, algo que, llegó tan profundo a todas las que allí estábamos hermanadas en el mismo dolor, no había diferencias en ninguna de nosotras, todas las que allí éramos estuvimos acompañadas desde el primer momento por seres excepcionales; ADOLFO: como cariñosamente lo llamamos y un cura riojano llamado ANTONIO: nos conversaron a lo largo de toda la noche, cosas tan hermosas que sería muy largo contar, nos daba mucho ánimo, pero algo así voy a contar porque bien vale la pena, nos dijeron “MADRES MACANUDAS”, “MADRES CORAJE”, y además ese cura tan simple, con ese acento riojano, que lo hacía más puro, tuvimos la suerte de escuchar que hasta ahora solo nosotras las madres sabemos los hijos que tenemos, pero ese ser nos habló tanto de ustedes, como solo una madre lo puede hacer, diciéndonos que debemos estar orgullosas por todos ustedes, porque todo lo que hacían lo hacían por el bien, pero sentirlo de un sacerdote fue la primera vez escuchado y nos hizo sentir más seguras, después entre oración y charlas muy interesantes llegó la hora para mí más emocionante y creo que para todas las que allí estábamos se confesaron todas las que realmente sentían, y creían, y cuando ya amanecía el día de la Virgen María, que ella también sufrió tanto por su hijo, eran aproximadamente la una de la madrugada, se improvisó un altar en medio de ese gran salón con la llegada de otro sacerdote y el padre Antonio, comenzó la misa, misa esta que nos llegó hasta lo más profundo de nuestros corazones hubo muchas lágrimas y llanto también sentíamos todas el mismo dolor, y en el pensamiento todas pedíamos lo mismo, a ustedes todos, en fila con lágrimas en los ojos llegamos a ese altar, tomamos la comunión con mucha fe y amor, y así una a una nos fuimos arrodillando al suelo, porque no había bancos fue todo improvisado, pero no obstante, no había edades, probablemente

ni inconvenientes físicos, madres enfermas, todas estábamos con muchas fuerzas y si alguna en determinado momento flaqueaba, ya se encargaban de consolarla, no estuvimos solas en ningún momento, estuvimos con la presencia de Dios y de todos ustedes, de lo contrario no hubiera podido ser posible, se nos pasó la noche sin darnos cuenta llegado ya las seis de la mañana, llegaba la hora del último pedido y es sí como todas tomadas de la mano fuertemente apoyadas en el Padre Antonio y de ese ser humano lleno de ternura y dulzura que es Adolfo, formamos una gran ronda, y todas pero todas con los ojos clavados en cada uno de nuestros hijos, empezamos de a una a mencionar, vuestros nombres mientras el resto, detrás de cada nombre, respondía: El Señor está contigo, creo que lo que yo pensé en ese instante fue pensado por todas pidiendo a la Virgen María, que eso que hicimos, que fue un Sacrificio hermoso, haya llegado hasta todos ustedes dándoles paz espiritual, y poder así aliviar vuestras angustias, algo que me llamó poderosamente la atención en el momento de haber cumplido nuestro propósito, al dirigirnos hacia la salida, estábamos todas renovadas, felices, con mucha fuerza, con mucha fe ninguna manifestaba cansancio, sueño, hambre ni sed, para mí fue tan profundo que bien vale la pena tener esto como un gran recuerdo, para leerlo y reconfortarse, y saber que no estamos solas, que somos UNIDAS, que somos COMPAÑERAS, que somos RESISTENTES, que somos AMIGAS, y que SEGUIREMOS LUCHANDO TODAS JUNTAS HASTA VER LOGRADO NUESTRO PROPÓSITO:
“ENCONTRAR A NUESTROS HIJOS”
 que DIOS nos ilumine a todas... con todo mi amor Para todas las MADRES DE PLAZA DE MAYO.²⁰⁸

Estos encuentros implicaban un trabajo de las madres sobre sí mismas. Una serie de prácticas que permitían establecer, adquirir, asimilar y transformar una verdad en un principio permanente de acción. Les permitía efectuar por su propia cuenta, pero también

208 Archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata (subrayados y mayúsculas en el original).

con ayuda de otros, cierto número de acciones sobre su propio cuerpo y mente, pensamientos, sentimientos y conductas, con lo que obtenían una transformación de sí mismas (Foucault, 1990: 75). Una serie de performances que les permitía traducir su sobrecogimiento por la pérdida y el dolor en cohesión y acción.

El análisis de este relato no debe concentrarse únicamente en su contenido evidente, sino también prestar atención al uso de marcas que permiten destacar y poner énfasis. Los subrayados, las mayúsculas y las comillas presentes en el original y respetadas en la transcripción nos indican el sentido que tenía este acontecimiento. Por otra parte, la utilización de una narrativa maestra fuertemente católica les permitía ordenar sus sentimientos, situar referencias culturales fuertes (Dios, la Virgen María, Cristo) y experimentar el ritual (el ayuno, los sacramentos) como un espacio de integración a un colectivo de pares como comunidad de sufrimiento. El valor otorgado a la palabra de fray Antonio Puigjané, que aparece en el texto mencionado como ANTONIO, y de Adolfo Pérez Esquivel, que aparece mencionado como ADOLFO, muestra la dimensión a la que podían llegar los significados vertidos en un ritual casi secreto frente a las acusaciones públicas que las llamaban *locas* o *madres de terroristas*. Al mismo tiempo, este testimonio introduce dos dimensiones recurrentes: la equiparación de la situación de las Madres con la historia de la Virgen María y la identificación de sus prácticas colectivas con formas específicas del sacrificio físico como expresión pública del amor por sus hijos. Rituales así tenían un papel habilitador, introducían, sacralizando, la experiencia de las Madres en el marco de una narración colectiva que ligaba un tiempo histórico con otro religioso, y extraían un principio habilitador de la acción que, al mismo tiempo, las apartaba de una temida conexión con la política. En otras palabras, no habría que pensar estos rituales únicamente como dadores de sentido en la lucha de las Madres, sino como acciones que habilitaban, paradójicamente, las prácticas colectivas de las Madres situándolas al margen de cualquier cosa que en la época pudiera entenderse como algo político. No era política, era amor.

Los aspectos emocionales y estratégicos son dimensiones de una experiencia que se elaboraba en circunstancias y escenarios pre-

cisos. Muestran la variedad que podían adquirir las prácticas religiosas en el proceso de constitución de las Madres como una red de activismo con un repertorio específico de acción colectiva. Los grupos de afectados y víctimas del terrorismo de Estado, en el interjuego de una trama de relaciones que podía trascender a las organizaciones de derechos humanos y al discurso humanitario, recurrieron a la práctica y la simbología católica. Volviendo sobre aquello que señala Lorenz, en cuanto a que las Madres no desaprovechaban ningún espacio para instalar símbolos, ahora quizá podemos empezar a comprender no solo cuáles eran los símbolos que las madres estaban instalando, sino, además, cómo inducían de su repertorio de acción una semántica del amor y una pragmática del sacrificio en torno a la figura de la madre:²⁰⁹ “... constituyeron una protesta sui géneris que sustituyó la fuerza del número por la terquedad de los cuerpos sufrientes que reclamaban la verdad” (Sigal, 2006: 333).

Vigilia

El 25 y 26 de octubre de 1980, el Obispado de Quilmes organizó una vigilia de oración con los familiares de detenidos-desaparecidos. Para ello, el 24 de septiembre envió una invitación a todos los párrocos, vicarios, superiores religiosos, directivos de colegios católicos, movimientos de renovación y apostolado católico. El evento reunió una centena de madres y familiares de desaparecidos. Durante la vigilia se repartía un cancionero que debían seguir los participantes, orientados por el párroco, a la espera de que llegara el obispo a officiar la misa.

Tú que puedes cantar
por qué no cantas ya
la fe de los que luchan por un mundo mejor [...]
Los hombres hacen la historia
con su trabajo y sudor

209 Para un estudio de la consagración del sufrimiento político en el cruce entre catolicismo y política en la Argentina, ver Catoggio (2013).

y quieren liberarse de las cadenas
y del dolor.
Nosotros te entregamos tanta pasión
para que la bendigas y la conduzcas
hacia tu amor.²¹⁰

La vigilia se había planeado durante el mismo mes en que la Iglesia desarrollaba el Congreso Nacional Mariano en Mendoza, como parte de las celebraciones de un año dedicado a la Virgen. La celebración del Año Mariano no era ingenua, hacía un tiempo que las cúpulas de la Iglesia habían comenzado a desprejarse de algunas políticas implementadas por el gobierno de facto, alejándose del apoyo monolítico que habían practicado en las vísperas y los años fundacionales de la dictadura. A partir de 1979, entre los obispos comenzaba a articularse un consenso en torno a la necesidad de tomar distancia de la dictadura y eludir los embates críticos sobre la violación a los derechos humanos que se hacían sentir fuertemente en el exterior y comenzaban a oírse en el plano interno. Si bien el marianismo (culto a la Virgen María) echa sus raíces en una vieja tradición católica hispanoamericana, tenía una función ligada al presente debido a la devoción que suscitaba su figura por parte de los sectores populares, a la que también había hecho su contribución el catolicismo tercermundista.²¹¹ Las multitudinarias caminatas a Luján verificaban el enorme potencial que podía tener para un interés siempre presente en la Iglesia, a saber: la movilización de masas. Como hemos mostrado en un capítulo anterior, en la diócesis de Quilmes la instalación de figuras consagradas de la Virgen había seguido una estrategia similar en cuanto a su poder movilizador. Las Madres de Plaza de Mayo no ignoraban esta situación y actuaron en consecuencia al enviar una nota dirigida al delegado papal y a los cardenales Aramburu y Primatesta:

Para la cristiandad, este año está consagrado al culto mariano, a María la madre de Dios Hijo. Cada cristiano, en lo más recón-

210 Canto de la Vigilia de Oración con los familiares de los detenidos-desaparecidos, CPM, Fondo DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa Referencia, Legajo 18073.

211 Peregrinación Villera a Luján, 1969.

dito de su conciencia, le eleva un altar con su rito, la envuelve en un murmullo de amor, de tristeza y de gloria, cuando la acompaña en sus oraciones desde la alegría del nacimiento a la desolación de la muerte y al asombro de la resurrección. El arte ha corporizado, en infinitas versiones, la imagen de la Virgen en estos dos momentos extremos de su amor materno. María es la madre universal, es el símbolo de la maternidad excelsa. Ella da a la cristiandad un hijo, el Hijo de Dios. Pero para un cristiano el hijo de cada mujer es un hijo de Dios. Porque el amor lo concibe, pero el soplo divino de la vida es milagro de Dios. Por eso la iglesia católica, entre otros de sus principios absolutos reconoce la dignidad de la persona humana. Quien así no lo hiciese se aleja de la doctrina y la Iglesia, por intermedio de sus ministros, tiene que alertar a esos fieles.

Las que esta carta suscribimos, somos madres, Las Madres de Plaza de Mayo. Las “madres locas” de Plaza de Mayo, pero “locas” en el dolor, voces de un coro que repite, en todos sus diapasones –desde el llano susurro hasta el grito desgarrador, desde la súplica hasta la exigencia– la tragedia que nos fue impuesta por el secuestro y posterior desaparición de nuestros hijos. Nuestras individualidades se funden para ser la Madre de todos y cada uno de los “detenidos desaparecidos”. Representamos, pues, a miles y miles de mujeres argentinas que incansablemente elevan su voz preguntando por el destino de esos hijos, sin recibir respuesta alguna. Por tanto, exigimos que esta tragedia sea conocida, explicada y comprendida por todos. Necesitamos que se nos apoye y se nos ayude para lograr conseguir la justicia que venimos reclamando.

Las madres hemos recurrido a todos los estamentos eclesiásticos, en forma individual o colectiva, buscando no solo apoyo espiritual sino pidiendo a la Iglesia que ultime una solución a este problema. Y lo exigimos porque nuestra religión es inseparable de la justicia y la moral.

La iglesia debe tomar la voz de las madres para obtener la respuesta que ellas piden. Nuestra Iglesia conoce el profundo drama que golpeó a tantas familias argentinas... esperamos que la

voz de la Iglesia para abrir el camino de paz y concordia. Que solo transita por el camino de la justicia hacia la verdad.

Por eso debe hacer suyo este reclamo:

QUE EL GOBIERNO PUBLIQUE LA LISTA DE LOS DETENIDOS-DESAPARECIDOS, LUGAR EN QUE SE ENCUENTRAN Y CAUSA DE SU DETENCIÓN.²¹²

Mientras intensificaban su presencia en las celebraciones católicas, entre otras cosas marchando a Luján junto con los peregrinos, e insistían con cartas y notas sobre la necesidad de un pronunciamiento claro de la Iglesia sobre el tema de los desaparecidos, las madres participaban masivamente de la vigilia convocada por el obispo de Quilmes. Si por un lado este encuentro permitía aumentar la difusión en torno a los desaparecidos, encontrar nuevos afectados y consolidar los lazos entre los familiares y la comisión diocesana de Paz y Justicia, también se configuraba como una nueva oportunidad para reafirmar los paralelos simbólicos entre el sufrimiento de las madres y el de la Virgen María. En el *Vía crucis para familiares de detenidos desaparecidos* que se repartía durante la vigilia entre las Madres para que estas hicieran todo el recorrido, se apelaba a esas analogías:

4° Estación. Jesús se encuentra con su Madre Santísima.

Jesús caminaba desfigurado por el dolor. Encontrarse con su Madre fue motivo de nuevo dolor y, a la vez, de aliento.

Sus hijos detenidos-desaparecidos, queridas mamás, sufren sabiendo el dolor de Uds., sus madres, pero estén seguras que, al mismo tiempo, los alientan con su lucha, con su caminar incansable. El dolor de Uds., como el de María ante el tormento de Jesús, es también redentor, les da fuerzas, renueva su valor.

Pidamos a María, que camina con su Hijo y con todos los hijos de todas las madres, que, como Ella, Uds. jamás dejen de buscar y acompañar a sus hijos detenidos-desaparecidos.

[...]

6° Estación. La Verónica enjuga el rostro de Jesús

Cuando tantos varones amigos de Jesús, entre ellos el mismo S. Pedro, huían escondiéndose, una MUJER enfrenta, sin miedo,

212 Archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata.

a los soldados y se acerca a consolarlo. Es lo que miles y miles de mujeres de toda edad, madres, han hecho ante el horror de los detenidos-desaparecidos. Ellas nos enseñaron a no ser cobardes, a no temer ni a soldados ni policías por crueles y amenazantes que fueran.

Pidamos al Señor que todos, como ellas, tratemos de acercarnos a nuestros detenidos-desaparecidos y a todos los que sufren, para aliviar cuanto podamos sus dolores.

[...]

8° Estación. Jesús invita a las piadosas mujeres a que lloren el pecado

Jesús es hombre: sufre y siente, comprende a cuantos lloramos por nuestros detenidos-desaparecidos, pero quiere también que descubramos la raíz de todo este terrible mal, que veamos que es el EGOÍSMO, la defensa de los privilegios, de antiguas injusticias, el que lleva a este crimen horrendo, la detención-desaparición, que es todo un sistema viciado y anti-cristiano de vida que a veces también disfrutamos.

Pidamos al Señor que, ante el dolor de estos Cristos de hoy, nuestros detenidos-desaparecidos, nos dispongamos a combatir en nosotros y en nuestro mundo el EGOÍSMO que originó este crimen horrendo.

[...]

13° Estación. Jesús es bajado de la Cruz y puesto en brazos de María

María dio al Hijo de Dios su carne y su sangre y le enseñó a amar para que fuera Jesús de Nazareth. ¡Bendita Madre!

Uds., mamás, dieron su carne y su sangre y les enseñaron a amar tanto a sus hijos que tuvieron que hacerlos desaparecer porque molestaban a los planes criminales que hoy padecemos. ¡Benditas Madres!

Vamos a pedir a Jesús y a María que todas las Madres de los detenidos-desaparecidos, se sientan realmente orgullosas de sus hijos y, con su lucha, logren recuperarlos vivos y sanos y tenerlos de nuevo entre sus brazos.²¹³

213 Hoja escrita a máquina conservada en el archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata.

Desde la perspectiva de la historia política de la Iglesia, no puede dejar de destacarse el largo proceso de oficialización y normalización del culto a la Virgen. A principios del siglo XX, en el proceso de romanización de la Iglesia argentina, la jerarquía eclesiástica y la Santa Sede invirtieron mucha energía en institucionalizar y depurar de todo rastro de heterodoxia las devociones populares, y proyectaron a su vez aquellas que trascendían el ámbito local hacia un horizonte nacional. Entre distintos cultos y la construcción de un santoral criollo, se destacó el estímulo del culto mariano, que no era nuevo, pero que por esta época gozó de un fuerte apoyo de las cúpulas. En 1887, monseñor Aneiros coronó la imagen de Nuestra Señora del Luján y en 1890 comenzó la construcción del templo en su honor, lo que echó las bases de la devoción nacional por antonomasia. Este intento de normalización de la religiosidad popular estuvo en el centro de la estrategia de recristianización desde comienzos de siglo y contribuyó a extender la devoción por la Virgen (Di Stefano y Zanatta, 2009: 345-346). Sin embargo, desde una perspectiva antropológica, el marianismo es un culto marcado por el género, simboliza la madre dolorosa, sufriente, quien está de luto por su hijo perdido. Coloca en una tensión la agencia femenina en contextos adversos y de victimización, permite dar sentido y una fuerte identidad. “El sufrimiento, por medio del autosacrificio constituye un vehículo para reivindicar la virtud de las mujeres [...] no es el sufrimiento en sí el que se entiende como una virtud, sino sufrir como un hecho visible”, sostiene Turid Hagene, y señala que mientras muchas antropólogas ponen el acento en la victimización simbolizada en el sufrimiento y aparente pasividad y sumisión de María, considera importante poner atención en la capacidad de acción que las mujeres demuestran cuando transforman el sufrimiento y el autosacrificio en influencia. En este sentido, el marianismo puede ser considerado como un culto de la superioridad espiritual femenina que ubica a las mujeres como moralmente superiores y espiritualmente más fuertes que los hombres (Hagene, 2006: 158).

Esta invocación de la Virgen María tenía una doble cara: por un lado, era la imagen que difundía la Iglesia para vincularse más estrechamente con la devoción popular; por otro, resultaba una figura

adecuada para situar el sentido y la legitimidad del sufrimiento materno por la desaparición de los hijos. En un momento en el que la culpabilización a las propias víctimas era lo corriente, este discurso revertía su carga semántica al encontrar analogías con Cristo. Más allá de que, efectivamente, entre los primeros grupos de familiares la creencia y la práctica católica no era su denominador común, la disputa por los sentidos de la ética cristiana y sus rituales constituyó a la vez un elemento estratégico e identitario en los inicios del movimiento, que no solo se circunscribía al uso icónico, sino que también implicaba la construcción de relaciones con actores de la institucionalidad católica, así como el epicentro cultural desde el cual se elaboraba la experiencia de la desaparición forzada de personas, la redefinición de lo maternal a través de reelaboraciones del culto a la Virgen María, y también, aunque no exclusivamente, la puesta en discusión por parte de las mismas madres que se consideraban parte de la grey católica del rol que se esperaba asumiera la jerarquía. Esos elementos estratégicos e identitarios fueron procesados vertiginosamente entre 1976 y 1981, configurando un complejo, paradójico y tensionado espacio de experiencia. Esa mutación atravesó distintos repertorios de acción utilizados por los familiares de desaparecidos: desde la solicitud de información en oficinas públicas, despachos militares y sedes obispaes hasta la ocupación sorpresiva de catedrales, pasando por misas, vigalias y ayunos, lo que marcó, al mismo tiempo, el ritmo de la transformación de la solicitud en reconocimiento, reclamo, denuncia y confrontación. Estas sucesivas reconversiones de personas que sin un reconocido pasado político y militante llegaban al activismo frente a la circunstancia forzada de la desaparición de sus hijos fueron acompañadas por reconsideraciones y reinterpretaciones de la narrativa, el ritual y el espacio católico. Las estrategias de cobertura de los/las activistas en condiciones represivas, la visibilización de los reclamos y la cualificación moral de los acontecimientos, sus responsables y sus víctimas tensionaron hacia adentro de ese espacio.

La figura de la Virgen María como madre protectora que enfrenta el poder ya estaba presente en ciertas formas de catolicismo político y popular. En las manifestaciones villeras de fines de la década del sesenta y principios de los setenta, promovidas por el equipo

de sacerdotes de la pastoral villera, la Virgen era presentada como madre de los pobres: “Han venido alentados por el canto que ella gritó un día y que la fe hoy actualiza. Mi alma canta la grandeza del Señor... porque derribó del trono a los poderosos y elevó a los humildes”.²¹⁴

De allí que Antonio Puigjané y otros sacerdotes formados en esta tradición tercermundista del catolicismo estimularan la producción de estas alegorías sobre la Virgen. Pero, sin duda, un mito no tiene eficacia si no puede modelarse en función de las circunstancias históricas, por eso la Virgen madre de los humildes y enfrentada a los poderosos, en este nuevo contexto, se fusionaba bajo los ropajes de una Antígona católica que reclamaba por el destino de sus hijos y enfrentaba al poder “sin temer ni a soldados ni a policías”.

Imagen 4. Vigilia de Oración, Diócesis de Quilmes, 25 de octubre de 1980



Fuente: archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata.

214 Adhesión a la peregrinación a Luján de los habitantes de las villas de Capital y Gran Buenos Aires, Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo de Capital en Gran Buenos Aires, 28 de diciembre de 1969.

Imagen 5. Vía Crucis organizado por la Comisión Diocesana de Paz y Justicia con las Madres de Plaza de Mayo, 1980



Fuente: archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata.

Imagen 6. Vía Crucis organizado por la Comisión Diocesana de Paz y Justicia con las Madres de Plaza de Mayo, 1980



Fuente: archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata.

Ayuno y oración

En la esquina de la calle 51, Hebe me estaba esperando. Y me dice: “vos sos una de las que va al Ayuno, el sábado tenés que estar a las seis de la tarde en la Plaza de Quilmes, vamos a ir a la Catedral”. Tuvimos el concierto y yo me fui a casa. Estábamos a dos días de la Marcha de la Resistencia, y por la organización de esta yo había pedido muchísimas licencias sin sueldo, y aunque ya estaba cobrando mi jubilación, en el cargo de preceptora que tenía estaba muy ahogada ahí, necesitaba tenerlo al trabajo, mantenía una familia fuera del país. Y en esas cosas locas, pienso, me tengo que accidentar. Fui al baño, y me tomé la mano derecha, hice el gran esfuerzo de golpear sobre el lavabo lo más fuerte que pudiera. Tenía intención de romperme un hueso, pero... siempre hay una reacción... superior, que es la conservación de la vida. No obstante, me di un buen golpe, salí rápido para un

sanatorio de La Plata, dije que me había caído, que me dolía mucho, me hicieron radiografías. El director de ahí me dice, mire no hay fractura, pero tiene un golpe fuerte, y yo creo que tenemos que enyesarla. Y así hizo, me enyesó el brazo derecho. Por lo tanto, yo tenía que pedir licencia en la escuela, ya por una razón diferente a sin goce de sueldo. Y aparecí en la plaza el día de la Marcha de la Resistencia con mi brazo encabrestado. Bueno, al día siguiente del fin de la Marcha, teníamos que estar en Quilmes. Nos reunimos en la plaza frente a la Catedral. La elección de ese lugar fue porque, si bien estábamos seguras de que el Obispo no nos iba a aplaudir, teníamos también la certeza de que no nos iba a mandar a la policía. Cada una tenía asignada las funciones y cada una conocía su zona, sobre todo en Buenos Aires. En La Plata jamás hubiéramos podido hacerlo, eso ya lo habíamos descartado. A la misa de las 19 entramos, nos habíamos llevado una muda de ropa y si teníamos medicamentos, o cosas así, y nada más (la ropa interior). Y cuando termina la misa, ya las compañeras que estaban designadas para la prensa y la comunicación interna comunican al párroco que hay un grupo –creo que éramos siete inicialmente– de Madres que van a permanecer ahí. Otras fueron a darle la participación al obispo Novak. Y bueno, ahí empezó nuestra estadía. Ese día hubo idas y vueltas pidiéndonos que nos retiráramos. Ese mismo día el sacerdote que daba la misa dijo que había gente... que no correspondía. Y después, ya abiertamente...

A la feligresía, que teníamos alguna intención no sé... Y al otro día ya definió con términos bastante duros la presencia nuestra. Creo que tuvimos visitas tres días, me parece. Estuvimos doce días, desde el once hasta el veintitrés [de diciembre de 1981], que se fijó ahí... Nosotras íbamos hasta que dejáramos de existir, pero..., no, no había necesidad... Era más importante seguir estando para seguir la lucha, ¿no? A partir de que se suspendieran todas las misas, incluso ahí, en esos días, se iba a realizar la consagración de sacerdotes, el Obispo la cambió a otro lugar. Nosotras quedamos encerradas y ya no pudo entrar nadie a visitarnos. Se acercaban las compañeras o los familiares de la zona a

llevarnos líquidos para tomar. Teníamos un baño, ningún lugar donde calentar ni preparar un té o un café, de eso no teníamos nada. Pero curiosamente entraban dos personas todos los días, uno decía ser periodista del *Sol de Quilmes* y el otro decía que era de... un diario que tenía conexión con el diario *El Día* y con otros diarios. Esa gente sí publicó en el *Sol de Quilmes*, salió que había un grupo de mujeres, todo eso.

Al día siguiente de iniciar el ayuno, apareció el padre Antonio Puigjané, se había enterado e inmediatamente pidió autorización a su Obispo para que le permitiera acompañarnos. En la foto está Puigjané, esta es Quita Chidichimo, ella falleció hace muy poquitos días, era la poetisa que teníamos ¡escribió tantos versos!... Ella sí que estuvo desde el primer tiempo y hasta ahora, ella y el esposo venían siempre, el esposo había sido de la Marina. Esta es Laura Ribelli, de aquí de La Plata, falleció hace seis o siete años. Esta es Hebe. Había una italiana, que tenía una hija desaparecida, que parecía mucho mayor que nosotros, que en un momento dado tuvo un alza de presión que los médicos le dijeron que tenía que retirarse y se negó terminantemente a irse. Porque a nosotras nos empezaron a controlar, un médico de Buenos Aires que era familiar o amigo de Marta Vázquez —que Marta no está en el Ayuno, sino que tenía a cargo la difusión— y, de acá de La Plata, el Dr. Triana, que también le preocupaba que yo tenía poca presión todos los días. Ahora el bajón enorme se produce el segundo día, más o menos, de estar así en ayuno, lo empezabas a notar. Yo eliminaba mucho líquido y a la noche noté que estaba con baja presión. Pero no tuve otro inconveniente más que eso.

La llegada de Antonio nos cambió absolutamente el panorama, por la forma de organización que nos dio, no teníamos tiempo para pensar porque nos organizaba momentos de oración, momentos de conversación, momentos de canto, nos hacía equilibrar el día. Teníamos incluso humor. Cuando él llegó, Nora Cortiñas, que es muy chispeante, se enoja muy fácil, pero te hace reír con la misma facilidad, le dice: “Ay Antonio, yo duermo en el altar mayor, porque soy el cordero de Dios”. Y dormía

en los escalones del altar mayor. Y yo dormía en un banco. Y a la noche me sacaba el yeso, y de día me lo ponía, por si las peras.²¹⁵

En 1981, la crisis económica y el intento de apertura política liderado por Viola provocó un estado de deliberación entre los diferentes actores que sostenían a la dictadura, que relajó parcialmente la dimensión represiva del régimen y abrió algunas fisuras. Los organismos de derechos humanos identificaron esta coyuntura como una oportunidad para amplificar sus reclamos. En un marco en que el diálogo que entablaban algunos miembros del régimen con diferentes sectores políticos excluía cualquier tratamiento de la cuestión de los desaparecidos y de los presos a disposición del Poder Ejecutivo, los organismos de derechos humanos entendieron que era el momento de presionar apoyándose en los respaldos internacionales que seguían creciendo al calor del activismo cada vez más intenso que habían entablado en diferentes foros internacionales.

El día 15 de octubre, organizaron una marcha para entregar un petitorio a la Multipartidaria, en el que reclamaban que se esclarezca la situación de los desaparecidos y en el que pedían la libertad de presos políticos y gremiales. La Asociación Madres de Plaza de Mayo le envió una carta a Novak en la que solicitaban que salga de su diócesis para participar de la concentración y de la comitiva de personalidades públicas que la encabezarían:

Monseñor, las madres hemos asistido a muchas de sus misas y al encuentro organizado por usted para las madres de desaparecidos. Sabemos bien, en consecuencia, de su posición ante nuestro problema y conocemos de algunos actos que, motivados por el mismo, organizó y presidió en su Diócesis. [...] Usted nunca salió de su Diócesis para estas concentraciones, pero creemos que en este caso tan especial, su fe y comprensión sobre el problema le dictarán estar presente. La tensión a la que se ha llevado el problema de los detenidos-desaparecidos y el absoluto silencio que se pretende guardar sobre el mismo, debe tener definitiva

215 Entrevista a Adelina Dematti de Alaye, 9 de marzo de 2011. Archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata.

solución. Estamos convencidas, monseñor, que de su presencia será una extraordinaria ayuda para lograr lo que se peticiona. Le rogamos nuevamente: ¡Esté con nosotras, monseñor!²¹⁶

Cuando las madres lanzaron su primera marcha de la resistencia, imaginaron sobre todo concretar una iniciativa que importara un esfuerzo particular, especialmente físico, para demostrar lo que eran capaces de hacer como expresión de entrega y compromiso con la vida de sus hijos. Un esfuerzo físico en el que hicieran cuerpo su reclamo, y al hacerlo cuerpo, lo volvieran más creíble. El esfuerzo físico las calificaba moralmente.

El ayuno en la catedral de Quilmes había sido decidido y mantenido en secreto, y hasta el momento de su realización solo era conocido por la comisión directiva de la organización. El 12 de diciembre, un grupo de Madres ingresaron a la iglesia durante la misa de las 19 horas, y avisaron al párroco que se quedarían allí ayunando hasta que sus reclamos fueran atendidos por las autoridades. Al enterarse de la situación, Novak expresó su desacuerdo con la acción, que tampoco contaba con la aprobación de Adolfo Pérez Esquivel, ya que no lo consideraban oportuno, dado que el Obispado estaba en la mira del gobierno por su participación en las tomas de tierras en Quilmes Oeste,²¹⁷ las ollas populares en diferentes parroquias cercanas a las fábricas que estaban cerrando y por su involucramiento en la huelga de hambre de los trabajadores despedidos de la fábrica Serma. El párroco a cargo de la catedral amenazó con sacarlas con la policía y no dejó de hostigarlas en sus sermones durante toda su estadía. Por su parte, el vicario de la Comisión de Paz y Justicia de la diócesis, el padre José Andrés, intentó convencerlas de que depusieran su actitud, pero ante la negativa se comprometió a que no serían sacadas por la fuerza. Las madres aducían que hacía cinco

216 Carta a Novak de la Asociación Madres de Plaza de Mayo, 29 de septiembre de 1981, en De la Serna (2002: 82).

217 En noviembre, el gobierno había reforzado el cerco sobre los predios tomados e impedía cualquier conexión de los asentados con el exterior. Por intermedio del Obispado, se había conseguido que las fuerzas de seguridad aceptaran dejar pasar alimentos, atención médica y agua para los ocupantes. Recién con la derrota militar en las Islas Malvinas, en junio de 1982, el cerco a las ocupaciones se acabaría.

años que solicitaban este permiso al obispo y le era denegado, y si bien no podría ser el momento social y político, “sí era el momento religioso, ya que en el tiempo de advenimiento de Jesús nos ofrece Fe, Esperanza y Reconciliación”.²¹⁸

Mientras el párroco Isidoro Psenda presionaba diariamente para que las Madres se retiren del templo, el fraile capuchino Antonio Puigjané se sumó al ayuno. A su vez, el ayuno de la catedral de Quilmes estaba sincronizado con uno similar que se desarrollaba en la catedral de Neuquén y contaba con el apoyo del obispo Jaime de Nevares. En los días siguientes, las Madres comenzaron a recibir cientos de telegramas de adhesión de numerosos grupos de solidaridad del extranjero.

Lo que había empezado como una discrepancia que se expresaba bajo la presión y los límites de una estructura de sentimiento que rechazaba que los desaparecidos *fuieran eso* que muchos funcionarios del gobierno, periodistas, obispos y sacerdotes afirmaban, y que había encontrado una expresión en algunas misas por los desaparecidos, tanto en aquellas en las que se acusaban a los familiares como responsables de la desaparición de sus seres queridos como aquellas en que se los ubicaba como víctimas inocentes de un poder injusto y criminal, con el correr de los años dio lugar a formas más estratégicas, directas y beligerantes de ocupación del espacio y denuncias directas del accionar del régimen dictatorial con respecto a los desaparecidos, que comenzaron a tener un impacto amplificado y trascendente en una esfera pública más amplia. Pronto, la acción directa de las madres encontraría los bordes de la discrepancia con la estrategia *moderada y humanista* del obispo. Ahora, el conflicto evolucionaba hacia una tensión entre estrategias distintas de diferentes actores del movimiento, frente a una coyuntura que se percibía adversa a partir de los cambios internos que se estaban sucediendo en el régimen y, al mismo tiempo, ponía en evidencia las tensiones interpretativas del discurso católico sobre los desaparecidos y los reclamos de los familiares, por parte de actores

218 Nota escrita a máquina, 12 de diciembre de 1981. Archivo personal Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata.

que habían encontrado en los primeros años una afinidad electiva entre ciertas formas de pensar la ética cristiana y la denuncia de los crímenes cometidos por la dictadura. Entre otros, ese límite estaba planteado por la preservación institucional de la diócesis y el cargo del obispo.²¹⁹ Pero, además, respondía a un aprendizaje político de las Madres, que demostraban su capacidad de coordinar acciones simultáneas, mantenerlas en secreto, obtener respaldos internacionales y sostener durante varios días un ayuno en un espacio donde recibían presiones cruzadas. Además, mostraban una nueva destreza en la combinación de diferentes retóricas, podían invocar el “tiempo del advenimiento” para legitimar en términos religiosos su ocupación del templo y, al mismo tiempo, exigir a la jerarquía en términos políticos una toma de posición más clara sobre “el escandaloso crimen público” y advertir que ellas, que eran apenas una decena en una alejada iglesia del Gran Buenos Aires, “eran miles y miles, y pronto serían millones”:

Las ayunantes, diez Madres de Plaza de Mayo, y el sacerdote acompañante al retirarnos de la Catedral de Quilmes, después de diez días de ayuno y oración queremos expresar: el Pueblo Argentino y el Mundo mismo es consciente de quiénes son los responsables directos de los secuestros, desapariciones que torturan a miles de familias; por eso una vez más exigimos a las autoridades urgentemente una respuesta cabal y exacta.

Les recordamos que somos miles y miles y pronto seremos millones pues se van sumando cuantos tienen el corazón limpio, los que reclamamos que cese esta tortura cruel que lleva años que se agrava cada día. ¡Sin esto no puede haber paz!

Y casi con vergüenza por lo reiterado y lo evidente queremos también pedir a la Jerarquía Católica de quienes las Fuerzas Armadas declaran ser hijos fieles que les exijan no con prolijas declaraciones para estudiar sino con hechos, que ya mismo

219 La tensión entre la interpretación *fuerte* de los evangelios y los recaudos institucionales de las formas de gobierno de la Iglesia volverá a repetirse en otras circunstancias históricas cuando algunos sacerdotes reclamen un involucramiento más radical con la causa de los desocupados.

acabe este escandaloso crimen público que dura años. Por último, agradecemos la solidaridad de cuantos se nos acercaron estos días con un gesto, una palabra o una oración y queremos perdonar para que se abran sus ojos a quienes trabajaron para inutilizar nuestros esfuerzos.

Que aparezcan con vida nuestros hijos detenidos y desaparecidos.²²⁰

Un mes más tarde, a fines de enero del año siguiente, Hebe Pastor de Bonafini le escribe a Novak tratando de aclarar el entredicho:

Apreciado Padre

Hemos dejado pasar unos días para decantar nuestras apreciaciones sobre los hechos ocurridos en Quilmes que protagonizamos las Madres y lógicamente –sin quererlo– Vd. también.

[...] estamos convencidas que todo cuanto hagamos por nuestros hijos, será poco para hallarlos, partiendo de esta premisa, no sentimos temor por el pecado. Ellos son para nosotras jirones sangrantes de esta vida de martirio que padecemos y ciertamente creemos que es nuestra autodefensa, luchar sin claudicar.

Sentimos que Vd. nos ha comprendido, si bien es cierto, hubiera estado a salvo en otra parte, asumió su compromiso con esa casi extinguida caridad cristiana, tan valorada por estas madres que seguimos en medio de una orfandad vergonzante, por parte de quienes debieran ayudarnos a encontrar a nuestros hijos.

No hace falta ser demasiado lúcidas, simplemente hay que sentir una angustia como la nuestra para saber agradecer a un pastor que calme su rebaño, que lo defienda, aunque sea poco, pero que lo proteja del ataque de las jaurías.

En esa Casa, sentimos miedo, casi terror, pero todo fue poco, por los hijos hubiéramos querido sentir mucho más aún y que el señor nos lo devolviera, pero si ello no fuera posible, Dios es testigo que nuestra lucha seguirá hasta la muerte, para que nunca más una madre viva este calvario, aunque dentro de su inmenso dolor, ella encontrara una mano cálida y una mirada

220 Nota escrita a máquina en Archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata.

comprensiva como la suya y un gesto que aunque algunos juzguen indiferente, nosotras sabemos bien que fue indulgente [...] La fe puede perderse porque el dolor a veces nos ciega, pero también puede recuperarse cuando una pequeña luz se ve en la oscuridad.

Reciba todo nuestro sincero agradecimiento y nuestro convencimiento que Vd. no se engañó. Somos solo madres desesperadas que pedimos ayuda para encontrarlos y para que los hombres que olvidaron a Dios no vuelvan a cometer tanta injusticia.²²¹

En el marco de estas desavenencias, Novak decide suspender la realización de las misas por los desaparecidos.

Como explica Clarke, la primera *Marcha de la Resistencia* demuestra la aparición de nuevas y exitosas performances, pero en el *Ayuno* se combinan la desafiante actitud y determinación para enfrentar a los poderes más temibles, como la puesta en práctica de formas rituales y discursivas inscriptas en sus propias trayectorias. No es por tanto solo un recurso oportunista para desnudar la fuerte vinculación entre un Estado terrorista declaradamente católico y una Iglesia fuertemente comprometida con este. Es también el despliegue de repertorios posibles, creencias y hasta disputas por espacios, como la plaza y la parroquia (Clarke, 2009: 80).

221 Carta enviada a Novak por Hebe P. de Bonafini, presidenta de la Asociación Madres de Plaza de Mayo, 27 de enero de 1982, en De la Serna (2002: 85).

Imagen 7. Grupo de Madres de Plaza de Mayo que participaron del ayuno



A la izquierda del grupo de Madres de Plaza de Mayo se puede ver a Adelina con su brazo enyesado y colgando de un cabestrillo. Las otras Madres de Plaza de Mayo que participaron del ayuno eran Nélide F. de Chidichimo, Laureana de Ribelli, Elsa Benítez, Elsa de Tocco, Virginia Mateu, Dora de Pérez, Hermelinda de Fernández, Nora de Cortiñas y Hebe Pastor de Bonafini. Detrás, el fraile capuchino Antonio Puigjané.

Fuente: archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata.

Este período seminal, en el que todavía no se había cristalizado una narrativa y una articulación estabilizada del discurso de los derechos humanos, se caracterizó por una exploración de todo el lienzo de posibilidades a la mano. Semejante a una *estructura de sentimiento*, estas prácticas no se configuraban como unidades fijas de sentido, sino como un conjunto de sentidos en proceso, embebidos en una etapa de emergencia de las redes de afectados

por el terrorismo de Estado. Elementos de significación que no necesitaban esperar una clasificación, una definición, ni una racionalización para ejercer presiones palpables y establecer límites efectivos sobre la experiencia y la acción (Williams, 1997). Elementos de sentido que, presentes y relacionados con discursos más tradicionales vinculados a lo humanitario, lo religioso y la moral familiar tradicional, se volvían disruptivos por el contexto en el que les tocaba operar. No como una ideología plenamente articulada, ni mucho menos como un lenguaje definido e independiente de otras formaciones discursivas o instituciones tradicionales, sino como elementos emergentes que en el modo de habitar dentro de esas formaciones típicas y sistemáticas ponían de relieve las tensiones experimentadas, los cambios y las incertidumbres, las formas intrincadas de la desigualdad y la confusión, como una conciencia práctica de la tensión que se vivía entre las interpretaciones oficiales y la experiencia, y que utilizaba los recursos disponibles en un contexto altamente represivo, no solo ejercido a través de la desaparición efectiva de las personas, sino además por la eliminación de toda condición de enunciación o referencia a lo político ejercida sistemáticamente por el poder dictatorial. De algún modo, esos elementos que señalamos expresaban una tensión, un desplazamiento, una inquietud, una latencia, en una fase embrionaria de su desarrollo en la que aún no habían sido plenamente articulados ni definidos, tensión que estaba presente en las redes de activismo que iba configurando el movimiento de derechos humanos.

No fue un vacío de relaciones sociales o una obsolescencia de las mediaciones tradicionales lo que provocó la emergencia de un movimiento social como el de las Madres, así como tampoco creemos que el mecanismo de desaparición de personas inscripto en el terrorismo de Estado configurara un vaciamiento de formas de relación social antecedentes. Si este último se trató, más que de una destrucción de formas antecedentes de relación social entre los ciudadanos y el Estado, de una recodificación global y una generalización sistemática de un repertorio represivo que tenían sus antecedentes históricos, también las *peregrinaciones* de la Madres

por oficinas y parroquias, y la interpretación del *dolor* y la *indignidad* de sus provocadores bajo la narrativa cristiana y el mito de la Virgen María, muestran cierta persistencia de rasgos tradicionales, pero tensionados por la dislocación provocada por la experiencia masiva de la desaparición forzada. No será entonces el catolicismo presente en los primeros años entre las Madres solamente un conjunto de disposiciones culturales de una sociabilidad determinada por el género, la clase y la generación, sino la escena cultural misma donde se producirá la dislocación y la rearticulación de nuevos sentidos y prácticas.

La diócesis de Quilmes se convirtió en un nudo donde se entrelazaron esos diferentes flujos, en parte provocado por el propio activismo humanitario de Novak, en parte porque otros actores y actrices, entre ellas las Madres, percibieron y encontraron un escenario propicio.

La acción colectiva hizo que el lugar excediera el espacio local y lo cargó de relaciones que lo desbordaron. De las misas al Ayuno, se puede trazar un panorama de las disputas (por) y los cambios de los sentidos de lugar y la relevancia que adquieren para los actores en conflicto. El Ayuno fue un acontecimiento que puso de manifiesto que los lugares se configuran a partir de entramados sociales que los exceden. Recordemos que Novak había puesto un especial interés en trazar fronteras y recorridos que le permitieran proteger a su comunidad, al mismo tiempo que la impulsaba hacia un mayor compromiso con la denuncia humanitaria. Su estrategia institucional debía mantener ciertos equilibrios sostenidos sobre un delicado ápice expuesto a diversos riesgos. La dinámica de la acción de las Madres, concentrada en torno a sus aspectos fuertemente expresivos, entró en conflicto con esa estrategia y, al mismo tiempo, operó como un catalizador que llevaba la acción un paso más allá del límite que el obispo no estaba dispuesto a cruzar.

Al salir del templo, las madres lanzaron un reproche: “En esa casa sentimos miedo, casi terror”. Sin embargo, décadas más tarde, Adelina recordó la finalización del conflicto con una tonalidad

menos sombría, la memoria iluminaba el retrato de otro modo: “Ese día vinieron más de cien personas y todo terminó con esa gente dando una vuelta a la plaza con cánticos”.²²²

222 Relato de Adelina Dematti de Alaye. Ayuno en la catedral de Quilmes, entrevista: 9 de marzo de 2011. Archivo personal de Adelina Dematti de Alaye, Madre de Plaza de Mayo, La Plata.

Capítulo 6. “¿Por qué vinieron?”

Apoyado con su brazo derecho en el improvisado cerco de alambre entretejido que bordea el patio delantero de su casa, Juan contesta las preguntas que la entrevistadora le hace para el proyecto de investigación sobre el medio ambiente y el hábitat urbano del Instituto Internacional para el Medio Ambiente y el Desarrollo con sede en Allahabad (India) y otra serie de organismos internacionales que se han reunido en cooperación para llevar adelante la iniciativa de estudiar, en diferentes partes del mundo, la formación de barrios de sectores populares.

¿Usted pregunta por qué vinimos? (le retruca a la joven asistente social). La verdad, nosotros andábamos con problema de vivienda; alquilamos durante nueve años y al final, aunque no habíamos hecho contrato, se venía el desalojo (...) los dueños mandaron telegrama y la policía estuvo a punto de caernos encima. Diga que había hablado con un defensor de pobres de aquí de Quilmes y pudimos pararlo. Conservamos esa piccita que teníamos en Solano, se caía a pedazos, no valía dos pesos y la humedad te mataba. Yo trabajaba de mantenimiento en la confitería El Molino y un compañero que sabía mi problema me anotició que le habían dado un lote en lo que ahora es el barrio El Tala. Me dijo: andá a anotarte que te van a dar. Y me vine hasta la Parroquia de Itatí, en la época que ese señor Menotti daba número. Pagué los cinco palos y ese mismo día me traje unas chapas con un muchacho que traía soda al lugar desde donde se partiría hacia los lotes. Ese viernes fue eterno; eran colas y colas

de gente y nadie sabía para dónde iba a derivar. Alguien gritaba ¡¡San Martín!! ¡¡San Martín!! y uno se mandaba en esa dirección. Cuando llegamos había gente que marcaba con un hilo los lotes. Decían: este para mí, este para mi tío, este para mi hermano. La verdad es que no había ubicación buena disponible. Yo quería un lote para vivir, entonces me decidí a marcar uno contra la fábrica. Las chapas me alcanzaron para hacerme un ranchito chiquito. Al segundo día algunos empezamos a movilizarnos. La verdad es que estábamos con los lotes, pero perdidos; vinimos acá, nos cobraron un número por cinco palos, pero no sabíamos para dónde arrancar. Como se hablaba tanto de la Iglesia Itatí fuimos a buscar apoyo allá, a preguntar, a saber algo. Juntamos la gente de acá y nos fuimos a la iglesia; fuimos los primeros en hablar con el padre. El diario *El Sol* nos sacó una foto. Nosotros ahí decíamos que no había sido el padre quien nos había dado los lotes, que nosotros queríamos estar orientados por alguien. Entonces el padre nos decía que lo único que él podía hacer era darnos un papel y que nosotros por manzana tratemos de solucionar los problemas, que cada uno se vaya ubicando y que quede claro que estos lotes son para la gente que los necesita, los que ya tienen lote comprado que se vayan. El cura nos dio veinte papeles, uno por manzana. Volvimos para el asentamiento y le acerqué los papeles a un muchacho que nosotros lo habíamos hecho delegado. Él dijo que no estaba seguro de quedarse y ahí nomás la gente me eligió delegado a mí. No me lo olvido más dice Juan y se queda absorto como saboreando su perplejidad (citado en Cuenya, 1985).

Empezó a venir gente

El relato de Juan es una crónica de cómo se involucró en una acción colectiva sin planificarlo, sin compartir de modo anticipado un objetivo con la multitud. Un problema familiar, un compañero de trabajo que cuenta cómo salió de su propia dificultad, un papel numerado que se le compra a un estafador. La adquisición de una

especie de turno para conseguir un lote, al que finalmente solo se accederá movilizándolo el propio esfuerzo y los recursos que se obtengan a través de familiares y amigos para ocupar un lugar que no será su residencia definitiva, sino el modo de ganarse el reconocimiento y, con eso, el derecho a tener un terreno. Y luego, más papeles, repartidos por un cura, en los que se dibujaba la manzana, los lotes que conformaban la manzana, y se escribía el apellido de la familia. Así se titulaba cada porción de terreno representado en una hoja de papel. Al asumir esa tarea, Juan era considerado un delegado y se aseguraba para sí y frente a los otros un terreno bordeado de alambre entretejido donde instalar “las cuatro chapas” con las que inauguró la construcción de su nuevo hogar.

Cuando comenzaron a producirse las ocupaciones de tierras en Quilmes Oeste, durante la primavera de 1981, una de sus características más remarcadas era su carácter masivo y veloz. Raúl Vicente Berardo, que luego de un largo periplo de traslados indicados por su obispo llegó para instalar una parroquia en los confines del distrito, en San Francisco Solano, describía los acontecimientos como quien presencia un diluvio que no para:

Empezó a venir gente a la parroquia para pedirme un lugar donde vivir y yo, sabiendo que había unos terrenos vacíos, les dije que se instalaran ahí, midiendo y dividiendo los terrenos en 10 por 20 metros. Al principio hubo pocos casos, pero una vez que comenzó a correr la voz fue viniendo más gente y así se armaban los asentamientos en terrenos que asignábamos una vez por semana. De esa época fueron los asentamientos La Paz, Campodónico y Santa Rosa. El cuarto asentamiento fue en El Tala, donde se ubicaron 600 personas y lo hicimos un sábado bien temprano. Luego vinieron otras 500 personas a verme y les dimos un turno para que se presentaran el sábado siguiente en la Avenida San Martín. Hasta ese momento, como estábamos dentro de la parroquia, no se había hecho público, pero en este caso los terrenos estaban al lado de una avenida. Los convocamos el 21 de noviembre a la noche. Calculo que unas cinco mil personas se fueron a los terrenos, todos caminando en medio de la

noche. Parecía el Éxodo. Al día siguiente, los que circulaban por la avenida se encontraron con un barrio nuevo. La gente seguía viniendo y yo no sabía cómo hacer. Entonces me acordé de un terreno que no pertenecía a la diócesis de Quilmes sino a la de Almirante Brown. Le decían Monte de los Curas, porque estaba al lado de una iglesia. Y para allá se fueron todos... luego mandaron muchísimos policías que rodearon los asentamientos y no dejaban que nada ni nadie entrara, ni siquiera agua. Se armó un revuelo terrible. Venían de todos lados a hacerme reportajes y algunos titulares decían: Cura comunista en toma de tierras. El obispo Novak me llamó furioso porque había hecho todo eso sin consultarlo. Tenía razón, pero no fue algo premeditado, surgió al sentirme responsable por toda esa gente que estaba en la calle. [...] Armé una Junta Coordinadora con delegados por manzana y una vez por semana los asesoraba cómo hacer para conseguir el agua, la electricidad y resolver los conflictos entre vecinos. Fue una experiencia muy positiva porque se formó muchísima gente [...] La parte dolorosa fue que Novak seguía muy enojado conmigo y quería que me fuera de la parroquia (Berardo citado en Diana, 2013: 50-51).

El efecto sorpresivo de la movilización de miles de personas buscando y ocupando tierras no podía pasar desapercibido. El propio Novak lo recordará más tarde a partir de recordar una ajetreada escena nocturna como un “espectáculo inesperado”, probablemente refiriéndose a la misma noche a la que hacían mención Juan y el cura Berardo:

Recuerdo bien los últimos meses del año 1981, en la zona de Quilmes Oeste. Especialmente me quedó grabada una escena nocturna del mes de noviembre. Por la tarde había visitado un asentamiento de la zona, acompañado por el párroco. Pasé luego a la parroquia, donde quedé un par de horas. Al entrar luego, a las 23.00hs, a la Pasco para regresar al centro de Quilmes, asistí a un espectáculo inesperado. Me encontraba solo en el coche, paré la marcha y me puse a mirar. Una caravana interminable de camiones, viniendo por la Pasco, entraban en la calle de la

Paz. Algunos medios me adjudicaban el operativo, especie que ganó credibilidad hasta en esferas gubernamentales. El rumor era totalmente falso (Novak, 2006: 7).

Una vez que había irrumpido, era necesario encontrar un marco explicativo que encuadrara y estabilizara el acontecimiento. Cuando salió a la luz pública, se lo ligó automáticamente a la expulsión de los villeros de la Capital Federal en el marco del plan de erradicación de villas llevado adelante por la dictadura. Efectivamente, decenas de miles de familias habían sido despojadas de sus viviendas y obligadas a retirarse hacia la periferia del Gran Buenos Aires con los medios a su alcance, además de que existían denuncias de traslados de población realizados por las propias fuerzas militares. Aunque entre una situación y otra había al menos una distancia de tres años –las erradicaciones comenzaron en 1978 y las ocupaciones del sur del conurbano en la primavera de 1981–, el Gobierno provincial no dudó en explicitar que la crisis habitacional del Gran Buenos Aires era el fruto de la irresponsabilidad de las autoridades de la Capital que no habían previsto la reubicación de esas familias desalojadas.²²³ Para el propio Berardo, esa era la explicación de por qué habían venido tantos y tan rápido: “... fue en esa época de manera espontánea que empezó a aparecer un tema que habría de traer muchas consecuencias. [...] [Cuando] el intendente de la Capital Federal Cacciatore, en 1981, comenzó a cargar la gente de las villas en camiones y los llevaban a la provincia a dejarlos en cualquier lado” (Berardo citado en Diana, 2013: 50)

En ese entonces, el sacerdote claretiano Daniel de la Sierra estaba planificando una cooperativa de viviendas con sus feligreses paraguayos desalojados de la villa porteña de Barracas y Novak lo había ayudado a gestionar los terrenos y su propia incardinación en la diócesis de Quilmes, para seguir de cerca el emprendimiento. El cura De la Sierra tenía una extensa participación en la organización de los pobladores de villas de la Capital Federal como miembro del equipo de sacerdotes villeros que había surgido bajo la dirección de

223 Para una historia breve de las villas durante la última dictadura cívico-militar ver Cravino (2006, 36-55; 2009: 25-32)

Carlos Mugica. En alguna ocasión había asesorado a Berardo sobre las formas de plantear el derecho a la vivienda y había asistido a alguna reunión con vecinos en la parroquia Itatí (Vernazza, 1989). Sin embargo, muchas de esas personas entre los veinte mil que se habían acercado hasta San Francisco Solano en busca de un terreno nunca habían residido en una villa de Buenos Aires. Eran trabajadores que alquilaban su vivienda en algún barrio de la zona o vivían en la casa de algún familiar, hacinados y compartiendo la vivienda con otros hogares.

La interpretación de esta iniciativa del religioso claretiano, que hacía tiempo era vigilada por la Policía bonaerense, conectada con el masivo proceso de ocupación de tierras, gestaron entre las autoridades provinciales la teoría de un complot según la cual, en la diócesis de Quilmes, bajo la cobertura del obispo, un grupo de curas rojos había planeado un asentamiento masivo de villeros que desestabilizaría al Gobierno provincial y al municipal.

El rumor hacía su propia tarea de desplazamiento al pasar del interrogante “¿por qué vinieron?” hacia el conspirativo “¿quién los trajo?”. Multiformes como Proteo, los rumores sobre “el tal señor Menotti”, denominado así por atribuirle un parecido físico al entonces técnico de la selección nacional de fútbol, con el que habían entrado en contacto numerosas personas antes de llegar a las tierras baldías de San Francisco Solano y Almirante Brown, se transmitía espontáneamente de boca en boca, vehiculizando y difundiendo al azar los contactos, los encuentros, las conversaciones. El rumor recubría y personalizaba un efecto perverso provocado por el propio gobierno de facto al establecer una ley que restringió los loteos populares, lo que generó rápidamente un estrechamiento de la oferta de tierra y un aumento exponencial de su demanda. Menotti no era más que un simple estafador que había intentado sacarle rédito a la venta ilegal de tierras que había provocado la propia legislación y se había visto desbordado por la concurrencia en un mercado de un único oferente. Incrédulos sobre el alcance de la mano invisible que habían extendido hasta el paroxismo, para el Gobierno provincial era más verosímil que un personaje oscuro los hubiera traído para usurpar los terrenos. Entre rumores y sospechas se asistía, en plena

dictadura –con una fuerte contribución de sus políticas urbanas–, a la finalización del segundo ciclo expansivo de la urbanización del Gran Buenos Aires y con ello se daba inicio a una nueva era de desigualdades urbanas.

Finalmente, la policía pudo dar con el domicilio de “Menotti” y ubicar a su esposa, que sostuvo una y otra vez que su marido, un sencillo botellero, no había hecho más que vender un bono contribución con el objetivo de juntar fondos para ayudar a los nuevos vecinos de la zona. Aunque las denuncias de los asentados contra “Menotti” eran mucho más graves:

Ese señor influyente al que todos recuerdan como Menotti, el Flaco [...] Aparentaba dirigir todo. Quería cobrar los terrenos... Vino diciendo que tenía directivas [...] decía amparado por la policía, por el gobernador, por la iglesia [...] Venían y hacían desmanes, siempre andaba con su patota [...] Tipo mafia. Les daba los terrenos a los que pagaban y al resto los echaba. Entonces como acá era el barrio más nuevito, la gente lo quería mucho como líder a él, porque él los había traído [...] para poder avanzar tuvimos que sacarnos de encima a algunas personas que se estaban aprovechando de buena fe de los vecinos (Fara, 1985: 127).

Mientras tanto, el gobierno intentó parar el desborde provocado por la afluencia de personas con un cerco policial que cerró la entrada y la salida de los predios tomados y envió a un agente a infiltrarse con su familia colocando una tienda de campaña entre los asentados. Ahora tenía sus ojos adentro y podría dimensionar la magnitud de un movimiento que sobrepasaba la maquinación de cualquier mente estafadora o conspiradora. Haciendo la “auscultación correspondiente”, el agente reunía las más diversas versiones sobre “movimientos que llamaban la atención” dentro de la multitud asentada.

Se han podido establecer diversas versiones –no confirmadas por otras vías–, a saber:

-Una persona que respondería al nombre de... intentaría hacer ingresar al predio a aproximadamente 150 personas.

-Que los ocupantes de los terrenos de marras habrían requerido la colaboración de los Bomberos Voluntarios de Quilmes, a los efectos de ingresar una autobomba para suministrar agua potable a los moradores.

-Que de acuerdo con lo que se ha podido observar, existen en el interior del predio diversos vendedores ambulantes de elementos de construcción, los cuales ofrecen chapas de cartón al precio de 65.000 cada una.

-No se permitió establecer la intromisión de dirigentes políticos, gremiales o de otro ámbito que en su nombre o en el de organizaciones, se hallen materializando acciones proselitistas para capitalizar la situación.

-Con el empleo de diversos subterfugios que son de utilizar en casos como el presente, pudo comprobarse la existencia de una comisión vecinal de reciente creación.

-Que el día sábado un grupo de jóvenes se acercó a donar medicamentos, alimentos y materiales para los asentados.²²⁴

Al parecer, encontraban de todo menos una conspiración política en la que estuvieran involucrados un par de curas rojos. La obsesión por detectar organizaciones subversivas les impidió percibir desde el comienzo una trama social emergente que vinculaba, a través de las comunidades eclesiales de base, reunidas en torno a la acción pastoral de Berardo, a referentes comunitarios como Juan Brisanoﬀ o Walter Cardozo, que tendrían un papel destacado en la organización de las comisiones vecinales de los asentamientos y en el activismo cristiano y peronista surgido de esa experiencia.²²⁵ Para comprender por qué estas tomas fueron un punto de inflexión en las estrategias populares para acceder a la tierra y a la vivienda en el Gran Buenos Aires, es necesario situarlas en un proceso más largo de ampliación de los bordes urbanos a partir de diversas prácticas de organización popular.

224 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa Ds, Carpeta Varios, Legajo 8600, "Informar presunta usurpación de propiedad en Monte de los Curas", p. 61.

225 Posteriormente, Walter Cardozo fue elegido diputado provincial por el Partido Justicialista durante el período 1987-1991 y Juan Brisanoﬀ se convirtió en un militante muy reconocido del Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ).

Organizaciones populares barriales

La presencia de fuentes de empleo industrial y la disponibilidad de tierras baratas constituyeron dos factores de atracción de población hacia la zona sur del Gran Buenos Aires. El acceso a la pequeña propiedad fue un factor decisivo, motorizado por las localidades adosadas a las estaciones de trenes, los loteos privados y la circulación de colectivos que facilitaron la ocupación de los espacios intersticiales delineados por los ramales ferroviarios. Espacio de recepción de dos procesos contrapuestos, las localizaciones periféricas eran la posibilidad de conseguir terrenos baratos para autoconstruir la vivienda de las clases trabajadoras y, al mismo tiempo, un lugar de refugio para los sectores populares más empobrecidos ante la dinámica centrífuga de expulsión de las áreas urbanas más favorecidas. En el fraccionamiento territorial resultante, no fue tanta la gravitación del Estado como de las compañías que manejaban el negocio inmobiliario y los compradores de lotes que acariciaban el sueño de la vivienda propia (Armus y Bohoslavsky, 2015).

Los procesos de autoorganización popular para enfrentar los efectos de desigualdad generados por el mercado y para reclamar la intervención del Estado frente a las necesidades de vivienda de los sectores populares urbanos siguieron, sobre todo en las áreas de urbanización que comenzaron a desarrollarse en el segundo cordón del Gran Buenos Aires, un derrotero específico. Los reclamos por infraestructura se convirtieron en uno de los ejes más significativos a la hora de estructurar repertorios de acción colectiva y estructuras organizativas de raíz popular. La demanda que modelará por mucho tiempo los objetivos de la acción colectiva popular estará orientada, sobre todo, a exigir su incorporación en la agenda de infraestructura municipal y a integrar el conjunto formado por los loteos en el tejido urbano. Más allá de los importantes cambios en las configuraciones sociales y en los repertorios de acción, la problemática del acceso al suelo y su urbanización será una constante que irá desde las tempranas sociedades de fomento barrial a la organización contemporánea de ocupaciones y asentamientos.

Algunos estudios históricos de estas organizaciones sociales, que emergieron en Buenos Aires a partir de los años veinte, y en el Gran Buenos Aires, al menos desde la década del cuarenta, sostienen que eran vectores microsociales de la democratización de la sociedad.

Estas sociedades barriales [...] fueron sociedades en construcción, casi de frontera, donde las acuciantes necesidades del grupo pionero, que intentaba transformar un descampado en un trozo de ciudad, impulsaron a la asociación, el trabajo colectivo, a la colaboración (expresaba la actividad colaborativa de los vecinos para construir su hábitat, hacer su ciudad [...] su manera de incorporación al nuevo escenario político de la democracia (Gutiérrez y Romero, 2007: 13-14).

Sin negar su aspecto democratizante, lo más común era que las asociaciones que surgían adoptaran un perfil pragmático que apuntaba a buscar respuestas puntuales a problemas concretos, lo cual no impedía que desde estas sociedades barriales se tejieran lazos con la política y los gobiernos civiles o militares, al calor de la coyuntura. Para González Bombal, la sociedad de fomento implicó una práctica comunitaria que explica el proceso en el que los sectores populares se *urbanizan urbanizando* el Gran Buenos Aires. Según su perspectiva, la sociedad de fomento encontró mayores dificultades y desigualdades para desarrollarse en el conurbano con respecto a las de la Capital Federal:

... abrió espacios de urbanización en la desordenada geografía suburbana de aquellos años, signada por la ineficiencia en la regulación de tierras, la especulación inmobiliaria y la incapacidad del Estado en proveer de servicios públicos a una ciudad que se desparramaba caóticamente al compás de las migraciones internas y la industrialización (1988: 37).

Adrián Gorelik refuerza esta idea y la coloca en una cronología y una espacialidad que explica las desigualdades entre las sociedades de fomento capitalinas y las del conurbano:

Mientras que en la ciudad capital la sociedad popular había batallado mejoras en un lapso breve y en todo el territorio a la vez,

activando todas las tensiones políticas y culturales, las diversas capas de habitantes que fueron abriendo las nuevas fronteras del conurbano, tan diferentes entre sí, tan espaciadas en el tiempo y en el territorio, no lograron la mancomunidad ni el efecto de presión análogos, y las promesas públicas no solo no se realizaron, sino que a veces ni siquiera llegaron a formularse. La trama cuadrículada, esa promesa llena de consecuencias como instrumento del plano público en la capital, ante la carencia casi completa de planos públicos en el conurbano, funcionó apenas como patrón especulativo de los loteadores, que la reproducían sin cesar en un sistema de urbanización salvaje que aprovechaba la permisividad de las normas de uso del suelo en los distritos provinciales (2015: 43).

Una parte significativa del poblamiento del sur del Gran Buenos Aires, al promediar el siglo XX, se operó por medio de los loteos populares. Grandes fracciones de tierras baldías eran loteadas y vendidas en cuotas que facilitaban el acceso de las familias de bajos ingresos. Una vez adquiridos los terrenos, las unidades domésticas comenzaban el proceso de autoconstrucción (Feijoó, 1984). En el escenario de apropiación de esos loteos con el objetivo de “formar barrios”, surgían numerosas sociedades de fomento por la propia iniciativa de los pobladores, promovidas por el municipio, la Iglesia local o por el impulso de los especuladores inmobiliarios.

En el barrio Virgen de Luján de Quilmes, estudiado por Carmen Feijoó (1982), puede observarse cómo se inscribía esta lógica de la sociedad de fomento en los avatares típicos de la expansión de la frontera urbana. Además de fraccionar y vender la tierra, los especuladores inmobiliarios incitaban a los vecinos a organizarse para reclamar al Estado la provisión de la infraestructura y los servicios urbanos. Buscando desentenderse de los problemas que acarrea la venta de terrenos en zonas mal conectadas con la trama urbana y defectuosas para instalar la vivienda familiar, estos especuladores daban el primer puntapié a un ciclo de organización y acción colectiva que efectuaba un paulatino desplazamiento de la figura del poblador a la figura del vecino.

Cuando los nuevos pobladores quisieran tomar posesión de la titularidad de las tierras, experimentarían en carne propia la clave del negocio inmobiliario. Quienes les habían vendido carecían de títulos que transferir, ya que el negocio consistía en apropiarse de tierras fiscales o de propietarios absentistas y, por medio de la subdivisión, ingresarlos en el mercado de venta de tierras. Con esa práctica económica generaban una curiosa forma de plusvalía: se apropiaban de una parte de los ingresos de los trabajadores en una época de crecimiento del salario y de la salarización de las clases trabajadoras, promovían la expansión urbana horizontal y se desentendían de transferir la propiedad de las tierras. Por su parte, las familias de clases populares asumían con su esfuerzo la expansión de la infraestructura urbana. Al pasar los años, cuando las unidades domésticas buscaran expandirse tomando créditos hipotecarios o transfiriendo herencia, la doble situación de necesidad de posesión de un título de propiedad y la carencia de este pondría en evidencia la estafa. Así se cerraba el círculo de la demanda: el reclamo de la titulación y la solicitud de servicios urbanos se dirigían al Estado, y en ese mismo movimiento, el ramillete de lotes, casas y espacios intersticiales se entretejían, paulatinamente, material y simbólicamente, como el barrio. Así comenzaba un largo proceso de producción de las fronteras sociales y simbólicas que definían un sector periférico del tejido urbano como un barrio, y a sus pobladores, como vecinos de un municipio. Este proceso configuró especialmente una capa de poblamiento popular del Gran Buenos Aires ocurrida entre la década del cincuenta y sesenta, a partir del asentamiento de familias de trabajadores atraídas por la floreciente periferia industrial. Comparado con otras áreas de urbanización anteriores y más cercanas al centro, revistió un carácter imperfecto y trunco de la integración social urbana de una generación de trabajadores y trabajadoras incluso en un período en el que aún no se registraba un retroceso económico de las clases trabajadoras como será décadas después. Será en el intersticio generado por esa tensión cuando se producirá la emergencia de un formato de organización barrial específico.

Más que designar un determinado espacio físico, el barrio se convertía en una configuración sociosimbólica que entretejía y fija-

ba los límites del territorio. Desde la toma de conciencia paulatina de la estafa, la marginalidad urbana y los incipientes esfuerzos colectivos por revertir la situación, los pobladores comenzaban a tener un presente en común: surgía así en las interacciones cotidianas la categoría de vecino. La articulación de esas relaciones y símbolos en un espacio organizado disponible, como era el de la sociedad de fomento, terminaba de cristalizar entre los pobladores la percepción de que ellos formaban parte de un barrio. Creando un barrio y definiéndose como vecinos, se integraban a la ciudad: “Acá lo único que había era el trazado de las calles y de ahí pará de contar, no había agua, ni luz, ni nada de nada. Lo que queremos es que se vendan las tierras a precio justo y digno para así incorporarnos dentro de la ley y del orden a la comunidad organizada”.²²⁶

Estos avatares ubicaban a la sociedad de fomento en un lugar relevante y la constituían en una unidad de asociación y acción colectiva local. En ese entramado, emergían los representantes del barrio, líderes locales que asumían la tarea de organizar el esfuerzo colectivo y de vincularse con las autoridades estatales para lograr que se trajera la luz, las cloacas, el agua corriente y los títulos de propiedad. Así comenzaba una etapa de inscripción del Estado municipal en el espacio barrial, en la que los límites del Estado y las fronteras del territorio eran rehechos en la búsqueda de asegurarse algún tipo de integración a la ciudad. En otras ocasiones, los locales de las sociedades de fomento podían ser el centro de reuniones recreativas o deportivas que, como los clubes de fútbol, las bibliotecas populares, las parroquias o los centros culturales, conformaban la sociabilidad barrial.

El nacimiento de una dicotomía

Matizando las miradas que postulan que en las sociedades de fomento se atenuaban las diferencias de clase, Hugo Ratier señaló que, a partir de la década del sesenta, en algunos barrios, la junta vecinal o la sociedad de fomento constituida por comerciantes o

226 Petitorio barrial dirigido a una autoridad militar, en 1979, citado en Feijoó (1982).

profesionales de clase media, económicamente fuertes, políticamente bien vinculados, ponían de relieve su extracción de clase diferenciándose de los habitantes más pobres (1971: 88).²²⁷ Siguiendo esta tesis, Ezequiel Adamovsky argumenta que, al iluminar las tensiones de clase que marcan el mundo barrial, puede ser que miradas desde el punto de vista de quienes imponen el orden, las sociedades de fomento fueran vectores de progreso e integración, pero, a través del tamiz del análisis de clase, puede que se nos aparezcan como aparatos de disciplinamiento y subalternización de los incultos, los guarangos, los fracasados, los desaseados, los inmorales, en definitiva, los pobres (2007: 18).

Si en un primer momento las sociedades de fomento barrial pueden considerarse el producto de la intersección entre las lógicas del mercado, las demandas de los nuevos pobladores y las respuestas del Estado municipal a esas demandas, a finales de la década del sesenta, algunas de ellas serían absorbidas en dispositivos de reordenación autoritaria del espacio urbano. El comienzo de esa rearticulación como piezas de un dispositivo de control puede verse en el papel que se les otorgaba a las Juntas Vecinales en el sistema político local, pergeñado por una dictadura “modernizadora” como la de 1966 que buscaba fundar sobre nuevas bases el orden social.²²⁸ La presencia masiva de trabajadores pauperizados en la ciudad empezó a ser considerada como un problema social que debía ser atendido por el Estado, centrado en la perspectiva de la *erradicación* orientada a contener y a evitar el crecimiento de los *grupos marginales* identificados con el crecimiento de las villas de emergencia.²²⁹

227 Esta diferenciación de Ratier también sirve para matizar lo trunco del proceso de integración urbana en el período 1940-1975 si lo comparamos con el período previo de 1880-1936. Para Buenos Aires, la integración fue más lenta y de peor calidad, pero a la vez, en ese período se construyeron todas las barriadas de “clase media” que vemos hoy en gran parte del conurbano, formadas por quienes (comerciantes, maestros, etcétera) se distancian de los más pobres.

228 Las dictaduras de la Revolución Argentina y el Proceso de Reorganización Nacional buscaron construir un orden de dominación social y político específico, centrado en un intento de relegitimación de las jerarquías de clase y que fuera más allá del proyecto “ordenancista” que habían encarnado los gobiernos de facto que las antecedieron (O’Donnell, 2008).

229 Hugo Ratier ubica el comienzo de esta preocupación tras el derrocamiento de Perón: “Nadie ha aventurado todavía la hipótesis de que las inventó la Revolución Libertadora. Eso

En el marco del plan de erradicación de villas miserias lanzado por el gobierno de Onganía, en 1968, el municipio de Quilmes emitió una ordenanza que buscaba reglamentar la política de erradicación de villas, mediante la cual instaba a la creación de juntas vecinales y comisiones de vigilancia para impedir la instalación de nuevas casillas. Pero más allá del furor prohibicionista, que a toda luz no resultaba demasiado eficaz para impedir el crecimiento de los barrios precarios, la lectura de esa ordenanza municipal muestra un deslizamiento que producirá un cambio de sentido en la noción *vecino* al reificarlo como el par dicotómico del *villero*.

La villa será definida como un ambiente nocivo para la moral de los individuos y un espacio donde los aprovechadores podían ocultarse entre los verdaderos necesitados. El villero será alguien a educar moralmente, pero también a verificar en su autenticidad.

Núcleos familiares [...] que, no obstante, pueblan actualmente las “villas de Emergencia”, en un resignado hacinamiento, arrastrándolos esta forzada promiscuidad a un letárgico estado de particular indiferencia, que a la par socava y destruye sus fuerzas físicas y morales, les impide toda posibilidad de liberación de ese medio hostil y los hunde en una subsistencia negativa y sin horizontes.

Que para el logro del fin expresado, que se define en esencia, como una lucha por restituir a la sociedad a seres marginados por causales diversas, es menester proceder primariamente a detectar a los verdaderos necesitados, en celosa custodia de los reales principios de la salud pública, seguridad social y promoción y asistencia de la comunidad, como así también con el decidido propósito de tratar de impedir con medidas apropia-

sí, es a partir de esta cuando se las estudia con mayor ahínco y con mayor inutilidad [...] Parecería que, en los últimos 25 años, el único gobierno que no puso en marcha un plan de erradicación de villas fue el peronista. Y es cierto, simplemente construyó viviendas populares, no viviendas para villeros. La fobia anti-estatista de los sucesivos gobiernos posteriores a 1955 y la consecuente privatización de todo, dieron como resultado la no existencia de un plan de viviendas accesible al pueblo, la presencia de 70.000 departamentos vacíos en la ciudad de Buenos Aires y la paradoja de [...] las inversiones realizadas en Mar del Plata [...] habrían sido suficientes para proveer de vivienda y servicios urbanos adecuados a todos los actuales habitantes de las villas” (1971: 12 y 100).

das y oportunas el incremento o la formación de estos grupos sociales desplazados.²³⁰

Censar a los habitantes, numerar las casillas, controlar el cumplimiento de la prohibición de realización de bailes populares, comunicar a la municipalidad sobre la presencia de “individuos peligrosos”, impedir la alteración de las numeraciones de casillas realizadas por la municipalidad, distinguir los “verdaderos necesitados de los aprovechadores” debían ser las funciones de estas comisiones y juntas. La alarma por la expansión de las villas no sería exclusiva del Gobierno municipal; su crecimiento y la oposición a las políticas de erradicación será además un escenario de construcción del compromiso social de los sacerdotes de las parroquias que comenzaban a ligarse con estos núcleos populares. Aunque los dotaran de una valencia moral y política diferente a la asignada por la ordenanza, compartían con esta la idea de que los villeros formaban un grupo sociocultural diferente, marcados subjetivamente por una “cultura de la pobreza” en la que se hacía notar la influencia de las lecturas de Oscar Lewis (1961).

Existen 14 villas con más de 7000 habitantes muchas de ellas. Donde prospera una cultura de la pobreza, signado por períodos de desocupación, bajos salarios, diversidad en la ocupación, uso de ropas y muebles de segunda mano, recurrir a prestamistas locales, integración solamente parcial en instituciones nacionales o comunales, bajo nivel de educación y alfabetismo, no participación en seguros de enfermedad o ancianidad, incomodidad y apretujamiento en la vivienda, falta de vida privada, sentido gregario, alcoholismo, recurso frecuente de la violencia para zanjar diferencias, fuerte orientación hacia el momento presente, sentimiento de resignación y de fatalismo ante las dificultades de la vida, etc.

Junto a esta situación encontramos valores positivos que preparan la evangelización del mundo obrero: generosidad, espontaneidad y solidaridad; sentido de igualdad, sinceridad y bondad;

230 Municipio de Quilmes, *Boletín Municipal*, 1968, Decreto Municipal N° 7732, 15 de Julio de 1968, Prohibiciones y obligaciones para las villas de emergencia, p. 39

sentido de justicia y sentidos de los deberes y derechos de todo ser humano. Estos valores son, a veces, desvirtuados por la propaganda de una sociedad de consumo.²³¹

A partir de 1976, la dictadura retomó la política de erradicar villas. En Quilmes, mientras seguía vigente la ordenanza de 1968, el municipio reforzó la legislación con una nueva ordenanza que prohibía las construcciones precarias:

Dada la proliferación de construcciones de tipo precario que no cuentan con un mínimo de condiciones de estabilidad, higiene y salubridad. Que construcciones de este tipo se vería incrementado por la nueva ley de alquileres.

Que muchas de ellas son focos infecciosos donde pululan gérmenes y roedores, careciendo de los más elementales servicios sanitarios, atentando contra el aspecto estético de nuestra ciudad.

Artículo 1º: Prohíbese en todo el partido de Quilmes las construcciones precarias.²³²

Quizá bajo la presión de estas nuevas regulaciones estatales, para fines de la década del setenta, la sociedad de fomento tenderá a cumplir un doble rol: por un lado, representaba las demandas de integración urbana que ya hemos señalado; por otro, ejercía el control sobre los pobladores recién llegados, sobre sus prácticas de producción del hábitat, para mantenerlos dentro de un orden de producción social del territorio como requisito para ser considerados parte del orden social urbano. En ambos sentidos, la sociedad de fomento se constituía como un organismo de la sociedad civil que se ocupaba de sostener un orden urbano que ni el mercado ni el Estado ofrecían, por lo que adquiriría un perfil híbrido en un momento en que el acceso a tierras baratas se cerraba y, al mismo tiempo, se masificaba una nueva modalidad de acceso colectivo a la tierra basada en la

231 “Conclusiones de la semana pastoral de la diócesis de Avellaneda. Hacia una pastoral misionera y de liberación”, revista *Cristianismo y Revolución*, nº 20, Buenos Aires, 1969. Hasta la creación de la diócesis de Quilmes, en 1976, los municipios de Quilmes, Florencio Varela y Berazategui estuvieron bajo la órbita de la diócesis de Avellaneda.

232 Municipio de Quilmes, *Boletín Municipal*, 1978, Ordenanza Municipal N° 4456, 3 de mayo de 1978, promulgada por el intendente comodoro Osvaldo Gally, pp. 8-9.

ocupación de áreas marginales, fiscales o privadas. Si las sociedades de fomento lograron mantenerse, el ciclo urbano expansivo –que más allá de todos sus defectos y dificultades las sostenía– fue sustituido por un ciclo regresivo y excluyente, un proceso que si por un lado empujó la emergencia de nuevas organizaciones populares de base barrial, como las surgidas de los asentamientos y tomas de tierras, por otro lado no dejó indemnes las formas antecedentes centradas en la sociedad de fomento, que organizaban y movilizaban a vecinos que, a la sazón, también se habían transformado.

Merecer la ciudad, enaltecer a los vecinos

Además de las operaciones amenazantes en torno a las villas de emergencia, los políticos y militares de la dictadura apostaron a lo local como modo de construir algún tipo de consenso en la sociedad civil. Ese dispositivo se articulaba a partir de los municipios y “las entidades de bien público”: cámaras empresarias, asociaciones de comerciantes, clubes sociales como el Rotary Club o el Club de Leones, los obispados y las sociedades de fomento.

Las políticas económicas de la dictadura que asestaban el más duro golpe a los sectores asalariados se combinaban con una doble estrategia: expulsar a los pobres del centro de la ciudad y trabar relaciones con los “vecinos honestos” en el ámbito local. La batería de políticas con resultados segregatorios aplicadas fue amplia: liberalización de alquileres, indexación de los créditos,²³³ un nuevo código urbano de edificación para la Capital Federal, erradicación de villas de emergencia, expropiaciones para construcción de autopistas y recuperación de espacios verdes (cinturón ecológico), suspensión de loteos en el Gran Buenos Aires²³⁴ y relocalizaciones

233 Para ser más precisos, el primer golpe fatal al consumo popular fue dado por *El Rodrigazo* a finales de 1975. La devaluación abrupta del peso, el aumento de las tarifas de los servicios públicos, la liberalización de los precios y el inicio de los mecanismos indexatorios quebró el ciclo de ahorro y crédito mediante el cual los sectores trabajadores accedían a los lotes ofrecidos en la periferia de la Capital Federal.

234 En diciembre de 1976, el Gobierno de la provincia de Buenos Aires suspende la autorización de loteos; seis meses después, se complementa con la Ley N° 8912 de

industriales se combinaron para producir un desplazamiento espacial de los sectores populares residentes en el área metropolitana en un sentido centrífugo con respecto a las zonas urbanas más privilegiadas, lo que encareció el valor de los alquileres y redujo la oferta de unidades de vivienda o elevó su precio, y reenvió a los sectores empobrecidos hacia la periferia. Se fortaleció y profundizó la dicotomía entre centro y periferia ya instalada en las representaciones y prácticas: la ciudad centro vinculada a la idea de progreso y utopía civilizatoria, la periferia relacionada con la consolidación de los sectores populares (Lacarrière, 2005). Señala Oszlak: "... la adopción de estas políticas puso crudamente de manifiesto una nueva concepción de la jerarquía del espacio urbano, una nueva función de la ciudad y del lugar que debían ocupar los sectores populares en ella" (1983: 2).

La construcción de una gobernanza del territorio era para la dictadura un desafío de importancia. El nombramiento de intendentes militares provenientes de las tres fuerzas, que tuvo un cumplimiento desparejo en todo el país, se concentró en los municipios del Gran Buenos Aires, ya que estos revestían un especial interés en el ejercicio del control y la disciplina sobre los sectores obreros. A este especial interés debería sumarse el intento de generar un consenso y una herencia del régimen en el plano local. Si bien con resultados desparejos y ambiguos, sobre todo cuando se trata de calibrar el consenso en la sociedad civil local con respecto a estas políticas, es posible comprender el trato dispensado y las funciones atribuidas a las juntas vecinales y sociedades de fomento como un intento de cooptación por parte del poder municipal (Lvovich, 2010).²³⁵ Durante las gobernaciones de Saint Jean, Pérez Izquierdo y Gallino, los dirigentes de la dictadura realizaron algunos intentos de construir la base de su consenso a partir del accionar de los in-

Ordenamiento Territorial, que establece que todo nuevo loteo debe contar previamente con infraestructura urbana. Esto provoca un aumento del precio de la tierra que, a su vez, converge con un nuevo fenómeno de la urbanización periférica: la construcción de barrios cerrados.

235 Daniel Lvovich (2010) matiza la hipótesis de que las asociaciones civiles y las sociedades de fomento fueron sensibles a las estrategias de cooptación encaradas por el poder municipal durante la dictadura.

tendientes militares y, más tarde, a través de los intendentes civiles seleccionados por el régimen. Ahora bien, si desde el punto de vista político estas apuestas tuvieron un itinerario frágil y equívoco, habilitaron la emergencia de un discurso que enaltecía al vecino.

La dictadura reforzó un doble juego para gobernar la ciudad. Un movimiento de pinzas que en un extremo tenía todas las regulaciones y políticas que apuntaban a excluir a las fracciones más bajas de los sectores populares de las áreas urbanas centrales al sustituir el derecho por el “merecimiento” a habitar la ciudad; y, en el otro extremo, una retórica que conducía a la apoteosis de la vida comunal y la pureza moral del vecino que otorgaba títulos de nobleza a una figura de la sociedad civil, lo que daba pábulo a una edulcorada melodía sobre la vida vecinal como arco montante de una sociedad ordenada y pacificada.

El municipio es la primera y fundamental de estas sociedades territoriales. Así lo hemos definido como una sociedad necesaria, natural y orgánica de un cierto número de familias sobre un territorio determinado: las que sobre la base de la vecindad concurren en la búsqueda del bien común local o municipal. Como la familia es la comunidad social esencial, el municipio es la comunidad política esencial.

[...]

Porque a nadie escapa que una ciudad no es más que un grupo de familias, una provincia un conjunto de ciudades y un país un núcleo de provincias (González Bombal, 1988: 65-66).²³⁶

Sobre la base de esta concepción armónica de la relación entre familias, barrio y municipio se organizaba la naturalización del orden urbano que borraba todo conflicto subyacente y elevaba la noción de vecino hacia una categoría cultural de fuerte impronta comunitarista. La retórica vecinalista ocultaba las costuras de un territorio que había sido fragmentado y cuadrículado bajo la lógica de la seguridad nacional. La purificación de esa categoría simbólica

236 *Radio Contacto* era el órgano de prensa de la dictadura que publicaba el accionar de las asociaciones intermedias del conurbano y tenía como objetivo alabar a los intendentes. Todas las citas son tomadas del trabajo de González Bombal.

tendría su contracara necesaria, los villeros, los que por su mera presencia afeaban y desordenaban la natural convivencia urbana, los que ponían de manifiesto, incluso sin proponérselo, la persistente existencia de la división de clases en la ciudad:²³⁷

A la lucha de clases el municipio opone la unión de los pueblos. Resiste la proletarización, pues la vida local crea raíces y herencias múltiples. A las quimeras de la ideología opone la realidad de lo cotidiano. A la irresponsabilidad y el anonimato opone los verdaderos méritos que derivan de servicios realmente prestados a la comunidad local. El municipio es la primera patria, la primera sociedad política y, por su carácter inmediato, es el que mejor puede volver a colocar al hombre en esa dimensión ciudadana que es esencial a su ser (González Bombal, 1988: 70).

A partir del mito de una comunidad local armónica, la dictadura cifraba la lógica de sus articulaciones con una sociedad civil violentamente pacificada.

De esa manera, se logrará conformar un puente sólido y estrechamente unido, con bases ciertas de sustentación, única manera de conseguir que el conurbano se integre no solamente con los cuerpos intermedios de acción comunitaria, sino también en sus máximas autoridades municipales, verdadera línea de avanzada de una nueva conciencia gubernamentativa.

[...]

Los hombres que han trabajado durante años en beneficio de sus respectivas comunidades, aquellos que se han integrado en forma cierta a las uniones vecinales, sociedades de fomento, clubes de Leones, Rotary, son los que en la actualidad tienen algo que decir, y deben decirlo con la sinceridad que el momento exige (González Bombal, 1988: 67).

El descubrimiento de los funcionarios de la dictadura en su engolada retórica vecinalista consistía en afirmar que ser vecino

237 Para una reflexión antropológica sobre los procesos de purificación y la construcción simbólica de nexos entre lo sucio, desordenado, peligroso, la contaminación y el tabú, se puede ver Douglas (2007).

era, sobre todas las cosas, una buena y virtuosa cultura ciudadana y patriótica:

Hay que partir de un modelo al que se quiere llegar. Tampoco es cuestión de traer gente indiscriminadamente. Hay que definir una política de calidad de los habitantes que tiene que estar implícita en la política poblacional. Nosotros solamente pretendemos que vivan en nuestra ciudad quienes estén preparados culturalmente para vivir en ella. Concretamente, vivir en Buenos Aires no es para cualquiera sino para quien lo merezca, para el que acepte las pautas de una vida comunitaria agradable y eficiente. [...] Donde yo saco una fábrica, el entorno social cambia. Donde antes había un oficial semi-especializado, puede instalarse una coya a vender limones y eso me disminuye la calidad de los habitantes. [...] Atacamos problemas como los del entorno folklórico e histórico de algunas de esas villas.²³⁸

Sufrir nos da derecho

Al merecimiento se le podía oponer el sufrimiento. Las tomas de tierras y la organización de los asentamientos, su carácter masivo, colectivo, planificado, con una clara intención de mantener esos fragmentos del territorio ligados a la trama urbana, fueron una novedad de 1981 que contrastaba con las habituales estrategias sociales de acceso a la vivienda como los hoteles, inquilinatos, conventillos, villas, loteos, barrios de viviendas o monoblocks, pero no ocurrieron en un vacío histórico. Operaban en un delicado campo de fuerzas en el que convergían, en tensión, transformaciones estructurales del mercado de trabajo y el ciclo de crecimiento urbano, efectos inmediatos de la violencia estatal, mutaciones de antiguas formas de organización popular de base barrial, tensiones coyunturales entre diversos actores de la época y horizontes de sentido y expectativa que estaban sufriendo una intensa modificación y actuaban

238 Declaraciones de Guillermo del Cioppo, titular de la Comisión Municipal de Vivienda durante el gobierno del brigadier Osvaldo Cacciatore, en *Revista Competencia*, n° 191, marzo de 1980.

a diferentes cotas de profundidad en distintos estratos de clases medias y populares.

Los últimos meses de 1981 combinaron un agudo desajuste de las variables económicas con un recrudecimiento de las internas en el frente militar debido a las oposiciones a la tenue apertura política encabezada por el general Viola. La crisis del 81 se transformó en una ventana de oportunidad política para que un repertorio de acción colectiva emergente se manifestara con toda su fuerza.

Dicho año fue crucial en la historia argentina, quizá mucho más de lo que se lo ha destacado. En 1981 se gestó una coyuntura crítica en la que, por un lado, se sintetizaron todas las consecuencias económicas y sociales de la dictadura en un marco de fragilidad política del régimen; por otro lado, se anticiparon algunos fenómenos que se volverían evidentes en las coyunturas críticas posteriores. La crisis social y económica mostró en ese año una nueva anatomía, que luego se volvió peculiar en su manifestación posterior: desboque de los precios de los productos básicos, cierre de fábricas y comercios, aumento del desempleo, escasez de alimentos, aparición del hambre como flagelo en los barrios obreros de las zonas industriales.

Para un experimentado militante revolucionario inserto en las luchas sindicales de la zona sur del gran Buenos Aires, fue una sorpresa que su enlace barrial en la clandestinidad le explicara que la nueva forma organizativa que estaba surgiendo en un barrio periférico de Berazategui era la creación de una olla popular, no para acompañar una huelga, un piquete o la toma de una fábrica, sino para poder garantizar una comida diaria para los vecinos del barrio.

Me dijo: sí nos estamos organizando en este barrio. Alguien trae una papa, otro un hueso o fideos y hacemos una olla para comer. Para mí fue una sorpresa. Eso fue algo que uno esperaba que ocurriera en Tucumán o en Santiago del Estero, no en lo que para nosotros era el corazón de la Argentina obrera e industrial.²³⁹

El párroco de Nuestra Señora de Luján de Zeballos en Florencio Varela lo recuerda como el comienzo de una nueva práctica asistencial de la Iglesia de Quilmes:

239 Gonzalo Leóndidas Chaves, comunicación personal con el autor.

En el invierno de 1981 conocimos una nueva y triste realidad, la gente ya no recuperaba su trabajo y empezaban a verse los primeros síntomas del hambre, con todas las consecuencias sociales que tiene. En esas semanas de la primavera de 1981 comienza la apertura de los comedores populares en capillas y parroquias (Dessy, 2006: 43).

Pero, además, la crisis fue el punto de disolución del proyecto de convergencia cívico-militar al que habían apostado algunos sectores de la dictadura que veían en lo municipal su espacio de realización. La combinación de represión, segregación urbana y mito de la armónica comunidad de vecinos configuraba una tríada que, con el contraste de la toma masiva de tierras de la primavera de 1981, terminaría de componer un escenario de ruptura y masificación de un repertorio de acción colectiva popular. La cobertura de los medios de comunicación, la reacción del gobierno y las formas organizativas de los sectores populares componían una escena disruptiva para la época.

El diario local de Avellaneda *El Pregón* y el *Diario Popular* publicaron numerosas fotografías que mostraban la dinámica de un fenómeno que no tenía antecedentes en la zona: reuniones multitudinarias, familias desbrozando un sector de montes de eucaliptos y montando sus carpas y casillas, fotos panorámicas que muestran la gran extensión de los asentamientos y el trazado de sus calles. Según Inés Izaguirre y Zulema Aristizábal (1988) los seis barrios asentados contabilizaban una totalidad de 149 manzanas y más de doscientas hectáreas. La premonición de Del Cioppo sobre el papel civilizador de las dos familias de vecinos entre las que debería vivir una familia de villeros, y así ganar la moralidad necesaria para “merecer la ciudad”, no podía ser más contrastante con esas imágenes.²⁴⁰ Si la segregación y la dispersión de los villeros había sido presentada como una lección cultural, una pedagogía moral para aquellos que debían

240 Según Del Cioppo, el objetivo perseguido por la dictadura era la reubicación, por la cual se lograba “reintegrar a los villeros, es decir, no hacer un barrio especialmente para ellos como se hacía antes, sino ubicarlos en una fracción de terreno en el Gran Buenos Aires entre dos familias que nada tengan que ver con el problema” (citado en Esther Hermite y Mauricio Boivin, 1985: 124).

merecer las formas de vivir en comunidad, la imagen de una multitud reunida y organizada tomando terrenos “al margen del orden y la ley” representó un quiebre y un retroceso del avance civilizador de los vecinos. De allí en más, las imágenes de amenaza, avanzada e “invasión villera” se pondrían al orden del día.

Los representantes de las Sociedades de Fomento, basados en su propio interés, se opusieron: “nuestra preocupación está fundada en el hecho de que se pueda formar allí una enorme villa miseria con el rosario de consecuencias que ello implica para el desarrollo de la zona” se dijo en un plenario de entidades fomentistas realizado en Quilmes Oeste (Fara, 1985: 131).

Cuando a finales de la década del setenta la recientemente creada diócesis de Quilmes retomó la iniciativa de llevar una imagen de la Virgen, a un cura y fundar una parroquia en cada barrio popular, se terminó de completar el cuadro de actores que en la década del ochenta se enfrentaría cara a cara en los conflictos entre pobladores nuevos y viejos. La presencia católica a nivel barrial no era una novedad. Ahora, lo que realmente cambiaba a partir del obispado de Novak era la vocación de estabilizar la presencia del cura parroquial ya no solo en torno a la entrega de los sacramentos católicos, sino, además, articularlo con la acción social de la Iglesia y la organización de los laicos en comunidades cristianas bajo la orientación de la opción preferencial por los pobres. Como mencionamos en el capítulo 3, desde finales de la década del sesenta la Iglesia local empezó a delinear sus propias estrategias institucionales frente a los conflictos barriales que se suscitaban en la zona sur, convirtiéndose en un contrapeso significativo frente a los intentos de expulsar a los villeros.²⁴¹ Con los asentamientos asomaba a la luz pública otra hebra de esta urdimbre: las comunidades eclesiales de base organizadas por el impulso de Raúl Berardo, trasladado a los confines de Quilmes por el obispo Novak para administrar la parroquia de Nuestra Señora de Itatí, a finales de 1979.

241 Un antecedente relevante fue la participación de algunos habitantes de villas de Florencio Varela y Quilmes en la peregrinación villera a Luján, organizada por el equipo pastoral de curas villeros de la Capital Federal, en 1969.

La relación entre las comunidades eclesiales de base y los asentamientos fue mucho más mediatizada de lo que se podría suponer a primera vista. Estas no organizaron la acción colectiva de los asentamientos, ni siquiera fueron sus estructuras de movilización en la base, sino que ejercieron como núcleos que habían fomentado parte de la sociabilidad barrial en una trama local que se situaba en la frontera urbana y quedaba bastante aislada del centro de la ciudad de Quilmes. Operaban como redes de territorialización de una población emergente. Berardo había estimulado su formación como parte de su propuesta pastoral misionera que implicaba involucrar a los laicos en la lectura de la Biblia y en la administración de los sacramentos. Según el historiador Pablo Vommaro, en 1980 existían en la diócesis de Quilmes entre cincuenta y sesenta comunidades de base, conformadas por entre veinte y treinta jóvenes, reunidos en torno a un coordinador seleccionado por el mismo grupo (Vommaro, 2009: 88). El centro de su acción era el proselitismo religioso, la tarea evangelizadora, instrumentada a partir de la visita domiciliaria a las familias vecinas, la circulación domiciliaria de imágenes de la Virgen, la lectura grupal de la Biblia y su interpretación a la luz de los problemas cotidianos: la soledad y la muerte de los ancianos, la enfermedad de los seres queridos, las privaciones materiales, los conflictos entre padres e hijos o entre hermanos, el abandono del hogar, los hijos no deseados, la violencia de los maridos contra sus esposas, la adicción al juego o al alcohol. Eran nodos de sociabilidad que se reforzaban mutuamente con las redes de parentesco, vecindad y paisanaje entre una población que crecía en la periferia urbana, al compás de la migración, y encontraba en esta estrategia pastoral que descentralizaba la tarea evangelizadora desde la parroquia hacia el barrio una aguja con la que retejía sus relaciones. La productividad relacional de esta estrategia misionera que configuraba una malla de vínculos entrecruzados urdidos en torno al referente parroquial tenía, por un lado, la característica de descentralizar la vida parroquial y, por otro, la capacidad de difuminar y multiplicar las referencias cristianas y los tratos cotidianos que iban ampliando un círculo de laicos comprometidos en torno de la vida barrial, parroquial y diocesana. En principio, la iniciativa de Berardo era afín a

la estrategia de territorialización de la diócesis que estaba fundando Novak, basada en la captación sensible de las problemáticas sociales y humanas emergentes y en el estrechamiento de lazos y la movilización de los laicos. De estas redes se nutrían los públicos multitudinarios de las celebraciones religiosas promovidas por el obispo.²⁴²

Si las CEB condensaban un activismo religioso, su paso hacia formas de militancia social no resulta tan claro y directo, y en buena medida la interpretación de ese pasaje fue muy problemática.²⁴³ Raúl Berardo, en diferentes intervenciones públicas, abonó una interpretación que tendía a borrar las fronteras entre una forma de activación y activismo a otra, naturalizando el pasaje de lo religioso a lo social y político como el curso necesario y acumulativo de un proceso que lo ubicaba a él mismo en el centro. ¿Un resurgimiento del pueblo y lo popular en plena dictadura, una expresión genuina del cristianismo popular frente a un catolicismo petrificado, jerárquico y cómplice? Esta lectura debe ser interpretada a la luz de las propias claves de una tradición sacerdotal que postulaba la existencia de dos iglesias: la institucional y la popular, propia de los avatares ideológicos del catolicismo de la década del sesenta. Sin embargo, una interpretación que sitúe de manera más precisa el lugar de las comunidades eclesiales de base como un factor dinamizador de la acción colectiva popular de base barrial requiere de varios matices.

En primer lugar, siguiendo a Vommaro (2009), esas comunidades eclesiales formadas sobre todo con vecinos de los “barrios viejos” (en el sentido de anteriores a los asentamientos) pueden haber operado en un primer momento como “aglutinadores” que permitieron sostener las primeras acciones, los apoyos proveídos desde la parroquia administrada por Berardo y como canales de co-

242 Ya hemos mencionado, en capítulos anteriores, la gran asistencia de público a la instalación de una imagen de la Virgen en la rotonda de Pasco y las misas celebradas en el denominado cruce Varela y la plaza de Quilmes.

243 Considero un error interpretativo grueso la idea de que los enojos de Novak con Berardo en torno a su actuación en los asentamientos estuviera sobredeterminado por una posición doctrinaria exterior al propio conflicto, bajo la lógica de los pares opuestos e irreconciliables: iglesia institucional versus iglesia del pueblo. Hay que creerle a Berardo cuando dice que nunca entendió bien por qué el obispo se enojó y que lamenta el mal entendido, y no asumir como categorías analíticas los términos de acusación o excusación política que utilizan unos y otros en el fragor de la lucha.

municación informal que permitían conectar a un mismo tiempo a las familias más jóvenes necesitadas de un techo con las tomas y, al mismo tiempo, suscitar la solidaridad de los pobladores más antiguos de la zona.²⁴⁴ Esta solidaridad transversal entre viejos y nuevos pobladores es un factor que cobra relevancia cuando lo ponemos al contraluz de un caso que analizaremos al final de este capítulo, en el que lo que primó no fue la solidaridad, sino el conflicto entre viejos y nuevos vecinos. Pero la masificación de las tomas, en cuestión de pocas semanas, desbordó cualquier estructura organizativa que pudiera surgir de esas redes de sociabilidad o que pudiera proveer la propia estructura parroquial. En segundo lugar, porque ese elemento cristiano convivía con otras experiencias y tradiciones que abrevaban en otras vertientes más allá de la Iglesia, entre las que se destacaban formas de militancia sindical y barrial forjadas en el período anterior, y redes migratorias y experiencias campesinas.²⁴⁵ En tercer lugar, porque la intervención del obispado en el conflicto que se abrió entre tomadores y el Gobierno provincial y el municipal – que llevó la tensión al extremo cuando sendos gobiernos decidieron instalar un cerco policial que durante seis meses trató de impedir el ingreso de nuevas familias y provisiones a los asentamientos y enviar topadoras para desalojar a los asentados– no parece haber seguido una lógica de contradicción entre la iglesia del pueblo y la iglesia de la jerarquía, sino una línea de tensión entre estimular la autonomía y la autoorganización de los asentados y una búsqueda de aliados externos e influyentes que permitiera concitar apoyos suficientes para soportar la presión de las autoridades. Los apoyos públicos y cabildeos a favor de los asentados por parte de dirigentes de la multipartidaria, los organismos de derechos humanos y la CGT Ubaldinista, gestionados y obtenidos por medio de la red de contactos del propio obispado, no solo contribuyeron a transitar los primeros y difíciles meses de los asentamientos, sino que además brindaban una cobertura al obispo que enfrentaba en su diócesis numerosos conflic-

244 Aunque a juzgar por el testimonio de Juan Brisanoﬀ las relaciones con los barrios viejos fueron bastante conflictivas. Comentario de Juan Brisanoﬀ en Jelin (1985).

245 La tradición sindical es destacada por Izaguirre y Aristizábal (1988) y las redes migratorias y la experiencia campesina son señaladas por Vommaro (2009).

tos que lo ubicaban en la oposición a la dictadura. Por último, el desborde de las tomas hacia otra jurisdicción religiosa, cristalizado cuando un grupo de familias orientadas por Berardo decidieron tomar los terrenos de Monte de los Curas, ubicados en el municipio lindante de Almirante Brown y propiedad del Obispado de Lomas de Zamora, le sumaba a Novak un nuevo frente de conflicto dentro de la propia institución. Un ejemplo interesante del solapamiento de las fronteras y los límites internalizados de los diversos actores involucrados en la acción colectiva: para los vecinos de la parroquia de Itatí, esos terrenos simplemente estaban disponibles, vacíos y cerca, mientras que para las autoridades de la diócesis se trataba de traspasar un límite que adicionaba más conflictos, tensiones y negociaciones en una agenda que desbordaba por todos lados.

Pero además de los matices señalados, es necesario retomar el punto en el que se conectan las transformaciones de la vida religiosa de los sectores populares y las activaciones sociales y políticas que los ponen en movimiento. Virginia Manzano, en su estudio sobre la formación de las tradiciones militantes que pusieron en movimiento la política popular en La Matanza de la década de los noventa, nos provee de una clave interpretativa muy interesante cuando analiza las particularidades de “caminar por el barrio con la palabra de Dios” (2013: 99-114). Según su perspectiva, no se trataría de encontrar el sujeto o el actor colectivo de la protesta, ni la fuente o el supuesto origen (agrego yo), sino de examinar las relaciones sociales e históricas que configuran el espacio político en el que los sectores subalternos pueden actuar, confrontar y negociar con las autoridades. Ya hemos señalado en numerosos pasajes de este libro cómo se abrieron a nivel local los estrechos márgenes de este espacio político, a partir de la acción colectiva popular, en diversas escenas que conjugaban dinámicas específicas de confrontación. La experiencia de las comunidades eclesiales de base agregaba, en este contexto, un elemento particular, una constelación de relaciones y prácticas que permitía transformar el territorio barrial en un lugar o espacio practicado a partir de mantener asociadas y vívidas dos tipos de prácticas: las visitas que creaban lazos entre laicos, sacerdotes, religiosos y religiosas que seguían desarrollando formas de vida inserta en un

contexto donde, como hemos señalado en el capítulo 3, “estar con los pobres” era suficiente para ser señalado como un “subversivo clerical”; y la confirmación colectiva de las penurias que atravesaban las familias, que surgía de los propios registros conversacionales de esas mismas visitas, todo ello amalgamado por un lenguaje legitimador construido a partir de la apropiación de pasajes, imágenes y sentidos tomados del discurso religioso.

Hoy estamos aquí, que es fruto de un montón de tiempo, un montón de luchas que nos llevó tomar la decisión de venir por una tierra para nuestros hijos [...] Quizá para el mundo, para la gente que nos rodeaba, era algo que no se podía creer porque era la primera vez que 20.000 personas, impulsadas por el hambre, impulsadas desgraciadamente por los altos costos de los alquileres, la desocupación, buscaron una tierra que estaba abandonada, una tierra llena de basurales y en la que pasaban un montón de cosas que perjudicaban a la sociedad y por eso se logró que hoy, gracias a Dios, estemos aquí, estemos organizados, estemos unidos, que es lo principal. Lo único que nos dio la autoridad fue un cerco policial que asustaba a nuestros hijos, perjudicaba nuestro progreso. Y se tuvo que luchar a escondidas, como pudimos; y se tuvo que sufrir y ese sufrimiento, aunque las leyes digan lo contrario, es lo que nos da derecho a estar aquí.²⁴⁶

Para muchos participantes de las tomas de tierras que habían resistido el cerco policial durante seis meses, con el apoyo de la diócesis, al lograr ingresar de modo clandestino el agua potable para uso de la población asentada, el sufrimiento (que incluía la muerte violenta de un referente barrial y de catorce niños por deshidratación) era una prueba corporal y una noción legitimadora que podía sostener el reclamo del derecho a tener “un lugar”. Al mismo tiempo, la adversidad y la represión eran consideradas por los líderes del asentamiento factores que les habían dado mayor cohesión y organización.

246 Poblador de uno de los asentamientos de Quilmes Oeste, revista *El Porteño*, año 1, n° 10, Buenos Aires, octubre de 1982, citado en Cuenya (1985).

El marco era el conflicto entre las autoridades de la Capital y la provincia por la erradicación de villas... Tomar en cuenta ese conflicto nos llevó a plantearnos no hacer una Villa, pensábamos que si hacíamos una Villa la represión iba a ser mayor. De todos modos la represión se dio... Uno de los elementos fundamentales que nos permitió aguantar la represión fue la organización... La situación era bastante embromada y hubo muy poca solidaridad de lo que nosotros llamamos los barrios viejos que son barrios obreros, de igual composición social que la mayoría de los que estábamos habitando el asentamiento. Cuando mandan las topadoras la resistencia fue muy dura. Porque metimos a todas las mujeres y los chicos delante y los hombres detrás, del otro lado de las topadoras, los milicos (Brisanoff, 1985: 140).

Nosotros estamos con la democracia. ¿Ella está con nosotros?

El abogado de origen radical Julio Cassanello era el intendente de facto de Quilmes cuando se produjeron las tomas de tierras. Intentó desalojar a los asentados por la fuerza justificándose en la presión pública de los vecinos.²⁴⁷ Los ocupantes pudieron resistir esos diferentes intentos por la combinación de su organización y su cohesión interna con las manifestaciones públicas de apoyo de los organismos de derechos humanos, la CGT y varias fuerzas políticas que participaban de la multipartidaria. Con el derrumbe de la dictadura tras la derrota en la Guerra de Malvinas, cesarían las presiones del Gobierno provincial y municipal. El ingreso en la fase definitiva de la transición introdujo nuevos desafíos para los activistas. La

247 Cassanello había sido presidente del Club Atlético Quilmes, campeón del Torneo Metropolitano de Fútbol en 1978. Como miembro de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), era muy cercano a Julio Humberto Grondona, oriundo de Sarandí, y había participado como vocero de la AFA en el muy publicitado triunfo de la selección de fútbol juvenil en 1979. Apoyado por el gobernador de facto de la provincia de Buenos Aires, Ibérico Saint Jean, Cassanello formaba parte de los referentes que el Proceso consideraba su herencia civil. El día de su asunción, elogió al intendente de facto afirmando su condición de vecino. "Es un hombre de bien, y por cuyos valores morales es mi obligación destacarlo en mi calidad de vecino". A fines de 1982, tras la guerra en las islas del Atlántico sur, caducó su mandato.

apertura de un período de florecimiento de la vida política de los partidos y los preparativos para la competencia electoral les plantearon un interrogante con respecto al vínculo que podrían y debían estrechar las organizaciones barriales con la actividad partidaria. Se reactualizaba un dilema típico de la política argentina en tiempos en que la movilización popular convergía hacia un campo político dinamizado por las expectativas de la competencia electoral-democrática: ¿qué tan autónomas o qué tan dependientes de las estructuras políticas debían ser las organizaciones populares para alcanzar los objetivos originales que se habían trazado los activistas con respecto al derecho a tener un lugar donde vivir?

El destino potencial de los sectores populares en la recuperación democrática fue un interrogante que los actores sociales también compartieron con los investigadores, en una época que recubría todas las intervenciones políticas e intelectuales de un compromiso cívico renovado. Sin embargo, ni las preguntas, ni las respuestas, fueron idénticas para todos los que se sentían llamados a dar su aporte en un momento de esperanza. Mientras Luis Alberto Romero se preguntaba de modo tajante y directo si los sectores populares urbanos estaban preparados para integrarse a la democracia debido a un pasado inmediato imbuido de peronismo y autoritarismo (1985: 269), la inquietud de otros pasaba por discernir los sentimientos ambiguos que despertaba la esperanza de recuperar la libertad y, al mismo tiempo, hacerlo en un contexto de hundimiento de las condiciones de vida. En una investigación sobre los sectores populares en la transición a la democracia, Elizabeth Jelin y Pablo Vila recogieron una expresión de un joven que recuerda una frase escrita en una pancarta fotografiada por Alicia D'Amico en una de las diversas manifestaciones populares de la época: "Me acuerdo de un cartel que decía: Nosotros estamos con la democracia. Ella ¿está con nosotros?" (1987: 138). El paso del tiempo revelaría que esta incertidumbre no era una sensación pasajera, sino una constante en torno a la cual los sectores populares elaborarían la experiencia social y económica de un ingrato porvenir.

Para Juan Brisano, que una vez realizadas sus primeras experiencias como activista barrial había sido incluido dentro de la

nómina militante del Servicio de Paz y Justicia liderado por Adolfo Pérez Esquivel, las dificultades no estaban tanto en el pasado o en las tradiciones políticas, sino en las divisiones que provenían de la competencia partidaria:

Se intentó tener una agrupación política propia para evitar la cooptación por determinado tipo de partidos, incluso se dieron cosas muy interesantes como que el secretario de la agrupación fuera peronista y el segundo radical, lo que se intentaba defender era la organización social. [...] Esto nos generó algunos problemas, en estos momentos el barrio del compañero que era secretario general de la agrupación Justicia Social está prácticamente dividido en dos: de un lado están los compañeros peronistas y del otro los compañeros radicales (Brisanoff, 1985: 143).

En las elecciones municipales de 1983, Eduardo Vides se impuso sobre Roberto Morguen con 101.790 votos para el radicalismo contra 84.919 del justicialismo, y dejó como tercera fuerza al Partido Intransigente, que llevaba como aspirante a Andrés Montán. En esa elección había sido triunfadora la dupla radical Raúl Alfonsín-Víctor Martínez (le ganaron a los peronistas Ítalo Luder-Deolindo Bittel) en la presidencia y Alejandro Armendáriz-Elva Roulet en la gobernación (por sobre la fórmula peronista Herminio Iglesias-José Amerise).²⁴⁸

En 1985, algunos pobladores recibirían de manos de Raúl Alfonsín los primeros títulos de sus lotes. El alfonsinismo había elegido este acto para escenificar el cumplimiento efectivo de que con la democracia se podría vivir, comer, educar. Por su parte, una vez

248 A diferencia de los municipios de Berazategui y Florencio Varela, considerados como verdaderos bastiones del peronismo, Quilmes se caracterizó por una mayor alternancia de las fuerzas políticas en el Gobierno municipal. En 1983, en Berazategui, triunfó la fórmula justicialista que llevó como intendente a Arturo Ramón, reemplazado luego por Juan José Mussi, también peronista, entre 1987 y 1994. Hasta la actualidad se han sucedido todos intendentes del mismo partido. En Florencio Varela, durante 1976, ejerció sus funciones como intendente de facto el coronel del Ejército Guillermo Pascual Muñoz, que luego fue reemplazado, hasta 1981, por el prefecto mayor Adolfo Antonio Hamilton. Entre junio de 1981 y diciembre de 1983 le tocó el turno al ingeniero agrónomo Oscar Segundo Mingote. En 1983, mediante elecciones democráticas, fue elegido Julio Carpineti, también miembro del Partido Justicialista, que ejerció varios mandatos hasta 1992.

creados y estabilizados los barrios surgidos de las tomas, comenzaba un ciclo de reclamos por el mejoramiento de la infraestructura. Los cortes de calles, avenidas y rutas que bordeaban o atravesaban los nuevos barrios se convirtieron en habituales, a partir del 1985, para reclamar la provisión de servicios sanitarios, agua y electricidad.

Mientras tanto, en el marco de esos conflictos, las diferentes vertientes y agrupaciones peronistas que buscaban recuperar el terreno perdido en las elecciones de 1983 y 1985 rehabilitaron y profundizaron su militancia política barrial. La derrota electoral sufrida por el peronismo a manos del radicalismo en las elecciones presidenciales de octubre de 1983 fue una verdadera sorpresa para los militantes y dirigentes peronistas del conurbano, que suponían una holgada victoria en los distritos obreros. Esta situación inesperada abriría, en el interior de las filas peronistas, un importante debate. Una de sus dimensiones estaba ligada a la necesidad de estructurar el movimiento tomando un eje que excediera lo meramente sindical, por lo que la construcción territorial sería una opción cada vez más habitual entre los grupos, agrupaciones y facciones peronistas que se proponían alcanzar cargos políticos municipales, provinciales y, eventualmente, nacionales. La construcción territorial fue identificada cada vez más con la posibilidad de contar con lazos organizacionales con los sectores populares que pudieran traducirse electoralmente, en un contexto de competencia política en el que el apoyo electoral debía ser reactualizado y sostenido cotidianamente en el trabajo barrial. La lucha y la competencia política se desarrollaban en un terreno donde se instalaba lo electoral como el medio de acceso, permanencia y ascenso en la carrera política, en un horizonte de larga duración correspondiente a la conquista del régimen democrático. La construcción de electorados siguiendo una lógica distrital, basada en redes políticas territorializadas, se convertiría en una herramienta central para participar en la disputa por el poder local.

Hacia finales de 1987, en la provincia de Buenos Aires triunfó el Partido Justicialista de la mano de la dupla Antonio Cafiero-Luis María Macaya, quienes vencieron a Juan Manuel Casella-Osvaldo Pozzi, mientras que en Quilmes se impuso Eduardo Camaño por

sobre el candidato de la Unión Cívica Radical, Víctor De Martino, por 114.897 contra 88.095. Camaño alcanzó el Poder Ejecutivo municipal, desplazando al intendente de origen radical, a través de una red de apoyos electorales que reunía un complejo entretreído de facciones, dirigentes y militantes del Partido Justicialista de Quilmes, sociedades de fomento, juntas vecinales y comisiones barriales de los asentamientos. La apertura política y la competencia electoral operaban sobre un espacio social en dramática transformación. El ascenso y la posterior generalización de la profesionalización política se presentaba a quienes quisieran seguir ese camino en el sur del gran Buenos Aires en el marco de una multiplicación y profundización de las desigualdades sociales, la emergencia de un repertorio de respuestas populares y la formulación de nuevas tensiones entre los diferentes grupos sociales que lo habitaban. Los políticos locales que buscaran crear o conquistar un electorado debían, indefectiblemente, vincularse con los entramados sociales locales que surgían en torno a las ocupaciones de tierras. Esto también suponía, en muchas ocasiones, quedar involucrados en dinámicas de conflictos que confrontaban a diferentes grupos de pobladores.²⁴⁹

Variada gama de delincuencia

Si con la dictadura se modeló la dicotomía *vecinos y villeros*, lo que configuró una jerarquía moral de los habitantes de la ciudad, la irrupción de una nueva modalidad masiva de acceso a la tierra de los sectores populares basada en la ocupación de tierras baldías la re-

249 La acumulación de capital político por vía de la participación en los asentamientos y tomas de tierras y la asunción de un papel de representación de los intereses de los habitantes de esos barrios no fue exclusivo del peronismo. Aún en 1988, además de existir en numerosos distritos del conurbano bonaerense concejales y diputados provinciales peronistas que tenían su origen en este tipo de militancia barrial también existían en las filas de la democracia cristiana y del radicalismo. Por ejemplo, el senador provincial por el radicalismo De Armas, el diputado nacional por la Democracia Cristiana Daniel Armouni. Estos datos deberían contribuir a matizar la tesis que supone, a partir de la generalización del caso particular de Lomas de Zamora, que este tipo de militancia fue exclusivo del peronismo y que la batalla que provocó el desplazamiento de los dirigentes villeros de la carrera política se dio únicamente en el seno del peronismo.

actualizaría. En un principio, la categoría de vecino había cobijado a un grupo social popular que luchaba por integrarse a la ciudad en el largo esfuerzo de transformar un loteo en un barrio, nucleados en una sociedad de fomento; a partir de la dictadura, esa categoría comenzó a designar a un grupo social establecido que interpretaba la presencia de nuevos modos de acceder al suelo urbano como una amenaza a su cohesión y existencia. Asistimos así a la consolidación de una dicotomía persistente, la distinción, diferenciación y jerarquización de la relación entre *vecinos* y *villeros*. Fue posible entonces que las sociedades de fomento se presentaran como agentes de limpieza y purificación del orden barrial, adoptando esa misión que diversos intendentes municipales bajo regímenes dictatoriales les habían otorgado en sus ordenanzas, volviéndose los guardianes civiles de una desigualdad persistente e institucionalizada que les garantizaba el monopolio del discurso legítimo sobre la ciudad.

En 1988, en el límite entre Quilmes y Avellaneda, un caso despertó la inquietud de la Policía bonaerense como para dedicarle cuatro años de seguimiento y más de cuatrocientas fojas acumuladas. Si lo comparamos con los grandes asentamientos de principios de la década, este asentamiento no fue relevante desde el punto de vista de su tamaño, apenas entre 120 y 150 familias, pero sí lo fue por la coyuntura en que ocurrió, su impacto en la escena pública y la dinámica que fue inscribiendo el conflicto local en un escenario político provincial. El asentamiento de familias pobres en terrenos baldíos del triángulo de Bernal comenzó el 30 de enero de 1988 y, rápidamente, suscitó la reacción y oposición de los habitantes cercanos al predio, nucleados en la junta vecinal *El triángulo*. Al mismo tiempo que los nuevos pobladores desarrollaban sus formas de organización y articulaban redes de apoyo siguiendo un itinerario similar al trazado por los asentados de 1981, los pobladores establecidos desplegaron un contra movimiento que iba desde peticiones y presiones a las autoridades locales hasta manifestaciones callejeras y la articulación de un discurso público contrario a la formación de asentamientos en el Gran Buenos Aires. Para enfrentar esta situación, la Junta Vecinal movilizó en el espacio público la dicotomía *vecinos-villeros* e intentó hacerla jugar a su favor.

Uno de los aspectos de la disputa estaba en el despliegue de las categorías de valorización para comprender el sentido de este nuevo núcleo habitacional. En el modo de nombrar el espacio se jugaba una articulación simbólica sobre las pertenencias de los individuos a una clase y sus implicancias morales. Los actores involucrados en el conflicto iniciaron una serie de acciones que podemos considerar un tipo de lenguaje, un modo de hacer afirmaciones por medio de actos, destinadas a fundar pretensiones de legitimidad. Los viejos pobladores nucleados en la Junta Vecinal El Triángulo respondieron a la situación con una convocatoria a la movilización colectiva contra los asentamientos, y trataron de enmarcarlos como “el embrión de una indeseable villa miseria”. Los argumentos de los viejos pobladores y sus acciones colectivas se volvieron verdaderas pruebas que buscaban el reconocimiento de la legitimidad de la intervención del Estado en favor de la preservación de sus intereses como vecinos:

Nos referimos a los mal llamados Asentamientos Ilegales; y decimos mal llamados, porque estos no dejan de ser el embrión formativo de las indeseables Villas Miseria, y todos conocemos lo que significa una villa; corrupción, prostitución, drogas, patotas, inseguridad en el barrio en el cual se asienta, agresiones, robos, vagancia y toda variada gama de delincuencia.²⁵⁰

El cuadro de la injusticia de la situación para la Junta Vecinal no solo consistía en la atribución de valores anómicos a los nuevos pobladores identificados como villeros, sino que además se completaba con la atribución de valores nómicos a los viejos pobladores identificados como vecinos:

No negamos las necesidades de vastos sectores sociales, pero [...] no obstante, nosotros, los vecinos, con nuestro esfuerzo, trabajamos y compramos los lotes y construimos las casas; pagamos

250 *Otra vez las indeseables Villas Miserias*, volante distribuido por miembros de la Junta Vecinal El Triángulo durante en las manifestaciones que se sucedieron durante el conflicto. CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa Referencia, Legajo 18697, Información relacionada con el asentamiento El Triángulo de Bernal, 4/2/88, p. 159.

los impuestos, como luz, agua y servicios sanitarios, y luchamos pacíficamente para mejorar nuestros barrios.²⁵¹

Como sostiene Ramiro Segura, si miramos la periferia como proceso podremos acceder a una visión menos idílica, en la medida que se produce una dinámica que involucra la lenta y trabajosa ocupación de la tierra y la urbanización del espacio residencial, así como las sucesivas oleadas de nuevos pobladores que vienen a localizarse en áreas más desfavorecidas y menos urbanizadas de la periferia y experimentan conflictos con pobladores más antiguos y establecidos. De esta manera, mientras la totalidad de los habitantes de la periferia atraviesan por situaciones –y se enfrentan a problemas– similares, lo hacen en momentos distintos y en condiciones desiguales, lo que genera que, sincrónicamente, se perciban como (y sean) grupos de pobladores distintos (Segura, 2015a: 56).

No hay más peronista que yo

El establecimiento de una frontera y un cierre social que impedía el acceso de los nuevos pobladores a la categoría de vecino quedaba claro, incluso para los militantes del nuevo núcleo habitacional. La conciencia de este límite favoreció un recrudecimiento de las tensiones cuando los nuevos pobladores también recurrieron a sus propias pruebas para sostener la legitimidad de sus acciones. Advertida de las acusaciones, Susana, la vocera del nuevo asentamiento declaró al cronista del *Diario Popular*, un día después de la toma:

No pensamos hacer una villa y por eso hemos dividido ordenadamente el terreno; no queremos vivir apretaditos y a la que te criaste, nuestra intención es hacer un barrio humilde, de trabajadores. [...] somos todos vecinos de Quilmes, gente de barrio y de trabajo, que nos quedamos sin techo y que por eso recurrimos a esta actitud.²⁵²

251 *La Nación*, 6/2/1988.

252 *Diario Popular*, 2/2/1988, p. 6.

Desde comienzos de la década del ochenta, los organizadores de los asentamientos expresaban públicamente la diferencia entre la organización del trazado de las calles de un asentamiento y los pasillos de las villas como un indicador de que el asentamiento era una especie de protobarrio; por ello, algo muy diferente de una villa, y por lo tanto, legítimo. Susana expresaba la voluntad de que esos nuevos pobladores fueran considerados vecinos haciendo un nuevo barrio. Sin embargo, no quedó todo en un mero entredicho. Los vecinos de El triángulo lograron la participación de otras sociedades de fomento y juntas vecinales de Bernal. La distribución de volantes en la cercana avenida Calchaquí no se hizo esperar. Las pancartas buscaban expresar directamente su descontento: “Señor intendente, basta de promesas, queremos soluciones. No a los asentamientos”. La comunicación de las demandas a través de pancartas se completaba con volantes que distribuían a los transeúntes y cánticos de consignas: “No a los asentamientos. ¡Desalojo ya! La tranquilidad y seguridad de nuestras familias lo exige. ¡Erradicación ya!”.

La presión de los *vecinos* sobre la dirigencia política local terminó desatando una suerte de crisis que condujo al nuevo intendente a encuadrar y encolumnar a sus concejales y diputados provinciales contra los asentamientos que se producían o eventualmente pudieran producirse en el partido de Quilmes.²⁵³ A través de uno de sus diputados provinciales, dirigente con una activa participación en los asentamientos de Quilmes Oeste y vinculado a Susana, la vocera del asentamiento, buscó disuadir a los asentados para que se retiraran y “cesaran su situación de ilegalidad”. Sin embargo, la delegada del asentamiento, ante las acusaciones de “aprovechadora y subversiva” que vecinos y dirigentes políticos esgrimían para descalificarla, recordó su pasado familiar peronista y su compromiso con la causa peronista y la noción de *justicia social* para los más desfavorecidos. El agente policial encargado de seguir los pasos de Susana anotó antes de elevar su informe:

Se hace constar que en la discusión mantenida entre Cardozo y la misma, en una parte de sus dichos le espetó, que era y se sen-

253 Solicitada del Partido Justicialista de Quilmes.

tía más peronista que muchos de los ediles de Quilmes, “y vos negro sabés bien lo peronista que era mi viejo y yo”.²⁵⁴

Para consolidar el respaldo del Gobierno municipal, tres meses más tarde de producido el asentamiento, la junta vecinal organizó una cena de camaradería, entregándole al intendente un diploma que lo felicitaba por haber iniciado una demanda judicial contra los asentados. Dicha presentación citaba como fundamento las ordenanzas y decretos de 1968 y 1978 que prohibían la radicación de villas de emergencia y la instalación de viviendas precarias en el municipio de Quilmes, a partir de las cuales se encuadraba la situación de ilegalidad de los nuevos pobladores y otorgaba a los vecinos el papel de fiscalizadores legítimos de los sucesos barriales.

Por su parte, en esta batalla de visibilización de los respaldos, los referentes de los ocupantes buscaban tejer sus propias estrategias y aliados frente al embate de la junta. Así como los vecinos habían encontrado eco en el Poder Ejecutivo municipal, los nuevos pobladores lograron incluir a su favor a algunos concejales de distintas fuerzas locales, del Partido Justicialista y la Democracia Cristiana, al vicario del obispo de la diócesis de Quilmes, al cura párroco y a dirigentes de asentamientos situados en otras localidades. Embarcados en la batalla contra la Junta Vecinal por la legitimidad del nuevo barrio, las reuniones y las misas que se sucedían en el interior del asentamiento permitieron que los referentes de los nuevos habitantes pudieran mostrar sus respaldos. Mientras se sucedían las marchas y los cortes de la Avenida Mitre que promovían las sociedades de fomento y las juntas vecinales, los ocupantes rodeaban el asentamiento de banderas argentinas y del Vaticano, mientras el representante del obispo, Joaquín Carregal, oficiaba una misa para los presentes.

El trabajo militante de construcción de respaldos que se hacía desde adentro del asentamiento levantaba las sospechas de las autoridades. A la Policía bonaerense le llamaba la atención que uno de

254 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa Referencia, Legajo 18697, Información relacionada con el asentamiento El Triángulo de Bernal, 4/2/88, p. 26.

los referentes tuviera una máquina de escribir instalada en una casilla del asentamiento y desde allí redactara y enviara notas y cartas a funcionarios, dirigentes y periodistas, que luego eran retomadas como argumentos y descripciones en los pronunciamientos públicos de los políticos locales y en las notas de los cronistas. Según el olfato policial, era una prueba de que los ocupantes estaban organizados de modo vicario por intenciones políticas (ilegítimas). La presencia del padre Eliseo Morales, vinculado al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM), terminaba de componer una escena que gozaba de la suspicacia de los agentes policiales que desde ese momento se ocuparon de vigilar celosamente cada movimiento. A su modo, los policías entendían la importancia que tiene para todo proceso de movilización política el despliegue de un capital militante construido a partir de contactos influyentes y saberes que les permitían dominar los medios necesarios para incidir en la producción del sentido público de un acontecimiento.²⁵⁵

Mientras se demoraba el desalojo y crecía la difusión mediática del conflicto, hacia el final del año, con una misa oficiada por el padre Morales y con presencia del obispo adjutor de la Diócesis de Quilmes, se bautizó al asentamiento como Barrio San Ignacio. Un pequeño triunfo en la batalla por la legitimidad que dejaba perplejos a los miembros de la Junta Vecinal y desmarcaba a los ocupantes del descalificador mote de *villeros*. A partir de allí, los diarios nacionales y locales que habían centrado su atención en este acontecimiento pasaron a nombrar a este núcleo habitacional como nuevo barrio San Ignacio (exasentamiento El Triángulo).

Entrado 1989, en un contexto de crisis e incertidumbre, la Junta Vecinal trató de quebrar el empate en el nivel local y forzar el desalojo. Al no obtener resultados contundentes a su favor en el plano municipal, los vecinos intentaron situar el conflicto en una escala provincial, e incluyeron el asentamiento frente a su barrio en una serie general de asentamientos producidos en otras áreas del Gran Buenos Aires. El tratamiento que comenzaron a darle los pe-

255 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa Referencia, Legajo 18697, Información relacionada con el asentamiento El Triángulo de Bernal, 4/2/88.

riódicos nacionales, con alarmantes títulos catástrofe, contribuía a la alarma de los vecinos. *Preocupa la ola de asentamientos en el Gran Buenos Aires*, titulaba el diario *La Nación*.²⁵⁶

Hoy nuevamente debemos asistir a un nuevo paso en la escalada de violencia, intolerancia y prepotencia, que se ha desatado en el Gran Buenos Aires.

Es significativa la similitud en todos los casos. El tipo de organización para la ocupación y distribución de las tierras usurpadas tiene un patrón fijo.

Se comienza por la ubicación y el reconocimiento de terrenos a ocupar, se pone en marcha el mecanismo de la ocupación en sí mismo. Para esto cuentan con el apoyo de agrupaciones políticas, delincuentes comunes, aprovechadores y oportunistas, tanto sean políticos como marginales. No escapa a ningún observador, el accionar de estos delincuentes. Tanto por la metodología que utilizan, como por la conformación político-ideológica de los mismos. Se ha visto que, en usurpaciones de tierras producidas en distintos lugares del Gran Buenos Aires, algunos individuos participantes son los mismos en varios casos, algunos por afán de lucro, otros por ambiciones políticas.

Quisiéramos saber, con nombre y apellido, quiénes se esconden detrás de todos estos actos, que no dejan de ser, actos desestabilizadores y golpistas. Conocemos a los ejecutores directos, pero, quisiéramos conocer a los ideólogos que desde las sombras manejan los hilos de esta trama siniestra.

Ya son muchos los lugares del Gran Buenos Aires donde estos hechos se repiten sin solución de continuidad. Damos como ejemplo, los hechos acontecidos en Ciudad Evita, Villa Celina, Plátanos, Avenida Monteverde, Santa María, El Triángulo de Bernal, Wilde, y recientemente, Villa Domínico, sin tener en cuenta otros lugares, que se nos escapan en estos momentos de

256 La retroalimentación entre los sentidos construidos por los actores en disputa y los sentidos cristalizados en los medios de comunicación configura una relación compleja. Los medios toman las palabras de los actores y las generalizan para sobrecalificar la importancia de la noticia y atraer la atención de sus lectores. Por otro lado, en un momento posterior, los actores adoptan esas generalizaciones mediáticas para justificar su acción.

la memoria. Por todo lo mencionado, estamos esperando una respuesta coherente de las autoridades responsables.

Con su indiferencia, las autoridades están favoreciendo el accionar delictivo y oportunista de esta verdadera mafia. Las autoridades fueron elegidas, libre y democráticamente, para ejercer un mandato otorgado por el pueblo. Pero no se equivoquen, porque favoreciendo a estos grupos marginados de la sociedad, solo conseguirán que algún iluminado, basándose en la razón de la fuerza decida sumergirnos nuevamente en una noche tétrica y oscura que nosotros creíamos superada.

Basta de Villas Miseria, basta de violencia, prepotencia y usurpaciones.

Junta Vecinal-EL TRIÁNGULO.²⁵⁷

Los ocupantes del terreno baldío eran *villeros*, venían *de afuera*, con intenciones *golpistas* y vinculados a una ola general de violencia y prepotencia. Merecían una respuesta acorde por parte de los políticos que debían defender a la población local de una aparente agresión externa.

Cerca de cien vecinos del Barrio El Triángulo de Bernal se movilizaron a La Plata y esperaron en la puerta de Radio Provincia al actual gobernador, Antonio Cafiero, para manifestarle sus demandas y presentarle un petitorio exigiendo el desalojo de los asentamientos en el Gran Buenos Aires.²⁵⁸

Por su lado, los referentes del asentamiento, ya integrados en el Consejo de Asentamientos y Barrios de Avellaneda y la Federación de Barrios Populares, se dirigieron a la Plaza de Mayo a exigir una ley que reconociera el derecho de los asentados a un terreno y a una vivienda digna. Pero no alcanzaba con insistir que eran trabajadores, peronistas, de Quilmes y cuya única intención política era reclamar su derecho a la vivienda. En una serie de movilizaciones

257 CPM-FONDO DIPPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa Referencia, Legajo 18697, Información relacionada con el asentamiento El Triángulo de Bernal, 4/2/88.

258 *Diario Popular*, 1989.

a La Plata y a Plaza de Mayo, los referentes de los nuevos barrios consiguieron del gobernador el compromiso público de que no serían desalojados.²⁵⁹ La irresolución de la crisis, que provocaba una evidente incertidumbre en los dirigentes políticos y una creciente perplejidad en la Junta Vecinal, jugó a favor de la estabilización del nuevo barrio. Una y otra vez, los nuevos pobladores consiguieron que el desalojo se demorara hasta caer en el olvido y que los esfuerzos de los miembros de la Junta Vecinal por movilizar la causa judicial resultaran infructuosos. El salto a la escala provincial tentado por los vecinos resultó un duro revés para su estrategia, ya que en los hechos, el Gobierno provincial resultó funcional a la demora indefinida del desalojo.

Los militantes del nuevo núcleo habitacional entendieron que la clave de la movilización consistía en desmarcarse del mote de “villero” y presentarse como trabajadores y peronistas fundando un nuevo barrio. La afirmación de Susana de que eran “trabajadores, peronistas, vecinos de Quilmes, que no querían vivir apretaditos” y la coordinación de acciones que visibilizaban los respaldos construidos les permitía desactivar el encuadre dicotómico practicado por los miembros de la Junta Vecinal.

Como en un juego de muñecas rusas, la movilización de la dicotomía vecinos-villeros se alojaba en otros dos juegos políticos: por un lado, se trataba de la consolidación de la política urbana como un problema moral que, insistimos, fue heredado por y actualizado en la democracia; y, por otro lado, se combinaba y potenciaba con los procesos de profesionalización de los políticos que redundaron, hacia final de la década del ochenta y principios de los noventa, en un desplazamiento de la militancia barrial villera de los espacios de poder local. Como señala Frederic:

El problema moral de la política y la profesionalización de los políticos fueron [...] una misma cuestión, y esta conexión puede

259 En esa época, sectores cercanos a Cafiero estaban comprometidos en el diseño e implementación de políticas de urbanización de los asentamientos y la generación de bancos de tierra para la vivienda popular, y se oponían a las erradicaciones, que veían como una política propia del pasado dictatorial y antiperonista, y por lo tanto, contraria a la justicia social pregonada por el peronismo.

apreciarse en la silenciosa pero progresiva expulsión de los “villeros” de la carrera política a la que habían ingresado a comienzos de la década de 1980 [...] Las razones de tal conexión residen en que la profesionalización de los políticos se alimenta de las relaciones de poder entre los desplazados (villeros) y los establecidos (vecinos), que constituyen sociológica y culturalmente al área metropolitana de Buenos Aires (2005: 142).

Pero a diferencia de Frederic, consideramos que la oposición dicotómica vecinos-villeros no surge de una configuración sociológica y cultural, sino de una extensa configuración política del conflicto social en el área metropolitana. La dicotomía vecinos-villeros ya estaba instalada como dispositivo de apreciación política del conflicto de clases en el tejido sociopolítico local, en una larga construcción histórica, antes de la recuperación de la democracia, solo que el nuevo contexto de competencia y profesionalización política introdujo nuevos usos de esa dicotomía. Usos que estuvieron condicionados por la reconfiguración del campo y los recursos de movilización política disponibles. Es decir, lo que parecía “sociológico y cultural”, en realidad era un proceso histórico y político de mayor duración y quizá, por eso, más sólidamente constituido. La profesionalización política, la competencia política, siguió las líneas de menor resistencia de un proceso cuyos sedimentos, como capas geológicas, respondían a un proceso histórico de más larga data y que no estaba atado únicamente al cambio de reglas y prácticas de reconocimiento en el campo político-partidario.²⁶⁰

Así como los diferentes grupos de pobladores presionaron a los dirigentes políticos para situarse en un polo de esa oposición, una vez involucrados en la disputa, y dada la posibilidad brindada por el contexto a los actores de retomar esa dicotomía de modo abierto en el espacio público como encuadre de la acción colectiva, se volvió evidente la fractura. A partir de allí, estaba plenamente instalada la posibilidad de que diferentes actores del entramado de poder local –los políticos, los funcionarios, los dirigentes, el cura párroco y los

260 Para un estudio de la política como problema moral y su impacto en la construcción de las profesiones y representaciones políticas en el ámbito local, ver Frederic (2004).

cronistas periodísticos— operaran sobre el diferencial de poder para “acotar o ahondar la diferencia de poder entre vecinos y villeros”. Lo que en definitiva se presentaba como una serie de evaluaciones morales que afectaba el incremento de la idea de transitoriedad de un grupo de pobladores, no hacía ni más ni menos que articular en un nuevo contexto un marco de apreciación política disponible históricamente: la dicotomía vecinos-villeros construida como una oposición entre grupos socioculturalmente definidos.

Se volvió habitual en la sociología argentina identificar el barrio con el territorio urbano y a este como nuevo refugio y fuente de solidaridad local a partir de la cual los sectores populares reorganizaban sus lazos sociales en un proceso de pérdida acelerada de filiaciones con la esfera del trabajo industrial. Así, el territorio identificado con el barrio aparece como soporte, base y fuente de inspiración de la acción colectiva popular. A su vez, esta perspectiva señala un momento de la historia social argentina como bisagra de esa transformación, la década de los ochenta, y hace coincidir, no sin forzar la cronología, la recuperación democrática, la crisis social y la gestación de un nuevo repertorio de acciones colectivas populares (Merklen, 2005). Se ha llamado a este proceso “territorialización de los sectores populares” (Svampa, 2005). Las sociologías de la desintegración social, fuertemente influidas por la crisis de fin de milenio que atravesó la Argentina, encontraron en el barrio una clave en la que cifrar los aspectos positivos de las nuevas clases populares surgidas de las profundas transformaciones estructurales del último cuarto del siglo XX. A veces lo hicieron al precio de eludir una historización de los territorios urbanos recurriendo a fórmulas sociológicas genéricas, con independencia de las especificidades de cada lugar o como si el lugar no fuera un espacio-tiempo producido, material y simbólicamente, sino una simple metáfora de un proceso social general y generalizado. El costo oculto de este precio fue desconocer que el territorio urbano es un espacio social e históricamente producido, sujeto a mutaciones múltiples y cargado de con-

flictos específicos. No solo las clases populares urbanas luchan en la ciudad, también luchan por la ciudad. En la década del ochenta, los sectores populares no solo afrontaron la crisis y desarticulación del trabajo industrial, también se encontraron con las tensiones del proceso de urbanización, sus conflictos de clase y los relatos dicotómicos que por décadas les habían dado forma a esos conflictos.

La construcción de la dicotomía vecinos-villeros como oposición entre grupos socioculturales, basada en la identificación de valores nómicos con la categoría de vecinos y valores anómicos con la categoría de villeros, y su persistencia, resulta comprensible cuando la interrogamos desde su dimensión temporal (Elias, 1998). Si el desplazamiento de la figura del poblador a la figura del vecino estuvo ligada, en un primer momento, al surgimiento de emprendimientos asociativos para cubrir el vacío dejado por las intervenciones del mercado y el Estado en el proceso de urbanización del área metropolitana de Buenos Aires, la combinación de políticas estatales de erradicación de las villas y los grupos marginales con los intentos de absorción de las sociedades de fomento y la apoteosis de los vecinos cargó de contenidos clasistas esta dicotomía hasta consagrar una balanza de poder abiertamente desfavorable para los grupos sociales sometidos a un proceso de expulsión de las áreas urbanas más favorecidas. A pesar de que esas políticas perdieron con la democracia su furor estatal inicial, la dicotomía siguió (y muchas veces sigue) siendo operativa para pobladores establecidos que vieron en ella la posibilidad de fijar fronteras sociales que amojanaran sus pretensiones de legitimidad en la búsqueda de expulsión de los ocupantes de terrenos, como muestra el ejemplo de las sociedades de fomento en el conflicto del barrio El Triángulo. A su vez, ese mismo ejemplo muestra que la transformación de las condiciones de la acción colectiva y la diversificación de los actores involucrados en la disputa política impusieron límites a su cristalización definitiva. Hacer la genealogía política de las categorías sociourbanas (vecinos y villeros) nos permitió identificar el momento en el que se transformaron en categorías de percepción y apreciación de las confrontaciones por las formas de ensanchamiento popular del espacio urbano.

Conclusión

*En mis manos
la del pasado y la del futuro
cargaré dos piedras
y correré con ellas.
Aun en la más leve de las brisas, volaré
convocaré a que venga un viento
y borre toda huella
y me sentaré como un huérfano
al lado del camino, extrañando
mis dos piedras.
Abdul-kareem Kasid*

Si buscamos los significados de urdimbre y trama en el diccionario, podemos encontrar distintas definiciones que llevan esas palabras desde sus anclajes materiales a sus sentidos figurados. Hay dos definiciones de urdimbre. La primera conserva en su forma sustantiva la indicación del objeto: “conjunto de hilos colocados en paralelo y a lo largo del telar para pasar por ellos la trama y formar un tejido”. La segunda tiene un uso figurado: “la acción de urdir en el sentido de maquinar algo”. Si pasamos a las definiciones de trama encontramos varias que tienen sentido para el uso que le dimos en esta investigación. La primera, en su forma literal, dice: “conjunto de hilos que, cruzados con los de la urdimbre, forman una tela o tapiz”. En una tónica más conceptual, la trama hace referencia a la disposición interna en que se relacionan o corresponden las partes

de un asunto: “las vidas de la gente se cruzan en una trama complicada”, sugiere como ejemplo el diccionario. Hay también una definición conspirativa a la que, probablemente, algunos personajes de las historias que hemos narrado podrían suscribir, dado que puede significar “confabulación o complot”. Y otras más científicas: “estructura formada por una serie de elementos entrecruzados”. Pero entre todas se destaca una definición que describe nuestro proceder metodológico: “zona destacada con color, rayas, puntos u otro modo en un escrito, un gráfico, un mapa, para distinguir alguna de sus partes”.²⁶¹

A lo largo de este libro, hemos reconstruido y analizado algunos episodios de acción colectiva sucedidos en la zona sur del Gran Buenos Aires entre 1974 y 1989. No pretendí realizar una reconstrucción exhaustiva de todos los procesos de acción colectiva popular, sino destacar algunas de sus partes. La elección de los acontecimientos estuvo dada por su potencialidad para iluminar sucesivas constelaciones de actores, repertorios de acción, demandas, desafíos, intervenciones estatales-represivas, que me permitieron delinear una cartografía de las diversas acciones colectivas populares que se urdieron durante el período. La perspectiva microhistórica me resultó de particular utilidad, enfoqué en lo local y desde allí traté de observar cómo esos acontecimientos dialogaban y se entrelazaban con procesos de escala regional o nacional.

Al mirar la producción social del espacio, prestamos atención a las diversas modificaciones territoriales del sur del Gran Buenos Aires: los ciclos de urbanización, los dispositivos de control global y militarizado durante la dictadura, la crisis y desarticulación del entramado industrial, el espacio delineado por las diócesis católicas, los desplazamientos de población de los sectores populares, etcétera. La zona sur se nos presentó así en su multiterritorialidad: un lugar donde se entrelazaban procesos económicos, políticos y sociales que generaban diferentes estructuras espaciales superpuestas y efectos socioespaciales provocados por diferentes tipos de dinámicas, fuerzas y prácticas sociales (Haesbaert, 2011). La elección del período

261 Diccionario de la lengua española, Real Academia Española, www.dle.rae.es, recuperado el 12/5/2018.

histórico 1974-1989 me permitió ver cómo todos esos procesos de duraciones diversas se agolparon en un umbral de transformaciones: territorialidades industriales que se erosionaban, formas de control espacial que se reforzaban, desigualdades que persistían y nuevas situaciones emergentes que signarían las dinámicas sociales del período posterior. A cada una de las alternativas complejas que planteaba este proceso histórico, intenté examinarla a la luz de sus efectos en la acción colectiva y ver cómo esta podía revertir y agenciar, en el marco de esas estructuras, oportunidades de lucha o resistencia.

El énfasis en la configuración del lugar como condición de posibilidad del despliegue de historias simultáneas y entretreídas me llevó a indagar hacia atrás, en las formas organizativas y en los conflictos que atravesaron los obreros antes y durante la dictadura; en las estrategias institucionales de la Iglesia católica para insertarse en un área del Gran Buenos Aires; en la formación de redes específicas de clérigos y laicos que pasaron por un período de reconstitución durante la última dictadura cívico-militar; en las prácticas de celebración religiosa y movilización colectiva desplegadas en el espacio urbano; en las percepciones y relatos de los agentes policiales; en los recorridos de los familiares de personas desaparecidas; en las disputas entre vecinos y ocupantes de terrenos. Los flujos y los anudamientos generados por todos estos actores y procesos fueron delineando de modo variable y superpuesto a la zona sur como un lugar. La decisión de darle primacía a lo histórico-narrativo y a la especificación espacial de los episodios en función de una perspectiva que asumiera la acción colectiva como un proceso situado, multiactoral y polifónico, nos permitió acceder, al mismo tiempo, al polimorfismo del espacio como red de interacciones e interpretaciones ligadas a un sitio específico o a sitios conectados entre sí.

Me interesaba aportar nuevos conocimientos sociohistóricos (articulando con los ya existentes) sobre la acción colectiva popular en el Gran Buenos Aires. Además, los episodios revelaron algunos itinerarios que se dieron también en otras regiones y hacen a la periodización más general, el bienio 1974-1975, la última dictadura cívico militar, la transición a la democracia, los años del alfonsínismo. En este aspecto, este libro refuerza cosas que ya fueron dadas a

conocer por otras investigaciones muy valiosas (los estudios recientes sobre la represión y la resistencia obrera durante la dictadura, las investigaciones sobre el movimiento de derechos humanos, los trabajos recientes sobre el espacio social cristiano/católico, los estudios sobre las formas de organización popular urbana, etcétera), reconocidas desde la singularidad del lugar, mostrándolas en un nivel local.

Pero más allá del reconocimiento de que los procesos sociales están localizados, hay aspectos de lo microscópico que revelan funcionamientos de lo macroscópico. Creo que estos episodios ponen en relieve dimensiones históricas de la acción colectiva que no fueron del todo advertidos desde la “mirada nacional”. Entiendo que colocar la mirada en los márgenes, en las periferias y los detalles nos permite plantear relecturas (y reescrituras) de los itinerarios de actores y actrices que han sido centrales en las dinámicas de acción y transformación de la sociedad argentina. El ejemplo más nítido, creo, son los desplazamientos, emplazamientos y recorridos que influyeron en el repertorio de acciones de Las Madres de Plaza de Mayo, como intenté mostrar en el capítulo 5. Pero también podríamos tomar algunos hallazgos del capítulo 4 sobre las manifestaciones locales para repensar algunos aspectos de la transición a la democracia. O del capítulo 3, con respecto a las estrategias institucionales de la Iglesia católica y las redes que se constituyeron a su amparo entre la dictadura y la democracia, para reconsiderar las duraciones de los entramados del activismo social y político y sus diversas coyunturas de activación y desactivación.

A medida que avanzamos en la descripción e interpretación del material documental, fuimos solicitando diferentes herramientas teóricas para profundizar el análisis. Las categorías que utilizamos provinieron de diversas fuentes: las investigaciones sociohistóricas y socioantropológicas sobre actores y procesos concretos que involucraron algún aspecto de los acontecimientos que son puestos aparte y narrados en cada capítulo; algunos conceptos básicos de la sociología de la acción colectiva orientada al estudio de las dinámicas de contienda política; una serie de reflexiones provenientes de los estudios socioespaciales de la antropología urbana y algunas nociones de la geografía crítica. De las primeras, hicimos un uso intensivo

y extensivo de sus resultados de investigación; al resto acudimos de una manera puntual y específica, sin vocación de desarrollar grandes elaboraciones teóricas. No obstante, realicé algunas articulaciones conceptuales que intentaré precisar en lo que queda de esta conclusión.

Espacio de experiencia, experiencia del espacio

Un fundamento teórico que sostuvo todo el trabajo fue mantener un abordaje basado en la dialéctica del espacio de experiencia y la experiencia del espacio. Recurriendo a Koselleck (1993), indiqué que tomaría una noción de experiencia que, al reconocerse como un espacio, implicaba lo vivido al mismo tiempo que lo intuido, la propia experiencia y la experiencia conocida y sentida que se les atribuye a otros. Creo que esto fue valioso no solo para explorar la variedad y la intensidad de los actores involucrados en la acción colectiva, sino también la experiencia de otros actores que compartieron, se enfrentaron o registraron desde su perspectiva esos episodios. Accedimos a ese espacio de experiencia a través de relatos de distintos protagonistas, retomando la idea de Michel de Certeau (1996) sobre los relatos como llaves que abren nuevos territorios para las prácticas, en la medida que lo recrean como si este fuera un teatro de operaciones. Creo que la experiencia de la acción colectiva es el resultado multiplicado de todas esas experiencias específicas que, vinculadas entre sí, configuran un espacio de historicidad (un hojaldre del tiempo como es sentido por los actores sujetos a una trama social y a un acontecimiento conmocionante, no el mero registro de una vivencia asociada a una noción de experiencia en su aprehensión fenomenológica más simple). Partí de la idea de que la experiencia se vincula con un horizonte de expectativa, una articulación de sentido que construye un nexo singular entre pasado, presente y futuro. En algunas ocasiones, esa articulación toma la forma del miedo; en otras, la de la esperanza. Hay acontecimientos que tienen una considerable probabilidad de provocar rearticulaciones de esas expectativas, que puntúan con una fuerza inusitada

mutaciones subjetivas perdurables. Un aspecto de la participación en las dinámicas de contienda social y política, muchas veces soslayado por los análisis sociológicos, pero que una perspectiva histórica puede recuperar como marcas durables y constitutivas. Transformaciones que calan hondo en el individuo al mismo tiempo que lo hacen en la sociedad.

Creo que la contribución específica de esta investigación fue incorporar la interpretación de una serie de materiales que muestran que esa semántica histórica de la acción colectiva está estrechamente ligada al lugar y a sus mutaciones, en el sentido establecido por Massey (2012), como red de relaciones e interpretaciones ligadas a un sitio específico. Acontecimiento y situación están hermanados. Recordemos la carta de Collazo, los comentarios de la activista clandestina Marta Selvaggio sobre la fábrica Alpargatas, los relatos de los curas parroquiales, los panfletos de los obreros de Peugeot o Rigolleau, las menciones de las Madres acerca de los sentimientos que les inspiraban los templos y las plazas, las evaluaciones de los agentes de inteligencia en torno a las celebraciones religiosas o las de los asentados en algunos terrenos baldíos de Quilmes, solo por mencionar algunas de las múltiples expresiones que fui registrando a lo largo del trabajo. Este es un aspecto que no deberíamos dejar pasar, porque creo que aquí se anuda, en su manifestación fenomenológica, el espacio de experiencia con la experiencia del espacio.

Hacia una geografía histórica de la acción colectiva

La conformación de lo que podríamos denominar como una “geografía histórica” de las relaciones sociales para examinar las dinámicas de acción colectiva es bastante reciente. En el contexto de los estudios sobre movimientos sociales y movilizaciones, las inquietudes por los efectos de las relaciones espaciales y el interés por las categorías de análisis espacial para estudiarlos se vieron habilitados cuando la perspectiva de estudios de la dinámica de la contienda política impulsó a varios investigadores a buscar en el discurso geo-

gráfico nuevas y más complejas explicaciones (Sewell, 2001; Martin y Miller, 2003; Leitner, Sheppard y Sziarto, 2008).

En un trabajo de reconsideración epistemológica y conceptual, Bob Jessop, Neil Brenner y Martín Jones (2008) señalaron que el giro espacial de las ciencias sociales atravesó fases sucesivas, y encontró a cada paso una serie de limitaciones surgidas de los propios énfasis teóricos que tendieron a jerarquizar por encima de los demás alguno de los cuatro términos sustantivos del estudio de las relaciones socioespaciales: territorio, lugar, escala y red.

A lo largo del libro, recurrí a algunos de esos términos para describir algún aspecto de los episodios de acción colectiva que hacían de la zona sur un lugar. Ahora, me parece necesario tratar de mostrar en un nivel analítico las conexiones que se pueden encontrar entre estas dimensiones del espacio cuando las utilizamos para estudiar procesos de contienda política. No se trata únicamente de reconocer que la acción política siempre está situada en específicas coordenadas sociales, espaciales y temporales, sino, también, de identificar las geografías que la acción política produce en la medida que se despliega a través de redes, lugares, escalas y territorios.

Realicé una serie de deslizamientos analíticos que voy a precisar: comencé con el recorte de un objeto utilizando las categorías espaciales de lugar, escala, territorio y red como instrumentos metodológicos que me ayudaban a objetivar la acción colectiva popular; luego me fui deslizando hacia el análisis de cómo jugaban esos elementos como dimensiones específicas del espacio y, al mismo tiempo, productos de la acción. Dije, por ejemplo, que la escala micro era una forma (otra) de representar la historia y luego, en diferentes momentos, hablé (sin avisar) de saltos de escala o cambios de escala como dimensión intrínseca de la dinámica de confrontación en un determinado lugar, que podía implicar un redimensionamiento o un cambio de lugar, o una conexión o desconexión entre lugares. Esos escalamientos podían ser parte de la estrategia de los actores o provocados por la fuerza misma de las intervenciones de determinados aparatos de poder. Asimismo, las nociones de territorio y red también fueron utilizadas analíticamente en función de sus relaciones recíprocas con el lugar. La propuesta de Doreen Masey acerca

del “sentido global del lugar” me permitía poner de relieve el modo en que se significan el territorio, la escala y las redes en la dialéctica espacio de experiencia-experiencia del espacio.

La noción de territorio ha sido utilizada en numerosos trabajos sobre la acción colectiva de las clases populares en la Argentina. Se ha indicado muchas veces un proceso de territorialización de la política y de los sectores populares como una especificidad de la democracia argentina contemporánea. En esta conclusión no nos vamos a referir a un estado del arte que, por fortuna, puede encontrarse muy bien trabajado en otras investigaciones.²⁶² Simplemente voy a señalar que intenté no subsumir las diferentes dimensiones del espacio bajo una noción unilateral de territorio. Y mucho menos, en una noción de barrio como sinécdoque de aquel.²⁶³

A lo largo de este libro, hemos tratado de mostrar diferentes mutaciones del espacio, donde, en todo caso, la política barrial es una de sus dimensiones o, si se prefiere, una inflexión entre otras. Asimismo, intenté trascender el argumento de que lo territorial solo se vuelve relevante para la política y la acción colectiva popular en el marco de las transformaciones estructurales que se consolidan en la Argentina de la posdictadura. La idea central era ensanchar las dimensiones espaciales de la acción colectiva en la perspectiva diacrónica tanto como en la sincrónica, atendiendo a las diversas mutaciones de lo espacial y sus influencias mutuas con los procesos de acción colectiva en diferentes coyunturas históricas. En parte, eso tuve que hacerlo identificando las zonas grises de transición donde lo emergente, lo persistente y lo residual operan simultáneamente en las redes de activismo (Della Porta y Diani, 2011), la conformación de los repertorios de acción (Tilly, 2001), los marcos de sentido

262 Sin duda un buen tratamiento crítico de la bibliografía de referencia en diálogo con una investigación empírica se puede encontrar en las etnografías de Ferraudi Curto (2014) y Manzano (2013).

263 Probablemente, Denis Merklen, que tuvo la virtud de percibir este cambio y transformación en la acción colectiva popular antes que nadie, al mismo tiempo identificó demasiado territorio y barrio, fundiendo lo territorial en lo barrial y transformando la inscripción barrial-territorial en un sustituto cuasi estructural de la inscripción sindical-laboral de las clases populares. Esta debilidad analítica ya está planteada por Silvia Sigal en el prólogo al libro de Denis Merklen (2005). Que un autor haya dejado espacio a la crítica es sin duda otra de las tantas virtudes –poco habitual– de este libro.

y las estructuras de oportunidades políticas (Tarrow, 1994 y Mc Adam, Mc Carthy y Zald, 1999).

En síntesis, intenté no subsumir todos los aspectos espaciales bajo la rúbrica de una noción fija y no relacional del espacio. Si tomamos el caso de la diócesis de Quilmes, podemos ver que las estrategias institucionales de la Iglesia católica y el modelo parroquial trascendían un barrio en particular, pero no por ello dejaban de actuar en la formación específica de “un barrio”. Creando formas bien delimitadas de lugar en dos escalas diferentes, la diócesis de Quilmes se daba a sí misma un territorio.²⁶⁴

El énfasis en lo local no implica perder de vista las conexiones y los tránsitos de una escala a otra. Los actores producen y se movilizan en el espacio, participan en la producción de las escalas y una misma secuencia de acciones puede actuar en diferentes escalas o privilegiar unas sobre otras según las coyunturas. Vista de este modo, la escala se presenta como un producto de la interacción (Rosental, 2015). Mi investigación está claramente situada en lo local historizado: la zona sur no ha sido siempre lo mismo, fue cambiando de contornos al ser procesada por la historia. Parte de ello tiene que ver con los procesos mediante los cuales diferentes tipos de actores y estructuras indujeron cambios de escala que impactaron en las modalidades de acción colectiva y, al mismo tiempo, estas modalidades retroalimentaron variaciones de escala.

Los geógrafos de la acción colectiva han enfatizado que el análisis espacial de la contienda política permite reconocer las dimensiones materiales y los significados simbólicos del espacio implícitos en la vida social y en los procesos de imposición, resistencia o dominación que tienen al espacio como un elemento fundante. Como intenté mostrar en los capítulos 1 y 2, la transformación estructural de la sociedad que experimentaron los obreros industriales de la zona sur fue acompañada y reforzada por un diagrama de control global del espacio geográfico. Mirado desde el punto de vista espacial, el

264 La noción de barrio-territorio como una mera localización en un espacio urbano, sin rugosidad, limita la posibilidad de entender el juego de escalas que la acción colectiva popular puede poner en funcionamiento en determinados escenarios y coyunturas, y configura en un territorio dinámico determinados sentidos de lugar.

terrorismo de Estado fue un dispositivo territorial desplegado e incrustado en el conurbano sur y significó un cambio de envergadura sobre las espacialidades experimentadas, a partir de las cuales los obreros habían desarrollado sus acciones colectivas. Sin exagerar, podríamos decir que el dispositivo del terrorismo de Estado modificó agudamente la experiencia del espacio y el espacio de experiencia de las clases populares. El control y la transformación del espacio fue un modo de forzar una transformación regresiva en lo social, lo económico y lo político. De la cuadriculación del territorio nacional a la militarización del ámbito urbano industrial, el espacio no fue un simple escenario: fue un instrumento de un poder estructural. En un sentido estricto, lo que configura un territorio es la capacidad de controlar a los actores y los recursos utilizando el espacio como un medio de gestión de ese control. Ahí también pudimos observar otro salto de escala de la acción colectiva, esta vez como una constricción y un estrechamiento extremo de las posibilidades de resistencia, una desestabilización y mutación de los sitios de interacción, un proceso de desconexión radical de las redes de activismo y solidaridad.

En el capítulo 3 dimos un paso hacia atrás en la historia para retomar un punto relevante: el papel de la Iglesia católica en la producción de una capa de territorialidad metropolitana. La Iglesia como institución productora de redes espacializadas que le permitían apropiarse y constituir un territorio, crearse una geografía, representar un espacio mediante una cartografía, siempre en tensión y disputa. De su intrincada historia institucional y política, del dispositivo de las diócesis, de los proyectos de los obispos, de las relaciones con sus feligreses y sus curas, pudimos percibir sus comienzos, sus transformaciones y sus articulaciones con otras formas de activismo, otras redes de acción colectiva. Nuestra intención era llegar a un momento histórico de relevo en el que la Iglesia local operó como un refugio y, al mismo tiempo, como un reenergizante de las redes de activismo. Otra vez el espacio urbano volvió a tomar otras tonalidades que los servicios de inteligencia policial notaron tempranamente. Partir de una definición precisa de territorio como aquello que resulta del establecimiento de un control sobre los recursos y las

acciones disponibles y producidas en un espacio específico, permite comprender cómo interactúa un territorio con la acción colectiva y, al mismo tiempo, abre la posibilidad de abordar otras dimensiones vinculadas con el espacio.

A lo largo de la investigación me interesé por un tipo específico de anudamientos de personas y actores colectivos que se activaban al calor de una causa, una lucha o una resistencia, y desarrollaban una capacidad colectiva de cualificar políticamente el lugar. Sin ninguna intención de escandalizar, creo que terminé de comprender las características de estas redes a partir de una interpretación a contrapelo de los informes de inteligencia de la Policía. Algunos agentes habían desarrollado una mirada perspicaz sobre la contextura y el funcionamiento de las redes espacializadas y espacializantes, y usaban ese conocimiento para ejercer un tipo de violencia que tenía por objetivo desconectarlas y destruirlas. Como vimos en el capítulo 4, los espías policiales utilizaban una teoría para entender cómo las redes de activismo cualificaban políticamente el espacio durante un período en el que la política estaba prohibida: la “aglutinación” de actores diversos en un mismo lugar podía generar “un área de conflicto y oposición a la autoridades”. Para este tipo de explicación, son las redes las que permiten, en una coyuntura determinada, asociar y articular actores más o menos heterogéneos en torno a una causa común. Lo particular de esta teoría del espionaje de la Policía bonaerense es que suponían al territorio como un espacio en disputa, cargado de peligros y riesgos, cuya incitación había que atribuir a asociaciones y articulaciones reticulares entre actores heterogéneos. El problema en sí, decían las autoridades policiales refiriéndose a Novak, no era el obispo, sino lo que incitaban sus actuaciones. El problema estaba en lo que podía reunirse, asociarse, juntarse o coaligarse para darle al espacio una cualidad indeseable desde el punto de vista del orden. Habían comprendido una característica fundamental de las redes militantes: su capacidad de asociar y poner en movimiento, en un mismo espacio, actores sociales de devenir heterogéneo. La siempre poderosa capacidad de convertir el espacio en un lugar cargado de política, la mutación de sus sentidos como un gesto de resistencia, como despliegue de una potencia para oponerse a lo establecido,

incluso allí donde los más temibles aparatos del poder se han propuesto llevar adelante su estrategia de tierra arrasada.

En nuestra investigación, las actrices que demostraron una capacidad de actuar más allá de lo local, pero al mismo tiempo interrelarlo, fueron las Madres de Plaza de Mayo. Un caso concreto de que las redes y las interpretaciones que configuran un lugar trascienden un sitio o un territorio específico. A veces hay una tendencia a suponer que la escala es como si fuera un juego de cubos de distinto tamaño donde uno cabe en el otro, unos más pequeños y locales, otros más grandes y trans o supra locales. Un escala en el sentido de una métrica que va desde lo micro a lo macro, entendido aquello como si fuéramos de lo pequeño a lo grande. Sin embargo, cuando hablamos de la relación entre territorio y acción colectiva, hay un componente dinámico de la acción, sus recorridos y repertorios de prácticas, que en determinadas circunstancias históricas le permiten a una red de actores apropiarse de un territorio y configurarlo como un lugar, independientemente de su tamaño o porte original. La mera presencia de un pañuelo blanco denotaba para numerosos actores (policiales o no) una mutación de sentido del espacio, que incluía un cambio de dimensión con respecto a la interpretación inmediata de esas presencias en el espacio local. A partir de diferentes iniciativas: peregrinaciones, vía crucis, ayunos, tomas, rondas y misas, se dibujaba otra cartografía que demarcaba y conectaba el espacio local con diferentes puntos del territorio más allá de lo local. La diferencia residía en el modo de conectar y cualificar los espacios que se ponían en relación a través de un repertorio singular de acción colectiva.

Finalmente, en el último capítulo, llegamos al barrio. Pero lo hicimos a través de un recorrido por los avatares de las organizaciones de base territorial. Queríamos mostrar que más allá de todo relato idílico, efectivamente esas estructuras organizacionales tuvieron un papel fundamental en la expansión de los bordes urbanos y protagonizaron el conflicto por definir las características y cualidades (incluyendo las de carácter moral) que debían tener esos bordes. Esas redes tenían un carácter dinámico y no resultaron indemnes a los procesos históricos que atravesaron. Los conflictos por la ocupa-

ción del espacio urbano tienen una historia, en cierta medida, porque determinados coágulos de contradicciones históricas tendieron a difundirse y replicarse. La dicotomía vecinos-villeros se transformó en un marco de sentido de la acción. Las categorías propias del sistema de clasificaciones de los discursos urbanos se transformaron con el tiempo en las categorías de comprensión de las confrontaciones por el espacio urbano. Hacer la genealogía política de esas categorías sociourbanas es relevante para desentrañar y analizar las dinámicas de acción colectiva popular sin asumir inconscientemente lo que ya viene “empaquetado” por los procesos de atribución de sentido de los actores de la contienda.

Espero, luego de haber dado todo este necesario rodeo, haber podido dar cuenta de esa producción histórica de capas variables, superpuestas y evanescentes que fueron constituyendo la zona sur del Gran Buenos Aires como un lugar.

Bibliografía

- Adamovsky, Ezequiel (2007). “Historia y lucha de clase. Repensando el antagonismo social en la interpretación del pasado (y vuelta sobre un debate ausente en la historiografía argentina)”. *Nuevo Topo/Revista de historia y pensamiento crítico*, n° 4, pp. 7-18.
- Agnew, John (1994). “The territorial trap: the geographical assumptions of international relations theory”. *Review of international Political Economy*, vol. 1, n° 1, pp. 53-80.
- Águila, Gabriela (2017). “Represión y terror de Estado en la Argentina reciente: nuevos abordajes y perspectivas de análisis”. *Ayer*, 107/2017, n° 3, pp. 47-71.
- Alonso, Luciano (2015). “Redes y dimensiones espaciales en la movilización por los derechos humanos en Argentina”. *Avances del Cesor*, año XII, vol. XII, n° 12, pp. 117-139.
- (2017). “Terror de Estado y luchas pro derechos humanos en la Argentina: las dimensiones ocultas”. *Ayer*, 107/2017, n° 3, pp. 99-124.
- Andújar, Andrea (1994). “El Villazo: la huelga metalúrgica de Villa Constitución de 1975”. En Berrotarán, Patricia y Pozzi, Pablo (comps.), *Estudios Inconformistas sobre la Clase Obrera Argentina 1955-1989*, pp. 115-176. Buenos Aires: Letra Buena.
- Antúnez, Damián (2013). “El gobierno bonaerense de Victorio Calabró: entre la intervención federal y el golpe de Estado”. *PolHis*, año 6, n° 12, pp. 147-193.
- Ariño, Mabel (2010). “Transformaciones en el mercado de trabajo”. En Torrado, Susana (dir.), *El costo social del ajuste*

- (*Argentina 1976-2002*), Tomo I, pp. 22-61. Buenos Aires: Edhasa.
- Armus, Diego y Bohoslavsky, Ernesto (2015). "Vivienda popular y asociacionismo en la conformación del Gran Buenos Aires". En Gabriel Kessler (dir.), *Historia de la provincia de Buenos Aires: El Gran Buenos Aires, Volumen VI*, pp. 493-520. Gonet-CABA: Unipe-Edhasa.
- Arrosagaray, Enrique (2014). *Biografía de Azucena Villaflor. Creadora del movimiento Madres de Plaza de Mayo*. Ituzaingó: Cienflores.
- Auyero, Javier (2002). *La protesta*. Buenos Aires: Libros del Rojas.
- Azpiazu, Daniel; Basualdo, Eduardo y Khavisse, Miguel (2004). *El nuevo poder económico en la Argentina de los años 80*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Barreneche, Osvaldo (2010). "De brava a dura. La policía de la provincia de Buenos Aires en la primera mitad del siglo XX". *Cuadernos de Antropología Social*, n° 32, pp. 31-56.
- Basualdo, Victoria (2010a). "Los delegados y las comisiones internas en la historia argentina: 1943-2007". En Daniel Azpiazu; Schorr, Martín y Basualdo, Victoria, *La industria y el sindicalismo de base en la Argentina*, pp. 81-157. Buenos Aires: Atuel.
- (2010b). *Labor and structural change: Shop-floor organization and militancy in Argentine industrial factories (1943-1983)*. Ph. D, Columbia University. Disponible en <http://gradworks.proquest.com/3400627/pdf>.
- (2016). "Militancia y organización obrera de base en la primera mitad de los años 70: una aproximación desde la historia oral al caso de Alpargatas en Florencio Varela". En Grammatico, Karin (comp.), *Historia reciente, género y clase trabajadora: cinco estudios para pensar un problema de investigación*, pp. 9-30. Florencio Varela: Mercedes María Carvani.
- Basualdo, Victoria y Jasinski, Alejandro (2016). "La represión a los trabajadores y el movimiento sindical 1974-1983". En Águila, Gabriela; Garaño, Santiago y Scatizza, Pablo (comps.), *Represión estatal y violencia para estatal en la historia reciente argentina: Nuevos abordajes a 40 años del Golpe de Estado*, pp. 237-

267. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Benjamin, Walter (2016). *Infancia en Berlín hacia 1900*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- (2019). *Iluminaciones*. Buenos Aires: Taurus.
- Berger, John (2016). “La naturaleza de las manifestaciones masivas”. En *La apariencia de las cosas*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Bilbao, Lucas y Ledesma, Ariel (2016). *Profeta del Genocidio. El vicariato castrense y las agendas del obispo Bonamín en la última dictadura*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bousquet, Jean Pierre (1983). *Las locas de la Plaza de Mayo*. Buenos Aires: El Cid Editor.
- Brenner, Neil (1999). “Beyond State-Centrism? Space, territoriality and geographical escale in globalization studies”. *Theory and Society*, vol. 28, n° 1, pp. 39-78.
- Bisanoff, Juan (1985). “Comentario de Juan Bisanoff”. En Jelin, Elizabeth (comp.), *Los nuevos movimientos sociales/2. Derechos Humanos. Obreros. Barrios*, pp. 140-141. Buenos Aires: CEAL.
- Caimari, Lila (2017). *La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Calveiro, Pilar (2008). *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- Canelo, Paula (2008). *El proceso en su laberinto: la interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires: Prometeo.
- Catoggio, María Soledad (2016). *Los desaparecidos de la Iglesia. El clero contestatario frente a la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2013). “The consecration of political suffering: martyrs, heroes and victims in argentine political culture”. *Journal of Latin American Studies*, n° 45, pp. 695-719.
- Chaves, Gonzalo Leónidas (1983). *Las luchas sindicales contra el proceso, 1976-1980. Cinco años de resistencia*. Buenos Aires: Ediciones de La Causa.
- (2015). *Rebelde Acontecer. Relatos de la resistencia peronista*. Buenos Aires: Colihue.

- Chiarini, Sebastián y Portugueis, Rosa Elsa (2014). *Plan Conintes. Represión política y sindical*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, Secretaría de Derechos Humanos, Archivo Nacional de la Memoria.
- Clarke, Guillermo (2009). “Orígenes, significados y funciones de lo religioso en las prácticas colectivas de las Madres de Plaza de Mayo”. *Revista de Historia Bonaerense*, n° 35, Instituto Histórico de Morón, pp. 70-75.
- Cobb, Richard (1970). *The Policie and the People. French Popular Protest 1789-1820*. Londres: Oxford Paperbacks.
- Colom, Yolanda Raquel y Salomé, Alicia (1998). “Las coordinadoras interfabricales de Capital Federal y Gran Buenos Aires, 1975-1976”. *Razón y Revolución*, n° 4.
- Comisión Provincial por la Memoria, *Historia Institucional de la DIPPBA. La inteligencia policial a través de sus documentos*, disponible en <http://www.comisionporlamemoria.org/archivos/archivo/historia-institucional-dippba/historia-institucional-dippba.pdf> (consultado 30/3/2018).
- Cotarelo, M. Celia y Fernández, Fabián (1997). “Lucha del movimiento obrero y crisis de la Alianza peronista. Argentina, Junio y Julio de 1975 y Marzo de 1976”. *Anuario PIMSA*.
- (1998). “Huelga general con movilización de Masas”. *Anuario PIMSA*.
- Cravino, María Cristina (2006). *Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- (2009). *Entre el arraigo y el desalojo. La Villa 31 de Retiro. Derecho a la ciudad, capital inmobiliario y gestión urbana*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Crenzel, Emilio (2010). “La víctima inocente: de la lucha antidictatorial al relato del *Nunca Más*”. En Crenzel, Emilio (coord.), *Los desaparecidos en la Argentina: memorias, representaciones e ideas (1983-2008)*, pp. 65-84. Buenos Aires: Biblos.
- Cuenya, Beatriz (1985). *Condiciones de hábitat y salud de los sectores populares. Un estudio piloto en el Asentamiento San Martín de Quilmes*. Buenos Aires: CEUR.

- D'Antonio, Débora (2007). "Las Madres de Plaza de Mayo y la maternidad como potencialidad para el ejercicio de la democracia política". En Gil Lozano, Fernanda; Bravo, María Celia y Pita, Valeria Silvana (comps.), *Historias de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*, pp. 283-303. Tucumán: Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán.
- Darnton, Robert (2006). "Un inspector de policía organiza su archivo: la anatomía de la república de las letras". En *La Gran Matanza de Gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa*, pp. 148-191. México: Fondo de Cultura Económica.
- De Certeau, Michel (1996). *La invención de lo cotidiano. I. Artes de Hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- (1999). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- De la Serna, Eduardo (2002). *Padre Obispo Jorge Novak, amigo de los pobres, profeta de la esperanza*. Buenos Aires: Guadalupe.
- Delich, Francisco (1982). "Después del diluvio, la clase obrera". En Rouquié, Alain (comp.), *Argentina, hoy*, pp. 129-150. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Della Porta, Donatella y Diani, Mario (2011). *Los movimientos sociales*. Madrid: Complutense.
- Dessy, Ireneo Armando (2006). "Ministerio episcopal de Jorge Novak". En Liberti, Luis svd, *Jorge Novak. Testigo y sembrador de esperanza*. Buenos Aires: Guadalupe.
- Diana, Marta (2013). *Buscando el reino. La opción por los pobres de los argentinos que siguieron al Concilio Vaticano II*. Buenos Aires: Planeta.
- Dicósimo, Daniel (2008a). "La oposición de los trabajadores al disciplinamiento productivo durante la última dictadura militar". *Páginas. Revista digital de la escuela de historia de la UNR*, año 1, n° 1.
- (2008b). "Indisciplina y consentimiento en la industria bonae-rensense durante la última dictadura militar. Los casos de Loma Negra Barker y Metalúrgica Tandil". *Sociohistórica*, n° 23/24, pp. 13-37.

- (2013). “Represión estatal, violencia y relaciones laborales durante la última dictadura militar en la Argentina”. *Contenciosa*, año 1, n° 1.
- Di Meglio, Gabriel y Serulnikov, Sergio (2017). *La larga historia de los saqueos en la Argentina. De la independencia a nuestros días*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Di Stefano, Roberto y Zanatta, Loris (2009). *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Donatello, Luis Miguel (2005). “Catolicismo liberacionista y política en la Argentina”. *América Latina Hoy*, n° 41, pp. 77-97.
- Dosse, Francois (2010). “Reinhart Koselleck entre la semántica histórica y la hermenéutica crítica”. En Delacroix, Christian; Dosse, Francois y García, Patrick (dirs.), *Historicidades*, pp. 127-141. Buenos Aires: Waldhuter.
- Douglas, Mary (2007). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ducrot, Oswald y Todorov, Tzvetan (2003). *Diccionario Enciclopédico de las Ciencias del Lenguaje*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Elias, Norbert (1998). *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Norma.
- Episcopado Latinoamericano (1993). *Conferencias Generales, Río de Janeiro, Medellín, Puebla, Santo Domingo, Documentos Pastorales*. México: San Pablo.
- Falcón, Ricardo (1996). “La resistencia obrera a la dictadura militar (una reescritura de un texto contemporáneo a los acontecimientos)”. En Quiroga, Hugo y Tcach, César (comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*. Rosario: Homo Sapiens.
- Fara, Luis (1985). “Luchas reivindicativas urbanas en un contexto autoritario. Los asentamientos de San Francisco Solano”. En Jelin, Elizabeth (comp.), *Los Nuevos Movimientos Sociales/2, Derechos Humanos. Obreros. Barrios*, pp. 120-139. Buenos Aires: CEAL.
- Feijó, María del Carmen (1982). *Las luchas de un barrio y la memoria colectiva*. Buenos Aires: Cuadernos del CEDES. Disponible en www.cedes.org.

- (1984). *Buscando un techo. Familia y vivienda popular*. Buenos Aires: Cuadernos del CEDES. Disponible en www.cedes.org.
- Feijóo, María del Carmen y Gogna, Mónica (1985). “Las mujeres en la transición a la democracia”. En Jelin, Elizabeth (comp.), *Los nuevos movimientos sociales/1*, pp. 41-61. Buenos Aires: CEAL.
- Ferraudi Curto, María Cecilia (2014). *Ni punteros. Ni piqueteros. Urbanización y política en una villa del conurbano*. Buenos Aires: Gorla.
- Ferreres, Orlando J. (2010). *Dos Siglos de Economía Argentina*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Flier, Patricia (2015). “Historia reciente y desafíos de las fuentes: el Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA)”. *Travesía*, vol. 17, n° 2, pp. 81-88.
- Frederic, Sabina (2004). *Buenos Vecinos, malos políticos: moralidad y política en el Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2005). “El ocaso del villero y la profesionalización de los políticos”. *Etnografías Contemporáneas*, n° 1, pp. 98-125.
- Foucault, Michel (1999). “Espacios diferentes”. En *Estética, ética y hermenéutica, Obras Esenciales*, Volumen III, pp. 431-441. Buenos Aires: Paidós.
- (1990). *Tecnologías del yo*. Buenos Aires: Paidós.
- Funes, Patricia (2007). “Los libros y la noche. Censura, cultura y represión en Argentina a través de los Servicios de Inteligencia del Estado”. *Dimensiones*, n° 19, pp. 133-155.
- Ginzburg, Carlo (2004). “Acerca de la historia local y la microhistoria”. En *Tentativas*, pp. 181-190. Rosario: Prohistoria.
- González, Lidia y García Conde, Luis I. (2000). *Monseñor Jerónimo Podestá. La revolución en la iglesia*. Buenos Aires: Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.
- González Bombal, Inés (1988). *Los Vecinazos. Las protestas barriales en el Gran Buenos Aires, 1982-1983*. Buenos Aires: IDES.
- Gordillo, Mónica (2007). “Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1976”. En James, Daniel (dir.), *Nueva Historia Argentina: violencia, proscripción y auto-*

- ritarismo (1955-1976)*, Tomo IX, pp. 329-380. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2010). *Piquetes y cacerolas... El "argentinazo" del 2001*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gorelik, Adrián (2015). "Terra incógnita. Para una comprensión del Gran Buenos Aires como Gran Buenos Aires". En Kessler, Gabriel (dir.), *Historia de la provincia de Buenos Aires: El Gran Buenos Aires*, Volumen VI. Gonnet-CABA: Unipe-Edhasa.
- Gorini, Ulises (2006). *La rebelión de las madres. Historia de las Madres de Plaza de Mayo*, Tomo I (1976-1983). Buenos Aires: Norma.
- Gramsci, Antonio (2008). *El risorgimento*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Gupta, Akhil y Ferguson, James (1997). "Beyond 'Culture': Space, Identity and the Politics of Difference". En Gupta, Akhil y Ferguson, James (eds.), *Culture, Power, Place. Explorations in Critical Anthropology*, pp. 33-51. Londres: Duke University Press.
- Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto (2007). *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entre guerra*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Haesbaert, Rogério (2011). *El mito de la desterritorialización. Del fin de los territorios a la multiterritorialidad*. México: Siglo XXI.
- Harari, Ianina (2013). "Luchas obreras por el proceso de trabajo: el caso de los obreros automotrices de Argentina (1959-1976)". *Trabajo y Sociedad*, n° 20, pp. 175-192.
- Hagene, Turid (2006). "La mona, la virgen y el sufrimiento en los estudios de género en América Latina". *Nueva Antropología*, vol. XX, n° 86.
- Hermite, Esther y Boivin, Mauricio (1985). "Erradicación de 'Villas Miseria' y las respuestas organizativas de sus pobladores". En Bartolomé, Leopoldo (comp.), *Relocalizados. Antropología Social de las Poblaciones Desplazadas*, pp. 117-144. Buenos Aires: IDES.
- Iuliano, Rodolfo; Pinedo, Jerónimo y Viguera, Aníbal (2007). "Expectativas políticas, teorías y coyunturas en la conformación de

- un campo de estudios sobre la protesta social en la nueva etapa democrática”. En Camou, Antonio; Tortti, María Cristina y Viguera, Aníbal (coords.), *La Argentina democrática: los años y los libros*, pp. 281-305. Buenos Aires: Prometeo.
- Izaguirre, Inés y Aristizábal Zulema (1988). *Las tomas de tierra en la zona sur del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: CEAL.
- James, Daniel (2003). *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, *Nueva Historia Argentina*, Tomo IX. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2006). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana
- Jelin, Elizabeth (1977). “Conflictos laborales en la Argentina, 1973-1976”. *Estudios Sociales*, n° 9.
- (comp.) (1985). *Los Nuevos Movimientos Sociales/2, Derechos Humanos. Obreros. Barrios*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (2004). “Reflexiones (localizadas) sobre el tiempo y el espacio”. En Grimson, Alejandro (comp.), *La cultura en las crisis latinoamericanas*. Buenos Aires: Clacso.
- (2005). “Los derechos humanos entre el Estado y la sociedad”. En Suriano, Juan (dir.), *Nueva Historia Argentina: dictadura y democracia, Tomo X*, pp. 507-555. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2010). “¿Víctimas, familiares o ciudadanos/as? Las luchas por la legitimidad de la palabra”. En Crenzel, Emilio (coord.), *Los desaparecidos en la Argentina: memorias, representaciones e ideas (1983-2008)*, pp. 227-249. Buenos Aires: Biblos.
- Jelin, Elizabeth; Vila, Pablo y D’Amico, Alicia (1987). *Podría ser yo. Los sectores populares en imagen y palabra*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor-CEDES.
- Jessop, Bob; Brenner, Neil y Jones, Martin (2008). “Theorizing sociospatial relations”. *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 26, pp. 389-401.
- Kahan, Emanuel (2007). “¿Qué represión? ¿Qué memoria? El archivo de la represión de la DIPPBA: problemas y perspectivas”. *Question*, vol. 1, n° 16.

- Kaplan, Thema (2003). *Ciudad Roja, Período Azul. Los movimientos sociales en la Barcelona de Picasso (1888-1939)*. Barcelona: Península.
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- (2001). *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós.
- Leitner, Helga; Sheppard, Eric y Sziarto, Kristin (2008). “The spatialities of contentious politics”. *Transactions of the Institute of British Geographers*, vol. 33, nº 2, pp. 157-172.
- Lenci, Laura (2015). “Violencia política y terrorismo de Estado, 1955-1983”. En Barreneche, Osvaldo (dir.), *Historia de la provincia de Buenos Aires*, Tomo V, *Del primer peronismo a la crisis del 2001*, pp. 209-236. Gonnnet-Buenos Aires: Unipe-Edhasa.
- Lepetit, Bernard (2015). “De la escala en la historia”. En Revel, Jacques (dir.), *Juegos de escala. Experiencias de microanálisis*, pp. 87-104. Migueletes: UNSAM Edita.
- Levi, Giovanni (2003). “Sobre Microhistoria”. En Burke, Peter (ed.), *Formas de hacer historia*, pp. 119-143. Madrid: Alianza.
- Lewis, Oscar (1961). *Antropología de la pobreza: cinco familias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Liberti, Luis O. svd (2006). *Jorge Novak. Testigo y sembrador de esperanza*. Buenos Aires: Guadalupe.
- Lida, Miranda (2011). “La Plaza de Mayo de los católicos”. En Lobato, Mirta Zaida (ed.), *Buenos Aires: manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*, pp. 107-125. Buenos Aires: Biblos.
- Löbbe, Héctor (2006). *La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la Coordinadora de la Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*. Buenos Aires: RyR.
- Lorenz, Federico (2007). *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta*. Buenos Aires: Norma.
- (2011). “Las movilizaciones por los derechos humanos (1976-2006)”. En Lobato, Mirta Zaida (ed.), *Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*, pp. 203-222. Buenos Aires: Biblos.

- (2013). *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*. Buenos Aires: Edhasa.
- Lvovich, Daniel (2010). “Burócratas, amigos, ideólogos y vecinalistas: el reclutamiento de funcionarios municipales de Morón durante la Dictadura Militar (1976-1983)”. En Bohoslavsky, Ernesto y Soprano, Germán (eds.), *Un Estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (desde 1880 a la actualidad)*. Buenos Aires: Prometeo-UNGS.
- Manzano, Virginia (2013). *La política en movimiento. Movilizaciones colectivas y políticas estatales en la vida del Gran Buenos Aires*. Rosario: Prohistoria.
- Martin, José Pablo (2002). *El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Un debate argentino*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Martin, Deborah G. y Miller, Byron (2003). “Spaces and contentious politics”. *Mobilization*, n° 8, vol. 2, pp. 143-156.
- Massey, Doreen (2005). “La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones”. En Arfuch, Leonor (comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, pp. 101-127. Buenos Aires: Paidós.
- (2012). *Un sentido global del lugar*. Barcelona: Icaria.
- Mayol, Alejandro; Habegger, Norberto y Armada, Arturo (1970). *Los católicos posconciliares en la Argentina*. Buenos Aires: Galerna.
- McAdam, Doug; McCarthy, John D. y Zald, Mayer N. (1999). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Madrid: Itsmo.
- McAdam, Doug; Tarrow, Sidney y Tilly, Charles (2001). *Dynamics of Contention*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Merklen, Denis (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Mignone, Emilio (1996). “Dictadura e Iglesia en Quilmes. Contexto para una investigación”. *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad Nacional de Quilmes, n° 5, pp. 139-145.

- (1999). *Iglesia y dictadura. El papel de la iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Mombello, Laura (2003). “Neuquén, la memoria peregrina”. En Jelin, Elizabeth y Langland, Victoria (comps.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, pp. 149-164. Madrid: Siglo XXI.
- Montañez Gómez, Gustavo y Delgado Mahecha, Ovidio (1998). “Espacio, territorio y región: conceptos básicos para un proyecto nacional”. *Cuadernos de Geografía. Revista del Departamento de Geografía de la Universidad Nacional de Colombia*, vol. VII, nº 1-2, pp. 121-133.
- Nacienceno, Gregorio (1995). *Los cinco discursos teológicos*. Madrid: Ciudad Nueva.
- Natalucci, Ana y Rey, Julieta (2018). “¿Una nueva oleada feminista? Agendas de género, repertorios de acción y colectivos de mujeres”. *Revista de estudios políticos y estratégicos*, vol. 6, nº 2, pp. 14-34.
- Nari, Marcela (2004). *Políticas de maternidad y maternalismo político*. Buenos Aires: Biblos.
- Navarro, Marisa (2001). “Lo personal es político. Las Madres de Plaza de Mayo”. En Eckstein, Susan (comp.), *Poder y Protesta Popular. Movimientos sociales latinoamericanos*. México: Siglo XXI.
- Novak, Jorge (1991). “Prólogo”. En Merklen, Denis, *Asentamientos en la Matanza. La terquedad de lo nuestro*. Buenos Aires: Cártales.
- (2006). “Disertación en la Universidad Nacional de Quilmes”. En Liberti, Luis O., *Jorge Novak. Testigo y sembrador de esperanza*, pp. 188-190. Buenos Aires: Guadalupe.
- Obregón, Martín (2005). *Entre la cruz y la espada. La Iglesia católica durante los primeros años del “Proceso”*. Bernal: UNQUI.
- O’Donnell, Guillermo (2008). “Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976”. En *Catacumbas*, pp. 19-64. Buenos Aires: Prometeo.
- Offerlé, Michel (2005). “Bajar a la calle. De la jornada a la manifestación”. *Revista de Ciencia Política de la Universidad de Chile*, vol. 44, pp. 33-59.

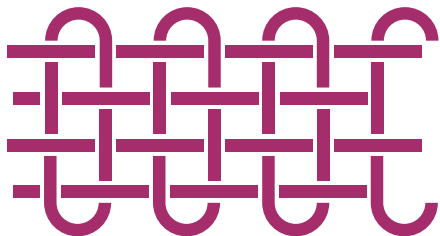
- (2011). “Reconsideración crítica de los repertorios de acción colectiva”. En *Perímetros de lo político: contribuciones a una socio-historia de la política*, pp. 93-114. Buenos Aires: Antropofagia.
- Orsenna, Erik (2005). *El cartógrafo de Lisboa*. Barcelona: Tusquets
- Ortner, Sherry B. (1999). *The fate of culture. Clifford Geertz and beyond*. Los Ángeles: University of California.
- Oszlak, Oscar (1983). “Los sectores populares y el derecho al espacio urbano”. *Punto de Vista*, 5(16). Buenos Aires, Argentina.
- (1991). *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*. Buenos Aires: Humanitas.
- Parcero, Daniel y Escobar, Carlos (2021). *Los sotanas de los pobres. Los curas de los oprimidos*. Buenos Aires: Ciccus.
- Pastor de Bonafini, Hebe (1985). *Historias de Vida. Hebe de Bonafini (redacción y prólogo de Matilde Sánchez)*. Buenos Aires: Fraterna/Del Nuevo Extremo.
- Pereyra, Sebastián y Svampa, Maristella (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Pinedo, Jerónimo (2018). “¿Cómo atravesar los agujeros? Reflexiones a partir de una investigación sobre la acción colectiva popular con archivos de la policía bonaerense”. *Revista Ensamblés*, año 4, n° 8, pp. 115-131.
- Pittaluga, Roberto (2017). “Ideas (preliminares) sobre la historia reciente”. *Ayer*, n° 107, pp. 21-45.
- Plotkin, Mariano Ben (1997). “Rituales políticos, imágenes y carisma: la celebración del 17 de Octubre y el imaginario peronista 1945-1950”. *Anuario del IEHS*, VIII, Tandil, Argentina.
- Podestá, Jerónimo (1967). “Mensaje del Obispo de Avellaneda a sus sacerdotes con motivo del Primero de Mayo, día de los trabajadores y Festividad de San José Obrero, Avellaneda, 1° de mayo de 1967”. *Cristianismo y Revolución*, n° 5, p. 16.
- Pontoriero, Esteban Damián (2016). “De la Guerra (contrainsurgente): la formación de la doctrina antisubversiva del Ejército Argentino”. En Águila, Gabriela; Garaño, Santiago y Scatizza, Pablo (comps.), *Represión estatal y violencia para estatal en la historia reciente argentina: Nuevos abordajes a 40 años del Golpe*

- de Estado*, pp. 57-65. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Portugueis, Rosa Elsa (2012). *Documentos del Estado terrorista. Directiva del Comandante General del Ejército N° 404/75 (Lucha contra la subversión). Plan del Ejército (Contribuyente al Plan de Seguridad Nacional)*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, Secretaría de Derechos Humanos.
- Pozzi, Pablo (1988). *Oposición obrera a la dictadura*. Buenos Aires: Contrapunto.
- Ramírez, Ana Julia (2007). “Las mediaciones locales de la protesta. El caso del Trelewazo (octubre de 1972)”. *Sociohistórica*, n° 19/20, pp. 47-80.
- Rapaport, Mario (2010). “Una revisión histórica de la inflación argentina y sus causas. Aportes de Economía Política en el Bicentenario de la Revolución de Mayo”, mimeo. Disponible en http://www.mariorapoport.com.ar/uploadsarchivos/la_inflacio_n_en_pdf.pdf (consultado 6/3/2001).
- Ratier, E. Hugo (1971). *Villeros y Villas Miseria*. Buenos Aires: CEAL.
- Retamozo, Martín; Schuttenberg, Mauricio y Viguera, Aníbal (2013). *Peronismos, izquierdas y organizaciones populares. Movimientos e identidades políticas en la Argentina contemporánea*. La Plata: Edulp.
- Revel, Jacques (2005). “Microanálisis y construcción de lo social”. En *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, pp. 41-62. Buenos Aires: Manantial.
- Ricoeur, Paul (1995). *Tiempo y Narración*. México: Siglo XXI.
- Ripa Alsina, Luisa (2006). “Para entender un poco más una relación difícil y entregada”. En Liberti, Luis O. (comp.), *Jorge Novak. Testigo y sembrador de esperanza*, pp. 230-236. Buenos Aires: Guadalupe.
- Romero, Luis Alberto (1985). “Sectores populares, participación y democracia; el caso de Buenos Aires”. En Rouquié, Alain y Schavarzer, Jorge (comps.), *¿Cómo renacen las democracias?*, pp. 226-270. Buenos Aires: Emecé.

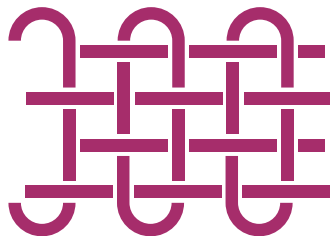
- Rosental, Paul André (2015). “Construir lo macro a través de lo micro: Frederick Barth y la microhistoria”. En Revel, Jacques (dir.), *Juegos de escala. Experiencias de microanálisis*, pp. 167-187. Migueletes: UNSAM.
- Rougier, Marcelo y Pampin, Graciela (2015). “Orígenes y esplendor de la industria en el Gran Buenos Aires”. En Kessler, Gabriel (dir.), *Historia de la provincia de Buenos Aires: El Gran Buenos Aires*, vol. 6, pp. 195-224. Gonnet-Buenos Aires: Unipe-Edhasa.
- Russo, Cintia (2011). “Fábrica y territorio: un caso al sur de la región metropolitana de Buenos Aires”. *Investigaciones de Historia Económica*, n° 7, pp. 369-379.
- Sahlins, Marshall (1985). *Islas de Historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Barcelona: Gedisa.
- San Cipriano (1980). *Obras de San Cipriano: tratados, cartas*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Santos, Milton (1990). *Por uma Geografia Nova*. San Pablo: Hucitec.
- (1996). *A natureza do espaço. Técnica e Tempo. Razao e Emocao*. San Pablo: Hucitec.
- (2000). *La naturaleza del espacio: Técnica y Tiempo. Razón y Emoción*. España: Ariel.
- Segura, Ramiro (2015a). *Vivir Afuera. Antropología de la experiencia urbana*. Migueletes: UNSAM Edita.
- (2015b). “La imaginación geográfica sobre el conurbano. Prensa, imágenes y territorio”. En Kessler, Gabriel (dir.), *Historia de la provincia de Buenos Aires: El Gran Buenos Aires*, vol. 6, pp. 129-158. Gonnet-Buenos Aires: Unipe-Edhasa.
- Sewell, William H. Jr. (2001). “Spaces in contentious politics”. En Amizande, Ronald, *Silence and Voice in the Study of Contentious Politics*, pp. 51-88. Cambridge: University Press.
- Schlögel, Karl (2007). *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y Geopolítica*. Madrid: Siruela.
- Schnaider, Alejandro (2005). *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo 1955-1973*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- (2015). “Cuando se hizo tronar el escarmiento. La política laboral de Juan D. Perón para disciplinar el movimiento obrero”.

- En Schneider, Alejandro y Ghigliani, Pablo (comps.), *Clase Obrera, sindicatos y Estado. Argentina (1955-2010)*, pp. 107-127. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Schvarzer, Jorge (1987). *Promoción industrial en la Argentina. Características, evolución y resultados*. Buenos Aires: CISEA.
- (1992). *La industria que supimos conseguir. Una historia político-social de la industria argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- Sennet, Richard (2002). *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza.
- Sigal, Silvia (2006). *La Plaza de Mayo. Una crónica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Simmel, Georg (1991). *Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza.
- Soneira, Jorge Abelardo (1989). *Las estrategias institucionales de la Iglesia Católica (1880-1976)*. Buenos Aires: CEAL.
- (2010). “La Juventud Obrera Católica y la dimensión religiosa del sindicalismo argentino”. En Figari, Claudia; Lenguita, Paula y Montes Cató, Juan (comps.), *El movimiento obrero en disputa. La organización colectiva de los trabajadores, su lucha y resistencia en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Ciccus.
- Svampa, Maristella (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Tarrow, Sidney (1994). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- Thompson, Edward Palmer (1991). *Costumbres en Común*. Barcelona: Crítica.
- Tilly, Charles (1990). “Modelos y realidades de la acción colectiva popular”. *Zona Abierta*, n° 54/55, pp. 180-192.
- (2001). “Acción Colectiva”. *Apuntes de investigación del CECYP*, n° 6, pp. 6-13.
- Torre, Juan Carlos (1983). *Los Sindicatos en el gobierno 1973-1976*. Buenos Aires: CEAL.
- Vapñarsky, César (2000). *La aglomeración Gran Buenos Aires. Expansión espacial y crecimiento demográfico entre 1869 y 1991*. Buenos Aires: Eudeba.

- Venero, Felipe (2015). “Trabajadores y dictadura. Un balance crítico sobre la producción historiográfica”. En Schneider, Alejandro y Ghigliani, Pablo (comps.), *Clase obrera, sindicatos y Estado. Argentina (1955-2010)*, pp. 129-147. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Verbitsky, Horacio (2010). *La mano izquierda de Dios. Historia política de la Iglesia Católica*. Tomo IV: *La última dictadura (1976-1983)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Vernazza, Jorge (1989). *Para comprender una vida con los pobres: los curas villeros*. Buenos Aires: Guadalupe.
- Viguera, Aníbal (1991). “El Primero de Mayo en Buenos Aires, 1890-1950: evolución y usos de una tradición”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, Tercera Serie, n° 3, primer semestre, pp. 53-79.
- Villareal, Juan (1985). “Los hilos sociales del poder”. En Jozami, Eduardo; Paz, Pedro y Villareal, Juan, *Crisis de la dictadura argentina: política económica y cambio social (1976-1983)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vommaro, Pablo (2007). “Las organizaciones comunitarias de base territorial y comunitaria en Quilmes: el caso de las tomas de tierras y asentamientos de 1981”, *IV Jornadas de Jóvenes Investigadores, IIGG, Buenos Aires, 19, 20 y 21 de Septiembre*.
- (2009). “Territorios, organizaciones sociales y migraciones: Las experiencias de las tomas de tierras y los asentamientos de 1981 en Quilmes”. *Espacio Plural*, n° 20, 1° semestre, pp. 81-93.
- Werner, Ruth y Aguirre, Facundo (2007). *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras inter-fabriles y estrategias de la izquierda*. Buenos Aires: Ediciones IPS.
- Williams, Raymond (1997). *Marxismo y literatura*. Madrid: Península.
- Wolf, Eric (2001). *Figurar el poder. Ideologías de dominación y crisis*. México: Ciesas.
- Zorzoli, Luciana (2015). “La normativa sindical entre la dictadura y el alfonsinismo, propuesta de sistematización”. En Schneider, Alejandro y Ghigliani, Pablo (comps.), *Clase obrera, sindicatos y Estado, Argentina (1955-2010)*, pp. 149-171. Buenos Aires: Imago Mundi.



Colección
Entre los libros de
la buena **MEMORIA**



La política popular, en sus intrincados pliegues y repliegues, erige espacios y esparce sus sedimentos. A través de este libro intentaremos penetrar en la urdimbre de la acción colectiva popular en la zona sur del Gran Buenos Aires entre 1974 y 1989. El desenterramiento de la vida contenciosa de las clases populares y una reconstrucción detallada de los episodios que la jalonan nos permitirá recorrer una trama espacio-temporal en la que se crean y recrean territorios y sentidos de lugar. Así, el lugar emerge como parte intrínseca de los procesos sociohistóricos, como factor que interviene en la dinámica de lucha y como su resultado provisorio. Situados en un umbral de cambios sociales, económicos y políticos de la Argentina, los eventos que aquí se narran, a partir de archivos documentales y registros memoriales, describen una geografía histórica de las luchas populares en un período crucial de la historia reciente del país.



Libro
Universitario
Argentino

FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

UNM
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

ISBN 978-987-630-624-9



9 789876 130624 9

